JOSHUA HARRIS

CAVA MÁS HONDO

El descubrimiento
de lo que creo y
por qué importa

¿SOBRE QUÉ VAS A EDIFICAR TU VIDA?

Con una increíble transparencia, Joshua Harris nos enseña la manera en que podemos redescubrir la relevancia y el poder de la verdad cristiana. Este libro muestra a un joven que ascendió con rapidez al éxito en el mundo cristiano evangélico, antes de darse cuenta de que su espiritualidad carecía de cimientos: estaba más apoyada en la tradición y la moralidad que en un conocimiento fundado en Dios.

Tanto si solo estás explorando el cristianismo, como si eres un creyente veterano, *Cava más hondo* te ayudará a descubrir las verdades eternas de las Escrituras. Con gracia y sabiduría, Harris te inspirará a deleitarte en la verdad que ha atraído su propia mente y corazón. Te pedirá que caves más hondo en una fe tan sólida, que es posible edificar la vida sobre la misma.

«Harris lleva a sus lectores a un viaje personal a través de la teología bíblica, sobre la cual, aunque tarde, descubrió que no se las podía arreglar sin ella. Una lectura aleccionadora, convincente y estimulante».
J.I. PACKER, autor de *El conocimiento del Dios santo*

JOSHUA HARRIS es pastor principal de *Covenant Life* en Gaithersburg, Maryland. Dotado orador con una pasión por hacer fácil de comprender la verdad teológica, Joshua quizá sea mejor conocido por sus éxitos de librería como *Le dije adiós a las citas amorosas*, *Él y ella*, *Ni aun se nombre* y *Deja de coquetear con la iglesia*. Además, está comprometido a procurar que el evangelio se transmita a la nueva generación de cristianos. Él y su esposa, Shannon, tienen tres hijos.

www.editorialunilit.com

ISBN 0-7899-1812-9

Unilit
Publicamos para la familia

Producto 495749
Vida cristiana
www.clubunilit.com

Elogios a

Cava más hondo

«Más de cuarenta años de tetraplejia me han hecho entender el valor inigualable que tiene conocer —y conocer de verdad— las doctrinas de la fe cristiana. *Cava más hondo* revela cómo las doctrinas bíblicas nos proporcionan un camino para entender lo que hay en el corazón de Dios. Si andas buscando "ese libro único" que te va a empujar más allá de donde te hallas hoy en el camino a la fe, ese libro es *Cava más hondo*. Te lo recomiendo mucho».

JONI EARECKSON TADA, autora, fundadora y directora ejecutiva, *International Disability Center*, Agoura Hills, CA

«En *Cava más hondo*, Joshua Harris, mi amigo de toda la vida, explica los puntos básicos de la teología cristiana de una manera que todos los podamos entender. Joshua es un hombre humilde, y enseña con humildad. Si estás cansado de promesas aparatosas y quieres la verdad esencial, este libro es para ti. Las modas religiosas llegan y se van, pero las verdades de este libro perdurarán».

DONALD MILLER, autor de *Tal como el Jazz*

«Cuando el apóstol Pedro dice: "Humillaos [...] bajo la poderosa mano de Dios [...] echando toda vuestra ansiedad sobre él", está dando por sentado que las personas humildes no temen. Tienen la valentía de defender la verdad humildemente. Me encanta la expresión "ortodoxia humilde". Y me encanta la persona de Josh Harris. Cuando los dos se juntan (Josh y la ortodoxia humilde), como sucede en este libro, el resultado es un testimonio valiente, útil y humilde a favor de la verdad bíblica. Gracias, Josh, por haber continuado tan bien el tema de nuestra conversación en el estudio de Al Mohler».

JOHN PIPER, autor de *Sed de Dios*; Pastor de predicación y visión, iglesia Bautista Bethlehem, Minneapolis

«Por medio de una vívida autobiografía, el pastor Harris lleva a sus lectores a un recorrido de la teología bíblica, sin la cual algo tarde descubrió que no se las podía arreglar. Una lectura aleccionadora, vigorizante y absorbente».

J. I. PACKER, autor de *Conocer a Dios*

«Josh dice: que este libro es "mi manera de deleitarme con la teología a mi propia y sencilla manera". Después de leerlo, puedo decir que también es una defensa popular de la importancia que tiene la teología y, al mismo tiempo, una introducción a la misma. Disfruté de su lectura. Y mi mente enseguida comenzó a pensar en la forma en que podría utilizar este libro. Josh me ha entregado una nueva herramienta. Este libro es interesante, está bien escrito e ilustrado de una forma excelente. Josh ha triunfado de nuevo al darnos un libro que es claro, absorbente, directo, sólido, fácil de leer, sensato, centrado en Dios, equilibrado, lleno de humor... ¡y hasta tiene ilustraciones!».

MARK DEVER, autor; pastor principal de la iglesia Bautista de Capitol Hill, Washington DC

«¡*Cava más hondo* es un libro increíble! Es una mirada palpable y encarnada a la teología. Yo se lo daría a todo joven cristiano que quiera comprender su fe».

LECRAE, artista de hip-hop

«Somos dos jóvenes que hemos recibido la profunda bendición y la influencia de los libros y el ejemplo de Josh, y nos sería imposible sentirnos más entusiasmados de lo que estamos con respecto a *Cava más hondo*, y a la forma en que Dios lo va a usar para transformar una generación. Su lectura es apasionante y sincera. ¡Por él supimos cosas acerca de nuestro hermano mayor que nadie nos había dicho antes en veintiún años! Pero lo más importante es que aprendimos acerca de nuestro Salvador unas cosas que hicieron que nos enamoráramos más de Él y de su Palabra. Consigue este libro. Léelo. Y únete a nosotros en un viaje consagrado a redescubrir lo que siempre ha sido cierto».

ALEX Y BRETT HARRIS, autores de *Do Hard Things*

«En *Boundless*, hemos disfrutado observando cómo unos adultos jóvenes cultivan un nuevo deseo de ir "cada vez más lejos" como seguidores de Cristo. Son pocos los escritores que alimentan ese deseo como Joshua Harris. Con humildad, humor y modestia, *Cava más hondo* nos hace ver lo diferentes que son las cosas según los cimientos que se pongan: lo vulnerable que se puede ser cuando esos cimientos son débiles, y la transformación que se puede llegar a tener cuando se está dispuesto a cavar más hondo».

TED SLATER, editor de Boundless.org; Enfoque a la familia

Publicado por
Editorial Unilit
Miami, Fl. 33172
Derechos reservados

© 2011 Editorial Unilit (Spanish translation)
Primera edición 2011

© 2010 por Joshua Harris
Originalmente publicado en inglés con el título:
Dug Down Deep por Joshua Harris.
Publicado por *Multnomah Books*, un sello de
The Crown Publishing Group, una división de Random House, Inc.,
12265 Oracle Boulevard, Suite 200, Colorado Springs, CO 80921 USA
Publicado en español con permiso de Multnomah Books, un sello de
The Crown Publishing Group, una división de Random House, Inc.
(This translation published by arrangement with Multnomah Books, an imprint of *The Crown Publishing Group*, a division of Random House, Inc.)

Todos los derechos de publicación con excepción del idioma inglés son contratados exclusivamente por GLINT, P O Box 4060, Ontario, California 91761-1003, USA.
(All non-English rights are contracted through: Gospel Literature International, P O Box 4060, Ontario, CA 91761-1003, USA.)

Reservados todos los derechos. Ninguna porción ni parte de esta obra se puede reproducir, ni guardar en un sistema de almacenamiento de información, ni transmitir en ninguna forma por ningún medio (electrónico, mecánico, de fotocopias, grabación, etc.) sin el permiso previo de los editores, excepto en el caso de breves citas contenidas en artículos importantes o reseñas.

Traducción: Dr. Andrés Carrodeguas
Edición: Rojas & Rojas Editores, Inc.
Diseño de la portada: Ximena Urra
Fotografías de la portada: © 2011 LoopAll, Ultrashock, Pavel Ignatov, dedMazay.
Usadas con permiso de Shutterstock.com.

El texto bíblico ha sido tomado de la versión Reina Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.
Las citas bíblicas señaladas con NVI se tomaron de la Santa Biblia, *Nueva Versión Internacional.* © 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional.
Usadas con permiso.

Producto 495749
ISBN 0-7899-1812-9
ISBN 978-0-7899-1812-3

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Categoría: Vida cristiana /Crecimiento espiritual /General
Category: Christian Living /Spiritual Growth /General

A Emma Grace, Joshua Quinn y Mary Kate

Su padre los ama mucho. Un día, cuando tengan más edad,
espero que lean este libro y se den cuenta de que lo escribí para ustedes.
No tengo una esperanza mayor
que verlos edificar su vida sobre Jesús.

Contenido

1 **MI *RUMSPRINGA*** 1
«Todos somos teólogos. La cuestión está en si aquello que sabemos de Dios es cierto».

2 **EN EL CUAL APRENDO A CAVAR** 17
«Debajo había una pregunta más profunda: ¿sobre qué cimientos voy a edificar mi vida?».

3 **CERCANO PERO NO EN MI BOLSILLO** 37
«Dios es absolutamente diferente a mí. Y eso es absolutamente maravilloso».

4 **RASGAR, QUEMAR, COMER** 53
«Cuando leemos la Biblia, ella se nos abre. Y nos lee a nosotros».

5 **DIOS CON OMBLIGO** 73
«Jesús es único. Y vino para realizar algo que nadie más hubiera podido realizar».

6 **UNA MANERA DE SER BUENO OTRA VEZ** 95
«Durante demasiado tiempo, la noticia de que Jesús había muerto por mis pecados careció de un verdadero significado».

7 CÓMO JESÚS SALVÓ A GREGG EUGENE HARRIS 117

«¿Cómo es posible que una redención realizada en las afueras de Jerusalén le diera vida a un joven en una playa de California?»

8 CAMBIADO, CAMBIANDO Y POR CAMBIAR .. 145

«La santificación es trabajo. Pero es un buen trabajo: es el privilegio de los redimidos».

9 CREO EN EL ESPÍRITU SANTO 175

«Anhelaba saber que Dios estaba presente; que yo estaba haciendo algo más que cantarle al techo».

10 EL INVISIBLE HECHO VISIBLE 193

«El plan de Dios siempre ha sido un plan de grupo: Él se revela por medio de su pueblo».

11 UNA ORTODOXIA HUMILDE..... 213

«He aquí lo que desinfla mi arrogancia más rápido que cualquier otra cosa: tratar de vivir la verdad que tengo».

RECONOCIMIENTOS..... 229

NOTAS 231

1

MI *RUMSPRINGA*

«Todos somos teólogos. La cuestión está en si aquello que sabemos de Dios es cierto».

Es algo extraño ver a una jovencita amish ebria. La combinación de uno de sus gorros típicos y una lata de cerveza es poco elegante. Si anduviera dando traspiés con una jarra de whisky casero, al menos la jarra haría juego con su largo y simple vestido. Pero en estos momentos ella no se puede preocupar de eso. Está ebria por completo.

Bienvenido al *rumspringa*.

Los amish, personas que pertenecen a un grupo religioso cristiano con raíces en Europa, practican una forma radical de separación del mundo moderno. Viven y se visten con sencillez. Las amish usan una especie de gorros y unos vestidos largos y anticuados, y nunca tocan un cosmético. Los hombres llevan sombrero de paja de ala ancha, un corte de cabello que parece hecho con un tazón y se dejan crecer una especie de cortinas de barbilla: una barba completa con el bigote rasurado.

Mi esposa, Shannon, dice a veces que quisiera ser amish, pero sé que no es cierto. Se entretiene con sus fantasías amish cuando la vida se le vuelve demasiado complicada, o cuando está cansada de lavar ropa. Entonces piensa que la vida sería más fácil si solo tuviera dos

vestidos para escoger y los dos fueran iguales. Le digo que si tratara de ser amish, a los diez minutos se compraría un par de pantalones vaqueros y desaparecería el gorro. Además, nunca me permitiría que me dejara crecer una barba como la de ellos.

Una vez Shannon viajó en auto con su amiga Shelley hasta Lancaster, Pensilvania, para pasarse el fin de semana comprando muebles y edredones en territorio amish. Pararon en un hostal junto a una granja amish. Una mañana, Shannon mantuvo una conversación con el dueño del hostal, quien había vivido entre los amish toda su vida. Ella le hacía preguntas, con la esperanza de descubrir detalles románticos acerca de su sencilla vida movida por calesas. Pero más bien se le quejó de tener que estar recogiendo latas de cerveza todos los fines de semana.

¿Latas de cerveza?

«Sí», le dijo, «los chicos de los amish las dejan por todas partes». Y le habló del *rumspringa*. Los amish creen que antes que una persona joven decida comprometerse como adulta con la iglesia amish, debe haber tenido la oportunidad de explorar los deleites prohibidos del mundo exterior. Así que a los dieciséis años de edad todo cambia para los adolescentes amish. Pasan de ordeñar vacas y cantar himnos a vivir como libertinas estrellas del rock.

En el alemán de Pensilvania, *rumspringa* quiere decir «corretear». Es una temporada en la que pueden hacer cuanto se les antoje. Durante este tiempo, que puede durar desde unos meses hasta varios años, se les levantan todas las restricciones de la iglesia amish. Los adolescentes pueden comprar en los centros comerciales, tener relaciones sexuales, usar cosméticos, emplear juegos de video, drogarse, usar teléfonos celulares, vestirse como les parezca, y hasta comprar y conducir autos. Pero lo que más parecen disfrutar durante el *rumspringa* es reunirse en un granero, tocar música a todo volumen y tomar bebidas alcohólicas hasta caer al suelo. Todos los fines de semana, le dijo aquel hombre a Shannon, tenía que recoger las latas de cerveza que quedaban por toda su propiedad, después de la fiesta amish que había durado la noche entera.

Cuando Shannon regresó después de su fin de semana en Lancaster, sus aspiraciones de hacerse amish habían disminuido considerablemente. La imagen de unas encantadoras jovencitas amish bebiendo en exceso le quitó el brillo a su visión idealista de la vida amish. Y la acabamos de desilusionar cuando alquilamos un documental acerca del rito del *rumspringa* llamado *El lugar de recreo del diablo*. La cineasta Lucy Walker se pasó tres años haciendo amistad con adolescentes amish, entrevistándolos y filmándolos mientras estos exploraban el mundo exterior. Allí vimos a la jovencita amish ebria dando tropezones en medio de una fiesta en un granero. También aprendimos que la mayor parte de las jovencitas siguen vistiendo como amish en esas fiestas, como si sus ropajes fueran una cuerda de salvamento atada a su seguridad mientras exploran el lado loco de la vida.

En el documental, un emprendedor y delgado jovencito de dieciocho años llamado Faron vende y es adicto a la droga metanfetamina cristalizada. Después que lo atrapa la policía, Faron denuncia a sus rivales en la venta de drogas. Cuando se ve amenazado de muerte, regresa al hogar de sus padres y trata de comenzar de nuevo. La fe amish es una buena religión, dice. Quiere ser amish, pero sus viejos hábitos continúan arrastrándolo.

Una jovencita llamada Velda lucha con la depresión. Durante el *rumspringa* siente que esas fiestas son acontecimientos vacíos, pero después de unirse a la iglesia, no le agrada la idea de pasar el resto de la vida como una amish. «Dios me habla por un oído, y Satanás por el otro», dice Velda. «Una parte de mí quiere ser como mis padres, pero la otra quiere los pantalones de mezclilla, el corte de cabello y hacer todo lo que quiera hacer»[1]. Cuando no logra convencer a su prometido amish para que deje la iglesia junto con ella, rompe con él un mes antes de la boda, y deja para siempre la fe amish. Sola, pero decidida, comienza a ir a la universidad.

La historia de Velda es una excepción. Entre el ochenta y el noventa por ciento de los adolescentes amish deciden regresar a la iglesia amish después del *rumspringa*[2]. En un momento del documental, Faron comenta inteligentemente que el *rumspringa* es como una vacuna para los adolescentes amish. Se entregan con desenfreno a los peores placeres del mundo moderno hasta sentir asco. Entonces, agotados

y repugnados, regresan al tranquilo, conocido y seguro mundo de la vida amish.

Al ver esto, me preguntaba: *¿A qué regresan? ¿Están escogiendo a Dios, o solo un estilo de vida seguro y sencillo?*

Yo sé lo que significa luchar con cuestiones de fe. Sé lo que es que la fe esté tan mezclada con las tradiciones familiares que sea difícil distinguir entre un conocimiento genuino de Dios y la comodidad de un estilo de vida conocido.

Crecí en una familia cristiana evangélica. Una que se hallaba en el extremo más conservador de todo el espectro. Soy el mayor de siete hijos. Nuestros padres no nos enviaron a la escuela, sino que nos educaron en casa, nos criaron sin televisión y creían que el noviazgo a la antigua era mejor que la costumbre actual de las citas. Es probable que nuestros amigos del vecindario pensaran que nuestra familia era amish, pero eso solo habría sido porque no conocían a algunas de las familias cristianas realmente conservadoras que educan a sus hijos en casa en lugar de enviarlos a la escuela. En realidad, nuestra familia era más liberal en cuanto a la cultura que muchas de esas familias. Veíamos películas, podíamos escuchar música rock (siempre que fuera cristiana, o de los Beatles) y se nos permitía tener juguetes de la Guerra de las Galaxias o Transformers.

Pero aun así, durante la secundaria me resistí a las restricciones de mis padres. Con esto no quiero decir que mis desvíos espirituales fueran muy chocantes. Dudo que los chicos amish se hubieran impresionado mucho con mi exploración de los placeres mundanos durante la adolescencia. Nunca usé drogas. Nunca me embriagué. Lo peor que llegué a hacer fue robar revistas pornográficas, escaparme de la casa por las noches con otro jovencito de la iglesia, y salir con unas cuantas jovencitas a espaldas de mis padres. Aunque mi rebelión era pacífica en comparación, nunca fue la virtud la que me apartó del pecado. Fue la falta de oportunidades. Me estremezco al pensar en lo que yo habría hecho en una temporada de *rumspringa* aprobada por mis padres.

En fin, que en realidad, la fe de mis padres no era mi fe. Sabía cómo moverme dentro del sistema, conocía la jerga cristiana, pero no tenía puesto el corazón en aquello. Mi corazón se había propuesto disfrutar el momento.

Hace poco, un amigo mío conoció a una dama que me conocía desde mi época de secundaria. Le pregunté: «¿Y qué recordaba de mí?».

«Me dijo que andabas loco detrás de las chicas, que eras soberbio e inmaduro», me respondió mi amigo.

Sí que me conocía, pensé. No fue agradable oír aquello, pero no pude protestar. Yo ni conocía ni temía a Dios. Tampoco me sentía impulsado por deseo alguno de conocerle.

Para mí, la fe cristiana tenía más que ver con un conjunto de normas morales que con fe y confianza en Jesucristo.

Al principio de mis veintitantos años, pasé por una fase en la que le echaba la culpa de todas mis deficiencias espirituales a la iglesia a la cual había asistido durante la secundaria. Las megaiglesias evangélicas son buenas como sacos de arena para puñetazos.

Mi razonamiento era algo así: Yo era superficial en mi espiritualidad porque la enseñanza del pastor era superficial. No estaba del todo comprometido, porque no habían hecho lo suficiente para captar mi atención. Era un hipócrita, porque los demás eran hipócritas. No conocía a Dios, porque no me habían facilitado suficientes programas. O no me habían facilitado los programas que debían. O tal vez tenían demasiados programas.

La cuestión es que la culpa no era mía, sino de otros.

Lo único que supera a la costumbre de culpar de todos nuestros problemas a la iglesia es la costumbre de culpar a nuestros padres por todo lo que ande mal en nosotros. Pero mientras más edad tengo, menos hago ninguna de las dos cosas. Tengo la esperanza de que esto se deba en parte a la sabiduría que suele venir con la edad. Sin embargo, estoy seguro de que también se debe a que ahora soy padre y pastor. De repente he sentido una compasión mucho mayor por mi padre,

mi madre y por los pastores de mi iglesia de entonces. Interesante, ¿no es cierto?

En la iglesia que estoy pastoreando ahora (y que tanto amo), algunos adultos jóvenes me hacen recordar cómo era yo en la secundaria. Son jóvenes criados en la iglesia que saben mucho de la religión cristiana, y muy poco de Dios. Algunos son pasivos y ambivalentes por completo en lo que se refiere a las cosas espirituales. Otros se están apartando de su fe, incómodos ante la autoridad de sus padres, amargados por alguna norma o directriz que se les ha dado, y contando los minutos que les faltan para cumplir los dieciocho años y poder desaparecer. Otros no van a ninguna parte, pero solo se quedan para cumplir con lo exterior. Para ellos, la iglesia no es más que un grupo social.

Se siente uno extraño ahora, cuando se encuentra del otro lado. Cuando yo oro en específico por jóvenes de ambos sexos que se están alejando de Dios; cuando me pongo en pie para predicar y me siento impotente para cambiar un corazón; cuando me siento para aconsejar a la gente, y me da la impresión de que nada que yo pueda decir la va a alejar del pecado, recuerdo a los pastores de mis tiempos de adolescente. Comprendo que también se deben haber sentido así. También deben haber orado y gemido por mí. Deben haber puesto un inmenso esfuerzo en sus sermones, teniendo en mente a estudiantes como yo.

Ahora veo que estaban haciendo lo mejor que sabían hacer. En cambio yo, la mayor parte del tiempo no los estaba escuchando.

Durante la secundaria, me pasaba la mayoría de los sermones de los domingos garabateando, pasando notas, mirando a las chicas y deseando tener dos años más y diez o doce centímetros más de estatura para que una pelirroja llamada Jenny dejara de verme como su «hermanito», lo que nunca sucedió.

La mayor parte del tiempo yo iba flotando por aquella iglesia de adultos, como muchos adolescentes en las iglesias evangélicas.

Encontraba mi sentido de identidad y comunidad en el universo paralelo del ministerio de los jóvenes. Nuestro grupo de jóvenes estaba dirigido a ser ruidoso, movido y divertido. Tenía por modelo la influyente y gigantesca *Willow Creek Community Church*, siempre preocupada por quienes andaban buscando a Dios, situada en las afueras de Chicago. La meta era sencilla: preparar un espectáculo, hacer que los chicos entraran al edificio y hacerles ver que los cristianos son divertidos y que Jesús también lo es. Teníamos que demostrar que ser cristiano es, a diferencia de las opiniones populares, e incluso de unos pocos pasajes incómodos de la Biblia, bien divertido. Por supuesto, no es tan divertido como ir de fiesta en fiesta y tener relaciones sexuales, pero de todas formas, es bien divertido.

Todos los miércoles por la noche nuestro grupo de cuatrocientos y tantos estudiantes se dividía por equipos. Competíamos en distintos juegos y ganábamos puntos por traer invitados. Por supuesto, como estudiaba en mi casa, yo era totalmente inservible en cuanto a la categoría de «traer amigos de la escuela». Por eso traté de compensar esto trabajando en el equipo de drama y video. Mi amigo Matt y yo escribíamos, representábamos y dirigíamos dramitas que complementaban los mensajes de nuestro pastor de jóvenes. Lamentablemente, nuestra idea de lo que era complementar consistía en presentar dramitas que no estaban relacionados ni remotamente con su mensaje. El hecho de que Matt se parecía a Brad Pitt aseguraba que nuestros dramitas fueran siempre bien recibidos (al menos por las chicas).

El punto más elevado de mi carrera artística dentro de mi grupo de jóvenes llegó cuando el pastor descubrió que yo podía bailar, y me pidió que hiciera una imitación de Michael Jackson. El álbum *Bad* [«Malo»] acababa de salir al mercado. Lo compré, me aprendí todos los pasos y después, cuando hice mi presentación —¿cómo puedo decir esto con humildad?—, dejé a todo el mundo con la boca abierta. Yo *era* malo (y lo digo en el buen sentido de la palabra «malo»). El público se volvió loco. La música resonaba y las jovencitas gritaban y trataban de tocarme fingiendo adulación, mientras yo hacía mis pasos de «*moonwalk*» y doblaba la voz del artista en uno de los cantos pop más estúpidos que se hayan escrito jamás. Lo disfruté segundo a segundo.

Mirando atrás, lo cierto es que no estoy muy orgulloso de aquella representación. Me habría sentido mejor acerca del *mal* momento que habría pasado si el sermón de aquella noche hubiera tratado acerca de la depravación del ser humano, o cualquier otra cosa que estuviera siquiera ligeramente relacionada con ese tema. Pero no hubo conexión alguna. No tenía que ver nada con nada.

Para mí, bailar como Michael Jackson aquella noche ha llegado a tipificar mi experiencia en un grupo de jóvenes grande, evangélico y orientado hacia los que andan en busca de Dios. Fue divertido, todo un espectáculo, culturalmente atrevido (en esa época), y tuvo muy poco que ver con Dios. Me apena decirlo, pero pasé más tiempo estudiando los pasos de baile de Michael Jackson para esa ocasión que el que jamás se me había pedido que invirtiera en un estudio acerca de Dios.

Por supuesto, la culpa fue sobre todo mía. Yo estaba haciendo lo que quería hacer. En el grupo de jóvenes había otros jovencitos que eran más maduros y que crecieron más espiritualmente en el grupo. Y no tengo duda alguna de las buenas intenciones de mi pastor de jóvenes. Él estaba tratando de conseguir un equilibrio entre lograr que los jovencitos asistieran y enseñarles.

Tal vez yo no habría estado interesando en el grupo de jóvenes si no hubiera estado repleto de diversión y juegos, y tenía una buena orquesta. Con todo, aun querría que alguien hubiera esperado más de mí... de todos nosotros.

¿Lo habría escuchado? No lo puedo saber. Pero sé que una visión clara de Dios, del poder de su Palabra y de la razón de ser de la vida, muerte y resurrección de Cristo se perdía en medio de esas luces y diversiones.

En la Biblia se encuentra la historia de un joven rey llamado Josías, quien vivió unos 640 años antes de Cristo. Me parece que Josías tenía cierta afinidad conmigo: era religioso pero ignorante en cuanto a Dios. Su generación había perdido la Palabra de Dios. Y no lo digo

en sentido figurado. Literalmente, se les había perdido la Palabra de Dios. Parece raro, pero se les había extraviado la Biblia.

Si lo analizamos, aquello era algo grande. No estamos hablando de unas gafas de sol, ni de un llavero. El Creador del universo se había comunicado con la humanidad por medio de su profeta Moisés. Le había dado sus leyes. Había revelado cómo era Él, y qué quería del ser humano. Le había dicho a su pueblo lo que significaba el que fueran su pueblo, y cómo debían vivir. Todo esto había sido escrito puntualmente en un rollo. Y ese rollo, que tenía un valor incalculable, lo habían guardado en su santo templo. Sin embargo, había desaparecido. Nadie sabe cómo sucedió. Tal vez algún sacerdote torpe lo había dejado caer, y había rodado hasta quedar en algún rincón oscuro.

Pero aquí viene lo triste: nadie lo había notado. No lo habían estado buscando. Nadie se puso a mirar por debajo de los muebles. Se había perdido y a nadie le importaba. Durante décadas, los que llevaban el calificativo de «pueblo de Dios» no habían tenido comunicación alguna con Él.

Se ponían vestiduras sacerdotales, cumplían con los ritos tradicionales en su hermoso templo y sus mensajes era tan sabios, tan profundos, tan inspiradores.

Pero todo era charlatanería; de lo único que hablaban era de sus propias opiniones. Ritos vacíos. Sus vestiduras eran disfraces, y su templo no era más que un cascarón vacío.

Esta historia me asusta, porque demuestra que es posible que toda una generación se dedique feliz a los asuntos de la religión aunque haya perdido el verdadero conocimiento de Dios.

Cuando hablamos del conocimiento de Dios, estamos hablando de la teología. Dicho en pocas palabras, la teología es el estudio de la naturaleza de Dios: quién es Él, cómo piensa y cómo actúa. A pesar de esto, la teología no ocupa un lugar muy elevado en la lista de intereses diarios de muchas personas.

Mi amigo Curtis dice que hoy en día la mayoría de la gente solo piensa en sí misma. Lo llama «egología». Me parece que tiene razón.

Sé que así sucedió conmigo, y que me puede volver a suceder. Me es mucho más fácil ser experto en lo que yo pienso, siento y quiero que dedicarme a conocer a un Dios invisible, creador de todo el universo.

Otros consideran que la teología es solo para los eruditos o los pastores. Yo solía pensar así. Veía la teología como una excusa para que todos los intelectuales del mundo le añadieran tareas al cristianismo.

Sin embargo, he aprendido que no es así. La teología no es para un grupo determinado de personas. A nadie le es posible escapar de ella. Está en todas partes. Todos estamos «haciendo» teología continuamente. En otras palabras, todos tenemos alguna idea u opinión acerca de cómo es Dios. Oprah hace teología. La persona que dice: «No puedo creer en un Dios que manda gente al infierno» está haciendo teología.

Todos tenemos cierto nivel de conocimiento. Este conocimiento podrá ser mucho o poco, ilustrado o no, verdadero o falso, pero todos tenemos algún concepto acerca de Dios (aunque sea creer que no existe). Y todos basamos nuestra vida en lo que pensamos que Dios es.

Así que cuando yo giraba al estilo de Michael Jackson en un grupo de jóvenes, era un teólogo. Aunque no estaba prestando atención alguna en la iglesia. Aunque no estaba demasiado interesado en Jesús, ni en agradarle. Aunque estaba más interesado en mi novia y en llegar a ser popular. Por supuesto, era un teólogo malo, y mis conceptos de Dios eran confusos y a veces ignorantes. Pero tenía un concepto de Dios que dirigía mi manera de vivir.

He aprendido que la teología es importante. E importa no porque queramos sacar buenas notas en un examen, sino porque lo que sabemos de Dios le da forma a nuestra forma de pensar y vivir. Lo que pienses acerca de la naturaleza de Dios —cómo es Él, qué quiere de ti, y si vas a responderle o no—, afecta a todas las facetas de tu vida.

La teología importa, porque si está equivocada, toda nuestra vida va a estarlo.

Yo sé que la idea de «estudiar» a Dios incomoda con frecuencia a la gente. Suena como algo frío y teórico, como si Dios fuera una rana muerta para hacerle la disección en un laboratorio, o un conjunto de ideas que aprendemos de memoria, como en los exámenes de matemáticas.

Sin embargo, estudiar a Dios no tiene por qué ser así. Se le puede estudiar de la misma forma que se queda uno sin habla cuando estudia un atardecer. Se le puede estudiar de la misma forma que un hombre estudia a la esposa que ama con pasión. ¿Le critica alguien que observe lo que a ella le gusta o le desagrada? ¿Suena clínico el anhelo de conocer los pensamientos y las añoranzas de su corazón, o querer escucharlo cuando habla?

El conocimiento no tiene por qué ser seco y sin vida. Y cuando pensamos en Él, ¿qué alternativa nos queda? ¿Ignorancia? ¿Falsedad? Estamos edificando nuestra vida en la realidad de cómo es Dios y qué se propone, o la estamos basando en nuestra imaginación y en nuestros conceptos erróneos.

Todos somos teólogos. La cuestión es si lo que sabemos acerca de Dios es cierto.

En los días del rey Josías, la teología era un verdadero desastre. No es extraño. La gente había perdido las palabras de Dios, y había olvidado con rapidez cómo era el Dios verdadero.

El rey Josías era contemporáneo del profeta Jeremías. La gente le da a Jeremías el apodo de «profeta llorón», y en aquellos tiempos había mucho sobre lo cual llorar. «Cosa espantosa y fea es hecha en la tierra», dice Jeremías. «Los profetas profetizaron mentira, y los sacerdotes dirigían por manos de ellos; y mi pueblo así lo quiso» (Jeremías 5:30-31).

A medida que el pueblo fue aprendiendo a amar sus mentiras con respecto a Dios, perdió su capacidad para reconocer su voz. «¿A quién hablaré y amonestaré, para que oigan?», pregunta Dios. «He aquí que

sus oídos son incircuncisos, y no pueden escuchar; he aquí que la palabra de Jehová les es cosa vergonzosa, no la aman» (Jeremías 6:10).

El pueblo había olvidado a Dios. Habían perdido el gusto por sus palabras. Habían olvidado lo que había hecho por ellos, lo que les había ordenado y lo que amenazaba con hacer si le desobedecían. Así que comenzaron a inventar dioses propios. Comenzaron tomando prestadas algunas ideas acerca de Dios que procedían de las religiones paganas. Sus dioses inventados les permitían vivir como quisieran. Era la «egología» haciéndose pasar por teología.

Las consecuencias no fueron buenas.

Una teología arruinada conduce a la ruina. Judá se volvió una nación parecida a uno de esos repulsivos programas que presentan por la televisión, en los cuales un montón de solteros semidesnudos se acuestan con cualquiera, se traicionan y tratan de ganar dinero. La inmoralidad y la injusticia estaban en todas partes. Los ricos atropellaban a los pobres. La gente había reemplazado la adoración a Dios por la adoración de deidades paganas que exigían orgías religiosas y sacrificio de niños. Todos los niveles de la sociedad, desde el matrimonio y el sistema legal, hasta la religión y la política, eran corruptos.

La parte sorprendente de la historia de Josías es que, en medio de toda esa distorsión y corrupción, decidió buscar y obedecer a Dios. Y lo hizo siendo joven (es probable que tuviera unos veinte años). Las Escrituras nos dan esta descripción de Josías: «Hizo lo recto ante los ojos de Jehová, y anduvo en todo el camino de David su padre, sin apartarse a derecha ni a izquierda» (2 Reyes 22:2).

El profeta Jeremías exhortó al pueblo a tomar también la senda recta de la teología verdadera y la obediencia humilde:

> Así dijo Jehová:
> Paraos en los caminos, y mirad,
> y preguntad por las sendas antiguas,
> cuál sea el buen camino, y andad por él,
> y hallaréis descanso para vuestra alma. (Jeremías 6:16)

En las palabras de Jeremías vemos una descripción de la vida del rey Josías. Su generación pasaba a toda prisa frente a él e inundaba los

fáciles caminos de la religión fabricada por el hombre, la injusticia y la inmoralidad.

No se detenían a buscar un camino diferente.

No hacían una pausa para pensar dónde terminaría aquel camino fácil.

No preguntaban si habría un camino mejor.

En cambio, Josías sí se detuvo. Se detuvo en una encrucijada y miró. Y después preguntó algo que toda una generación había descuidado; incluso lo había olvidado por completo. Preguntó dónde estaban las sendas antiguas.

¿Qué son esas sendas antiguas? Cuando el profeta Jeremías usó esta frase en el Antiguo Testamento, estaba describiendo la obediencia a la Ley de Moisés. Pero hoy, las sendas antiguas han quedado transformadas por la venida de Jesucristo. Ahora vemos que aquellas sendas antiguas en definitiva llevan a Jesús. No solo tenemos una verdad que obedecer, sino también una persona en quien confiar: una persona que obedeció de manera perfecta la Ley, y que murió en nuestro lugar en una cruz.

Al igual que en los tiempos de Jeremías, las sendas antiguas representan una vida basada en un conocimiento verdadero de Dios: un Dios que es santo, un Dios que es justo, un Dios lleno de misericordia hacia los pecadores. Caminar por las sendas antiguas todavía significa relacionarse con Dios y seguir sus condiciones. Todavía significa recibir y obedecer con humildad y veneración la revelación que hace de sí mismo.

Tal como hizo con Josías, Jeremías y las generaciones siguientes, Dios nos llama a esas sendas antiguas. Nos hace señas para que regresemos a la teología que es veraz. Nos llama, como Jeremías llamó a su pueblo, a consagrarnos de nuevo a la ortodoxia.

La palabra *ortodoxia* significa «opinión correcta». En el contexto de la fe cristiana, la ortodoxia es la posesión de opiniones y pensamientos correctos acerca de Dios. Define conceptos y creencias basados en las establecidas, comprobadas y apreciadas verdades de la fe.

Las Escrituras las enseñan con claridad, y los credos históricos de la fe cristiana las proclaman:

Solo hay un Dios, que creó todas las cosas.
Dios es uno y trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo.
La Biblia es la Palabra inerrante de Dios para la humanidad.
Jesús es el Hijo de Dios eterno, nacido de una virgen.
Jesús murió como sustituto de los pecadores, para que estos pudieran recibir perdón.
Jesús resucitó.
Jesús regresará un día para juzgar al mundo.

Las creencias ortodoxas son las que los genuinos seguidores de Jesús han reconocido desde el principio, y han ido transmitiendo de generación en generación a lo largo de los siglos. Quita una de ellas, y lo que te quedará es inferior a las creencias históricas del cristianismo.

Cuando vi el documental acerca del rito del *rumspringa* entre los amish, lo que me llamó la atención fue la forma en que los adolescentes amish procesaban la decisión de unirse o no a la iglesia amish. Con pocas excepciones, la decisión parece haber tenido bien poco que ver con Dios. No estaban escudriñando las Escrituras para ver si lo que enseñaba su iglesia acerca del mundo, el corazón humano y la salvación era cierto. No estaban lidiando con teología. No estoy insinuando que los amish no tengan una fe y una confianza genuinas en Jesús. Sin embargo, en el caso de los adolescentes del documental, la decisión era mayormente cuestión de escoger una cultura y un estilo de vida. Eso los hacía sentirse integrados a un grupo humano. En algunos casos les permitía obtener un trabajo fijo o casarse con la persona que amaban.

Me pregunto cuántos jovencitos de las iglesias evangélicas son como los amish en esto. Muchos no estamos informados en cuanto a teología. La verdad acerca de Dios no nos define ni nos da forma. Hemos crecido dentro de nuestra cultura religiosa. Y a menudo esta

cultura, con sus rituales, su música y sus valores morales, llega a representar al cristianismo mucho más que unas creencias concretas acerca de Dios.

Cada nueva generación de cristianos se tiene que preguntar: «¿Qué estamos escogiendo cuando decidimos ser cristianos?». Ver la historia de esos adolescentes amish me ayudó a darme cuenta de que la vuelta a la ortodoxia tiene que ser más que un simple regreso a un estilo de vida o a unas tradiciones que apreciamos. Por supuesto, la fe cristiana lleva a vivir de una manera específica. Y ciertamente, nos une a una comunidad concreta. Y también es cierto que contiene una tradición. Todo eso es bueno. Es importante. Sin embargo, tiene que ir más allá de la tradición. Tiene que estar centrada en una persona: la persona histórica y viva de Jesucristo.

La ortodoxia importa, porque la fe cristiana no es una simple tradición cultural, ni un código de moral. La ortodoxia está compuesta por verdades irreducibles que se refieren a Dios y a su obra en el mundo. Nuestra fe no es un simple estado mental, una experiencia mística o un conjunto de conceptos impresos en una página. La teología, la doctrina y la ortodoxia son importantes porque Dios es real, y ha actuado en nuestro mundo, y sus acciones tienen un significado hoy, y por toda la eternidad.

Para muchas personas, las palabras como *teología, doctrina* y *ortodoxia* carecen casi por completo de sentido. Tal vez no les parezcan atractivas, o incluso les parezcan repulsivas.

La teología parece aburrida.

La doctrina es algo duro sobre lo cual pelea la gente.

¿Y la ortodoxia? A muchos cristianos les costaría decir lo que es; lo único que saben es que les trae a la mente la imagen de iglesias con olor a humedad, custodiadas por unos señores de edad con el pelo arreglado para que no se les note la calva, y dedicados a callar y regañar a la gente.

Me puedo identificar con esta perspectiva. La he vivido. Pero también he descubierto que mis prejuicios, provocados por mi «alergia a la teología», eran infundados.

Este libro es un relato de la forma en que capté por vez primera la belleza de la teología cristiana. En estas páginas se encuentran las anotaciones del diario de mi peregrinaje espiritual, peregrinaje que me llevó a comprender que la doctrina sólida se halla en el centro de todo lo que es amar a Jesús con pasión y autenticidad. Quiero relatarte cómo aprendí que la ortodoxia no es solo para ancianos, sino que es para todo el que anhele contemplar a un Dios que es más grande, más real y más glorioso que todo cuanto la mente humana es capaz de imaginar.

Lo irónico de mi historia —y me imagino que muchas veces es así— es que lo que yo necesitaba, e incluso añoraba, en mi relación con Dios, venían envueltas en cosas que yo pensaba que no me podían hacer bien alguno. No comprendía cómo unas palabras tan gastadas como *teología, doctrina* y *ortodoxia* podían ser la senda hacia la misteriosa experiencia llena de temor reverencial que es el conocimiento genuino del Jesucristo vivo.

Ellas relataban la historia de la Persona que yo anhelaba conocer.

2

EN EL CUAL APRENDO A CAVAR

«Debajo había una pregunta más profunda: ¿sobre qué cimientos voy a edificar mi vida?»

¿Recuerdas el relato de Jesús acerca del constructor prudente y el necio? Es una historia sencilla. El prudente cavó en el suelo y edificó su casa sobre la roca. Cuando vinieron las tormentas, la casa se mantuvo firme. El necio construyó su casa sobre la arena. Cuando llegaron el viento y las olas, barrieron con la casa. Cuando éramos niños solíamos cantar este relato en la escuela dominical, con movimientos de manos. Ahora que lo pienso, es un concepto bastante traumático para que los niños lo canten: casas que se derrumban, y todo eso. Sin embargo, nunca me asustó, porque yo iba a la iglesia y, claro, era una «persona que construía sobre roca».

Por lo menos eso pensaba yo.

Hace poco volví a leer la parábola de los dos constructores, que está en Lucas 6:46-49, sentado en una playa de la Florida. Estaba allí de vacaciones con mi familia, y me había despertado temprano para leer la Biblia y orar junto al mar. Hacer las devociones mientras el sol se levanta detrás de uno y el océano le queda a sus pies hace que leer

y pensar parezcan actividades bien profundas, amplias y espirituales. Cómo me gustaría poder leer la Biblia junto a la playa todas las mañanas. Pero en Gaithersburg, estado de Maryland, no hay playas. Tengo un despertador que suena como las olas del océano, pero no es lo mismo.

He leído la historia de los dos constructores un número incalculable de veces. La he leído tantas veces, que casi no la leo ya cuando me la encuentro en los evangelios. La paso rápido. Me trago tres frases a la vez, porque ya sé lo que dicen. No me gusta leer la Biblia así pero, sinceramente, a veces lo hago. Aquella mañana en la playa por poco me salto a los dos constructores. Por poco. Tal vez fuera la arena que tenía metida entre los dedos de los pies. O tal vez el sonido de las olas. Pero por alguna razón me obligué a leerlo con detenimiento.

Y mientras lo hacía, vi algo que no había visto antes. Antes pensaba que la idea era que ser cristiano es mejor que no serlo. Y me imagino que a un nivel muy rudimentario, eso es lo que significa. Sin embargo, nunca pensé de forma concreta en lo que significa cavar hasta encontrar roca.

Jesús comienza la historia con una penetrante pregunta. Esto es lo que dice: «¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?». Esa pregunta me hace sentir incómodo, porque no puedo fingir que no la entiendo. Y siento que me está hablando a mí, y que le está hablando a la gente religiosa, gente que afirma pertenecer Dios, gente que dice que Jesús es el Señor. Esto es interesante, porque nos presenta un indicio de que Jesús no está solo comparando a la gente religiosa con la que no lo es. No solo está diciendo que las casas que construyan los ateos se van a venir abajo. Le está hablando a gente que dice creer en Dios.

Jesús está poniendo en evidencia a los religiosos. Les dice: ¿Por qué juegan de esta manera? ¿Por qué me llaman Señor, como si les importara quién yo soy, o qué yo quiero, cuando en realidad, no les importa conocerme, ni hacer lo que yo digo? Y entonces, relata la historia de los constructores y sus dos casas. Las casas que construyen, representan la vida de cada uno de ellos: sus creencias, convicciones, aspiraciones y decisiones.

Jesús nos está diciendo que hay cimientos estables y cimientos inestables sobre los cuales edificar nuestra vida. Cualesquiera que sean

las intenciones, uno puede basar su seguridad y su confianza —el fundamento mismo de nuestra vida— en algo inseguro y defectuoso. En arena movediza.

Es fácil menospreciar al hombre que edificó sobre arena porque fue un ignorante. Pero eso solo se debe a que vemos los malos resultados de su decisión. El edificador necio no sabía que era necio. En su momento, edificar su casa donde lo hizo tal vez tenía mucho sentido. Estaba frente al mar. Había mucha arena para que jugaran sus hijos. Y sin el duro trabajo de cavar, el tiempo de construcción quedaría reducido a la mitad.

Me pregunto cuántos años viviría aquel hombre necio en su hermosa casa edificada sobre la arena antes que llegara la tormenta. ¿Puede alguno de nosotros dar por seguro que no va a cometer el mismo error? ¿Tenía Jesús que advertirnos algo tan evidente?

El edificador prudente decidió hacer las cosas de otra manera. Jesús dice que edificó su casa sobre la roca. Eso significaba mucho trabajo y un agotador esfuerzo. Le llevó más tiempo.

Ahora bien, mira la forma en que Jesús describe lo que significa edificar sobre la roca. Esto es lo que a mí siempre se me había escapado. El constructor prudente es el que acude a Jesús, escucha sus palabras y después las pone en práctica. Esta actividad —este acercarse a Jesús lleno de fe, esta aceptación de su verdad y luego su aplicación de la verdad— es lo que Jesús compara al hombre que cavó muy hondo y edificó sobre cimientos sólidos. Cuando llegaron los problemas, las pruebas y las tormentas de la vida, la «casa» de su vida se mantuvo en pie.

Lo que me sacudió aquella mañana en la playa es que cavar hondo para edificar sobre la roca no es la imagen de lo que significa ser religioso de nombre o conocer a Jesús a distancia. Ser cristiano significa ser una persona que se esfuerza por solidificar sus creencias, sus sueños, sus decisiones, su concepto mismo del mundo sobre la verdad de quién es Jesús, y qué es lo que este ha realizado: un cristiano al que le importa la verdad, al que le importa una doctrina sólida.

Doctrina es una palabra difícil referente a las verdades sobre las cuales debemos edificar nuestra vida, verdades que dudaríamos o desconoceríamos si no tuviéramos la Biblia. La doctrina cristiana es la enseñanza cristiana acerca de todos los temas de los que hablan las Escrituras: Dios, el pecado, Jesús, el cielo, el infierno, la resurrección... y muchos más.

Tal vez nunca lo hayas pensado en estos términos, pero lo cierto es que acudir a Jesús a escuchar sus palabras tiene que ver con doctrina. Es conocer y comprender lo que enseña la Biblia sobre Jesús, por qué lo necesitamos, cómo nos salva y nos transforma. En otras palabras, es conocer las verdades teológicas.

Cuando Jesús habla de la persona que escucha sus palabras, se está refiriendo a algo que va más allá de lo que aparece en letra roja en Mateo, Marcos, Lucas y Juan. La Biblia entera es Palabra de Dios. Toda ella es Jesús hablándonos.

Estudiar esas palabras y comprenderlas significa hacer un esfuerzo. El constructor prudente cava. Es un trabajo que hace sudar, y que llena de sal los ojos. Un cavar que significa estudiar. Un cavar que exige pensar, leer y batallar con verdades a veces provocativas.

No obstante, el trabajo más duro de todos es llevar a la práctica esas verdades. Es lo que Jesús nos señala en la historia (y en eso se enfocan los versículos anteriores de Lucas 6). La verdad exige acción. Nunca bastará con acercarse a Él, llamarlo Señor y conocer sus palabras. La afiliación a una iglesia y la posesión de una lista de creencias nunca serán suficientes. La doctrina y la teología siempre tienen por fin que las apliquemos a nuestra vida, que le demos forma y se la volvamos a dar no solo a una proclamación de fe sino también a las decisiones prácticas en cuanto a cómo pensar y actuar. Los conocimientos que se adquieren en los libros acerca de la construcción sobre roca no tienen valor alguno si nos seguimos apoyando en arena movediza.

Isaac, mi hermano menor, en una ocasión cuando solo tenía cuatro años, tomó una pala y se dirigió al bosque. Mi madre le preguntó qué estaba haciendo. Le respondió: «Voy a cavar en busca de agujeros». Esa historia se ha convertido en una de las favoritas de la familia, e Isaac está cansado de que la repitan. Pero es una buena descripción de lo que hacemos cuando estudiamos y discutimos las creencias sin ponerlas en práctica. Solo estamos cavando en busca de agujeros.

Y necesitamos cavar en busca de la roca.

Sé por experiencia que es posible ser cristiano y vivir en la superficie. Esa superficie puede ser una tradición vacía. Puede ser emocionalismo. Hasta puede ser una doctrina que no se aplica. Creo haber pasado por todo eso. He pasado tiempo en la superficie arenosa del cristianismo superficial.

Los cuatro primeros años posteriores a la escuela secundaria trajeron cambios buenos a mi vida, sobre todo a mi vida espiritual. No me pidas que te diga cuándo me convertí. Como muchos muchachos de iglesia, no recuerdo el día concreto en que me arrepentí, deposité mi confianza en Jesús y fui salvo. Para mí no hubo un cambio súbito. Dios se me insinuó, me pinchó y me moldeó por medio de incontables, pequeñas y al parecer insignificantes experiencias, decisiones y amistades. ¿Sabes la clase de transformación lenta a la que me estoy refiriendo? No la ves mientras se está produciendo. Pero después vuelves la vista al pasado y te das cuenta de que ya no eres el mismo.

Puedo identificar algunos momentos clave. Cuando tenía diecisiete años, asistí a un campamento para líderes cristianos en Colorado Springs. Aquellos estudiantes eran diferentes de los cristianos que yo conocía. Eran serios, muy centrados. Quizá esa fue la primera vez que me encontré entre un grupo de cristianos que no estaban solo tratando de «divertirse más» que el mundo. Aquellos muchachos querían pensar, trabajar y amar más que el mundo. Querían aplicar su mente al estudio de las Escrituras y adquirir una cosmovisión cristiana. Muchos tenían un hambre de Dios y su Palabra en marcado contraste con mi vida.

En una sesión, el director del campamento pidió a los estudiantes que se pusieran de pie y recitaran pasajes de las Escrituras que hubieran aprendido. Comprendí mal lo que estaba pidiendo, y en una ocasión me puse en pie Biblia en mano y leí un pasaje. Cuando me di cuenta de mi error, me sentí tonto. Me desplomé en la silla sonrojado y avergonzado mientras otros se iban levantando para recitar textos de memoria. Peor que el no haber comprendido al director, no sabía de memoria ningún pasaje de la Biblia. La conciencia me remordía.

En esos días mi novia y yo terminamos nuestras relaciones de dos años. Fue un momento significativo en mi vida espiritual. Cuando

rompimos me di cuenta lo mucho que nuestras relaciones, con su continua tentación a las avenencias, había estado agotando mi pasión espiritual. Una vez superados el torbellino mental y el sentimiento de culpa, comencé a buscar a Dios como nunca antes.

En su serena y constante providencia, Dios despertó en mí un anhelo creciente por conocerle. Solo que no estaba seguro sobre lo que debía hacer con él. Me sentía impulsado (en una mezcla de anhelos piadosos y simples aspiraciones humanas) a tratar de hacer algo «grande» para Él. Mi héroe en aquellos tiempos era Billy Graham, de manera que *grande* significaba para mí grandes multitudes y una gran fama (todo por Jesús, claro).

Así que a los diecisiete años, siguiendo los pasos de mi padre comencé a hablar en público. También comencé a editar una revista para adolescentes que realizaban sus estudios en sus casas. Preparar mensajes y escribir para la revista produjo un buen efecto en mí. Me llevaron a cavar.

Entonces un amigo y yo asistimos a una conferencia del apologista cristiano Ravi Zacharias en Reed College. Me cautivó aquel hombre oriundo de la India con su brillante cabello blanco que se había atrevido a entrar en un recinto universitario muy secular, e incluso anti-Dios, para hablar de una manera tan inteligente acerca de las cuestiones de la fe. Citaba poetas y filósofos al hablar de las verdades cristianas. Enseñaba las Escrituras e iba edificando una defensa a favor de la racionalidad de la fe que me hacía vibrar. Me pidió que pensara, que dedicara mi mente a analizar la verdad de Dios. Y lo hizo con un acento de veras interesante.

Quedé entusiasmado. Compré docenas de mensajes grabados de Zacharias. Llevaba siempre conmigo una caja de cartón con sus cintas en el asiento delantero del auto, y las escuchaba una y otra vez. Pasaba tanto tiempo escuchándolas que hasta comencé a pronunciar ciertas palabras con un ligero acento indio (lo cual les debe haber parecido muy extraño a los que asistían a mis conferencias). Mientras iba en el auto escuchando a Zacharias, soñaba con casarme con una de sus hijas, y que mi suegro me entrenara para ser el próximo gran apologista capaz de desarmar a los ateos y a los escépticos con mis habilidades al estilo jiujitsu. (En aquellos días yo quería casarme con las hijas de todos los líderes cristianos).

Entonces me encontré con la obra clásica *El conocimiento del Dios Santo*, de J. I. Packer. Fue el primer libro serio de teología que leí. Packer me enseñó que no me bastaba con saber cosas acerca de Dios o acerca de la piedad, sino que necesitaba conocer a Dios mismo: su carácter y sus atributos. El estudio de esas doctrinas no era un fin en sí mismo, sino un medio para establecer una relación con nuestro Creador y Redentor. Packer me enseñó que, lejos de ser poco práctica o irrelevante, la teología tenía una importancia vital para la vida cotidiana. Por vez primera comencé a aprender términos de teología como *propiciación, soberanía* y *justificación.*

Lamentablemente, no todo lo que estudiaba me era tan útil como el libro del Dr. Packer. Muchas veces escogía a los autores basándome en lo que *parecía* espiritualmente profundo. Lo oscuro también daba resultado. Comencé a leer los escritos de algunos místicos cristianos bastante poco útiles. Estaba buscando algo, cualquier cosa, que fuera distinto a lo que yo consideraba el plástico mundo evangélico en el cual yo había crecido.

En cuanto a congregarme en una iglesia, me sentí «totalmente diferente» en una gran congregación carismática que se reunía en una colina junto al río Columbia. El edificio de la iglesia en sí mismo era una estructura arquitectónica como nunca había visto otra: dos domos blancos insertados en las faldas de la colina. Era como si Dios se hubiera inclinado desde el cielo para poner allí al revés dos inmensos tazones de cereal.

Mis amigos de mi antigua iglesia me hacían bromas acerca de la «iglesia de las burbujas» con todas sus rarezas carismáticas. No me importaba lo que dijeran. Encontré al Espíritu Santo en la iglesia de las burbujas, y puesto que la Trinidad solo consta de tres miembros, me pareció que aquello era bastante significativo.

Me encantaban muchas cosas de mi iglesia carismática. Me entusiasmaban la pasión y el celo emocional que tenía la gente. Nunca había visto a nadie tan emocionado con respecto a Dios. Alzaban las manos y danzaban durante la adoración. Oraban durante horas.

Hablaban de Dios y su Espíritu con la expectativa de que hiciera su entrada en el mundo de un momento a otro. Para un joven como yo, hambriento de realidad espiritual, esta visión de la presencia y el poder de Dios resultaba sumamente atractiva.

No cambiaría por nada el tiempo que pasé en esa iglesia. Me encontré con Dios de maneras bien potentes y aprendí mucho allí acerca de la obra del Espíritu Santo. Sin embargo, con el tiempo, el enfoque continuo en la búsqueda de un nuevo mover del Espíritu comenzó a perder su atractivo. No me podía quitar de encima la sensación de que faltaba algo.

Ahora comprendo que todavía no había hallado lo que más necesitaba. No había descubierto el valor de hallar y edificar sobre el lecho de roca. Estaba raspando la superficie, escarbando pero no cavando en la sana doctrina.

Si lo que me había llevado a mi iglesia anterior era el anhelo de tener amigos, comencé a ver que lo que me interesaba en la iglesia de las burbujas era la última experiencia espiritual. Había comenzado a medir mi relación con Dios por la euforia emocional y los encuentros con el Espíritu. Quería caer al suelo bajo el poder del Espíritu. Había pasado de un estilo evangélico ligero en teología y muy preocupado por los que llegaban a la iglesia buscando a Dios, a un pentecostalismo también ligero en teología y movido por las experiencias.

Cuando cumplí los veintiún años, mi padre me escribió una carta llena de consejos paternales. Una de sus afirmaciones sobresalía por encima de las demás: «Encuentra hombres a los que te quieras parecer, y después siéntate a sus pies». En el momento de comenzar a ser adulto, me estaba recordando que algunas de las lecciones que yo más necesitaba no las iba a encontrar en ningún libro de texto: estarían grabadas en el corazón y la vida de un hombre de Dios. Necesitaba acercarme lo suficiente a un hombre así para observar su carácter y dejarme moldear por su ejemplo. Necesitaba un mentor.

Me gustó la idea. Pero era más fácil hablar de encontrar un mentor que lograrlo. No es que los líderes sabios y piadosos tengan una hoja para que la firmen los que se quieran «sentar a sus pies». Y en muchos sentidos, me parecía que me estaba yendo bien. Las cosas iban muy bien en mi búsqueda de cosas «grandes» para Dios. La revista que comencé había llegado a un pulido esplendor lleno de color, con más de cinco mil suscriptores. Las conferencias para adolescentes que mi padre me había ayudado a comenzar se habían vuelto relativamente populares. Y como corona de todo aquello, había firmado un contrato con una editorial cristiana para escribir un libro. Estaba viviendo el sueño del evangélico norteamericano. Estaba haciendo algo grande.

Pero grande no equivale a profundo. Tenía mucho que aprender.

La anfitriona de una de mis conferencias fue una pequeña iglesia de Lancaster, en Pensilvania. Aquella iglesia había patrocinado mis conferencias dos años seguidos. Una joven llamada Debbie, una de las primeras suscriptoras de mi revista, era secretaria de la iglesia, y había organizado las reuniones. Después de la conferencia, yo pasaba tiempo con Debbie y otros amigos de su iglesia. Eran extraños, pero en el buen sentido de la palabra. Lo que noté primero era la amistad y el sentido de comunidad que parecían compartir. Lo segundo fue su manera de hablar. Hablaban de la gracia, del pecado, de la obra de Cristo en la cruz y de la santificación con una cordialidad y una apertura que me llamaban la atención. En sus conversaciones normales usaban algunos de los términos de teología que yo había estado aprendiendo en libros como *El conocimiento del Dios Santo*. Era como si hubieran sacado sus ideas doctrinales del estante que ocupaban en mi mente para ponerlas a funcionar en su vida diaria. Esto me parecía extraño y atractivo al mismo tiempo.

Creo que Debbie pudo ver más allá de mi fachada de «éxito» como joven orador y escritor cristiano. Vio a un joven que tenía dotes para comunicar, pero al cual le faltaba una verdadera profundidad espiritual. Aunque no tenía ni un año de edad más que yo, un instinto casi maternal se despertó en ella. Estaba decidida a ayudarme.

La ayuda de Debbie me llegó bajo la forma de cintas grabadas. Me enviaba los sermones de un pastor llamado C. J. Mahaney, que

tenía una iglesia llamada *Covenant Life* en Maryland. Debbie era amiga de sus hijas, y la iglesia de C. J. había ayudado a fundar la iglesia a la que asistía Debbie.

Yo había escuchado antes a otros predicadores dinámicos y llenos de buen humor, pero C. J. era único. Su pasión estaba cargada de una profundidad teológica a la cual yo no estaba acostumbrado. Sus sermones revelaban su amor a la lectura, e inspiraban un amor similar en las personas a las que les predicaba. Con todo, no mencionaba los éxitos de librería cristianos que tanto me impresionaban. Citaba a hombres como J. I. Packer, Sinclair Ferguson, John Stott y D. A. Carson. Mencionaba y citaba a pastores y teólogos fallecidos hacía ya mucho tiempo, como Jonathan Edwards, Thomas Watson y Juan Calvino como si fueran amigos suyos y todavía estuvieran vivos. Charles Spurgeon, el pastor londinense del siglo XIX cuya predicación y ejemplo en la proclamación del evangelio inspiraron a C. J., era su «héroe histórico». John Owen era su tutor en cuanto a la doctrina del pecado.

C. J. me abrió todo un universo de libros y de rica teología que yo ni sabía que existían. Era como descubrir que la fiesta más maravillosa de todas se estuviera celebrando en el sótano mismo de nuestra casa sin que nadie se hubiera molestado en decírnoslo. O como cuando un niño descubre que se está celebrando un carnaval en su traspatio.

Aquello era lo que yo había estado añorando, aunque no había sabido como llamarlo. Mi alma había estado anhelando una verdad buena, sólida y sin diluir acerca de Dios y las buenas nuevas de la vida, muerte y resurrección de su Hijo. Yo no necesitaba espectáculos. Mi necesidad primordial no era irme al suelo durante una reunión de oración. Y tampoco necesitaba una información carente de vida. Necesitaba *conocer a Dios*. Los autores que estaba descubriendo hablaban de Dios de maneras que nunca antes había escuchado. Se regocijaban en el Dios de las Escrituras que gobernaba el universo de manera soberana . Él era un Padre amoroso que salvaba a los seres humanos solamente por su gracia, y todo para su propia alabanza y gloria. Su Hijo era el Salvador cuya muerte expiatoria había rescatado de la ira a los pecadores.

Y a este mensaje del evangelio de la gracia era al que C. J. le reservaba su mayor pasión. La mayor parte de los predicadores y los

cristianos celosos que yo conocía se entusiasmaban al hablar de lo que *nosotros* necesitamos hacer para Dios. En cambio, la mayor pasión de C. J. estaba reservada para la exultación en lo que *Dios* había hecho por nosotros. Le encantaba predicar acerca de la Cruz, y del hecho de que Cristo había muerto en nuestro lugar, como sustituto nuestro.

Aunque yo era alguien que prácticamente había nacido en la iglesia, esto me pareció sorprendente y novedoso. Mientras más profundizaba en la doctrina cristiana, más veía que las buenas nuevas de la salvación solo por gracia en Jesús, quien murió por nuestros pecados —el evangelio— era el mensaje central de toda la Biblia.

Podría parecer muy obvio que este es el centro de la fe cristiana y, sin embargo, me parecía algo nuevo. Comencé a ver la ortodoxia como el atesoramiento de verdades que señalan hacia Jesús y su obra salvadora. La doctrina era la historia viviente de lo que hizo Jesús por nosotros, y lo que esto significa. Sí, interesarse por ella significaba estudiar. Sí, significaba abrir los libros y a veces aprender palabras algo extrañas. Pero era la clave para conocer de verdad a Jesús.

En una fría mañana de febrero, metí las últimas bolsas en mi auto, un desgastado y con olor a humedad Honda Civic 1988 azul pálido con puerta trasera. Mis amigos lo habían bautizado como «transporte de víveres». Cuando uno tiene veintiún años y es soltero, *víveres* no es precisamente una palabra que quisiera ver asociada con su vehículo. Pero yo no podía defenderme. Solo podía alimentar la esperanza de que mi pequeño y poco agraciado auto sobreviviera al viaje.

Me estaba mudando a Maryland. C. J. me había invitado a un período de práctica en su iglesia. Iba a vivir en el sótano de su casa, y él me iba a preparar para el pastorado. Todavía se me hacía difícil creer que hubiera sucedido todo aquello. Sin embargo, mis padres pensaban que aquella invitación era el plan de Dios para mí. «Mi hijo puede aprender de ti cosas que yo no le puedo enseñar», le había dicho mi padre a C. J.

En los dos años que habían transcurrido desde que escuché la primera cinta de sus sermones, se había desarrollado una amistad

personal entre C. J. y yo. Había visitado su iglesia, había asistido a una conferencia para pastores que él organizaba, y me había alojado en su casa. En una ocasión, sentados a la mesa de su cocina, tuvimos una conversación a altas horas de la noche que me dejó una impresión duradera. Hablamos de mi gira de conferencias, del libro que yo estaba escribiendo y de mis planes para los próximos años. Entonces C. J. me preguntó: «¿Qué vas a edificar con tu vida?». Mientras hablábamos, me animó a mirar más allá de los números como medida del éxito, para pensar en lo que significaba construir algo que perdurara más allá de unas conferencias de un fin de semana, o de un libro que fuera un éxito de ventas.

Detrás de lo que me dijo había una pregunta más profunda que en aquellos momentos no pude captar por completo: *¿Sobre qué* edificaría yo mi vida?

Muchas de mis ideas y planes se habían estado basando en las oportunidades, en mis sentimientos y en lo que era pragmático, en lo que daba resultado. C. J. me estaba exhortando a enfocar las cosas de una manera radicalmente diferente, y basar mis decisiones en la verdad acerca de Dios y lo que Él estaba haciendo en el mundo.

Dos días más tarde, después que terminé la conferencia, a punto ya de marcharme, me armé de valor y le pregunté a C. J. si me querría entrenar. «Quiero aprender de usted», le dije. Lo que yo no sabía era que meses atrás C. J. había sentido que Dios dirigía su atención hacia la labor de entrenar a la nueva generación de pastores jóvenes. Mi petición era una confirmación de ese nuevo enfoque.

«Para mí sería un honor servirte», me respondió C. J. «Vete, y si tus padres y tus pastores apoyan esa decisión, hablaremos».

Menos de siete meses más tarde, empaqué mis cosas y salí con rumbo este.

Me tomó cinco días ir por carretera desde Oregón hasta Maryland. En Idaho me pusieron una multa. Ni siquiera me importó. Hasta me sentí contento de tener una prueba de que mi pequeño e infeliz Honda era capaz de ir a exceso de velocidad.

Después que llegué a Maryland, C. J. me hizo empezar un nuevo régimen de estudios. Me dio libros de Iain H. Murray sobre Charles Spurgeon, entre ellos *Spurgeon v. Hyper-Calvinism* [Spurgeon contra el hiper-calvinismo] y *The Forgotten Spurgeon* [El Spurgeon olvidado], en los que hablaba de este gran pastor y de su enfrentamiento a la degradación de las verdades del evangelio. Me puso en las manos diversos libros sobre teología práctica, entre ellos *La disciplina de la gracia* de Jerry Bridges y *Santidad* de J. C. Ryle. Me asignó el estudio de mensajes de David Powlison, experto en consejería bíblica, acerca de la santificación progresiva. Me convertí en el feliz dueño de un ejemplar del libro *Teología sistemática* de Wayne Grudem, un libro de texto más grueso que una guía telefónica. Y leí *La cruz de Cristo* de John Stott.

Me costó un tiempo acostumbrarme a leer libros sólidos de teología. Muchas veces, mientras leía el libro de Stott sobre la cruz, subrayaba y resaltaba puntos que me parecían buenos, para descubrir al final del capítulo que el Sr. Stott los había presentado como ejemplos de errores. Me sentía como un tonto, pero estaba aprendiendo.

Pero más que sumergirme en esos libros, estudiaba al propio C. J. Mientras vivía con él y su familia pude ver cómo era detrás del escenario, al final del día, cuando estaba agotado. Cuando su hijo de cuatro años se portaba majadero. Cuando la gente murmuraba de él. Aprendí que pastorear una iglesia grande no tiene nada de atractivo. Es un duro trabajo que consiste en llevar siempre a la gente en el corazón: a los enfermos, los descarriados, los débiles. Y en todo esto pude ver el gozo de C. J., gozo que siempre se basaba en que Jesús había muerto por sus pecados. Lo oí confesar sus pecados. La autenticidad que presencié en esos momentos me hizo desear el conocimiento de Dios sobre el que C. J. estaba edificando su vida.

Por distintas razones muchos, cristianos de mi generación y de las anteriores a la mía sienten cuando se enfatiza mucho la doctrina. Han llegado al punto de poner la doctrina al nivel de las divisiones en las iglesias, las misivas de odio, la arrogancia y las diatribas furiosas. Han visto lo fácil que es reducir unas verdades que dan vida a fórmulas

vacías. No en balde la doctrina cristiana les parece más un obstáculo que una ayuda para cultivar una vibrante relación con Jesús.

Lo comprendo. Si mi corazón es frío con Dios, puedo convertir la verdad más valiosa en un fin en sí misma o en un arma para atacar a otros. Esto forma parte de por qué encuentro tan instructiva la historia del constructor sensato. Me recuerda que la doctrina no tiene que ver conmigo, ni con mi pequeña tribu. Jesús dijo que quien cava hondo hasta llegar al manto de roca llega *a Él*. Esta tiene que ser su motivación primera y última. La búsqueda de la ortodoxia y de la doctrina sólida tiene que comenzar con un corazón que se quiere acercar a Jesús, no a un sistema teológico, ni a una denominación ni a un libro.

Es fácil cometer el error de pensar que, como las creencias teológicas no deben ser nuestra meta, no las necesitamos. Pero esto no es cierto en cuanto al conocimiento de Jesús, como no lo es tampoco en otras relaciones. Por ejemplo, tengo una hija de nueve años llamada Emma, a quien amo muchísimo. Es cierto que la información y los datos acerca de ella nunca pueden ocupar el lugar de un amor verdadero hacia ella. Sin embargo, esto no significa que deba evitar el conocer cosas acerca de ella. Una importante parte de mi interés por mi niña, y del cultivo de mis relaciones con ella, es estar dispuesto a aprender cómo son su carácter y su personalidad, cuáles son las cosas que le gustan y las que le desagradan. Los detalles que tienen que ver con ella —el color de su cabello, la música que disfruta, sus dones, temores y sueños— son bien importantes para mí, porque *ella* lo es. Esas verdades acerca de ella podrán ser datos sin importancia, pero como describen a una persona que amo, enriquecen y hacen crecer mi amor por ella. Los datos nunca podrán ocupar su lugar, pero no me es posible conocerla sin ellos.

La doctrina nunca puede ocupar el lugar que le corresponde únicamente a Jesús, pero sin ella no lo podemos conocer ni relacionarnos con Él de la forma debida. Es que la doctrina nos dice no solo lo que Dios ha hecho, sino también lo que sus actos significan para nosotros. Un teólogo llamado J. Gresham Machen, quien escribió a principios del siglo XX, me ayudó a comprender esto mejor. Su explicación de la doctrina cristiana me ayudó a ver cómo se conecta con la persona viviente de Jesús. En uno de sus libros, Machen explica que, aunque

los cristianos de los primeros tiempos de la iglesia querían conocer lo que Jesús enseñaba, estaban interesados primordialmente en lo que Él *había hecho*. «Había que redimir al mundo», escribe Machen, «a través de la proclamación de un acontecimiento».

Claro, se está refiriendo a la muerte de Jesús por crucifixión, y su resurrección. Los primeros cristianos sabían que tenían que hablarle de este acontecimiento a la gente. Pero limitarse a contarlo no era suficiente. También tenían que hablar de lo que significaba el acontecimiento. Y esto, explica Machen, es doctrina. La doctrina es la presentación de lo que ha hecho Jesús, junto con lo que significa ese acontecimiento para nosotros.

«Estos dos elementos se combinan siempre en el mensaje cristiano», sigue diciendo Machen. «La narración de los hechos es historia; la narración de los hechos, junto con la presentación de lo que significan, es doctrina. "Sufrió bajo Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado" es historia. "Me amó y se entregó a sí mismo por mí" es doctrina»[1].

La doctrina es el significado de la historia que Dios está escribiendo en el mundo. Es la explicación de lo que Él ha hecho, por qué lo ha hecho y por qué nos importa a ti y a mí.

El relato de Jesús acerca de los dos constructores termina cuando una de las casas se mantiene firme en medio de las tormentas, mientras que la riada arrastra consigo a la otra. La arena no la sostuvo, y se vino abajo. El viento y las olas de los que habla Jesús podrían representar las dificultades y las pruebas de la vida. También podrían ser un símbolo del juicio final, en el cual toda la humanidad comparecerá ante Jesús para rendirle cuentas. Supongo que lo mejor sea pensar en ambos significados. Ambas cosas van a suceder. Las pruebas y los sufrimientos nos tocan a todos tarde o temprano. Y el día final, aunque nos parezca distante, terminará por llegar.

Y en ambos casos, conocer y vivir una doctrina sólida tiene una importancia extrema. ¿Por qué? Porque en el día final, solo aquellos que hayan creído en Jesucristo y vivido para Él, serán rescatados de

la ira de Dios. Y porque en el presente, cuando el sufrimiento sacuda nuestra vida, el conocimiento directo del carácter y el amor de Dios es lo único que nos puede sostener.

Esta realidad la vi en la vida de mi hermano menor Joel y su esposa Kimberly. Poco después de casarse, descubrieron que ella estaba encinta. Nunca había visto unos futuros padres más emocionados. Y entonces recibieron los resultados de la prueba de ultrasonido con una noticia devastadora. Al corazón de la niña le faltaba una de las cuatro cavidades. La bebé Faith, como la llamaron, tenía muy pocas probabilidades de sobrevivir. Luchó con fuerza para seguir con vida, pero su corazoncito trabajaba con la mitad de la capacidad debida. Solo un trasplante de corazón la podría salvar. Cuando el trasplante no llegó, y sus fuerzas comenzaron a fallar, los médicos intentaron una operación de emergencia en su corazón. Pero durante el procedimiento, el cirujano cometió un error. El corazón quedó perforado, y la niña falleció. Dos meses después de venir al mundo, la pequeña Faith se fue con el Señor.

Yo tengo ocho años más que Joel. Era desgarrador ver a mi hermano menor y a su esposa atravesar el dolor de la pérdida de su hija. Tomando prestadas las imágenes de la parábola de Jesús, era como observar a distancia mientras la oleada de una inundación golpeaba la casa en que vivían. El viento y las olas del sufrimiento se estrellaron contra su vida como un tsunami.

Pero cuando se aclaró el agua, la casa de su vida se mantuvo firme y fuerte. Joel y Kimberly sufrieron un profundo dolor, una profunda angustia en el alma. Sin embargo, se mantuvieron firmes, porque tenían sus raíces en un profundo conocimiento de Dios. Habían edificado su vida sobre la verdad.

Durante aquellas difíciles semanas antes del fallecimiento de Faith, yo leía cada día lo que Joel y Kimberly escribían en la página web en la que ponían al día su situación y pedían oración por Faith. Siempre escribían sobre la confianza y la esperanza que tenían en la verdad de la soberanía divina. Y después del fallecimiento de Faith, nunca culparon al cirujano. Nunca cayeron en la amargura. Escribieron acerca de la providencia de Dios, de su soberano control sobre la situación, y de su gratitud por el evangelio.

Cuando pienso en Joel y Kimberly, no puedo soportar que haya gente que hable de la doctrina como una búsqueda sin sentido de datos, cifras y fórmulas. No hay nada más importante, más valioso ni que le dé más seguridad a la vida que el saber que vivimos en la verdad de Dios.

Si la doctrina no consta más que de palabras escritas en una página, la podemos percibir como un montón de reglas o fórmulas sin vida. Pero cuando vemos ortodoxia en los vibrantes colores que exhibe la vida de una persona —cuando observamos cómo esa persona la aplica a su vida con gozo y humildad—, vemos que es algo hermoso. Cuando vemos que alguien camina por las sendas antiguas, y es conducido hacia un conocimiento más profundo de Jesús, sentimos deseos de caminar en ellas nosotros también. Cuando somos testigos de la fortaleza y la seguridad que nos vienen cuando hemos cavado hasta hallar la verdad doctrinal, sentimos deseos de cavar hasta llegar a la verdad misma.

Y esa es la razón de ser de este libro. Escribo con la esperanza de que captes un destello de lo buenas y hermosas que son las sendas antiguas de la ortodoxia, y de lo firme y fidedigna que puede ser para tu vida la roca firme de la sana doctrina.

Espero que estas páginas te inspiren a cavar en la riqueza de la teología. Los diez últimos años de mi vida han sido toda una historia de descubrimientos sobre la relevancia, el gozo y el poder práctico que emanan de la doctrina cristiana. No es una doctrina seca ni aburrida. No es solo para debatir. Es para conocer a Dios y vivir a plenitud.

Los capítulos que siguen son reflexiones sobre diversas doctrinas cristianas que han tocado mi vida de una manera particular. Este libro no es una obra de teología sistemática propiamente dicha. Es más una mezcla de verdades bíblicas que para mí han sido importantes.

Cava más hondo es mi manera de deleitarme con la teología a mi propia y sencilla manera: no es demasiado pulida; a veces es un poco torpe; no llega al nivel de la erudición, pero tengo la esperanza de que

sea agradable y fiel. Aunque se trata de verdades profundas, no quiero fingir que estoy nadando en el extremo más hondo de la piscina. Solo estoy chapoteando en el extremo menos profundo. Pero si mi chapoteo te puede inspirar para que te tires de cabeza, habré triunfado.

Hace algunos años, estaba de vuelta en mi pueblo de Oregón para visitar a mi familia. Mientras estaba allí, vi a Steve, el pastor de jóvenes de la iglesia donde había crecido (la gran iglesia evangélica donde bailé como Michael Jackson). Nos encontramos por casualidad en la sección de verduras de la tienda de víveres local. Hacía años que no lo veía. Me había conocido cuando yo solo era un pretencioso adolescente de trece años con el cabello empapado de fijador. Ahora estaba casado, era padre, tenía un miniván y me había rasurado la cabeza como golpe preventivo contra la calvicie.

Steve no había cambiado nada. Siempre le había gustado hacer ejercicios, y seguía siendo musculoso. Sus ojos todavía brillaban llenos de vida. Fue bueno verlo. Comenzamos a hablar de los viejos tiempos, y entonces me dijo cómo iban las cosas en esos momentos dentro del grupo de jóvenes. Muchas cosas habían cambiado desde los días en que yo había estado allí, me dijo. Él había aprendido mucho en la última década acerca de lo que necesitaban realmente los muchachos. Ahora tenía estudiantes de doctrina que usaban como texto el libro *Teología Sistemática*, el inmenso libro de Grudem que normalmente se utiliza en los seminarios. A los estudiantes los deja impávidos su tamaño. De hecho, les gustaba el desafío. «Se lo están devorando», me dijo. «Estos muchachos están tan encendidos para Dios como no te lo puedes imaginar. Están hablando de su fe a sus amigos. Es increíble».

Salí sonriendo de la tienda de víveres aquel día. Pensé en la misericordia que había tenido Dios con un chico de iglesia tan hipócrita y rebelde como yo. Había reemplazado mi amor al mundo con el amor por Jesús y su verdad. Había pasado de raspar la superficie de un cristianismo superficial, a convertirme en un joven pastor al que le

encantaba cavar en la doctrina. Estaba aprendiendo a edificar mi vida sobre la roca, y a guiar a los demás para que hicieran lo mismo.

Y sonreí mientras me imaginaba a Steve con una nueva generación de chicos de iglesia que estudiaban teología y la encontraban emocionante. Aquello me llenó de gozo todo el día. Me lo imaginé con una de sus esculturales camisas, rompiendo el suelo con una gran pala vieja. Me lo imaginé dándole palas a todos aquellos chicos del grupo de jóvenes. Enseñándoles a cavar hondo.

3

CERCANO PERO NO EN MI BOLSILLO

«Dios es absolutamente diferente a mí.
Y eso es absolutamente maravilloso».

A UNOS DIEZ MINUTOS de mi casa hay un café donde suelo pasar una buena cantidad de tiempo. Voy allí para estudiar o para trabajar en un sermón. Me suelo sentar en la mesa que se encuentra en la esquina derecha más lejana, la que está junto a la conexión eléctrica. Si me quedo allí el tiempo suficiente, la ropa se me impregna del olor del café tostado. Es un aroma agradable mientras estoy allí, pero por alguna razón, después que me marcho, huelo como si hubiera estado fumando un cigarrillo tras otro. Cuando llego a casa, mi esposa me besa y me dice: «Hola, fumador». Eso siempre me hace sonreír.

Un lado del café tiene una serie de ventanales grandes que dan a una acera. Cuando me siento frente a los ventanales, me entretengo observando a la gente que pasa, porque casi todas las personas utilizan las ventanas como espejos. Los que están fuera tienen que enfocar deliberadamente los ojos para ver dentro, donde no hay tanta iluminación. Les es mucho más fácil mirar su reflejo.

Si has visto alguna vez cómo se miran al espejo las personas, sabrás lo divertido que puede ser. He observado que las mujeres se dan

una mirada muy rápida. Lo recorren todo con los ojos desde arriba hasta abajo en un milisegundo. Muchas hacen un divertido mohín con la boca. O fruncen los labios, como las modelos de los lápices labiales. Después se ajustan alguna parte de la ropa y siguen adelante. Los hombres son diferentes. Algunos levantan la cabeza y enderezan la espalda. Otros bajan la cabeza y entrecierran los ojos al estilo de James Dean.

He aprendido que todos tenemos un rostro para el espejo, esa expresión que ponemos cuando nos miramos en un espejo. Pensamos que así nos vemos más atractivos. Por eso sonreímos de cierta manera, arqueamos las cejas, recogemos las mejillas o ponemos de lado la cabeza. Lo divertido de ese rostro para el espejo es que a los demás les parece ridículo. Si anduviéramos por todas partes presentando nuestro rostro para el espejo, nuestros amigos se reirían, y los extraños pensarían que tenemos complejo de estrellas de rock.

Sentado en el café, observo cuando la gente saca su rostro para el espejo al pasar junto a las ventanas. Me parece divertido que se olviden de que dentro del café hay gente como yo que los está observando. Solo se ven a sí mismos.

Los rostros para el espejo de la gente me hacen pensar en la teología. Pero retrocedamos un poco. El estudio de la teología abarca muchos temas diferentes: la iglesia de Dios, el plan de salvación, la obra de Dios en nosotros para hacernos semejantes a Jesús, por nombrar unos pocos. Pero cuando nos centramos en Dios mismo, en quién es Él y cómo es, estamos tocando el *punto central* de la teología. Por cierto, a la doctrina sobre Dios se la llama *teología propia*, porque eso es lo que significa la palabra *teología:* estudio de Dios. En este capítulo nos estamos lanzando a hacer un análisis de creencias que son clave en el cristianismo. Y creo que la doctrina de Dios, o teología propia, es un buen lugar para comenzar, porque lo que pensemos acerca de Dios, lo que entendamos sobre su carácter y atributos, moldea nuestra manera de entender las demás doctrinas, e incluso la vida misma.

No hay nada que tenga mayor importancia que conocer a Dios de la manera correcta, y tener pensamientos veraces acerca de Él. Pero no hay nada más difícil. Y esto no se debe a lo que te pudieras imaginar.

Pensarás que lo más difícil del estudio de la doctrina de Dios es que Dios es tan inmenso que a nuestra limitada mente le es imposible comprenderlo. Y en cierto sentido, es cierto. Como Dios es infinito y nosotros somos criaturas finitas y limitadas, nunca podremos tener una comprensión completa de la divinidad. Dios es incomprensible. Su grandeza va más allá de todo límite. Pero aunque no lo podamos conocer exhaustivamente, lo podemos conocer bien. Esto es posible porque Él ha revelado ciertas verdades acerca de sí mismo. Y aunque son verdades profundas, y la grandeza de Dios sobrepasa toda posible medición humana, lo que nos ha revelado en la Biblia sí lo podemos captar.

Lo que nos hace difícil ver la verdad con respecto a Dios, según creo, no es su abrumadora inmensidad, sino nuestra abrumadora tendencia a centrarnos en nosotros. Mirar más allá de nuestra persona es mucho más difícil de lo que la mayoría comprende. Muchos ni lo han intentado. En este sentido, somos muy parecidos a los que pasan junto a los ventanales del café. En lugar de mirar a través de la ventana de la revelación que Dios hace de sí mismo y verlo, nos parece más fácil admirar nuestro reflejo, o atribuirle las limitaciones de nuestra existencia. Lo juzgamos según nuestras normas de justicia, equidad, poder y misericordia. Hasta medimos su grandeza según nuestros ideales de grandeza.

Lo irónico es que muchas veces pensamos que estamos viendo a Dios. Pensamos que conocemos algo acerca de cómo es Él. Sin embargo, lo que estamos viendo mayormente es un reflejo: un Dios que se parece mucho a nosotros. Un Dios que imaginamos a nuestra propia imagen.

Hace algunos años, un par de sociólogos llamados Christian Smith y Melinda Denton publicaron los primeros resultados de su estudio sobre las creencias religiosas de los adolescentes en los Estados

Unidos. No soy muy devoto de esos estudios, ni de las estadísticas. Tan pronto como mencionan una estadística, empiezo a manifestar mi aburrimiento con los ojos. Pero cuando leí lo que habían hallado en este estudio, captaron mi atención, porque en muchos sentidos sentí que estaban describiendo la forma en que yo concebía a Dios y me relacionaba con Él durante mis años de bachillerato. Y también porque esos descubrimientos demuestran que la mayor parte de los seres humanos de la actualidad se imaginan a Dios como les gustaría que fuera: un Dios que los sirve en sus necesidades y caprichos.

En su libro *Soul Searching* [Escudriñar el alma], Smith y Denton describen el concepto de Dios que prevalece entre nuestros adolescentes como un «deísmo terapéutico y moralista». Esto parece un tanto complicado, pero déjame que te lo explique.

El concepto *moralista* dice que si llevo una vida moral, hago cosas buenas y trato de no hacer cosas malas, Dios me recompensará y me enviará a «un lugar mejor» cuando muera. Para la mayoría de la gente, la vida buena es no matar a otras personas, ni robarles a las ancianas o a los bebés. La norma no es muy alta que digamos.

El concepto *terapéutico* con respecto a Dios afirma que la principal razón de su existencia es hacerme feliz y llenarme de paz. O sea, Dios es una forma de terapia, de autoayuda. Existe para mí.

El *deísmo* dice que Dios existe, pero que está distante y no suele participar en nada. Podríamos decir *convenientemente neutral*. No interrumpe mis planes, ni se mete en mis asuntos. No me dice lo que tengo que hacer.

«En resumen», escriben Smith y Denton, «Dios es como una combinación de Mayordomo divino y Terapeuta cósmico: siempre está de turno, se ocupa de cuanto problema surja, ayuda profesionalmente a los suyos para que se sientan mejor consigo mismos, y no participa demasiado en el proceso».

Citan a una jovencita de la Florida de diecisiete años que dijo: «Dios siempre está a nuestro alrededor. Cree en perdonar a la gente y no sé cuántas cosas más, y está presente para guiarnos, para que tengamos con quien hablar y nos ayude a salir bien de problemas. Claro, no nos habla»[1].

Tal vez tengamos una descripción más compleja de Dios que esa chica de diecisiete años. Quizá tengamos suficientes conocimientos

teológicos para hacer una descripción muy diferente. Pero ¿cuán diferente es nuestra manera funcional de ver a Dios? Nunca me atrevería a llamar a Dios mi Mayordomo divino, ni mi Terapeuta cósmico. Pero, ¿cuántas veces no lo trato como si lo fuera? ¿Vivo de una manera que demuestra que tengo pensamientos grandiosos y veraces acerca de Él?

«Somos gente moderna», escribe J. I. Packer, «y la gente moderna, aunque tenga conceptos grandiosos acerca de sí misma, suele tener pensamientos muy pequeños acerca de Dios». Señala después que el que sea personal (que le podamos hablar, relacionarnos con Él y conocerlo) no significa que sea como nosotros: «débil, inepto y un poco blandengue». Dice también Packer: «Nuestra vida es algo finito, limitado en todo sentido: en espacio, en tiempo, en conocimiento y en poder. Pero Dios no tiene limitaciones. Él es eterno, infinito y todopoderoso. Nos tiene en sus manos, mientras que nosotros nunca lo tenemos a Él en las nuestras. Es un ser personal, pero a diferencia de nosotros, es un ser *grandioso*»[2].

¿Qué veo acerca de Dios cuando miro más allá de mi propio reflejo? En la Biblia —el principal lugar donde Dios se revela a sí mismo— contemplo a un Dios que es completa y maravillosamente distinto a mí.

Yo soy creado. *Dios es el Creador.* Yo fui hecho. Dios es el que hizo todas las cosas; el que «creó... los cielos y la tierra» (Génesis 1:1). Dios habló, y creó al mundo a partir de la nada.

Yo tuve un principio. Fui concebido en el vientre de mi madre en el año 1974. Antes de esa fecha, no existía. *Dios es eterno.* Él no tuvo principio ni tendrá fin. Existe fuera del tiempo y del espacio. El Salmo 90:2 dice: «Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios».

Yo soy un ser dependiente. Necesito aire para respirar, agua para beber, alimento para comer; si no los tengo, mi cuerpo muere. *Dios existe en sí mismo.* No tiene que apoyarse en nada fuera de Él. Tiene vida en sí mismo, y saca de su propio ser su inagotable energía[3]. Dios

«no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas» (Hechos 17:24-25).

Yo estoy limitado en cuanto al espacio. Solo puedo estar en un lugar a la vez. *Dios es omnipresente.* Está continuamente presente en todas partes. «Dios es espíritu» y no tiene limitaciones de espacio (Juan 4:24). Esto es lo que Él dice de sí mismo: «¿Soy yo Dios de cerca solamente, dice Jehová, y no Dios desde muy lejos? ¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?» (Jeremías 23:23-24).

Mi poder tiene límites. Tengo un límite en cuanto a lo rápido que puedo correr; en cuanto a la cantidad de peso que puedo levantar; en cuanto a lo alto que puedo saltar. *Dios es todopoderoso.* Es omnipotente: posee todo el poder. No hay nada que sea demasiado difícil para Él (Jeremías 32:17). Puede hacer todas las cosas, y no es posible frustrar nada que Él se haya propuesto hacer (Job 42:2).

Mi conocimiento es limitado. En el mejor de los casos, lo que conozco acerca de cualquier tema, solo es parcial. Por mucho que estudie, seguirá siendo un conocimiento incompleto. Solo puedo conocer lo que observo, leo o me dice alguna otra persona. Y mi mente puede olvidar en parte o en su totalidad lo que he aprendido. *Dios lo sabe todo.* Es omnisciente; tiene conocimiento pleno de todas las cosas del pasado, el presente y el futuro. Job 37:16 nos dice que Dios es «Perfecto en sabiduría». Y Hebreos 4:13 afirma: «Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta».

Dios no es una versión mejor y más grande de mi persona. «No es que existamos y que Dios haya existido siempre», escribe Wayne Grudem, «sino también de que Dios necesariamente existe de una manera infinitamente mejor, más fuerte y más excelente. La diferencia entre el ser de Dios y el nuestro es más que la diferencia entre el sol y una vela encendida; más que la diferencia entre el océano y una gota de lluvia; más que la diferencia entre la capa de hielo del Ártico y un copo de nieve; más que la diferencia entre el universo y la habitación donde estoy sentado: el ser de Dios es *cualitativamente diferente*»[4].

La diferencia cualitativa que presenta Dios, su «singularidad» que se revela en sus atributos divinos, se resume en la palabra *santo*. En la visión en la que Isaías vio a Dios en su trono, los ángeles se cubrían los ojos y los pies ante Él, y clamaban: «Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria» (Isaías 6:3).

Yo solía pensar en la santidad de Dios solo en términos de pureza moral. Pero R. C. Sproul me enseñó que la santidad habla primordialmente de que Dios está separado de su creación en su perfección y poder. La santidad de Dios significa que Él es trascendente; que excede todas las limitaciones. El que Dios sea santo significa que se halla por encima y más allá de todos nosotros.

«Cuando la Biblia llama santo a Dios», escribe Sproul, «quiere decir primordialmente que Dios está separado de una manera trascendente. Está tan por encima y más allá de nosotros que da la impresión de sernos casi totalmente extraño»[5].

Recuerdo una de las primeras veces que experimenté en mi vida el poder práctico de la verdad acerca de Dios. Fue poco después de mudarme a Maryland. Yo era soltero, me quería casar, estaba interesado en varias jóvenes (una de las cuales era Shannon), pero no estaba seguro en cuanto al momento en que buscaría un compromiso, ni la persona con la cual lo buscaría. Estaba confuso, impaciente y profundamente consciente de lo poco que sabía con respecto al futuro. Quería que Dios me dijera qué debía hacer. Quería ver el nombre de una chica escrito en el cielo.

Durante aquellos tiempos, había estado estudiando los atributos de Dios, y en particular su soberanía. Estaba aprendiendo que Dios tiene poder y autoridad completos sobre todas las cosas. Él es el soberano de todas las moléculas que forman el universo (Hebreos 1:3). De todo reino y de toda autoridad terrenal (Salmo 47:8). De todo corazón humano (Proverbios 21:1).

Un día que había salido a caminar y orar, comencé a reflexionar sobre Romanos 8:30, donde Pablo describe la soberanía de Dios en la

salvación: «Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó». Me sentí abrumado ante el pensamiento de que Dios me conocía desde antes de que yo naciera. Las impresionantes repercusiones de esta verdad inundaron mi mente. Para que Dios me viera a lo largo del tiempo; para que hiciera aparecer mi vida, tuvo que dirigir de manera soberana miles de millones de detalles imposibles de enumerar.

Dios fue soberano en la emigración de mis bisabuelos desde el Japón. Fue soberano sobre el mortero que estalló en la Segunda Guerra Mundial cerca de mi abuelo e hizo que perdiera una pierna, enviándolo al hospital donde conoció a mi abuela. Para verme a mí, Dios tuvo que ver primero a mis dos padres, y todos los momentos y días de la vida de ambos que conducirían a su matrimonio y a mi nacimiento.

La realidad de que Dios tenga entre sus manos toda la historia de la humanidad —incluyendo mi pequeña vida y mis pequeños interrogantes— me llenó de temor reverencial. Dios veía a la perfección mi pasado, mi presente y mi futuro. Me había salvado en su misericordia. Me había prometido que un día yo sería glorificado. A la luz de esto, no tenía razón alguna para dudar de Él. Le podía confiar los interrogantes con respecto a mi matrimonio y a mi futuro.

Ninguna de mis preguntas recibieron respuesta. Seguía sin saber con quién me debía casar. No sabía nada más sobre mi futuro. Pero estaba lleno de una maravillosa sensación de paz al pensar en el Dios maravilloso que era el soberano de todo.

Los atributos de Dios no son solo una lista de datos y rasgos. Son verdades que documentan creencias e inspiran fe. Dios revela en su Palabra la verdad de sí mismo, no por impartirnos conocimientos, sino por su relación con nosotros. Nos habla de sí mismo para que pongamos en Él nuestra fe, y lo valoremos y adoremos, en lugar de perder el tiempo con ídolos hechos por mano de hombre. Dios quiere que nuestra alma alce el vuelo en adoración y en comunión con Él, en vez de andar tras el pecado o desgastarse con preocupaciones y temores.

Dios es diferente a ti y a mí. Es diferente por completo. Y eso es sumamente maravilloso.

Hay un sorprendente consuelo en comprender que Dios es diferente a ti y á mí. Porque no es como nosotros, podemos correr hacia Él en busca de auxilio.

Es buena noticia el hecho de que Dios no piensa ni actúa como nosotros. Cuando nos invita a acercarnos para recibir su misericordia y su perdón, lo hace dándonos una maravillosa noticia: «Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos» (Isaías 55:8-9).

Dios no es como nosotros. Es fuerte. Es inmutable. Su amor es firme (Salmo 136:1). Es todo misericordia. Hace lo que nunca haríamos, lo que jamás se nos ocurriría: muere por sus enemigos. «Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aun pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5:8).

En una ocasión, mientras estaba de compras en un centro comercial, observé a una dama que trabajaba en un quiosco donde se vendían cuentas y artículos de joyería. No tenía clientes. Estaba hojeando una revista. Sentí de veras que le debía hablar de Dios. Tratando de ser valiente, caminé hacia ella y le dije: «Disculpe, pero he sentido que le debo decir que Dios la ama».

Levantó los ojos de su revista con la expresión más aburrida y poco interesada que es posible imaginar, enarcó una ceja y me dijo: «Ya lo sé», y volvió de inmediato a su revista. Me quedé petrificado. No tenía idea de lo que debía decir después, así que di media vuelta y me alejé.

Me marché pensando dos cosas. Primero, que soy malo para evangelizar y que decirle a alguien que Dios lo ama es una forma torpe de entablar conversación. Y lo segundo fue que, como aquella dama, muchos toman a la ligera la idea de que Dios los ama, porque no tienen idea de quién es Él.

La mayor parte de la gente parece dar por sentado que la tarea de Dios es amarnos. *Por supuesto que nos ama. ¿Qué otra cosa tiene que*

hacer? Él es débil, pequeño, y tal vez un poco tonto. Nos necesita. Suspira por nosotros. Y si le prestamos un poco de atención —vamos a una iglesia, hacemos algo bueno, reciclamos la basura o meditamos mientras escuchamos una música suave—, le habremos hecho un gran favor .

El amor de Dios es una noticia maravillosa solo cuando comprendemos su trascendencia, cuando nos estremecemos ante su santidad, cuando sentimos temor reverencial ante su perfección y poder. El amor de Dios se percibe como asombroso solo cuando se comprende que lo único que merecemos de Él es su justa ira y su castigo eterno por nuestra desobediencia y deslealtad.

Ver a Dios tal como Él es nos deja preguntando con el salmista: «¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?» (Salmo 8:4).

Un detenido estudio del carácter y los atributos de Dios nos debería dejar sintiéndonos más maravillados, más amados y más seguros en su amor. Pero esto sucede de la manera más sorprendente. Nos sentimos más confiados en el amor que Dios nos tiene cuando comprendemos que no somos el centro del universo. El centro es Dios. Él no nos pone a nosotros y nuestro valor en el centro. Dios se centra en su propia gloria eterna.

Recuerdo la primera vez que oí a alguien expresar con palabras una visión bíblica de lo que es un Dios centrado en Dios. Estaba en Austin, Texas, escuchando predicar a John Piper en la conferencia que organizó Louie Giglio en la semana de Pasión de 1998. El versículo tema de las reuniones era Isaías 26:8: «También en el camino de tus juicios, oh Jehová, te hemos esperado; tu nombre y tu memoria son el deseo de nuestra alma». Los mensajes se centraban en la fama y el renombre de Dios.

Lo irónico de que yo participara en una conferencia dedicada a la gloria de Dios era lo consumido que me hallaba siempre con mi propia gloria. Mi primer libro había salido al público el año anterior, y

descubrí que me preguntaba constantemente si la gente me reconocería; si sabría quién era yo. Me encantaba la gloria. Pero no era la gloria de Dios la que me capturaba el corazón. Quería mi propia gloria.

El mensaje de Piper fue un punzante bálsamo para mi alma. Predicó de la pasión de Dios por su gloria. Explicó cómo el mayor obstáculo para glorificar a Dios es una mentalidad secular que comienza con el ser humano como punto de partida de la vida y la realidad. Con esta mentalidad, los problemas y los éxitos se definen por nosotros mismos, y por nuestras metas y prioridades.

Pero la mentalidad bíblica, como la llamaba Piper, es diametralmente opuesta. En ella, el punto de partida es Dios. Sus derechos y metas son los que definen la realidad. Hablamos de derechos humanos y civiles, dijo Piper, pero nunca de derechos del Creador. Yo nunca había pensado esto. Esto quiere decir que lo que constituye un problema en este universo no es lo que altera mi insignificante mundo de ropa, sexo, comida, relaciones, tránsito y televisión. No, lo que constituye un problema es todo lo que contradiga las metas y los planes de este Creador.

Entonces Piper preguntó cuál es el misterio básico del universo. ¿Es la pregunta sobre por qué hay sufrimiento en el mundo? No, dijo; para la persona con una mentalidad bíblica, no. La pregunta que se hace esta persona centrada en Dios es la siguiente: ¿Por qué mostrar bondad hacia un pecador como yo? ¿Cómo es posible que Dios —un Dios santo y justo— pase por alto los pecados del hombre? ¿Por qué no barre con nosotros?

Me avergüenza confesar que esto no me mantenía desvelado por las noches. Yo tenía una visión muy pequeña de la santidad y la justicia de Dios, y una visión muy inflada de mi valía y dignidad.

Piper continuó insistiendo en la pregunta: ¿Cómo es posible que Dios sea bueno y perdone a los pecadores? Usó la hipotética ilustración de un fallido ataque terrorista para destruir la Casa Blanca y matar al presidente. Si llevan a los terroristas a juicio y el juez los perdona, les da unas vacaciones y los envía a su casa, ¿qué van a pensar las demás naciones de este juez? Van a pensar que está loco, o que lo han comprado. O por lo menos, darán por seguro que no tiene respeto alguno por la ley.

Esto mismo sucede con la gloria de Dios, explicó Piper. Si Dios pasa por alto el pecado sin imponer ningún castigo, ¿qué más podemos dar por sentado con respecto a su carácter, excepto que no tiene nada de perfecto?

Entonces nos señaló la cruz. En el Calvario, Dios exhibió su justicia y su amor. Se glorificó en la muerte de su Hijo. ¡Tanto ama su gloria! ¡Y cuán grande fue la gloria de la muerte y resurrección del único Cristo, el Hijo de Dios! «El fundamento de tu salvación», dijo Piper, «es el amor de Dios por su propia gloria».

Yo nunca había oído hablar a nadie de esa forma acerca de la muerte de Jesús en la cruz. Siempre había oído explicar este suceso en función de lo mucho que yo valía. Yo soy tan valioso, que Dios envió a Jesús a morir. La pregunta con la que Piper concluyó su mensaje me tocó de una manera muy profunda. «¿Amas a la cruz porque te da mucha importancia?», preguntó, «¿o porque te capacita para disfrutar de toda una eternidad de exaltar a Dios?».

Me marché de Austin con un inquietante pensamiento que nunca me ha dejado. Si amo la cruz solo por lo que hace a favor mío, la habré reducido a un monumento dedicado a mi propia persona. Sin embargo, la mayor gloria de la cruz consiste en lo que me dice acerca de Dios, un Dios de justicia y misericordia; un Dios que amó tanto a unos pecadores indefensos como yo, que vino a morir para que nosotros pudiéramos estar libres para conocerlo y adorarlo a Él durante toda la eternidad.

En mi grupo de jóvenes de los tiempos de la secundaria, solíamos cantar un canto acerca del hecho de que Dios es trascendente, pero también es inmanente y cercano a nosotros. En realidad, en aquellos momentos yo no sabía de qué hablaba ese canto. No lo entendía. Los versos dicen:

Esto es lo que dice el alto y elevado,
El que vive para siempre, santo es su nombre.

«Yo habito en un lugar alto y elevado
Y con los humildes en espíritu».

Nuestro líder de la adoración hacía que lo cantáramos uno tras otro. Así siempre sonaba estupendo. Sin embargo, yo no sabía lo que significaba. Por algún motivo, me perdía el detalle de que las palabras de ese canto estaban inspiradas en Isaías 57:15, que dice así:

Porque así dijo el Alto y Sublime,
el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo:
Yo habito en la altura y la santidad,
y con el quebrantado y humilde de espíritu,
para hacer vivir el espíritu de los humildes,
y para vivificar el corazón de los quebrantados.

De lo que nos está hablando este versículo, y sobre lo cual solíamos cantar, es la increíble realidad de que el Dios que «habita la eternidad» y que es santo y trascendente —es decir, aparte de nosotros y distinto a nosotros—, es también el Dios que se acerca a los seres humanos que se presentan quebrantados y humildes ante Él. Dios es inmanente; está cerca de nosotros. Jesús es llamado Emanuel; esto es, Dios con nosotros.

Quisiera haber entendido entonces la riqueza y la maravilla de la doctrina que estaba cantando en aquel entonces. El Dios alto y sublime del cielo es también el Dios cercano que le da vida al corazón de los humildes. El maravilloso Dios que trasciende toda la creación, es el mismo que condesciende en habitar con los débiles e indefensos en la persona de su Hijo. Esto es asombroso.

Necesitamos mantener unidas estas dos realidades con respecto a Dios. Si perdemos de vista una de las dos, nuestra visión va a quedar distorsionada. Si nos centramos solo en la trascendencia de Dios, lo sacamos a empujones del cuadro de la vida humana. Terminamos actuando como si Él estuviera tan lejos, que es imposible verlo. O que, al estar tan distante, no le va a importar que no lo tengamos en cuenta.

El otro extremo es acercar tanto a Dios que lo despojemos de su condición divina. Yo diría que este es el error más corriente. La mayor

parte de las personas con las que converso no tienen temor de Dios y ni siquiera los sobrecoge. Piensan que lo tienen calculado. Dios se convierte en su amiguito, su compañero, su Mayordomo divino. Su cercanía se da más por sentada de lo que se celebra. Es alguien conocido y banal. Dios está cercano, pero lo hemos hecho pequeño, tanto que lo podemos llevar en un bolsillo como un amuleto.

Para conocer a Dios y relacionarnos con Él como es debido hay que recordar que Él es *trascendente* e *inmanente* a la vez. Dios está muy por encima de nosotros en poder y gloria. Pero no es un Dios lejano, desinteresado ni desconectado. Está, como dice el salmista, a nuestra mano derecha, sosteniendo a quienes confían en Él (Salmo 16:8).

Conocí a una niña que solía pensar que las estrellas eran pequeñas luces que se hallaban directamente encima de su cabeza. De veras. Y no estaba en la escuela primaria cuando creía esto, sino en la universidad. Era una pelirroja bien dulce y bondadosa que hablaba un español casi perfecto. Era inteligente en muchos sentidos. Pero un día mencionó en una conversación que acababa de aprender que las estrellas que se ven en el firmamento están a una gran distancia de nosotros. Le pregunté qué quería decir con eso.

—No están aquí arriba mismo —dijo—. No son simples puntitos de luz. Están muy, muy lejos».

Yo no lo podía creer.

—Y antes, ¿qué creías que eran? —le pregunté.

—Creía que eran, bueno, unas lucecitas que estaban encima de nosotros.

Si me preguntas por qué es importante estudiar la doctrina de Dios, te diría que por lo mismo que vale la pena saber que las estrellas no son puntos de luz que están encima de nosotros. Cuando conocemos la verdad de Dios, quedamos maravillados. Si no comprendemos su verdadero carácter, nunca nos sentiremos sobrecogidos ante Él. Nunca nos sentiremos pequeños cuando levantemos los ojos hacia Él. Nunca lo adoraremos como debemos. Nunca correremos a Él en

busca de refugio, ni comprenderemos el gran amor que manifestó al salvar la incalculable distancia que necesitaba salvar para rescatarnos.

Hay una manera correcta y otra incorrecta de abordar la doctrina de Dios. La podemos estudiar con un microscopio o con un telescopio. El microscopio hace que algo muy pequeño se vea grande. Pero no es esa la manera de magnificar a Dios. Cuando lo hacemos, somos como el científico que se encuentra en un laboratorio esterilizado agrandando algo minúsculo para hacer una categorización científica. Pero nosotros no somos más grandes que Dios, y no podemos enumerar ni nombrar las partes de las que consta.

Más bien debemos estudiar los atributos de Dios como un astrónomo estudia un cuerpo celestial: con un telescopio. Sus lentes nos permiten ver que algo es mucho más grande y maravilloso de lo que habíamos imaginado[6].

Cuando estudiamos la doctrina de Dios, debemos sentir temor reverencial en el corazón. Debemos ser como niños con un telescopio bajo un firmamento estrellado. Nos asombraremos al comprender que podemos conocer y ver a alguien tan grande, tan trascendente. Nos sentiremos, y con toda razón, pequeños e insignificantes, al darnos cuenta de lo grande y poderoso que es el Dios que estamos contemplando.

Mientras más aprendas quién es Dios, más increíble te va a parecer su invitación a conocerlo. Cuando lo conozcas como el Dios del cielo, infinito, todopoderoso, santo y eterno, el anuncio de que te ama tomará un significado nuevo. No se espera. No es banal. Te deja atónito.

El Dios Alto y Sublime ofrece acercarse a los humildes. Envió a su Hijo a morir, para que Aquel que es perfecto en su santidad pudiera habitar en medio nuestro. Dios está cercano. Pero nosotros ni lo manejamos ni lo contenemos. No lo tenemos en un bolsillo. Es el Todopoderoso el que nos sostiene *en sus manos*.

4

RASGAR, QUEMAR, COMER

«Cuando leemos la Biblia, ella se nos abre.
Y nos lee a nosotros».

A. J. JACOBS SE GANA LA VIDA haciendo de conejillo de Indias humano. Se somete a experimentos extraños y poco convencionales en la vida, y después escribe acerca de ellos. En una ocasión, para un artículo de la revista *Esquire* titulado «Mi vida en manos ajenas», Jacobs contrató un equipo de personas en Bangalore, India, para que vivieran su vida por él. Ellos eran los que respondían su correo electrónico, llamaban a sus compañeros de trabajo, discutían con su esposa y le leían cuentos a su hijo a la hora de dormir. Su primer libro hablaba del año que se pasó leyendo completa la *Enciclopedia Británica* en un intento por convertirse en la persona más sabia del planeta.

Un libro más reciente titulado *El año en que viví bíblicamente* sigue un esquema parecido. Es la historia de cómo Jacobs trató de seguir todas las normas que aparecen en la Biblia lo más literalmente posible durante todo un año. Necesito decirte que Jacobs es agnóstico. «Oficialmente, soy judío», escribe, «pero soy judío de la misma forma que el restaurante Olive Garden es un restaurante italiano. Lo cual quiere decir que no lo soy tanto»[1].

Jacobs comenzó su experimento con una visita a una librería cristiana en el centro de Manhattan. Necesitaba comprar una Biblia y unas herramientas complementarias de estudio. Un vendedor de

voz suave llamado Chris lo ayudó a escoger entre los distintos tamaños de Biblias y las posibles opciones lingüísticas. Entonces le señaló una versión exclusiva de la Biblia para jovencitas adolescentes que había sido diseñada para que tuviera el mismo aspecto que la revista *Seventeen*. «Esta es la buena si estás en el ferrocarril urbano y te da pena que te vean leyendo la Biblia», le dijo Chris, «porque nunca sabrán que es una Biblia». La reacción de Jacobs es una de mis líneas favoritas en el libro: «Estás en una ciudad secular donde es más aceptable que un hombre adulto lea una revista de jovencitas adolescentes que la Biblia»[2].

Jacobs salió de la tienda con dos bolsas de compras repletas de Biblias y materiales. Entonces se dedicó a leerse toda la Biblia en cuatro semanas. Mientras la leía, anotaba cuanta norma o indicación se encontraba, grande o pequeña. Esto incluía las más obvias, como los Diez Mandamientos y «ama a tu prójimo», y las leyes menos conocidas del Antiguo Testamento sobre la alimentación y la pureza ritual. Su meta era tomar la Biblia tal como estaba, tan literalmente como le fuera posible, y llevarla toda a la práctica.

Como te podrás imaginar, muchas veces las consecuencias eran divertidas.

Por ejemplo, como en Levítico dice que los hombres se deben dejar el borde de la barba sin rasurar, Jacobs se dejó de rasurar. Al cabo de unos pocos meses, parecía un miembro perdido de la orquesta de rock ZZ Top. Dejó de usar ropa que estuviera hecha con tela en la que había fibras distintas mezcladas. Se dedicó a tocar un arpa de diez cuerdas. No le daba la mano a las mujeres que podrían estar ceremonialmente inmundas por estar pasando por su menstruación, lo cual significaba que les tuvo que preguntar a todas las mujeres que conocía cuándo la tenían cada mes. (Lo raro es que las mujeres de su oficina le dieron encantadas esa información escrita en hojas de cálculo del programa Excel).

Es posible que la más extrema de sus actividades fuera su intento por apedrear a las adúlteras. Esto lo hacía, tratando de lanzarles piedrecillas a desconocidas sin que estas se dieran cuenta. Evidentemente, Jacobs dio por seguro que casi todas las neoyorkinas eran adúlteras.

Su libro es una farsa, pero suscita serios interrogantes acerca de lo que significaría vivir según la Biblia. ¿Es vivir bíblicamente dejarse la barba y tocar un arpa? Más importante aun: ¿qué debemos pensar de la Biblia? ¿Tiene autoridad para decirnos cómo vivir, o no es más que un montón de normas y ritos arcaicos que no tienen sentido en nuestro mundo actual?

En cierto sentido creo que la Biblia sería más fácil de entender y manejar si solo fuera un libro de normas acerca de comida, pelo facial y conducta sexual. No sé si lo has pensado, pero a los humanos nos va bien con los libros de normas. Y no estoy hablando solo de libros religiosos. Cada año salen al mercado una nueva pila de libros acerca de dietas, estilos de vida y manejo del tiempo que nos dicen con exactitud qué debemos comer, cómo hacer ejercicios y gastar el tiempo. Compramos fielmente esos libros, y los obedecemos como esclavos. Durante uno o dos meses... hasta que nos damos cuenta de que seguimos siendo obesos y desorganizados. Entonces salimos en busca de un nuevo libro que nos dé órdenes a todas horas.

Básicamente, Jacobs tomó la Biblia como lo máximo en cuanto a normas. Pero aunque sometió su vida a un libro antiguo, no encontró a la Persona que le hablaba a través de ese libro. No conoció al Dios de la Biblia, y ni siquiera creyó en Él, el Dios que viene en busca de nosotros a través de su Palabra viva.

La Biblia es mucho más maravillosa, peligrosa y capaz de transformar la vida de una manera radical que un simple libro de instrucciones. Sin embargo, no es posible entenderla, ni obtener beneficio alguno de su lectura si no se cree lo que afirma de sí misma. La Biblia se presenta como el mensaje vivo de un Dios personal para la raza humana y, más concretamente, *para ti.*

Detente a pensar esto un momento. Dios hablándote.

Qué afirmación tan increíble. Y sin embargo, la fe cristiana está edificada sobre esto: sobre lo que la Biblia afirma sin apología. Dios es. Existe. Y como expresara Francis Schaeffer en el título de uno de

sus libros, «Dios no está callado». Dios habla. Se comunica. Y ha dispuesto que sus palabras queden recogidas en los signos y los símbolos de nuestros lenguajes humanos: escritas e impresas en papel, y en un libro que podemos sostener en nuestras manos.

Cuando decimos *doctrina de las Escrituras* nos referimos a todo lo que la Biblia nos enseña acerca de sí misma: lo que es, de dónde procede, cuáles son sus características y de qué manera la debemos leer y obedecer. Tener la doctrina correcta con respecto a las Escrituras es esencial para tener sólidos cimientos en nuestro cristianismo. Si no entiendes lo que Dios ha hablado a través de la Biblia o no confías en ella, ¿cómo puedes llegar a conocerlo a Él, o cultivar una relación genuina con Él?

La doctrina de las Escrituras tiene una importancia única entre las doctrinas cristianas porque toca las demás creencias del cristianismo. Lo que sabemos de Dios y la salvación lo sabemos porque Dios nos lo revela en la Biblia. En otras palabras: solo tenemos una doctrina sobre Dios y una doctrina sobre la expiación si creemos que es posible entender las Escrituras, y que son veraces (sin errores).

Así que las Escrituras son el fundamento de las demás creencias cristianas. Efesios 2:20 nos dice que la iglesia está edificada «sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo». Aunque Jesús siempre es y será la principal piedra del ángulo para la iglesia de Dios, la iglesia también se apoya en el sólido fundamento de las enseñanzas y la predicación de los apóstoles y profetas que recoge la Biblia. Dios comisionó a los profetas; Jesús comisionó a los apóstoles. Los enviaron para que fueran voceros de Dios. Y por eso honramos sus enseñanzas. Sus palabras, escritas para nosotros en la Biblia, forman la base de nuestra fe y nuestra práctica como seguidores de Jesucristo.

Hebreos 1:1-2 afirma: «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo». La comunicación de Dios con la humanidad —primero a través de los profetas y después

por medio de Jesús— es lo que recoge la Biblia en sus páginas. Nos dice quién es Dios, y cómo ha actuado en la historia humana. Y después, nos explica el significado de sus acciones.

Aunque es cierto que podemos aprender algunas cosas acerca de Dios observando su creación (Romanos 1:19-20), este conocimiento es limitado. Dependemos de la revelación que Él hace en las Escrituras. Necesitamos que Él mismo hable y se nos revele.

Por eso tenemos la Biblia. No es una simple reliquia de una religión antigua. Sin la comunicación de Dios que tenemos en la Biblia, sin la revelación, no podríamos conocerlo a Él ni comprender su actuación en el mundo. A esto se le llama *necesidad* de las Escrituras, y significa que las Escrituras son necesarias para que podamos conocer y obedecer a Dios.

No hay espiritualidad genuina sin la Biblia. Necesitamos revelación de Dios para saber cómo es Él. Necesitamos revelación para saber quiénes somos y por qué existimos. Necesitamos revelación para explicar nuestra razón de ser, y la importancia eterna que tiene la vida en este planeta. Necesitamos revelación para saber que somos pecadores y merecemos castigo. Y necesitamos revelación para conocer las buenas nuevas de la salvación por medio de la fe en Jesús.

Sin la Biblia, no hay conocimiento salvador de Dios. Sin la Biblia no conoceríamos ni comprenderíamos lo que significan la Cruz y la Resurrección. Sin la Biblia no tendríamos nada en lo cual poner nuestra fe. Romanos 10:17 nos dice: «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios».

Mis primeros recuerdos sobre la Biblia tienen que ver con tiras cómicas. Siendo niño, alguien me había regalado tres libros encuadernados en rústica que presentaban la Biblia en dibujos. Yo me las bebía.

Sobre todo me gustaba el Antiguo Testamento. Aunque era niño, me parecía que aquello era un tanto ilícito. Era como si alguien hubiera deslizado una película con clasificación de Restringida dentro de un montón de DVDs de Disney. Adán y Eva aparecían desnudos en la primera página. Me fascinaba la facilidad con que Eva siempre

se situaba de manera que una rama o una hoja de algún árbol le cubriera sus partes privadas a manera de bikini orgánico.

Pero eran los asesinatos y el caos que se describían en la Biblia los que llamaban mi atención. Cuando comencé a leer la Biblia verdadera, pasé la mayor parte del tiempo en Génesis, Éxodo, 1 y 2 Samuel y 1 y 2 Reyes. Eso sí que era violencia. Caín mató a Abel. Los egipcios tiraban bebés a los cocodrilos. Moisés mató a un egipcio. Dios mató a miles de egipcios en el mar Rojo. David mató a Goliat, mientras que Sansón se había ganado una chica trayéndole a su futuro suegro un saco con los prepucios de doscientos filisteos. No podía creer que mi madre estuviera muy feliz viéndome pasar un buen tiempo cada mañana leyendo relatos de batallas sangrientas, prostitutas, fratricidios, asesinatos y adulterios. ¡Vaya «momento de devoción»!

Aunque crecí con un conocimiento bastante sólido de los relatos de la Biblia, no tenía una idea clara en cuanto a qué significaba la Biblia en conjunto ni de qué trataban. Y por supuesto, no comprendía cómo aquellas emocionantes historias del Antiguo Testamento se relacionaban con las menos emocionantes del Nuevo Testamento y la historia de Jesús.

Este concepto de la Biblia como un conjunto de relatos inconexos salpicados de consejos sabios y con la inspiradora vida de Jesús como culminación parecía ser bastante corriente entre los cristianos. Es lamentable, porque ver la Biblia como un solo libro, con un solo autor y con el tema de un solo personaje principal es verla en toda su impresionante belleza.

Desde que empecé a interesarme en la teología, he aprendido que una parte importante de estar enraizados en la verdad no consiste solo en creer que la Biblia es la Palabra de Dios, sino también en comprender la línea histórica de la Biblia de principio a fin. La Biblia es doctrina y narración. No solo nos presenta principios y afirmaciones verdaderos, sino que usa el poder de la historia para mostrarnos la forma en que Dios obra y actúa en la historia del hombre.

Me han ayudado algunos libros, como la obra de Graeme Goldsworthy titulada *Gospel and Kingdom* y la de Vaughan Robert titulada *God's Big Picture*, que desarrollan lo que recibe el nombre de teología bíblica. A diferencia de la teología sistemática, que reúne las enseñanzas de las Escrituras en temas concretos, la teología bíblica se dedica

a lo que aprendemos acerca de Dios y de su plan de salvación a través de la línea histórica de la Biblia. La teología bíblica nos muestra cómo se conectan todas estas cosas, y cómo se va desarrollando el plan de Dios desde el Génesis hasta el Apocalipsis.

Lo irónico es que uno de los libros más útiles que he leído sobre teología bíblica es un libro para niños llamado *The Jesus Storybook Bible*, escrito por Sally Lloyd-Jones. He aquí parte de la introducción a este libro, que me parece hermosa:

> Ahora bien, hay quienes piensan que la Biblia es un libro de normas, que te dice lo que debes hacer y lo que no. Es cierto que la Biblia contiene algunas normas. Nos indican cuál es la manera de que nuestra vida se desenvuelva lo mejor posible. Pero la Biblia no tiene que ver contigo en primer lugar, ni con lo que deberías estar haciendo, sino que habla de Dios y de lo que Él ha hecho.
>
> Otra gente piensa que la Biblia es un libro con relatos sobre héroes, en el que se te presentan personajes que debes imitar. Y es cierto que en la Biblia aparecen algunos héroes, pero (como pronto vas a descubrir) la mayor parte de la gente que aparece en la Biblia no tiene nada de heroico. Cometen errores bien grandes (y a veces lo hacen a propósito). Sienten miedo y salen huyendo. A veces son de veras malvados.
>
> No, la Biblia no es un libro de normas ni de héroes. La Biblia es sobre todo una historia. Es la historia de las aventuras de un joven Héroe que viene desde un país lejano a recuperar un tesoro que había perdido. Es una historia de amor acerca de un valiente Príncipe que deja su palacio, su trono —todo— para rescatar a su amada. Es como si el más maravilloso de todos los cuentos de hadas se hubiera convertido en realidad.
>
> ¿Sabes? Lo mejor que tiene esta Historia es... que es cierta.
>
> En la Biblia hay muchas historias, pero todas van contando una Gran Historia. La Historia de cómo Dios ama a sus hijos, y viene para rescatarlos.
>
> Contar esta Historia se lleva toda la Biblia. Y en el centro de la Historia hay un bebé. Toda la Historia de la Biblia

> susurra su nombre. Él es como la pieza perdida del rompecabezas, la pieza que hace que todas las demás encajen entre sí, y que de repente puedas contemplar un hermoso cuadro[3].

Recuerdo la primera noche que les leí este pasaje a mis hijos. Me conmoví tanto que los ojos se me llenaron de lágrimas. Mis hijos, sorprendidos, me preguntaron: «Papá, ¿estás llorando?». Traté de explicarles que me sentía abrumado de gratitud por la Palabra de Dios y por Jesús. Les dije varias veces: «¡Cuánto quisiera que ustedes comprendieran lo bueno que es esto!».

La Biblia es una historia: la historia del propósito que tiene Dios de salvar a los pecadores por medio del sacrificio de su Hijo como sustituto de esos pecadores. Las leyes y los rituales de dieta y la purificación que aparecen en Levítico, y que A. J. Jacobs trató de obedecer tan meticulosamente no fueron para salvarnos, sino para mostrarnos lo impotente que es la humanidad en cuanto a salvarse a sí misma.

Solo Jesús puede obedecer a la perfección. Y cada una de las páginas de la Biblia, cada una de sus historias, susurra su nombre. Cuando Dios le dice a Abraham que no sacrifique a Isaac, y le promete proveer la víctima para el sacrificio, está prediciendo la venida de Jesús, «el Cordero de Dios». Cuando David derrota a Goliat, se está presentando por adelantado a Jesús, el Campeón supremo que un día vencería a la muerte a favor de los suyos.

La Biblia es la historia de Jesús (Juan 5:39-40, 46-47). Y es la verdad acerca de Jesús. Toda la Escritura nos ha sido dada para que lo podamos conocer y amar a Él. La revelación es para crear una relación.

En su libro *God Has Spoken* [Dios ha hablado], J. I. Packer pregunta por qué Dios nos habla a través de su Palabra. «La respuesta de veras asombrosa que da la Biblia es que el propósito de Dios al revelarse es *hacerse amigo nuestro*». Después explica que Dios nos creó a su imagen para que pudiéramos tener comunión con Él en una relación mutua de afecto y amor. Este era su propósito cuando creó a Adán

y Eva. Este sigue siendo su propósito al echar abajo la maldición del pecado y capacitarnos para ser hijos suyos, para relacionarnos con Él como hijos con su Padre. «La amistad de Dios con los seres humanos comienza y crece por medio del habla», sigue diciendo Packer. «Él nos habla en su revelación, y nosotros le hablamos a Él en oración y alabanza. Aunque no puedo ver a Dios, podemos ser amigos, porque en revelación Él me habla»[4].

Cuando Dios nos dice la verdad acerca de sí mismo *por medio de historias* y *de la doctrina*, su propósito es relacionarse con nosotros. Las declaraciones «Dios es amor» y «Dios es santo» son afirmaciones proposicionales, verdades doctrinales. Pero también tienen un profundo significado en cuanto a relaciones. Solo el conocimiento de quién es Dios nos puede llevar a tener una relación genuina con Él. Pero Dios también usa historias para enseñarnos y revelársenos. La Biblia no se limita a ninguna de las dos cosas, ni tampoco están encontradas entre sí. A través de ambas, Dios nos está hablando y revelándosenos, para que lo podamos conocer de verdad.

En 2 Timoteo 3:16, el apóstol Pablo dice: «Toda la Escritura es inspirada por Dios». Es difícil imaginar palabras que pudieran comunicar con más fuerza la conexión que existe entre Dios y las Escrituras. Dios no solo las bendijo y aprobó. Dios inspiró las Escrituras, proceden de Él. «No es que le haya añadido a lo que los hombres escribieron», explica Sinclair Ferguson, «sino de que Dios es el origen, la fuente de lo que se escribió»[5]. Es como si Él nos estuviera hablando de nuevo cuando leemos, y sintiéramos su aliento en el rostro.

El proceso de la inspiración —la forma en que Dios dirigió la redacción de las Escrituras— no siempre fue igual. Tenemos algunos casos, como el del apóstol Juan, a quien Dios le dijo: «Escribe esto», y después le dio unas indicaciones concretas (Apocalipsis 21:5). Pero la mayor parte del tiempo, Dios obró por medio de canales al parecer normales. Nehemías escribió un relato en primera persona. Un escriba llamado Baruc anotó las profecías de Jeremías. Pablo escribió cartas. Lucas documentó el testimonio de testigos presenciales al

escribir su evangelio, y después pasó tiempo viajando con Pablo para escribir su historia de los principios de la iglesia que encontramos en Hechos.

Sin embargo, en 2 Pedro 1:21 leemos: «Nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo». Dios usó seres humanos para escribir palabras, pero guió sus mentes e incluso sus experiencias en la vida y su trasfondo para lograr el resultado final. O sea que, aunque los escritores humanos se hallaban muy en control de su persona, el Espíritu Santo los estaba guiando para que escribieran las palabras que Dios quería que escribieran.

Hay quienes ponen en tela de juicio la Biblia, porque dicen que la iglesia se limitó a votar sobre cuáles libros se debían incluir en el Nuevo Testamento. Pero eso es una distorsión de la forma en que se formó la Biblia tal como es hoy. Cuando la iglesia señaló los libros que componen la Biblia, estaba reconociendo lo que siempre había afirmado desde sus primeros días: que el Antiguo Testamento y los escritos de los apóstoles y sus colaboradores más estrechos, a quienes Jesús les había encomendado que fueran testigos suyos, tienen una autoridad exclusiva, y que son inspirados. Estos libros fueron reconocidos como el *canon* de la Biblia, palabra griega que significa «cayado o vara recta». La palabra *canon* había tomado el sentido de «medida» o «regla, y «se terminó aplicando al contenido del Nuevo Testamento: juntos, estos libros formaron la "regla de fe y de vida" por la cual la iglesia entera y los cristianos gobernaban su vida»[6].

Aunque la proclamación definitiva de las Escrituras como Palabra de Dios es el testimonio de las mismas Escrituras, hay un segundo testimonio que es importante: el de la iglesia y los creyentes individuales a lo largo de todos los tiempos. Cuando leemos las palabras de las Escrituras en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, el Espíritu Santo le da testimonio a nuestro corazón de que esas palabras no son como otras. Pablo vio este efecto cuando predicó a los tesalonicenses. Estos recibieron la enseñanza apostólica, no como palabra de hombres, «sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes» (1 Tesalonicenses 2:13). Los creyentes del mundo entero pueden dar fe de esa experiencia. Las Escrituras le hablan al alma con una profundidad e intensidad insuperables.

Hebreos 4:12-13 dice: «La palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta». Cuando leemos la Biblia, ella nos abre *a nosotros.* Nos lee. Nos escudriña de la forma más profunda posible. Revela lo que hay en nuestro corazón y cuáles son nuestras motivaciones. Nos da convicción y nos consuela. Cuando la leemos, el Espíritu Santo confirma en nuestro corazón que no se trata de palabras de hombres, sino de la mismísima Palabra del propio Dios. Son palabras que no tienen paralelo con ninguna otra palabra de la tierra. Son veraces y eternas. Proverbios 30:5-6 dice: «Toda palabra de Dios es limpia... No añadas a sus palabras, para que no te reprenda, y seas hallado mentiroso».

Y Jesús dijo: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Lucas 21:33).

Dios honra a quienes lo reverencian y respetan a Él y a su Palabra; a los que tratan las Escrituras, no como simples palabras escritas en una página, ni como invenciones humanas, sino como las palabras santas, de inspiración divina, poderosas y llenas de autoridad que nos vienen del Altísimo. Dios mismo dice en Isaías 66:2: «Miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra».

Mi historia favorita sobre lo que es la humildad ante la autoridad de la Palabra de Dios procede de la vida del rey Josías. La ley de Dios había estado perdida y olvidada durante décadas. Pero en 2 Reyes 22 se relata lo que sucedió el día en que se descubrió el rollo perdido y lo llevaron ante el rey. Josías tenía veintiséis años. Aquel momento definió el resto de su vida.

La Biblia dice que cuando Josías escuchó la palabra de Dios —cuando oyó de la santidad de Dios, y las promesas de bendición y castigo que le había hecho a su pueblo— se rasgó las vestiduras reales.

En aquellos tiempos, rasgarse las vestiduras era símbolo de angustia y duelo profundos. Que el rey se las rasgara era un acto de humillación; era como si estuviera diciendo: «Mi posición y el papel que desempeño no significan nada». Era una proclamación de dolor y penitencia. «Tú eres Dios; tú estás en lo cierto, y yo estoy equivocado».

Josías se rasgó las vestiduras. Y lloró.

Dios lo estaba observando, y la Biblia dice que se sintió complacido. Le dijo a Josías: «Por cuanto [...] te humillaste [...] y rasgaste tus vestidos, y lloraste en mi presencia, también yo te he oído». Entonces le prometió a Josías que tendría misericordia de él (lee 2 Reyes 22:18-20).

Me imagino que todos los seres humanos se han preguntado: *Cuando oro, ¿me escucha Dios?* Sin embargo, lo que enseña esta historia es que las preguntas debieran ser otras: *¿Estoy escuchando a Dios a través de su Palabra? ¿Le estoy haciendo caso? ¿Estoy temblando ante su Palabra?*

—Le pedí a Dios una señal —ella me dijo. Isaac, mi compañero en el pastorado, estaba conmigo en reunión con una joven de la iglesia que estaba enredada en una relación inmoral con un novio inconverso.

—Sé que Dios lo trajo a mi vida por alguna razón —repetía.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—Porque lo sé —fue su respuesta.

Nos habíamos reunido con ella para suplicarle que se apartara del pecado. Le leí tres pasajes de la Biblia que prohíben las relaciones sexuales fuera del matrimonio, o sea, la inmoralidad sexual (1 Corintios 6:18; Efesios 5:3; 1 Tesalonicenses 4:3).

—¿Ves que Dios te está diciendo que lo que haces es incorrecto?

—Sí, ya lo sé —me dijo—. Sé que es inmoral. Todo lo que le estoy pidiendo a Dios es que me muestre lo que debo hacer.

A principios de semana se había despertado en medio de la noche llena de dudas acerca de esas relaciones. Tal vez las debo romper. «Señor, te ruego que me des una señal», había orado.

Aquel día era su «aniversario». Mientras se dirigía en su auto al trabajo, pensó que el novio nunca le había enviado flores al trabajo. Pero al entrar a su oficina se encontró con un hermoso ramo de rosas.

—¿Sería un mensaje de Dios? —preguntaba en medio de lágrimas—. ¿Es esa la respuesta que le estaba pidiendo?

Me pareció irónico y lamentable que la consumiera el afán de descubrir una señal de Dios —un aniversario, unas flores, el hecho de despertarse en medio de la noche— cuando Dios le estaba hablando con tanta claridad en la Biblia. Jesús dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Juan 14:15).

La doctrina de las Escrituras nos enseña la autoridad de la Palabra de Dios. Las Escrituras deben constituir la regla decisiva de fe y práctica en la vida... no nuestros sentimientos o emociones. Tampoco las señales, ni las palabras proféticas ni las corazonadas.

¿Qué más nos puede dar Dios que no nos haya dado ya en las Escrituras? La cuestión está en que estemos dispuestos a escuchar. ¿Lo obedeceremos cuando no nos guste lo que nos está diciendo la Biblia?

Este es un momento en el cual nuestras creencias en las Escrituras se encuentran con la realidad. Lo que *decimos* que creemos importa muy poco mientras no actuemos de acuerdo a esas creencias. Me imagino que la mayor parte de los cristianos estarían dispuestos a decir que la Biblia es la Palabra que lleva en sí la autoridad del mismo Dios. Pero mientras esa autoridad no cambie nuestra manera de vivir —nuestra manera de pensar y de actuar—, hablar de la autoridad de las Escrituras no es más que jerga religiosa. Estamos tratando la Palabra inspirada por el aliento divino como un soplo de aire caliente.

Las Escrituras siempre llevan el propósito de obrar en nuestra vida. Cuando Pablo dijo que las Escrituras son inspiradas por Dios, no se quedó allí. Él dijo: «Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra» (2 Timoteo 3:16-17).

La Palabra de Dios nos enseña a pensar. Nos enseña la verdad. Reprende y corrige nuestras viejas formas egocéntricas de pensar. Nos entrena en la justicia. La Palabra de Dios tiene autoridad, y cuando

nos sometemos a ella, nos equipa para que realicemos buenas obras. Nos da lo que necesitamos para amar, servir y sacrificarnos.

La Biblia tiene un valor limitado si lo consideramos como un simple libro esotérico e inspirador de sabiduría antigua. Nos fue entregada para que la obedeciéramos y la viviéramos. Josías dejó que la Palabra de Dios *lo reformara*. Se rasgó las vestiduras en un gesto que decía: «Aquí el que necesita cambiar soy yo». No torció las palabras de Dios para que encajaran dentro de su agenda, sino que permitió que esas palabras moldearan su vida.

Quiero ser como Josías. Cuando mi vida no esté de acuerdo con la Palabra de Dios, quiero poder decir: «Esta Palabra es veraz, y soy yo el que debo cambiar».

La forma en que nos relacionamos con las Escrituras revela el concepto que tenemos de Dios mismo. La Biblia relata la historia de un hombre cuya opinión de Dios era tan baja que llegó incluso a quemar su Palabra. Lo lamentable es que aquel hombre llamado Joacim era hijo del piadoso rey Josías. Joacim se convirtió en rey de Judá menos de un año después de la muerte de su padre. Tenía veinticinco años, y reinó once. En 2 Reyes 23:37 se hace un resumen de su vida: «E hizo lo malo ante los ojos de Jehová».

Jeremías 36 nos hace un angustioso relato de la forma en que Joacim rechazó la Palabra de Dios. Alguien trajo ante su presencia un rollo en el que estaban escritas las profecías de Jeremías. El rey estaba entonces en su casa de invierno, y tenía un fuego encendido junto a él en el brasero . Escuchó mientras le leían las profecías, pero su corazón permaneció inconmovible. No tembló. Despreció la Palabra de Dios. Cada vez que leían tres o cuatro columnas de la profecía, el rey las cortaba con un cuchillo y las tiraba al fuego. Así fue haciendo hasta que el rollo quedó reducido a cenizas. En Jeremías 36:24 se afirma: «Y no tuvieron temor ni rasgaron sus vestidos el rey y todos sus siervos que oyeron todas estas palabras».

Es una escalofriante imagen de desacato a Dios y su Palabra. El contraste entre Josías y su hijo Joacim no podría estar más claro.

Josías rasgó sus vestiduras. Joacim rasgó las palabras de Dios.

Josías actuó como penitente. Joacim se mantuvo frío de corazón.

Josías reformó su vida después de escuchar las palabras de Dios. Joacim quemó las palabras de Dios.

La joven que estaba en mi oficina quemaba la Palabra de Dios mientras la escuchaba y se negaba a obedecerla. ¿Cuántas veces he hecho yo lo mismo? He leído la Palabra de Dios, he sabido lo que me indica, pero no he querido cambiar de rumbo.

Cada generación y cada ser humano puede quemar la Palabra de Dios a su manera. A veces es muy evidente. Pero hay ocasiones en que las queman de manera compleja, a base de matices y erudición.

La forma más corriente en que la gente rasga y quema la Palabra de Dios es despojándola de las cualidades que afirma tener. Si digo que a pesar de ser inspiradas tienen errores podré afirmar que las tengo en gran consideración, pero en esencia me estoy proclamando juez de ellas. Si fuera posible que alguna parte de la Biblia no sea cierta, me toca decidir en qué y en qué no voy a prestarle atención.

El estudio técnico de las Escrituras que realizan los académicos nos puede ayudar a comprender mejor la Palabra de Dios si se usa con humildad. Pero también puede servir para exaltar la sabiduría y las opiniones del ser humano por encima de la Biblia. Se desecha la inerrancia de la Palabra de Dios, y se da por sentada la inerrancia del conocimiento histórico, textual y científico del ser humano. Se duda de la Biblia, se le pone en tela de juicio y se le hacen correcciones hasta dejar apenas un cascarón vacío. Las herramientas y las palabras han cambiado desde los tiempos del cuchillo y el brasero de Joacim, pero el resultado es el mismo. Se quema la Palabra de Dios.

¿Es posible confiar en lo que leemos en las Escrituras? ¿Está suficiente clara para que puedas comprender lo que Dios quiere que comprendas? ¿Es la Biblia todo lo que necesitas? Estas preguntas no son solo para pastores y profesores: son preguntas que debe responderse todo cristiano que lee la Biblia. Hay varias palabras clave que pueden ayudarnos a pensar de manera correcta con respecto a las Escrituras.

Inerrancia: La enseñanza ortodoxa de la iglesia cristiana a lo largo de los siglos ha sostenido que la Palabra de Dios en sus manuscritos originales es inerrante. Esto significa que es totalmente veraz —que está libre de error— en todo lo que afirma. Este principio está edificado sobre el testimonio de la Biblia en cuanto a que Dios nunca miente (Tito 1:2). En Proverbios 30:5 se afirma: «Toda palabra de Dios es limpia; Él es escudo a los que en él esperan».

En su libro *Doctrina Bíblica,* Grudem señala que cuando Jesús ora en Juan 17:17, no dice: «Santifícalos en tu verdad; tus palabras son *ciertas*». Más bien ora diciendo: «Santifícalos en tu verdad; tu palabra es *verdad*».

«La diferencia es significativa», escribe Grudem, «porque esta declaración nos anima a tomar la Biblia no como algo que es "cierto", en el sentido de que se conforma a alguna norma más elevada de verdad, sino como algo que en sí es la norma definitiva de verdad»[7].

Claridad: Otra cualidad importante que tiene la Palabra de Dios es claridad. El Espíritu Santo ilumina nuestro corazón de creyente para que comprendamos su mensaje y lo apliquemos a nuestra vida. Es sencilla en su significado. Y en los casos en que encontramos alguna parte de las Escrituras difícil de comprender, podemos comprobar nuestro punto de vista comparándolo con otras partes de las Escrituras. O sea, que las Escrituras se interpretan a sí mismas. El Salmo 19:7 afirma: «El testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo». Aunque el estudio de la Palabra de Dios nos exige que seamos diligentes y minuciosos en nuestra manera de pensar, nadie puede afirmar que no esté clara como excusa para ignorarla o desobedecerla.

Suficiencia: En la Biblia, Dios nos ha dado todo lo que necesitamos saber para la salvación y la vida eterna (Juan 5:24). La Biblia nos es suficiente. Esto no significa que Dios nos haya dicho todo lo que podríamos saber, ni todo lo que Él sabe, sino que nos ha dicho todo lo que necesitamos saber a fin de conocerlo bien a Él, hallar el perdón de nuestros pecados y tener la seguridad de una vida perdurable junto a nuestro Creador y Redentor. Cuando Pablo le escribió a Timoteo, le dijo que «las Sagradas Escrituras» que había aprendido de niño «te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús» (2 Timoteo 3:15).

Dios no quiere que nuestra manera de ver su Palabra se sostenga a base de un apego sentimental o una simple emoción. Quiere que nos sintamos confiados con respecto a la Biblia, porque también quiere que nos sintamos confiados con respecto a Él. Dedicar tiempo al estudio de la doctrina de las Escrituras es una empresa práctica y espiritualmente enriquecedora porque fortalece nuestra confianza en la Palabra de Dios[8].

Comer la Palabra de Dios. Es una imagen extraña. Sin embargo, esto es lo que describe el profeta Jeremías cuando le dice a Dios: «Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos» (Jeremías 15:16).

Cuando leo esto, me imagino a alguien arrancando las finas páginas de una Biblia, arrugándolas y metiéndoselas en la boca. Claro, sé que Jeremías está hablando en sentido metafórico. Está describiendo la manera incondicional en que está recibiendo la Palabra de Dios. Debemos tener el mismo apetito.

Así quiero ser, pero aun tengo mucho camino por recorrer. Amo la Palabra de Dios. La he probado y sé que es buena. Pero a veces solo la mordisqueo. Hay ocasiones en que no siento deseo de comérmela. Me quiero deleitar en ella de la forma que Jeremías describe. Quiero tener más hambre de ella que ahora.

El ejemplo de Jeremías es inspirador. Se alimenta con la Palabra de Dios. Quiere que su verdad y su vida estén *dentro* de él. Es su gozo. Es su delicia. Y si no miráramos más de cerca, supondríamos que Jeremías no sentía la apatía y la sequía espiritual que sentimos los mortales inferiores a él.

En cambio, cuando leemos la historia de Jeremías y el contexto de su afirmación en cuanto a deleitarse en la Palabra de Dios, hacemos un interesante descubrimiento. Jeremías se halla en medio de una oscura depresión y un angustioso lamento. Está tan desanimado, tan desalentado, que quisiera no haber nacido (Jeremías 15:10). Hace

una lista de todas las formas en que ha sufrido por hablar la verdad de Dios. Jeremías 15:17-18 dice:

No me senté en compañía de burladores,
ni me engreí a causa de tu profecía;
me senté solo, porque me llenaste de indignación.
¿Por qué fue perpetuo mi dolor,
y mi herida desahuciada
no admitió curación?
¿Serás para mí como cosa ilusoria,
como aguas que no son estables?

Descubrimos que la vida espiritual de Jeremías no fue toda una serie de experiencias en las cumbres. Al contrario; con frecuencia se sintió desalentado y deprimido. Se sintió tentado a dudar de la bondad de Dios. En aquel momento tan oscuro estaba más consciente de lo que había hecho por Dios que de lo que Dios había hecho por él.

Esto suena terrible, pero a mí me da ánimos. Me dice que la Palabra de Dios se encuentra con nosotros donde estemos. Viene a nuestro encuentro en medio de las dudas. Nos habla en medio de nuestras luchas espirituales. Tal vez allí te encuentres ahora. Quizá las enseñanzas de algún profesor de la universidad te hayan hecho sentir como un tonto por confiar en un «libro pasado de moda y lleno de errores». O tal vez es que estás cansado. Sientes que la lectura de la Biblia es un ejercicio vano.

Dios puede venir a nuestro encuentro en esos momentos de la vida. La Biblia no es solo para la gente que se siente fuerte. Estoy agradecido de que no tengamos que llevar una vida perfecta para leer la Palabra perfecta de Dios. La vida de Jeremías nos lo enseña. Jeremías sufrió y se sintió desanimado. La Palabra de Dios no es solo para gente feliz. Todos podemos hallar gozo en esa Palabra de Dios y en lo dignas de confianza que son sus promesas aun cuando no sentimos gozo en el corazón.

Algunas veces, tenemos que esforzarnos para hallar deleite en la Palabra de Dios. Jeremías dice que cuando comió las palabras de Dios, se le convirtieron en gozo. No en un gozo colocado en un estante. Necesitamos paladearlas y recibirlas. El que esto exija esfuerzo

no nos debe desalentar. A medida que crezcamos en el conocimiento de lo dignas de confianza y poderosas que son las Escrituras, nuestro amor por ellas aumentará.

Dios respondió a la queja de Jeremías con una amorosa reprensión. Le dijo que dejara de decir palabras vanas. Jeremías estaba centrado en su actuación y en todo lo que había hecho por Dios.

Dios comprende nuestra debilidad, pero no deja lugar para la desconfianza ni la incredulidad. Le hizo esta maravillosa promesa a Jeremías: «Yo estoy contigo para guardarte y para defenderte» (Jeremías 15:20).

Dios salva. Dios liberta. Esto fue cierto en la vida de Jeremías. Fue cierto para el pueblo de Judá. Es cierto para ti y para mí. Solo Dios puede salvar.

Ese es el mensaje central de la Biblia. Y es la clave para comprenderla y aprender a amarla como Dios quiere. La Biblia es la historia de lo que Dios ha hecho por nosotros. No llegamos a ella para recibir instrucciones en cuanto a la forma de salvarnos nosotros mismos. No es una lista de reglas y directrices que debemos seguir a la perfección con el fin de ganarnos la entrada al favor divino. La Biblia es la historia de lo que Dios ha hecho. Es la historia de cómo los esfuerzos del hombre por lograr su propia salvación fracasan, y solo es la gracia de Dios la que puede rescatar y redimir a los pecadores.

Con demasiada frecuencia leemos la Biblia de la misma forma que la leyó A. J. Jacobs cuando trató de pasarse todo un año «viviendo bíblicamente». La leemos y buscamos todas las cosas que tenemos que hacer. Y aunque es cierto que hay cosas que Dios nos ordena hacer, primero necesitamos leer la Biblia en busca de todo lo que Él ha hecho por nosotros. Es la historia de su Campeón, su Hijo, quien vino a morir por nosotros.

La Biblia de niños de mis hijos es la que mejor lo dice. Cada una de sus historias susurra su nombre. Jesús vino a buscarnos. Vino a libertarnos. Cuando comprendemos esto, la lectura de la Biblia se convierte en una delicia.

5

DIOS CON OMBLIGO

«Jesús es único. Y vino para realizar algo que nadie más hubiera podido realizar».

HAY DÍAS EN LOS QUE la neblina del amanecer se asienta en mi traspatio. Es como si una nube se hubiera extraviado y llegara a descansar antes de flotar de vuelta al cielo. En esas mañanas, mi traspatio, con sus dos grandes robles y su extenso césped, adquiere un brumoso resplandor. Adquiere un aspecto místico y encantador.

Yo leo la Biblia y oro en un cuarto cuya ventana da al traspatio. Una de esas mañanas en las cuales la neblina se cernía sobre él, tal parecía que no podría concentrarme en una sola de las cosas que leía. Estaba orando con desgana.

Miré por la ventana. Entonces me vino el pensamiento de que aquel momento de tranquilidad sería mejor si Jesús atravesara mi traspatio para conversar conmigo. Eso me levantaría la fe. Me imaginé sus pies descalzos hundiéndose en el césped húmedo de rocío. No sé por qué me lo imaginé descalzo. Allí estaba. Caminaba hasta la puerta lateral de la casa, frente adonde yo estaba sentado, y tocaba suavemente.

«Eso es lo que yo quisiera», dije en voz alta. «Quisiera que salieras de esa neblina y vinieras a sentarte allí». El sillón de la esquina de la habitación estaba vacío. Me imaginé a Jesús entrando en aquella silenciosa habitación y sentándose.

Estoy viviendo unos mil novecientos setenta y cinco años después que Jesús caminó por esta tierra. Hay días en que todos esos años me parecen un tiempo muy largo.

Una vez encontré en la Internet un juego con temas bíblicos que ponía a los personajes de la Biblia en brutal combate. Podías luchar como Moisés, Noé, Eva, María, Satanás o Jesús. Era una versión sacrílega del juego Street Fighter II que solíamos jugar en las tiendas 7-Eleven. Además de habilidades básicas para patear, tirar puñetazos y saltar, cada personaje tenía poderes especiales. Moisés podía hacer que llovieran ranas. Eva lanzaba manzanas y fustigaba con una serpiente. Noé podía hacer que un rebaño atropellara a la gente. Jesús lanzaba pan y pescados. No lo estoy inventando.

El juego estaba bien pensado, pero es obvio que lo había creado alguien que tenía poco respeto por lo sagrado. Lo triste es que he oído hablar de grupos juveniles que lo utilizan para enseñar Biblia a los adolescentes. No creo que ver a Noé golpeando a Eva sea el conocimiento bíblico que necesitamos.

Aunque la mayor parte de la gente no se sentiría cómoda con este irreverente juego, ¿no será una manera común de tener a Jesús como una persona más dentro del panteón de los héroes bíblicos? Jesús hizo milagros, pero también los hicieron Moisés y Elías. Sabemos que Él es especial, y sentimos que estamos en deuda con Él por aquello de morir en una cruz, pero a fin de cuentas, solo es uno más entre los personajes de la Biblia.

Es genial la afirmación de C. S. Lewis de que Jesús o es de veras el Hijo de Dios, o es un demonio o es un loco[1]. El «todo o nada» que contiene esta afirmación siempre me hace sentir escalofríos. O bien Jesús es lo que afirma ser —el Dios-hombre que vino a redimir a la humanidad—, o bien fue un loco de remate, un enfermo. No es posible un punto intermedio. No es posible que sea un gran maestro y un maravilloso ejemplo moral, y al mismo tiempo un mentiroso y un charlatán. No puede ser un iluminado en quien se puede confiar como fuente de orientación espiritual, y al mismo tiempo estar errado con respecto a su identidad.

Aunque este argumento parece irrefutable, son incontables las personas que encuentran una manera de rechazarlo. Aceptan a Jesús de cierta manera, pero niegan que sea el Hijo de Dios y que se le deba obedecer y adorar. La gimnasia intelectual que hace falta para lograr algo así me recuerda las fotografías de esa gente que practica el yoga y que tiene la capacidad de engancharse ambos pies en la nuca y hacer un nudo con ellos. No sé por qué lo hacen, parece doloroso.

Tengo un amigo que sostiene que «Jesús no es Dios, pero sí algo bueno». En su opinión, Jesús era un hombre iluminado y maravilloso. Más que ningún otro ser humano, logró establecer una conexión con algo que mi amigo llama «espíritu del Cristo». Todos los elementos sobrenaturales del Nuevo Testamento —desde los milagros hasta su resurrección— los inventaron los seguidores de Jesús. Aunque la Biblia es una gran obra de la literatura mundial y proporciona consuelo espiritual, es el producto de la imaginación y los errores de los seres humanos. Por eso va escogiendo por toda la Biblia como si estuviera comprando judías verdes. Pasa por alto lo que considera muestras «oscuras y marchitas» de poder sobrenatural y proclamaciones de divinidad, y se queda solo con las enseñanzas morales, los actos de compasión y los heroicos sufrimientos que se presentan en la vida de Jesús.

—Entonces, ¿qué crees que estaba sucediendo cuando Jesús murió en la cruz? —le pregunté yo un día.

—Creo que Jesús se estaba oponiendo a las injusticias —me respondió—. Estaba demostrando el poder del amor.

Yo estimo a mi amigo, pero sus creencias me desconciertan. No porque no las entienda, sino porque no entiendo por qué se molesta

en mantenerlas. Poniendo de otra forma el viejo dicho, está tirando al bebé y guardando el agua sucia. El cristianismo sin un Jesús sobrenatural, divino y todopoderoso me parece carente de sentido... menos útil que agua de bañadera.

¿Por qué perder tiempo buscando una manera de seguir asistiendo a la iglesia, dentro de la tradición y la moralidad cristianas si a la vez no se cree mucho de Jesús, excepto que era un personaje estupendo? Conozco muchos personajes estupendos, pero te aseguro que no me voy a pasar las mañanas dominicales cantándoles alabanzas. Puedo hallar muchos ejemplos convincentes de sufrimiento. Puedo hallar conmovedoras enseñanzas morales procedentes de muchos gurús y maestros religiosos.

Si el cristianismo es una tradición edificada sobre la fábula de un nombre al que solo conocemos a través de unos informes en los que no podemos confiar, ¿por qué desperdiciar el tiempo con esa tradición?

En este capítulo quiero explorar lo que los teólogos llaman doctrina de la persona y obra de Cristo. Su *persona* tiene que ver con quién es Él, mientras que su *obra* se refiere a lo que ha hecho por nosotros. No es posible captar la importancia de una de estas dos cosas sin tener en cuenta la otra. Cuando las estudiemos, veremos que Jesús no tiene paralelo en la Biblia ni en la historia del mundo. Él es plenamente Dios y plenamente hombre. Y vino a este mundo para lograr algo que nadie habría podido lograr.

Hay quienes dicen que Jesucristo es el fundador de la religión cristiana. Esto es cierto en un sentido técnico. Sin embargo, a un cristiano, que cree que Jesús es el Hijo eterno de Dios que se hizo hombre se le hace extraño pensar que fuera el fundador de algo. En ese caso, también podríamos decir que fue el fundador del universo, puesto que creó el mundo y todos los seres vivientes.

Sin embargo, en términos estrictamente históricos, la fe cristiana sí comienza con Jesús. Él afirmó ser el cumplimiento pleno de la fe judía y de todas las promesas de los profetas del Antiguo Testamento, y sus seguidores lo reconocieron como tal. Jesús afirmó ser el Mesías, el «ungido», el que Dios escogió para una tarea específica, y recibió de Él autoridad para llevarla a cabo. El vocablo griego equivalente a *Mesías* es *Cristo*, lo cual explica el título por el cual se conoce a Jesús. El que Jesús sea el Cristo significa que es el escogido de Dios, enviado con un propósito muy concreto.

Jesús vivió en Palestina durante el reinado de Augusto César. El pueblo judío se sentía humillado y afligido por la presencia de la ocupación pagana. Ver la ciudad santa de Jerusalén dominada por soldados romanos les dolía en el alma. Suspiraban por ser libres y gobernarse ellos mismos.

Descendiente del gran rey David de tiempos antiguos, Jesús nació en Belén aunque se crió en Nazaret. Toda región tiene alguna ciudad o población que se menosprecia y se considera poblada por gente atrasada. Al parecer, Nazaret había sido puesta en la posición más baja de la escalera en Galilea. No tenía prestigio ni distinción. En varios lugares de los evangelios vemos que la gente hace comentarios sarcásticos acerca de Nazaret por su falta de distinción, y la describen como un lugar del que no podía salir nada bueno (Juan 1:46).

Jesús, al igual que José, su padre adoptivo, era carpintero de oficio. Trabajó en Nazaret hasta los treinta años de edad. Entonces comenzó su ministerio público de enseñanza y cura de enfermos. Durante tres años viajó por diversas ciudades de la Judea. Entrenó a un pequeño grupo de discípulos. Enseñó en las sinagogas, y terminó enseñando ante grandes multitudes. La gente se amontonaba a su alrededor cuando se regaba la voz de que tenía poderes milagrosos para sanar enfermedades y echar fuera demonios.

Aunque ganaba muchos seguidores, también ganaba enemigos. Los líderes religiosos conspiraban para matarlo. Estaban celosos de su popularidad, indignados ante su afirmación de ser igual a Dios, y ofendidos por el manifiesto rechazo de sus tradiciones y leyes humanas.

Jesús fue vendido por uno de sus colaboradores más cercanos, acusado con falsía, azotado y ejecutado por crucifixión a manos de los romanos.

Al tercer día, en cumplimiento de antiguas profecías y de sus promesas, Jesús resucitó de entre los muertos. Se les apareció a sus seguidores durante el transcurso de más de un mes. Los envió a llevar la noticia de su muerte y resurrección al mundo entero. Y después, ascendió al cielo.

Hoy, dos mil años más tarde, un hombre que nunca viajó a más de ciento cincuenta kilómetros de su población de origen ha alcanzado a gente de todos los continentes. El imperio de Roma, bajo cuya sombra Jesús nació y fue asesinado, hace mucho tiempo, se desmoronó y quedó en ruinas. En cambio el número de los que juran lealtad a Jesús y lo llaman Señor ha crecido a lo largo de los siglos. En Occidente, dividimos la historia a partir de su nacimiento. Cerca de dos mil millones de personas se dicen seguidores suyo.

Jesús es la figura más famosa, poderosa, controversial y revolucionaria en la historia de la humanidad. Y ha prometido regresar.

La pregunta que divide a la raza humana es la siguiente: ¿Quién es Jesús? Esa pregunta se la hizo Él a sus seguidores. No le bastó con que le mencionaran las ideas y opiniones que tenía el resto de la gente. «*Y vosotros*, ¿quién decís que soy yo?», les preguntó (Mateo 16:15).

Durante el ministerio de Jesús, algunos pensaron que era un gran maestro; otros, que era profeta. No en balde se propagaron con facilidad las falsas enseñanzas acerca de su naturaleza en los primeros tiempos de la iglesia.

Un maestro llamado Apolinar enseñaba que Jesús tenía un cuerpo humano, pero no una mente ni un espíritu humano. Afirmaba que Jesús era hombre, pero había recibido de la divinidad un trasplante de mente/espíritu. En cierto nivel, esto parecía una buena manera de

calificar a Jesús de Dios y hombre al mismo tiempo, pero los líderes de la iglesia veían en ello un serio problema. Jesús había venido a salvar al hombre en su totalidad: cuerpo y espíritu. Para poder representarnos y, de esa forma salvarnos en nuestra totalidad, tenía que ser plenamente humano, como afirman las Escrituras. Estas afirman que Jesús fue hecho igual a nosotros en todo sentido (Hebreos 2:17). Y después de su muerte, al volver a la vida, lo hizo con un cuerpo físico; no lo abandonó para regresar a una forma en la que solo fuera espíritu (Lucas 24:39).

Otro maestro llamado Nestorio sostenía que Cristo estaba formado por dos personas distintas. Según su punto de vista, la persona divina y la humana eran como compañeros de cuarto que compartían el mismo espacio, o como gemelos siameses que podían discutir entre sí, y tener agendas distintas. Sin embargo, en ningún lugar de la Biblia se presenta a Jesús como dos personas. Él es siempre y únicamente una persona en pensamientos y acciones.

Un tercer punto de vista errado presentaba a Jesús como una especie de híbrido divino-humano. Su naturaleza divina se había unido a su naturaleza humana, y se habían transformado en una naturaleza totalmente nueva que no era ni Dios ni hombre, sino una mezcla de ambos. El concepto de que Cristo solo tenía una naturaleza recibe el nombre de monofisismo o eutiquianismo, por un hombre llamado Eutiques, que fue quien la propagó. ¿Por qué era un problema este concepto? Porque nos dejaba con un Jesús inferior al bíblico que no era ni Dios ni hombre.

En el Concilio de Calcedonia del año 451, los padres de la iglesia redactaron una declaración para corregir las falsas enseñanzas, y delinear bien y proteger las enseñanzas bíblicas acerca de la naturaleza de Jesús[2]. El Credo de Calcedonia afirma que Jesús tiene dos naturalezas en una sola persona. Él es «perfecto en su divinidad, y también perfecto en su humanidad; verdadero Dios y verdadero hombre», con un alma y un cuerpo humanos reales. Cuanto es cierto de la naturaleza de Dios es cierto de la naturaleza de Jesús. Y cuanto es cierto de la naturaleza humana también lo es de la naturaleza de Jesús. Jesús es igual a nosotros en nuestra humanidad, pero sin pecado, aunque tiene la misma esencia de Dios Padre. Estas

dos naturalezas «se deben reconocer [...] sin confundirlas, sin cambiarlas, sin dividirlas ni separarlas». Dicho en otras palabras, las dos naturalezas no se encuentran mezcladas; no están produciendo una naturaleza distinta, ninguna disminuye a la otra, no se pueden dividir ni separar. Para siempre Jesús es plenamente Dios y plenamente hombre en una sola Persona[3].

Veamos con detenimiento a Jesús, quien es «verdaderamente Dios». Las Escrituras señalan de numerosas formas la naturaleza divina de Jesús. La primera es su concepción virginal. Antes que fuera concebido, María su madre no había tenido relaciones sexuales con un hombre. Su primera pregunta cuando el ángel le anunció su embarazo revela su inocencia y su sentido práctico de mujer: «¿Cómo será esto pues no conozco varón?» (Lucas 1:34).

La respuesta del ángel deja este milagro rodeado de misterio, pero hay algo que es inequívocamente cierto: el niño que sería concebido en el seno de María tendría un origen celestial y divino. «El Espíritu Santo vendrá sobre ti», le dijo el ángel, «y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios» (Lucas 1:35).

Juan Bautista dio testimonio de que Jesús es el Hijo de Dios (Lucas 3:16). Esto es lo que dijo de Jesús: «El que de arriba viene, es sobre todos; el que es de la tierra, es terrenal, y cosas terrenales habla; el que viene del cielo, es sobre todos» (Juan 3:31). Y cuando lo bautizó, Dios habló desde el cielo y le dijo a Jesús: «Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia» (Lucas 3:22).

Jesús reveló también su naturaleza divina a través de los milagros que realizó. Manifestó su poder sobre el cuerpo humano al sanar enfermos (Lucas 4:40), sobre los poderes demoníacos (Marcos 1:25) y sobre los elementos de la naturaleza. «¿Qué hombre es este», se preguntaron sus discípulos en una ocasión, después que Jesús callara

a una violenta tormenta, «que aun los vientos y el mar le obedecen?» (Mateo 8:27).

A diferencia de todos los demás profetas de la Biblia, Jesús proclamó su igualdad a Dios. Él dijo: «Yo y el Padre uno somos» (Juan 10:30). Y en una discusión con los líderes religiosos les dijo: «De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy» (Juan 8:58). Estaba haciendo una audaz proclamación de divinidad. No solo estaba diciendo que Él existía desde antes de Abraham, quien había vivido miles de años antes, sino que se estaba refiriendo a sí mismo de una forma que era un claro eco del nombre divino: Yo SOY. Este era el nombre que Dios le había indicado a Moisés que les dijera a los hijos de Israel cuando le preguntaran quién lo había enviado. «Así dirás a los hijos de Israel: Yo SOY me envió a vosotros», fue la indicación que Dios le dio a Moisés (lee Éxodo 3:13-14). Lo que Jesús estaba proclamando sus oyentes lo captaron. Sabían que estaba proclamando su igualdad con el Dios eterno, y recogieron piedras para lapidarlo.

En su libro *Salvation Belongs to the Lord*, el teólogo John Frame señala lo increíble de que los discípulos llegaran a creer que Jesús era Dios. Eran judíos educados en la creencia de que hay un solo Dios, y que solo a Dios se debe adorar. No estaban preparados para hallar a Dios en la forma de un ser humano. Aquella idea era absurda. «De alguna manera», escribe Frame, «durante los tres años siguientes más o menos, todos aquellos discípulos judíos, y mucha gente más, llegaron a convencerse de que Jesús era Dios y merece que se le adore como Dios. Lo habían conocido íntimamente como hombre, habían caminado, conversado y comido con Él y, con todo, habían llegado a adorarlo. Esto es sumamente asombroso»[4].

Frame dice después de que los cristianos de los primeros tiempos de la iglesia nunca debatieron sobre la divinidad de Jesús (aunque estaban más que listos para discutir otras cuestiones teológicas). No lo discutieron, dice Frame, porque la comunidad cristiana entera estaba de acuerdo en que Jesús era Dios.

El apóstol Pablo, quien tuvo un encuentro con Jesucristo resucitado, dice: «Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda

creación», y también, «En él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad» (Colosenses 1:15; 2:9).

Una vez en que Jesús se encontraba en un monte con Pedro, Jacobo y Juan, se transfiguró, o cambió de forma ante ellos (Marcos 9:2-13). Los tres discípulos vieron un anticipo de la gloria eterna que Jesús poseería después de su resurrección. Sus ropas se volvieron blancas y resplandecientes. Jesús estuvo conversando con Moisés y Elías, los dos grandes profetas del Antiguo Testamento. Cuando Pedro vio aquello, se sintió atemorizado (aunque no lo suficiente para quedarse callado). Se ofreció a levantar tres tiendas, una para cada uno de aquellos hombres. Pero entonces, Dios Padre habló desde el cielo, y dejó algo muy claro: aquello no era una reunión de tres grandes héroes de la fe. Y les dijo: «Este es mi Hijo amado; a él oíd» (Marcos 9:7).

Este es mi Hijo. Como ningún otro. Mayor que cuanto ser humano ha caminado jamás sobre la faz de esta tierra. No era un simple siervo o profeta de Dios, sino el unigénito Hijo de Dios.

Jesús es «perfecto en su divinidad, y también perfecto en su humanidad». ¿Te has tomado alguna vez el tiempo necesario para reflexionar sobre lo real que es la naturaleza humana de Jesús? El mundo ha tenido dos milenios ya para acostumbrarse a la idea de que Dios se hizo hombre. Sin embargo, a pesar del tiempo transcurrido, la idea de que Dios se hiciera humano —un atado de músculos, huesos y fluidos— sigue siendo escandalosa. Manos. Brazos. Pies. Pelo corporal. Glándulas sudoríparas. ¿Cómo es posible?

Sin lugar a dudas, es el más grande de los milagros que recogen las Escrituras. La apertura de un camino a través del mar Rojo no es nada en comparación. ¿El fuego del cielo que consumió el altar de Elías? Poca cosa. Hasta la resurrección de Lázaro de entre los muertos se queda detrás, comparada con un momento que no vio ningún ojo humano. En el seno de una virgen una vida humana fue concebida.

Pero no participó ningún padre humano. El Espíritu Santo, en un milagro demasiado maravilloso para que la mente humana lo pueda comprender, cubrió con su sombra a una joven (Lucas 1:35). Y en una fracción de segundo de la cual el cosmos aun se sigue recuperando, Dios «se encarnó». Tomó nuestra humanidad.

Dios Hijo, quien existía desde la eternidad, se convirtió en ese momento en dependiente, y flotó en el líquido amniótico de un vientre de mujer. Aquel que sostiene con su poder al mundo entero se alimentaba por medio de un cordón umbilical. El Dios-hombre tendría ombligo.

Y tuvo que nacer. Tuvo que salir. Piénsalo un instante. Cuando los ángeles anunciaron el nacimiento de Jesús a los pastores en las afueras de Belén, les dijeron: «Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor» (Lucas 2:11). Cuando leemos este relato, muchas veces nos distrae el hecho de que se les aparecieran ángeles. Nos los imaginamos cantando, y nos hacemos un cuadro con los pastores y las ovejas. Sin embargo, nada de esto es de veras increíble. Increíbles son estas palabras: «*Ha nacido*».

Dios ha *nacido*.

¿Nacido en qué sentido? ¿Un chiquillo rosado y regordete traído desde lo alto del cielo por ángeles y ahora envuelto en unas mantas blancas? No. Nacido en el doloroso sentido de la mujer que grita, suda y empuja entre las piernas. Nacido en medio de toda la sangrienta y viscosa suciedad de un verdadero nacimiento humano. Apretado y empujado desde la oscuridad del vientre de su madre por las poderosas contracciones rítmicas del útero materno.

Y allí está: el Hijo de Dios cubierto de líquido y de sangre. Sus pulmones se están llenando de oxígeno por vez primera. Está llorando. Está indefenso.

La Biblia enseña con toda claridad que Jesús era plenamente humano. No solo tuvo una madre humana, sino que creció y se desarrolló

como cualquier otro niño (Lucas 2:52). Tuvo hambre (Mateo 4:2). Tuvo sed (Juan 4:7). Experimentó emociones humanas: se sintió turbado (Juan 12:27) y se angustió cuando murió uno de sus mejores amigos (Juan 11:35). También se cansaba y necesitaba dormir (Lucas 8:23).

Y más allá de estos ejemplos, las reacciones ante Jesús de quienes lo conocían eran, digamos, normales. Durante años, sus hermanos no creyeron que fuera el Mesías (Juan 7:5). Los de Nazaret, el pueblo donde se crió, solo lo tenían como «el hijo de José», y lo rechazaban como profeta (Mateo 13:53-58). Es evidente que la vida y la conducta tan normales de Jesús no los habían preparado para pensar que Jesús pudiera ser el divino Mesías.

Durante treinta años, Jesús llevó una vida común en la Tierra Santa del siglo primero. Aprendió el oficio de carpintero. Sus manos deben haber estado callosas y ásperas de tanto trabajo con madera. Conocía el salado ardor del sudor en los ojos. Conocía el alivio que es descansar los músculos después de un día entero de trabajo.

¿Por qué importa todo esto? La Biblia nos dice que la humanidad plena de Cristo es importante, dada la exclusiva razón de ser de su misión. Jesús vino para representar a la raza humana delante de Dios. En parte, su labor aquí en la tierra consistía en ser nuestro sacerdote. En el Antiguo Testamento, la responsabilidad de un sacerdote consistía en presentarse ante Dios en nombre del pueblo. Él tenía que ser alguien surgido de en medio de ese pueblo —uno de ellos— para que los sacrificios que ofreciera ante Dios le fueran contados a su pueblo.

En Hebreos se dice que Jesús, quien vino para ser sacerdote nuestro y representante ante Dios, «debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo» (2:17).

La exigencia de que su humanidad fuera plena no solo hizo posible que se ofreciera por nuestros pecados, sino que nos asegura que cuida de nosotros un sacerdote que comprende nuestra situación. Hebreos 4:15 dice: «No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado».

Jesús es como nosotros en todos los aspectos de nuestra humanidad, en todos los aspectos banales, gloriosos y biológicos de la existencia humana. Tuvo todas las debilidades y los apetitos que nos hacen humanos; fue tentado de todas las formas en que lo somos nosotros. La diferencia es que no pecó. Y esa perfección sin pecado hizo posible que pagara nuestras culpas.

Esto significa que podemos tener la seguridad de que oramos y esperamos en un Sumo Sacerdote que nos conoce. Que se identifica con nosotros. Que tiene una comprensión amistosa y personal de nuestras debilidades. Nos dice: «Yo pasé por eso», y lo dice en serio. John Frame escribe: «Dios, que no tiene cuerpo, ha tomado un cuerpo en la persona de Jesucristo. Dios, que no puede sufrir, ha tomado en Cristo una naturaleza humana en la que puede sufrir»[5].

Jesús es el centro, el punto focal de la fe cristiana. Sin embargo, es extraño lo reacios que somos a estudiar y definir una «doctrina» clara acerca de Él. No parece relacional. No queremos estudiar a Jesús. Lo queremos experimentar.

Noto esta tendencia en mi vida. Cuando pienso en Jesús, no me siento inclinado a preguntar: «¿Cuáles son las verdades que me dice la Biblia acerca de Jesús? ¿Qué quiere Jesús que yo piense y crea acerca de Él?». Pero me siento más inclinado a abrirme paso hasta cierto estado emocional. «Sentirme» de cierta forma en cuanto a Jesús.

Ni siquiera estoy seguro de poder describir el sentimiento que creo que debo tener hacia Jesús. Lo que sé es que quiero un sentimiento profundo y significativo. Quiero que me inunde algo. No me importaría llorar. Llorar es bueno. Definitivamente, el sentimiento que busco debe ser apasionado y profundo. Un toque de melancolía sirve. La tristeza y la austeridad se sienten muy espirituales. Quiero sentirme como si Jesús fuera mi mejor amigo, como si pudiéramos andar juntos. Quiero sentir que le agrado con mis gustos, mis sensibilidades, mi música y mi comida. Quiero lazos estrechos, de esa clase en la que ni siquiera se necesitan palabras para comunicarse.

Cuando expreso con palabras los sentimientos hacia Jesús que anhelo tener, parezco una emotiva chica de séptimo grado a punto de marcharse del campamento de verano. Eso no es bueno.

Pienso que muchos cristianos están más interesados en buscar sentimientos hacia Jesús que en buscar a Jesús, revisar las verdades sobre su persona y meditar en ellas.

Lo irónico de buscar a Jesús impulsados por los sentimientos es que a la postre produce lo contrario de lo que queremos. Las emociones profundas como respuesta a Jesús no son malas. Pueden ser buenas. Pero para encontrarlas, necesitamos algo más que la imaginación y la introspección.

Una de las lecciones más valiosas que me enseñó C. J. sobre la vida espiritual del cristiano es que si uno quiere sentir profundamente, tiene que pensar profundamente. Con demasiada frecuencia separamos ambas cosas. Damos por sentado que si queremos sentir profundamente, debemos quedarnos sentados y, bueno, *sentir*.

Pero la emoción construida sobre emociones es vacía. La verdadera, la que es de fiar y no nos lleva a extraviarnos, siempre es una respuesta a la realidad, a la verdad. Es solo cuando estudiamos las verdades acerca de Jesús y las meditamos bien que nuestro corazón se sentirá conmovido por la profundidad de su grandeza y del amor que nos tiene. Cuando ocupamos la mente con la doctrina de su persona y su obra, nuestras emociones reciben algo para establecerse, un motivo para adorar y deleitarnos en los debidos sentimientos de reverencia, gratitud y adoración.

El conocimiento de Jesús y las emociones correctas con respecto a Él comienzan con nuestra dedicación a pensar en las verdades sobre quién es Él, y qué ha hecho. Jesús nunca nos pregunta cómo nos sentimos en cuanto a Él. Nos llama a creer en Él, a confiar en Él. La pregunta que hizo a sus discípulos es la misma con la que nos confronta a nosotros hoy: «Y tú, ¿quién dices que soy yo?». Cuando de Jesús se trata, las verdaderas preguntas son: ¿Crees que Él es quien dice ser? ¿Crees que Él ha hecho lo que dijo que había venido a hacer?

Hemos estado examinando la persona de Cristo. Ahora veamos cómo se relaciona eso con la obra que vino a realizar. Durante los primeros años del siglo XVIII se ejerció una intensa presión en los círculos académicos y en muchas iglesias para que se negara que Jesús fuera una persona sobrenatural. Lo que se ponía de relieve eran sus enseñanzas y su ejemplo. Pero J. Gresham Machen sostuvo que Jesús era mucho más que «la flor más hermosa de la humanidad»[6], como algunos lo presentaban. La verdadera fe cristiana siempre había mirado a Jesús como una persona sobrenatural, como «una persona que era Dios»[7]. Jesús no solo inspiraba la fe, sino que era el *objeto* de esa fe para los apóstoles y la iglesia de los primeros tiempos. En Él depositaban su fe.

«Si Jesús solo era un hombre como el resto de los hombres», escribió Machen, «todo lo que tenemos en Él es un ideal. Un mundo pecador necesita mucho más que eso. Es un consuelo muy pobre el que se nos diga que ha habido bondad en el mundo, cuando lo que necesitamos es una bondad que ha triunfado sobre el pecado»[8].

¿Es Jesús solo un ideal? ¿Es solo una meta que debemos esforzarnos por alcanzar? La Biblia presenta algo muy distinto en su narración. En las Escrituras, la historia de Jesús no es la historia del surgimiento de la bondad en el mundo. Es la historia de la victoria de la bondad sobre el pecado. Es la historia del hombre sobrenatural que vino del cielo pero nació en la tierra, y que hizo retroceder, derribó y derrocó la perversidad y el pecado.

Esto es lo que Jesús vino a hacer. Y solo cuando comprendamos lo inmensa, lo colosal que es la misión de Jesús, comenzaremos a entender lo inigualable que es Él. La obra que vino a realizar es nada menos que la de enderezar todo lo que estaba torcido en nuestra relación con Dios, en nuestro corazón, en la creación, en todo el universo.

Podemos adoptar conceptos muy pequeños acerca de Jesús si limitamos nuestro punto de vista de su obra a intereses personales baladíes. Pero para ver lo glorioso que es el propósito de Dios en Jesús tenemos que mirar más allá del portal de nuestra casa, de nuestra ciudad, de nuestro país e incluso del tiempo en que nos ha tocado vivir. El propósito de Dios es mucho mayor. Jesús no vino solo a salvarme a mí, a perdonar mis pecados y a mejorar mi vida. Él hace

todas esas cosas, pero esto solo es una parte pequeña de un cuadro mucho mayor.

En Efesios, Pablo se gloría en las implicaciones cósmicas de Jesús y su obra. Hace una lista de las bendiciones espirituales que tenemos en Él: Dios nos adopta como hijos, somos redimidos por su sangre, nuestros pecados reciben perdón (1:3-8). Pero luego explica el propósito supremo hacia el cual apuntan.

¿Cuál es ese propósito? El propósito de Dios, dice Pablo, es unir a todas las cosas en Jesús, tanto del cielo como las de la tierra (1:9-10). ¿Qué significa esto, y por qué es tan especial?

Permíteme que te lo explique de esta forma. Digamos que te pregunto por qué se le da tanta importancia a Abraham Lincoln. ¿Por qué es su imagen la que está grabada en el centavo de dólar y en el billete de cinco dólares, y tiene un gran monumento en el centro de Washington DC? ¿Qué dirías? Lo más probable es que digas que es uno de los presidentes más grandes que ha tenido Estados Unidos porque emancipó a los esclavos y mantuvo unida a la nación. Pero si te preguntara por qué es tan especial, tratarías de darme alguna perspectiva histórica. Me explicarías que tuvo suma importancia dada la terrible injusticia y maldad de la esclavitud. Describirías la terrible confusión y división que significó la Guerra de Secesión, y cómo una nación entera se estaba destrozando y centenares de miles de hombres morían en ese conflicto.

Lo que te quiero hacer ver es que nadie podrá valorar a Lincoln ni sus dotes y singulares logros mientras no entienda las circunstancias durante su presidencia. Asimismo, no podremos captar la importancia del plan de Dios de unir todas las cosas en Jesús si no comprendemos la desunión y el abismo que se abrían entre el cielo y la tierra debido al pecado del hombre.

El pecado fue un acto de traición del hombre contra el Dios todopoderoso. Fue una revuelta de la tierra contra el cielo que hundió a la humanidad y al mundo entero en la muerte y la confusión. Como resultado del pecado, la humanidad quedó separada de Dios. Nuestra comunión con el Creador quedó rota. Y la división no se detuvo allí. El pecado creó divisiones dentro de la humanidad. Destrozó familias. Volvió al hombre contra la mujer. Hizo surgir el odio

y la animosidad entre las razas. Las guerras, el genocidio y las limpiezas étnicas que continúan hasta el día de hoy son el trágico legado del pecado.

La Biblia nos dice que la creación misma se vio afectada por la caída de la humanidad en el pecado. Al ver los terremotos y los huracanes, nos parece como si la creación estuviera en pie de guerra contra sí misma. Y así es en un sentido muy real. En cierto sentido, nuestro mundo está apartado de Dios y sujeto a maldición (Génesis 3:17; Romanos 8:20-21).

Las preguntas que se han hecho los seres humanos durante miles de años son: ¿Cómo se puede enderezar a este mundo destrozado, abrasado por el pecado y dividido? ¿Quién nos podrá salvar? ¿Quién podrá arreglarlo todo?

Dios siempre tuvo un plan. Pero se tomó su tiempo para revelarlo. En el Antiguo Testamento nos dio indicios. Nos dio pistas. Pero su propósito definitivo seguía en el misterio. Estaba escondido. Los profetas de la antigüedad buscaron y buscaron tratando de captar siquiera un poco del plan de Dios y de determinar cuál sería el momento en que se produciría la salvación que estaba prometiendo. Preguntaban: «¿Quién nos va a traer armonía? ¿Cómo puede hacer las paces el hombre pecador con un Dios santo? ¿Qué sacrificio nos purificará? ¿Quién podrá reconciliar a las naciones entre sí? ¿Quién puede traernos una paz duradera?».

La Biblia nos dice que en el momento preciso, Dios puso en marcha su plan. «Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos» (Gálatas 4:4-5).

En Jesús, el Hijo eterno de Dios se hizo hombre. El cielo y la tierra se unieron en una persona que era plenamente Dios y plenamente hombre. Y no vino para condenar, sino para salvar. ¿Cómo hizo las paces? Se entregó y tomó el lugar de los pecadores. ¿Cómo pudo? Porque es uno de nosotros. Pero, ¿cómo pudo enfrentar la ira de Dios contra millones y millones de pecadores? Porque Él es el Dios eterno. Con su muerte hace desaparecer nuestra culpa. Apacigua la ira de Dios Padre. Y con su muerte y resurrección detiene a la propia

muerte. La Resurrección nos demuestra que el propósito de Dios es hacer nuevas todas las cosas espiritual y físicamente. La promesa de un nuevo cielo y una nueva tierra la atisbamos en el cuerpo resucitado y glorificado de Jesucristo. En la nueva tierra que Dios va a crear, todo será nuevo (Apocalipsis 21:1-5).

La unidad que Jesús trae es un poder absoluto sobre todas las cosas. En Efesios 1:21 se nos dice que Dios ha puesto a Jesús «sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero». En otras palabras, Él es el que da las órdenes. Sus enemigos serán aplastados, los que sigan en pecado serán castigados, y toda rodilla se doblará ante Él (Apocalipsis 21:8; Romanos 14:11). El mundo estará unido, porque todos obedecerán a Jesús.

Cuando uno capta el cuadro general de quién es Jesús, y lo que vino a hacer, se queda sin aliento. Su persona y su obra no tienen paralelo. Abraham solo era un siervo de Dios. Moisés solo era un profeta. Mahoma no era más que un hombre. Buda no era más que un maestro. Confucio era más bien un filósofo social. Joseph Smith, el fundador del mormonismo, Charles Taze Russell, el fundador de los Testigos de Jehová, y L. Ron Hubbard, el fundador de la Cienciología, fueron tan pecadores y llenos de defectos como tú y yo. Ninguna de esas personas, ninguna de sus filosofías y conceptos nos pueden salvar. Al igual que nosotros son culpables ante un Dios santo.

Solo Jesús nos puede rescatar. Solo Jesús le ofrece al mundo una ayuda que procede del exterior. Y eso es lo que nuestro mundo necesitaba. Necesitábamos que Dios descendiera a salvarnos. Solo Jesús afirma esto de sí mismo. Solo Él murió y resucitó. Y solo Él puede unir todas las cosas en sí mismo, y las unirá.

En 1 Timoteo 2:5 leemos: «Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre». Mediador es el que se pone entre las dos partes opuestas y las reconcilia. Jesús es el único que puede mediar entre Dios y el ser humano. Solo Jesús, por su muerte en la cruz, puede reconciliar al cielo con la tierra.

Él dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Juan 14:6).

¿Te has preguntado alguna vez si te sería más fácil creer en Jesús si pudieras regresar en el tiempo hasta su época, si pudieras estar más cerca de Él en un sentido cronológico?

Yo sí lo he pensado. Si pudiera estar más cerca del momento preciso en el que Dios invadió nuestro espacio y nuestro tiempo, estoy seguro de que mi fe sería inquebrantable. O al menos, sería fuerte. Tal vez.

Pero luego me pregunto cuánto tendría que remontarme en el pasado para que las cosas fueran de veras distintas. Regresar solo mil años no sería suficiente. No creo que haber vivido en el siglo X me habría hecho sentir más cerca de Jesús. Además, ¿quién querría vivir en plena Edad Media?

Tampoco estoy seguro siquiera de que haber vivido unos cuantos centenares de años después de Jesús me habría ayudado. Me ha tocado vivir poco más de doscientos años después que George Washington, el primer presidente de los Estados Unidos. Ando con dinero que tiene su efigie. Todas las noches meto en mi alcancía monedas de un cuarto de dólar que también la llevan impresa. Hasta vivo en las afueras de Washington, DC, ciudad que lleva su nombre. Puedo ir en auto hasta donde él vivió en Mount Vernon cuando se me antoje. Pero no siento una gran conexión con George. Creo en él, en el sentido de que sé que estuvo allí. Pero lo sigo sintiendo muy lejano e irreal.

Así que me parece que sería bien feliz si conociera a Jesús en persona. Si fuera uno de los que Él sanó, o tal vez aquel muchachito cuyo almuerzo Él multiplicó. Habría sido estupendo.

Pero aun así, no estoy seguro de que esto de tener fe es sencillo. Los que estuvieron cerca de Jesús —la gente que acampaba con Él, que lo tocaba, que conversaba con Él, que lo escuchaba predicar— también lucharon con la incredulidad y las dudas. El discípulo Tomás, *solo un día* después de la resurrección, se negaba a creer que Jesús hubiera resucitado a menos que viera y tocara las heridas de

sus manos (Juan 20:24-29). Hay quienes critican a Tomás por sus dudas. Pero, sinceramente, ¿habríamos actuado diferente? Entiendo la actitud de Tomás. Yo también habría querido ver y tocar las manos de Jesús.

Creo que esto nos dice algo acerca de la constitución del alma humana. Por cercanos que estemos en el tiempo, por inmediato e íntimo que sea el testimonio acerca de Jesús, siempre queremos más. Queremos eliminar la necesidad de tener fe.

O sea, que tú y yo vivimos casi dos mil años después del histórico momento en el cual Jesús hizo milagros, murió y volvió a la vida. Tenemos que confiar en el testimonio de los apóstoles que aparece escrito en la Biblia. Tenemos que confiar en que Dios capacitó a personas para que conservaran y tradujeran fielmente sus palabras. Tenemos que confiar en que el mensaje nos ha sido transmitido con exactitud a lo largo de los tiempos y las culturas. Y a veces, sentimos que eso demanda mucha fe.

Pero piensa en Tomás. No tuvo que confiar en algo que había leído en un libro. No hubo traducción de por medio. No hubo desconocidos involucrados. Las personas en quiénes tenía que creer eran sus mejores amigos. Aquellos grandes amigos suyos habían sido testigos presenciales de la resurrección de Jesús. Y lo habían visto vivo *el día anterior*. Sin embargo, Tomás sintió que para creer necesitaba mucha fe. Más fe de la que podía tener en aquellos momentos.

Jesús tuvo paciencia con Tomás. Así como tiene paciencia con nosotros. Y cuando se le apareció, le dijo: «Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron» (Juan 20:29).

Me encanta leer esas palabras, porque sé que Jesús está hablando de mí: de mí y de ti, y de todos los seguidores que Él ha llamado a sí en todos los años que han pasado desde aquel momento. Es como si estuviera diciendo: «Sé que hace falta mucha fe. Sé que habrías preferido estar presente. Sé que te gustaría estar conmigo ahora. Verme. Pedirme que atraviese tu traspatio y me siente en tu sillón. Pero ya yo te he hablado en mi Palabra. Te he hablado de mí mismo. Te he dado mi Espíritu Santo como promesa de lo que aun está por venir. Un día, tu fe se convertirá en vista. Un día me verás y me tocarás».

En los versículos que se encuentran a continuación de la historia de Tomás, el apóstol Juan escribió lo siguiente: «Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre» (Juan 20:30-31).

Nunca he visto a Jesús. Sin embargo, creo que Él es el Cristo, el Hijo de Dios. Y por gracia, sé que he hallado vida en su nombre.

6

UNA MANERA DE SER BUENO OTRA VEZ

«Durante demasiado tiempo, la noticia de que Jesús había muerto por mis pecados careció de un verdadero significado».

EL PESO DE LA CULPA parecía que me iba a aplastar. A destrozarme. En parte, eso era lo que yo quería. Tal vez entonces no me tendría que sentir así. Estaba tirado en la cama. Quería dormir... no para descansar sino para escapar. No quería estar despierto. No quería estar consciente y pensar en el pecador hipócrita y estúpido que era.

Había visto un video pornográfico en una ocasión anterior, a la edad de trece años. Había encontrado la cinta de VHS mientras estaba cuidando a un niño en el hogar de una familia cristiana. Los padres se habían marchado. El niño que yo cuidaba estaba dormido, y me quedé allí sentado, bebiéndome aquellas imágenes profanadoras que se iban presentando en la pantalla. Recuerdo que aquel día volví a mi casa sintiéndome cubierto de una sustancia mugrienta de pies a cabeza. Sentía necesidad de darme una ducha lo más caliente posible, hasta casi quemarme, y restregarme hasta quedar limpio.

Habían pasado seis años. Entonces me había sentido sucio, pero esto era peor. Mucho peor. A los trece años, Dios no me importaba. No fingía tener deseos de agradarle. Pero esta vez era distinto. Amaba a Dios. Mi deseo de servirle era muy serio.

Había ido en avión hasta San Juan, Puerto Rico, con el fin de trabajar de voluntario en una campaña de Billy Graham. Había llegado allí para hacer la obra de Dios y participar en un momento histórico de la cristiandad. Se estaba transmitiendo aquella campaña evangelística en el mundo entero, con traducción simultánea a docenas de idiomas. Allí se habían reunido cristianos muy reconocidos de numerosas naciones. Había sesiones de entrenamiento para evangelistas jóvenes. Me tomé una foto con el apologista Ravi Zacharias, el evangelista coreano Billy Kim y con Cliff Barrows, el famoso director de música de Billy Graham. Estuve a unos pocos metros del propio Graham y lo oí predicar. Estaba en suelo santo.

Pero una noche, cuando el pastor en cuya casa yo estaba hospedado salió de la casa para ir a una reunión, yo me dejé caer en su sofá y prendí el televisor. Fui cambiando de canales sin pensar en nada. Entonces pasé un canal donde todo era estática; las imágenes estaban borrosas y eran difíciles de identificar. Lo volví a poner. Cuando lo hice, la estática se aclaró por unos segundos, y las imágenes se hicieron más nítidas. Era un canal pornográfico de cable.

No lo apagué. Habría podido hacerlo. Eso era lo que seguía pensando más tarde, tirado en la cama. *Lo habría podido apagar*. En lugar de hacerlo, me dejé dominar por completo por mis apetitos lujuriosos. Me pasé toda la hora siguiente volviendo una y otra vez al canal para captar unos vistazos de cinco segundos. Por alguna razón, aquello hizo que las cosas fueran peores aun. No solo había estado viendo pornografía. Me había gastado el pulgar con el mando remoto del televisor y me había cansado los ojos en un esfuerzo de adivinar aquellas vulgares imágenes.

Cuando al fin apagué el televisor y me fui a mi cuarto, la convicción que había estado deteniendo en mi interior me entró atropelladamente en el corazón. Había hecho aquel viaje tan largo para sentarme en la casa de un pastor a ver pornografía. Estaba allí para hacer la obra de Dios. Quería aprender para que Dios me pudiera usar. Vaya broma. Yo no era más que un repugnante hipócrita. Allí

tirado, con la mirada fija en el techo, ni siquiera podía ponerme a orar. Por fin me quedé sumido en un inquieto sueño.

Fue entonces cuando soñé aquello.

No suelo recordar la mayoría de mis sueños. Pero dudo que vaya a olvidar este. Es el sueño más vívido y potente que había tenido antes y después de aquel momento.

Soñé que me hallaba en una habitación repleta de tarjeteros. Eran como las que usaban las bibliotecas en el pasado. Cuando abrí uno de los archivos, descubrí que las tarjetas describían pensamientos y acciones procedentes de mi vida. La habitación era un rudimentario sistema de catalogación de todo lo bueno o malo que yo había hecho en la vida.

Mientras revisaba las tarjetas que se hallaban bajo los títulos «Amigos que he traicionado», «Mentiras que he dicho» y «Pensamientos lujuriosos», me sentí abrumado por la culpa. Allí estaban descritos con todo escalofriante detalle momentos largo tiempo olvidados en que había actuado de forma incorrecta. Lo triste es que mis malas obras superaban a las buenas. Traté de destruir una tarjeta, desesperado por borrar el recuerdo de lo que había hecho. Pero era imposible cambiar el pasado. Solo podía llorar ante mis fallos y mi vergüenza.

Entonces entró Jesús a la habitación. Tomó las tarjetas y comenzó a firmarlas una tras otra con su nombre. El nombre suyo cubría al mío, y quedaba escrito con su sangre.

Cuando desperté de aquel sueño, me sentí profundamente emocionado. Nunca había estado tan consciente de mi culpa ante Dios y, al mismo tiempo de la realidad del perdón de Dios. El sueño me ayudó a ver que mis faltas y mi pecado eran mucho peores que una hora de lujuria viendo pornografía. Lo increíble era que la gracia y el amor de Dios en Jesús eran también mucho más poderosos de lo que yo había pensado.

Jesús ocupó mi lugar en la cruz. Cargó sobre sí todos y cada uno de mis pecados. Como nunca antes, las increíbles consecuencias de que el Hijo de Dios muriera en *mi* lugar, y por mis pecados inundaron *mi* alma.

Los cristianos afirmamos que Jesús murió por nuestros pecados. Ahora bien, ¿qué significa eso? ¿Por qué tuvo que morir? ¿Qué logró Jesús con su muerte en la cruz? ¿Qué estaba sucediendo mientras pendía entre cielo y tierra? Y, ¿qué efecto tiene su muerte en ti y en mí hoy? ¿Qué cambia?

Estas preguntas nos llevan a la esencia de la fe cristiana. Nos llevan al tema de la expiación, que tanto temor reverente despierta. La palabra *expiación* habla de cómo seres humanos culpables y llenos de pecado como nosotros pueden tener una relación restaurada con un Dios perfectamente bueno y justo, cómo podemos unirnos con nuestro Creador, ser uno con Él.

«Expiar significa reparar el daño», escribe J. I. Packer, «borrar por completo la ofensa y ofrecer una satisfacción por el mal hecho, reconciliando de esa manera consigo mismo a aquel a quien se había distanciado y restaurando la relación que había quedado interrumpida»[1].

La Biblia enseña que nuestras relaciones con Dios quedaron interrumpidas por nuestra desobediencia. No solo estamos separados de Él a causa de la vileza de nuestros pecados, sino que somos culpables ante Él, merecedores de castigo.

La cuestión teológica más desconcertante a la que se ha enfrentado la humanidad es cómo un Dios bueno y justo puede amar y perdonar a personas culpables. Si Dios pasa por alto el pecado, es inmoral e injusto. O es una fuerza amoral carente de normas. Y sin embargo, Dios ha prometido rescatarnos y aceptarnos. ¿Cómo es posible? La respuesta es la Cruz.

Crecí oyendo que Jesús había muerto por mí en la cruz. Sin embargo, durante mucho tiempo, esta información no me decía nada. Sí, había sido un gesto muy bueno de su parte. Pero era como si alguien se gastara una gran cantidad de dinero en darte un regalo que ni quieres ni necesitas. Aquello no tenía sentido. Aun después de tomar la decisión de entregarle mi vida a Dios, la Cruz seguía siendo para mí un concepto poco claro.

Tengo un recuerdo muy claro de aquel período de mi vida. Apenas había arribado a la adolescencia. Iba entrando a nuestro dúplex color castaño en Kane Road, Gresham, Oregón. Cuando abrí la puerta que iba del estacionamiento a la cocina, me vino un pensamiento: *No comprendo por qué Jesús tuvo que morir.* Esta afirmación tan concreta fue lo que me pasó por la mente.

En mí es extraño que un momento tan fugaz se me haya quedado tan claro en la memoria. Tal vez estuviera ligeramente incómodo con mi confusión. Lo lamentable es que no me sentía suficiente incómodo con mi falta de comprensión para hacer algo al respecto. No le pedí a nadie que me explicara la Cruz. No me fui a leer la Biblia. Y en mi corazón no sentía urgencia alguna; no sentía que yo hubiera necesitado que se produjera la muerte de Jesús.

Me pregunto cuánta gente de iglesia tiene hoy los mismos pensamientos poco claros acerca de la cruz. Cuando uno compara esta manera moderna tan confusa de pensar con el claro enfoque en la muerte de Cristo que aparece en las páginas de las Escrituras, no puede dejar de pensar que algo anda muy mal.

Jesús anunció el momento y la forma en que habría de morir (Mateo 20:17-19). Enseñó a sus seguidores que su muerte sería el clímax de su misión terrenal. Les dijo: «El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos» (Marcos 10:45).

La cruz no fue el trágico final de sus planes, sino su realización. La hora de su mayor angustia fue la hora para la cual había venido (Juan 12:27). Y en la noche en que fue traicionado, instituyó lo que llamamos la Santa Cena, ceremonia que le entregó a la iglesia para que con ella recordemos su muerte. Cuando comemos el pan y bebemos la copa juntos, en recuerdo de su cuerpo quebrantado y de su sangre derramada por nosotros, proclamamos su muerte hasta que Él vuelva (1 Corintios 11:26). John Stott señala que este acto de conmemoración «no dramatiza su nacimiento ni su vida; tampoco sus palabras ni sus obras: solo su muerte». Stott escribe lo siguiente acerca de Jesús: «Era sobre todo por su muerte por lo que Él quería que lo recordáramos. Por esa razón podemos decir sin temor a equivocarnos, que no hay cristianismo sin la Cruz. Si la Cruz no es central en nuestra religión, esa religión no es la de Jesús»[2].

En el libro *In My Place Condemned He Stood*, los autores J. I. Packer y Mark Dever dicen que no podemos comprender la expiación sin captar primero otras tres cosas: la primera es la naturaleza trinitaria de Dios; la segunda, la santidad y la justicia de Dios, y la tercera, nuestra culpa y nuestro pecado ante Él.

Esto me ha ayudado a comprender mi confusión con respecto a la Cruz y la obra expiatoria de Jesús. Como adolescente, no había pensado con detenimiento en Dios como la Trinidad. Y si alguien no comprende que Dios es uno, y al mismo tiempo tres Personas distintas (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo), la muerte de Jesús en la cruz le parece un trágico caso de injusticia. O peor aun, la podría considerar como la despiadada acción de un Dios que castiga a su Hijo sin que este lo hubiera sospechado o tuviera tenido indicio de lo que le iba a suceder.

Una de las pocas veces que recuerdo que se nos presentó con claridad la Cruz durante mi permanencia en el grupo de jóvenes de bachillerato fue cuando un orador relató la historia de un conductor de trenes que tenía la responsabilidad de hacer descender un puente para que un tren suburbano pudiera pasar por él sin peligro. Un día, el hijo pequeño del conductor lo acompañó al trabajo y, mientras jugaba, quedó atrapado en el mecanismo que hacía descender el puente. Cuando el tren ya se acercaba, el conductor se dio cuenta de la situación de su hijo. Sin tiempo suficiente ya para rescatarlo, y con el tren dirigiéndose a toda velocidad hacia el puente, el conductor tomó la desoladora decisión de hacer descender el puente sobre su hijo, para que se pudiera salvar la gente que iba en el tren. «Y eso», nos dijo el orador, «es lo que Dios hizo por ustedes». Recuerdo que en ese momento pensé: *Dios es un imbécil.*

Aborrecí aquella historia. Estaba furioso con el conductor por haber llevado a su hijo al trabajo. Furioso con el hijo por ponerse a jugar con el mecanismo. Y furioso con el orador por haberme relatado una historia tan estúpida. Aquello no me hizo valorar más la Cruz. Hizo que la Cruz me pareciera una especie de accidente cósmico por el cual se esperaba que me hiciera sentir en deuda y culpable.

Muchos años más tarde me di cuenta de lo inexacta y poco útil que es la analogía del conductor para explicar la cruz. En la raíz de su error se encuentra la ausencia de la naturaleza trinitaria de Dios.

El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu es Dios. Dios es uno en tres Personas distintas. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tienen una comunión perfecta entre sí, y obraron en conjunto para salvar a la humanidad. La obra de la salvación realizada en la cruz fue una obra conjunta de las tres Personas de la Trinidad. Las Escrituras nos señalan en muchos lugares esta labor de equipo. En Hebreos 9:14 leemos: «¿Cuánto más la sangre de *Cristo*, el cual mediante el *Espíritu* eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a *Dios*, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?».

Jesús no fue una víctima atrapada en los engranajes de la injusticia romana. Jesús era Dios mismo, y entregó su vida voluntariamente. Dios Padre no era una deidad cruel y abusiva que carecía de compasión por su hijo. Lo que sucedió fue que en el misterio de la Deidad, Padre e Hijo tomaron la decisión de redimir a la humanidad por medio de la sustitución. El pecado humano exigía que se pagara por él un precio. Pero Dios lo pagaría. Con su propia vida.

El hijo se hizo pecado en el sentido de que representó a la humanidad y ocupó el lugar de esa humanidad llena de pecado. Dios Padre administró la justicia. La justa ira y el castigo que merecían la traición y la rebelión del ser humano cayeron sobre Dios Hijo. En la cruz, Dios mismo asestó y recibió el golpe.

Jesús no se vio atrapado. Siempre tuvo las riendas. Y decidió por amor entregar su vida por nosotros. Así lo expresó: «Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre» (Juan 10:17-18).

Jesús entregó su vida. Amaba la gloria de su Padre. El Padre amaba a su Hijo. Y juntos, por amor a un mundo perdido, pagaron el mayor de los precios para expiar nuestro pecado.

Expiar es reparar el daño hecho. La mayor parte de las personas pueden reconocer que han hecho algo malo. La confesión más fácil y corriente del mundo es «Sé que no soy perfecto». Pero la idea de que nuestros pecados e «imperfecciones» necesiten de la sangrienta muerte de un inocente —y nada menos que del Hijo de Dios— nos parece un poco exagerada. Hemos actuado mal, pero en la mayor parte de los casos no pensamos que tenga gran importancia.

Nos sentimos así porque no conocemos bien a Dios. No comprendemos que Él es santo y justo, que aborrece el pecado, y que debe castigar todo pecado y toda maldad. Las Escrituras dicen que los ojos de Dios son tan puros que Él no puede mirar la maldad (Habacuc 1:13).

Tal vez hayas notado en la Biblia que cuando las personas tienen un encuentro con Dios suelen caer al suelo como muertos (lee Apocalipsis 1:17). Nunca dan la impresión de que es un melodrama. Están seguros de que van a morir. Sus acciones delatan un claro terror. ¿Por qué? Porque han contemplado a un Dios que no solo tiene un poder y una gloria abrumadores, sino que también es totalmente justo. La Biblia usa el término *santo* para describirlo. Pensamos en la santidad como sinónimo de pureza moral, y Dios es santo en ese sentido. Sin embargo, *santo* se refiere más que nada al hecho de que Dios es «otro». Él es alguien totalmente separado de nosotros. Es diferente por completo, y exaltado por encima de la humanidad. En Él no hay pecado ni tinieblas. Es totalmente bueno, veraz y justo.

¿Tenemos alguna idea de lo que significa un encuentro con el santo, justo y puro Dios del cielo? Cuando Isaías contempló a Dios, de inmediato se sintió consciente de su culpa y clamó: «¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos» (Isaías 6:5). Cuando Job oyó hablar a Dios, se despreció a sí mismo y sus arrogantes exigencias (Job 42:6). Cuando Pedro se encontró por primera vez con Jesús, y vio su poder sobrenatural y su santidad, cayó ante sus rodillas y le suplicó: «Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador» (Lucas 5:8). En la presencia de Dios Santo, Pedro se sintió deshecho ante la consciencia de su pecado.

Si no sentimos la necesidad de una expiación, quizá es que damos por sentado que Dios tiene la misma actitud de indiferencia que tenemos nosotros con respecto a la maldad. Pero no es así. Dios siente un odio total y tenaz hacia el pecado y la injusticia. Su reacción ante el pecado es una justa ira extrema. La Biblia la llama «ira de Dios». Pero si lo pensamos, un Dios que no odiara la maldad sería aterrador. La verdadera bondad aborrece la maldad. La rectitud y la justicia genuinas necesitan oponerse a la injusticia y la iniquidad. La ira de Dios, escribe John Stott, «es su santa reacción ante la maldad»[3].

Esto me es difícil de entender. Con demasiada frecuencia pongo el pecado y la injusticia en una pesa. El pecado es menos pecaminoso si todos lo están cometiendo. La injusticia es más pequeña si no va contra alguien o algo que amo. Si no la puedo ver o sentir sus efectos, no me quita el sueño.

Dios es muy diferente a mí. Él ve el pecado como lo que es: un insulto a su gobierno y su reino. Todo pecado humano —incluso el que se comete contra otra persona— es en última instancia un pecado contra Dios. Es una violación de sus leyes (Salmo 51:4). Y Dios ve la muerte, la destrucción y la aflicción que produce. Tú y yo no tenemos idea de sus repercusiones y consecuencias. La mayoría de nuestros pecados los consideramos tan insignificantes como un cerillo que cae en la hierba, o como un pequeño incendio en la maleza en el peor de los casos. Dios ve hasta dónde llegan esas pequeñas llamas. Ve el fuego forestal que devora los campos, destruye las casas y cobra vidas.

Dios ve la devastación que el pecado humano ha producido en el mundo. Y en su perfecta justicia, ha prometido castigarlo todo.

Esta es la verdad más consoladora y aterradora del mundo: porque Dios es santo y justo, nadie se va a salir con la suya. Al final de los tiempos, habrá una rendición de cuentas definitiva y perfecta ante Él (Romanos 14:12). Lo que los jueces humanos y los tribunales del hombre no pudieron enjuiciar, lo enjuiciará Dios Todopoderoso. No habrá crímenes ni delitos impunes. No habrá casos cerrados por falta de pruebas. Él va a juzgar a los vivos y a los muertos (1 Pedro 4:5). Todo pecado —desde el genocidio y el asesinato, hasta la murmuración y la calumnia; desde la violación y el tráfico de blancas hasta la lujuria y la inmoralidad— será castigado.

Lo irónico en todo esto es que el Dios de la justicia perfecta es al mismo tiempo el Dios que añoramos y el Dios que tememos. Añoramos que aparezca alguien que castigue a los que aterrorizan, maltratan, matan y esclavizan a los inocentes. Queremos que alguien juzgue y castigue la maldad. Queremos un juez con poder absoluto y un terminante compromiso con la justicia.

Pero cuando sus ojos se vuelven hacia nosotros, comprendemos que también somos culpables. También merecemos su castigo.

Aquella noche en que tuve mi sueño acerca de la habitación donde estaban los archivos, me desperté sollozando. Prendí la luz, tomé la computadora portátil y comencé a escribir acerca de aquel sueño. Seguí llorando mientras escribía. A veces, apenas podía ver la pantalla a través de las lágrimas.

A la historia la llamé «El cuarto», y unos pocos meses después la imprimí en la pequeña revista que estaba publicando en aquellos tiempos[4]. Tal vez la hayas leído antes. Después de impresa, la historia estuvo circulando en la Internet como una de esas cosas que se envían de una persona a otra en los correos electrónicos con la sugerencia «¡Lee esto!», y que mantienen siempre repletos los buzones de mensajes.

Todavía sigo asombrado ante la respuesta que generó aquel sueño. Recibí historias de capellanes que lo habían leído en las prisiones y pastores que se lo habían leído a sus congregaciones, o lugares donde se había representado como un drama. Desde entonces ha salido en diversas revistas y hasta han hecho con ella una película corta. Unos pocos años más tarde, incluí «El cuarto» en un capítulo de mi primer libro. Ese capítulo era el que con mayor frecuencia citaban los lectores que me escribían. Lo que me ha sorprendido más es la reacción que causa entre personas que no son cristianas. Muchos me han dicho que la historia los ha conmovido grandemente. En numerosas ocasiones me han dicho: «Comencé a llorar mientras la leía».

¿Por qué este sueño establece una conexión con tantas personas diferentes a un nivel profundo? Creo que la respuesta es que toca el

tema universal de la culpa y la redención. Todos llevamos encima cierta sensación de haber hecho algo malo, de que no hemos estado a la altura de las normas de los demás o de las nuestras... y mucho menos de las normas de Dios.

La mayoría de las personas tratan de tener paz en cuanto a sus pecados tratando de olvidarlos y seguir adelante. Encontramos consuelo en la distancia que aparece con el pasar del tiempo. Mientras más lejos estemos de nuestros pecados, menos sentiremos que nos afectan, y menos culpables nos sentiremos. Te puedo hablar de cómo estuve viendo pornografía hace catorce años. Pero ¿estoy dispuesto a confesar el pecado que cometí la semana pasada? ¿Recuerdo siquiera la mitad de las cosas malas que he hecho? Lo cierto es que de manera muy conveniente he olvidado la mayoría de mis transgresiones.

Leí en un periódico la historia de una mujer llamada Jill Price que tiene una extraña enfermedad a la que los médicos llaman «memoria autobiográfica superior». Jill puede recordar con lujo de detalles cada uno de los días de su vida desde que tenía catorce años. Los expertos de la Universidad de California la estudiaron durante seis años para confirmar que tenía esa capacidad. Si has deseado alguna vez tener una memoria mejor, piénsalo de nuevo. Jill lo ve como una bendición y como una maldición. Tiene cálidos recuerdos que la consuelan en los momentos difíciles, pero también está el lado oscuro. Recuerda sus malas decisiones, los insultos recibidos y las espantosas vergüenzas que ha pasado. A lo largo de los años, dice, los recuerdos han ido acabando con ella. Se siente paralizada y atacada. Es raro que duerma en paz[5].

Queremos pensar que somos básicamente buenos. Podemos creer esa ilusión porque olvidamos la mayoría de nuestras decisiones, acciones y pensamientos. ¿Y si los recordáramos a la perfección? Dios los recuerda.

Este pensamiento es incómodo, ¿no es cierto? Supongo que por eso mi sueño sobre la habitación llena de tarjetas causa impacto emocional en la gente. Todos tenemos en la vida cosas que no queremos recordar. Cosas que sabemos que debiéramos enderezar. Cosas que necesitan expiación.

La Biblia enseña que el pecado exige muerte. Cuando Adán y Eva se rebelaron contra Dios, su juicio sobre ellos y sobre toda la humanidad consistió en la muerte física (Génesis 3:19).

Sin embargo, ya en el huerto, Dios habló de su plan para rescatar y restaurar a la humanidad (Génesis 3:15). No reveló sus propósitos ni sus planes. En lugar de hacerlo, a lo largo de los siglos comenzó a enseñarle a su pueblo el principio de la expiación por medio de la muerte sustituta.

Cuando rescató a su pueblo de la esclavitud en Egipto, castigó el orgullo del faraón haciendo que muriera el primogénito de cada familia egipcia. Pero tuvo misericordia del pueblo de Israel y les dio una manera de escapar de estas muertes. A través de Moisés, le indicó a su pueblo que sacrificara un cordero sin manchas ni imperfecciones y marcara los dinteles de las puertas de sus hogares con la sangre del cordero. En Éxodo 12:13 les dice: «Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre y pasaré de vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad cuando hiera la tierra de Egipto». El castigo y la muerte pasaron por encima de los hogares que tenían los dinteles de sus puertas manchados de sangre, símbolo de una vida derramada. Un cordero había muerto. Se había ofrecido un sustituto.

Después de sacar de Egipto a su pueblo, Dios estableció un elaborado sistema de sacrificios de animales que servía como medio para perdonar y quitar su pecado. El sistema de sacrificios les enseñaba que el pecado es grave, y que solo se puede cubrir con derramamiento de sangre. Levítico 17:11 dice: «La vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona».

La sangre es símbolo de la vida de la persona. Derramar sangre significa entregar la vida, morir. Cuando se sacrificaba un cordero o un toro en el Antiguo Testamento, constituía una gráfica y vívida representación del pago por los pecados a través del sacrificio de una vida. Un israelita buscaba un cordero que no tuviera defecto alguno y lo presentaba ante el Señor. Ponía las manos sobre el animal para

simbolizar que el animal cargaba con su culpa. Entonces se sacrificaba el animal y se rociaba la sangre sobre el altar.

Además de los sacrificios continuos prescritos por la Ley, cada año había un día llamado Día de Expiación (Levítico 16). En uno de los ritos de ese día había dos machos cabríos. El primero lo sacrificaban de la forma normal. Pero el sumo sacerdote imponía las manos sobre el segundo animal, confesaba los pecados de la nación y lo enviaba al desierto, fuera del campamento. El segundo macho cabrío representaba lo que realizaba el sacrificio del primero. Dios había proporcionado una manera de quitar los pecados del pueblo, que eran alejados de él por medio del sacrificio de un sustituto. Este es el origen de la expresión *chivo expiatorio*, que se refiere a alguien a quien se le echa la culpa de los errores y las malas obras de otros para que estos puedan escapar al castigo.

Los dos machos cabríos del Día de Expiación y los sacrificios sangrientos practicados a lo largo de los siglos le daban al pueblo de Dios un lenguaje y unas imágenes vívidas en cuanto a su necesidad de expiación. Dios quería que comprendieran que necesitaban purificación, perdón. Sin embargo, el sacrificio de esos toros, corderos y machos cabríos solo era prefigura del único sacrificio que de veras podría eliminar la culpa. Todos aquellos sacrificios sangrientos apuntaban hacia Jesús. Dios los estableció para que un día su pueblo pudiera captar el significado de Jesucristo y su muerte sangrienta en una cruz.

A Jesús lo traicionaron en la noche en que se celebraba la Pascua. Esa noche dio a sus seguidores una nueva ceremonia para recordar la obra redentora de Dios (Mateo 26:17-29). No derramarían la sangre de un cordero, sino que recordarían el cuerpo quebrantado de Jesús y la sangre que derramó.

Al igual que el segundo macho cabrío, que cargaba con los pecados del pueblo, a Jesús lo sacaron de la ciudad cuando lo crucificaron. Él cargó nuestros pecados, y los apartó de nosotros. Hebreos 13:12 afirma: «Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta».

Y entre todos los nombres con los que se ha llamado a Cristo, pocos son tan potentes como el de «Cordero de Dios». ¿Por qué se le

da este nombre? No es porque Jesús fuera lindo, encantador y suave. Se le llama Cordero de Dios porque Dios lo sacrificó por nuestros pecados. Juan Bautista dijo de Él: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29). Y en su visión del cielo, el apóstol Juan vio que a Jesús lo adoraba una multitud imposible de contar. ¿Cómo aparece Jesús en su gloria? Como un Cordero en pie y como inmolado (Apocalipsis 5:6).

Este pensamiento sorprende. ¿Por qué necesitaba Dios un cordero? Él no tenía pecados que pagar. ¿Por qué ofreció un sacrificio? La respuesta es que Dios ofreció a su Hijo, y este entregó voluntariamente su vida para expiar los pecados de la humanidad. Nunca habríamos podido pagar por nuestros pecados. Nuestra deuda con Dios y la culpa que cargamos ante Él son demasiado grandes. Solo Él puede eliminar la mancha de la culpa y de la vergüenza.

En Jesús, Dios proveyó el cordero. En lugar de que tú y yo tuviéramos que enfrentarnos a la ira y al castigo que merecen nuestros pecados, Jesús ocupó nuestro lugar. Él es nuestro sustituto. Él derramó su sangre; dio su vida, para quitar nuestros pecados y apartar de nosotros la ira de Dios.

La novela *Cometas en el cielo* de Khaled Hosseini es un formidable retrato del ser humano que anhela expiación. Relata la historia de Amir, un inmigrante afgano recién casado que vive en California atormentado por un acto de traición que cometió en su niñez. Cuando era niño en la ciudad de Kabul, no intervino cuando a Hassán, su mejor amigo, lo golpeó y violó un despiadado muchacho mayor que ellos, llamado Assef. En vez de correr a ayudar a su amigo, Amir se arrinconó lleno de temor y vio lo que pasaba desde las sombras.

Después Amir se sintió atormentado por la culpa. Su vergüenza era mayor porque Hassán seguía siendo bondadoso y leal con él. Hassán, cuyo padre trabajaba como criado del padre de Amir, quien era rico, siguió sirviendo generosamente a Amir. Aunque conocía la

cobardía de Amir, no quiso vengarse, y ni siquiera le dijo una sola palabra áspera. Consumido por la culpa, Amir acusó falsamente a Hassán de robarle un reloj nuevo. Finalmente, la conducta de Amir obligó a Hassán y a su padre a marcharse de su casa.

La historia se reanuda años más tarde, cuando Amir ya es un hombre y vive en los Estados Unidos con su anciano padre. Se halla a medio mundo de distancia de la tierra de su niñez, pero aquel momento en el callejón lo sigue persiguiendo. «Aquello sucedió hace mucho tiempo», dice, «pero he aprendido que no es cierto lo que dicen del pasado, que es posible enterrarlo. Porque el pasado se abre camino con sus garras hasta salir del hoyo. Ahora, al mirar al pasado, me doy cuenta de que he estado mirando aquel callejón desierto durante los últimos veintiséis años»[6].

Cuando uno de sus antiguos amigos, quien conocía su vergonzoso acto, lo llama desde Paquistán y le pide que vaya a visitarlo, Amir sabe que no es solo su amigo el que está en la línea telefónica, sino que lo está llamando su «pasado de pecados sin expiar». Antes de terminar su conversación con aquel viejo amigo, Amir dice: «Hay una forma de ser bueno otra vez»[7].

Una forma de ser bueno otra vez. ¿Acaso no es eso lo que todos anhelamos? Queremos el perdón y la purificación; una manera de compensar y cubrir nuestras malas obras y nuestros actos de egoísmo. En *Cometas en el cielo*, Amir encuentra esta oportunidad cuando por fin regresa a Paquistán para enfrentarse a su pasado. Allí se entera de que su amigo Hassán ha muerto, pero su hijo huérfano está vivo y necesitado de que lo rescaten. Pero salvar al pequeño significa que Amir tendrá que enfrentarse al mismo sádico Assef que había violado a Hassán muchos años atrás.

La historia encuentra su desenlace cuando Amir reconstruye los momentos de su pasado en que había fallado de manera tan lamentable. Esta vez, cuando se enfrenta a Assef, no retrocede. Para recuperar al hijo de su amigo, acepta una brutal golpiza que le da Assef. Tiene costillas rotas y la mandíbula destrozada. Se ahoga en su propia sangre. Pero en medio de la golpiza comienza a reír. Ríe mientras lo golpean y llenan de contusiones. Al fin siente que está pagando por sus malas obras.

Amir arriesga la vida para salvar al hijo de su amigo Hassán. Al manifestarle bondad al niño y adoptarlo, encuentra una manera «de ser bueno otra vez».

Pero ¿acaso puede uno expiar sus malas acciones del pasado de esta manera? ¿Y si las personas contra las que hemos pecado ya han desaparecido? ¿A quién compensamos? ¿Y si no hay nada que podamos hacer para compensar lo que robamos? ¿Y si una golpiza no basta para salvar nuestra conciencia? ¿Qué podríamos dar para pagar las maldades que hemos cometido?

La Biblia nos enseña que para nosotros el problema es más serio. Nuestro pecado no va dirigido solo contra amigos y familiares. En última instancia, el mal que hagamos es un acto de odio y desobediencia contra Dios. Pecar es violar su ley. No es solo nuestra conciencia la que hay que apaciguar; la santa ira de Dios es la que exige un pago. Nuestro problema es mucho más grande de cuanto podamos imaginar. ¿Cómo puede tener perdón un acto de rebelión contra un Dios infinitamente santo que por naturaleza debe juzgar la maldad y eliminarla de su creación, que es buena? En 1 Samuel 2:25 dice: «Si pecare el hombre contra el hombre, los jueces le juzgarán; mas si alguno pecare contra Jehová, ¿quién rogará por él?». La ira de Dios arde en contra nuestra.

Aunque pudiéramos volver a vivir y pagar por todos los males que hayamos hecho (lo cual es imposible), aun tendríamos que enfrentarnos a Dios. ¿Cómo hacemos las paces con un Dios de rectitud y justicia perfectas?

¿Cómo nos hace Dios buenos de nuevo ante su presencia? ¿Cómo se enfrenta a nuestra culpa y pecado? El mensaje inconcebible de la Biblia es que el amor de Dios es tan grande que nos ha proporcionado la manera de ser buenos de nuevo a través de la vida y muerte expiatoria de su Hijo.

Jesús hizo por nosotros lo que nosotros no podíamos hacer. Vino a interceder por la raza humana, que había pecado contra Dios. Vivió y murió en nuestro lugar.

Nosotros desobedecimos la ley de Dios, pero Jesús la obedeció a la perfección. Así como el pecado de Adán sumió al mundo en la culpa, la obediencia de Jesús hace justos a todos los que depositan su confianza en Él (Romanos 5:19). Esta es «la justicia que es de Dios por la fe» (Filipenses 3:9).

En lugar de abandonarnos y condenarnos, Dios vino a buscarnos. Tanto amó al mundo, que envió a su único Hijo para que lo salvara (Juan 3:16-17). Jesús vino para reconciliarnos con Dios.

¿Cómo nos reconcilia? Pagando por nuestros pecados. Esto es lo que los teólogos llaman la *sustitución penal*. En la cruz Jesús ocupo nuestro lugar y sufrió nuestro castigo. Obedeció en nuestro lugar y murió en nuestro lugar. Gálatas 3:13 dice que Jesús fue «hecho por nosotros maldición». El profeta Isaías describe la muerte expiatoria y sustituta de Jesús cuando escribe:

> Mas él herido fue por nuestras rebeliones,
> molido por nuestros pecados;
> el castigo de nuestra paz fue sobre él,
> y por su llaga fuimos nosotros curados.
> Todos nosotros nos descarriamos como ovejas,
> cada cual se apartó por su camino;
> mas Jehová cargó en él
> el pecado de todos nosotros. (Isaías 53:5-6)

Nosotros transgredimos. Cometimos iniquidad. Pero Jesús sufrió las heridas por nosotros. Dios lo cargó con nuestras culpas, para poder perdonarnos. En 2 Corintios 5:21 se nos dice: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él».

¿Qué sucedía mientras Jesús pendía de la cruz entre el cielo y la tierra? En 1 Pedro 2:24 se afirma: «Llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero». Además del incalculable sufrimiento físico de la crucifixión, Jesús soportó el tormento de la ira de Dios contra el pecado.

El resultado de esa sustitución es que la ira de Dios quedó satisfecha, y se apartó de nosotros. Es lo que llamamos *propiciación*. Romanos 3:25 dice que Dios puso a Cristo «como propiciación por

medio de la fe en su sangre». La justicia de Dios exige la muerte como castigo del pecado. En 1 Juan 4:10 se dice: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados».

«Es a Dios mismo en su santa ira a quien es necesario darle una propiciación», escribe John Stott. «Dios mismo en su santo amor se dedicó a hacer esa propiciación, y Dios mismo en la persona de su Hijo murió como propiciación por nuestros pecados»[8].

En la cruz quedó satisfecha la ira de Dios. Nuestros pecados quedaron pagados para que pudiera perdonarnos y aceptarnos. En 1 Pedro 3:18 se nos dice: «Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios».

Hace algunos años, me dijeron que existía una versión musulmana de mi cuento «El cuarto» en varios portales islámicos de la Web[9].

Una joven llamada Jenny, que había crecido en una familia musulmana religiosa bien conservadora, me escribió para decirme que había leído el relato de mi sueño en un campamento de una semana para chicas musulmanas. En la emoción de la última noche alrededor de la fogata, le pidieron que leyera la historia de la habitación llena de tarjeteros. Pero dijo que la versión musulmana del sueño había sido alterada. En ella nunca aparecía Jesús. No había seguridad de perdón. Y terminaba con este párrafo:

> Y entonces llegaron las lágrimas. Comencé a llorar. Mis sollozos eran tan profundos que me comenzó un dolor en el estómago que terminó estremeciéndome. Caí de rodillas y grité de vergüenza; de la abrumadora vergüenza que sentía por todo aquello. Las filas de estantes llenas de archivos parecían moverse ante mis ojos llenos de lágrimas. Nadie debe conocer nunca, nunca, esta habitación. La tengo que cerrar con candado y esconder la llave.

Después que leyó la historia, las otras jovencitas se marcharon de la fogata llorando. Pero el efecto en Jenny fue mucho más profundo. Se sentía consumida por una sensación de desespero e impotencia. A lo largo de toda su vida había sido una devota seguidora del islam. Junto con su familia, aprendía de memoria el Corán, rezaba cinco veces al día, y había visitado La Meca. Hacía sus mejores esfuerzos, pero estaba constantemente consciente de sus limitaciones. Se distraía durante los rezos. Algunas veces mentía.

En la escuela secundaria, había comenzado a tener vívidas pesadillas sobre el infierno. Se despertaba sudando frío, con una desesperada sensación de impotencia. «Ya no me sentía tan confiada en cuanto a la posibilidad de ser admitida en el cielo», me dijo.

La versión musulmana de «El cuarto» había sido leída junto a la fogata para animar a las jovencitas a ser mejores y llevar una vida moral, pero había dejado a Jenny exhausta y desilusionada. *Ya no me puedo esforzar más,* pensó, *y sé que aún no soy suficientemente buena.* Comenzó a buscar a Dios fuera del islam.

Varios años más tarde, después de muchas historias sobre la misericordia de Dios en su vida, Jenny llegó a la fe en Jesucristo como su Salvador. Después que se hizo cristiana, alguien le envió en un correo electrónico la versión cristiana completa de «El cuarto». Cuando abrió el mensaje, reconoció de inmediato el comienzo de la historia. Se sentía curiosa por ver cómo se sentiría al leer la historia, ahora que era cristiana.

«Cuando llegué al final de la parte que recordaba, no sentí la profunda tristeza que había sentido antes», me dijo Jenny. Pero la sorpresa que se llevó fue descubrir que la versión original tenía un final distinto. La versión que ella había leído en el campamento terminaba con el terror y el miedo. En cambio, en esta conclusión, Jesús entraba a la habitación. Jenny leyó las palabras acerca de Jesús que habían sido borradas del relato:

> Él me miró con compasión en sus ojos. Pero era una compasión que no me hacía sentir enojo. Bajé la cabeza, me cubrí el rostro con las manos y comencé a llorar de nuevo. Él se me acercó, y me rodeó con su brazo. Habría podido decir

muchas cosas, pero no dijo una sola palabra. Solo lloró conmigo.

Entonces, se levantó y caminó de vuelta hacia la pared llena de archivos. Comenzando por un extremo del cuarto, sacó un archivo y uno tras otro comenzó a firmar su nombre sobre el mío en cada una de las tarjetas.

«¡No!», grité yo, corriendo hacia Él. Todo lo que pude decir fue: «¡No, no!», mientras le quitaba la tarjeta que tenía en la mano. Su nombre no debía figurar en aquellas tarjetas. Sin embargo, allí estaba, escrito en un rojo rico, oscuro y vivo. El nombre de Jesús cubría al mío. Lo había escrito con su sangre.

Con delicadeza me tomó la tarjeta de las manos. Me dirigió una sonrisa triste y siguió firmando las tarjetas. No creo que podré comprender nunca cómo lo hizo con tanta rapidez, pero en un instante me pareció oír que cerraba el último archivo y volvía caminando hasta donde yo estaba. Me puso la mano en el hombro y me dijo: «Consumado es».

Me puse en pie, y me sacó del cuarto. En la puerta no había candado alguno. Aun había tarjetas que escribir.

¿Ves lo esencial que es la expiación para la fe cristiana? Sin la cruz de Jesucristo, estamos en un callejón sin salida de impotencia y terror. Comparecemos como culpables ante un Dios al que no podemos agradar. Sabemos que nuestros mejores esfuerzos son inadecuados. Y no nos podemos sacudir la culpa de nuestras malas acciones que nos consume.

Aquí es donde las relaciones inventadas por los hombres nos abandonan, pero no solo en el islam, sino en todos los sistemas religiosos (entre ellos, algunos que se proclaman cristianos) que no incluyen el sacrificio expiatorio de la cruz. Sin la sangre que Jesús derramó por los pecados, no hay expiación, no hay perdón y no hay reconciliación. No queda esperanza alguna.

Pero la historia no termina con nuestra culpa. ¿Verdad que suena increíble? Jesús entra en escena. Entra a la realidad de nuestros fallos, nuestra vergüenza y nuestra culpa. Piensa en la peor tarjeta que pueda haber en tu cuarto lleno de archivos, y medita en esto: Jesús murió

para que tu peor momento pudiera quedar cubierto. Cargó sobre sí la culpa, para que pudieras comparecer ante Dios perdonado y aceptado.

Hay una manera de ser bueno de nuevo. Consiste en confiar en Jesús y en su muerte expiatoria. Recibir por fe el rescate que Él nos ha preparado. Ni tú ni yo tenemos con qué pagar por nuestros pecados. Nuestras buenas obras no los pueden cubrir. El tiempo no va a hacer que se desvanezcan. Solo la sangre del Cordero de Dios nos puede limpiar, cubrir y rescatarnos de la condenación.

7

CÓMO JESÚS SALVÓ A GREGG EUGENE HARRIS

«¿Cómo es posible que una redención realizada en las afueras de Jerusalén le diera vida a un joven en una playa de California?»

GREGG TOCABA LA GUITARRA y cantaba en la playa para que le dieran propinas. Con sus maltrechos pantalones vaqueros de piernas acampanadas y su fino cabello castaño que le caía sobre los hombros, era la quintaesencia de los trovadores hippies. Alrededor del año 1970, Laguna Beach, en California, era un verdadero imán para los artistas y los músicos. Llegaban allí desde todos los rincones de la nación. Paz y amor, y una provisión continua de drogas, hacían de aquel pueblo de playa un escenario idílico.

«¿Quieren escuchar una canción?», preguntaba Gregg a las personas que estaban allí, tumbadas al sol. Había aprendido a leer a la gente —sus estilos, edades e intereses—, y después había hecho su mejor esfuerzo por cantar algo que estuviera de acuerdo con ellos. Solo cantaba cantos originales. Su música era su arte, y no quería ser un tocadiscos humano dedicado a repetir los cantos que se oían en la radio.

En una ocasión cantó una canción para José Feliciano, el guitarrista ciego de dedos rápidos como el relámpago, cuya canción «*Light My Fire*» [Enciende mi fuego] se había convertido en un gran éxito. Gregg no reconoció a aquella estrella del rock, pero después Feliciano le dijo que asistiera a su concierto aquella noche. Le dijo que le quería comprar su canto.

Sin embargo, Gregg no se presentó aquella noche, porque no podía «prostituir» su arte. Además, tenía planes de lograr algo grande por su propia cuenta con su música. No sabía que Dios tenía para él planes más grandes que el de convertirse en una estrella del mundo musical.

Un día, dos hippies se le acercaron a Gregg en la playa. «Oye, amigo, ¿qué sabes de Jesús?», le preguntó uno de ellos. Era la pregunta que menos se esperaba Gregg. Había huido hasta allí desde Ohio para alejarse de Jesús y de la sofocante religión de su niñez. Se lo sabía todo acerca de Jesús, y lo despreciaba.

Decidió divertirse un poco con aquellos dos fanáticos de Jesús. Iba a usar sus conocimientos bíblicos para dejarlos ensartados. Les iba a hacer unas preguntas que no podrían responder. Los iba a vencer con sus argumentos. Así que empezó a despotricar allí mismo en la playa.

Pero no logró derrotarlos. Se limitaron a escuchar y sonreír. Entonces, cuando terminó de hablar, le hablaron de Jesús de una forma que Gregg nunca había oído antes. Le dijeron que Jesús era un rey que había venido a redimir a un mundo arruinado por el pecado. Dios mismo había invadido el planeta. Jesús murió en la cruz, no como víctima, sino para vencer a la muerte misma. Nos había demostrado cuál es el significado verdadero del amor. Juzgaría al mundo entero y gobernaría a las naciones. Había llegado el día de apartarse del pecado y creer en Él.

A pesar de lo que sentía, Gregg los escuchó. Sus palabras, sus respuestas, su descripción de Jesús se le hundieron en el alma y tiraron de algo que llevaba muy adentro. Era como si alguien lo estuviera llamando desde muy lejos.

Cuando terminó la conversación, trató de fingirse menos interesado de lo que estaba. No dejó que notaran lo profundo que le habían afectado sus palabras. No se arrodilló a orar; ni siquiera dijo que

pensaría con más calma en lo que le habían dicho. Los dos hombres se despidieron y siguieron su camino por la playa.

«Por alguna razón», dice Gregg, «supe que mi vida nunca volvería a ser la de antes».

Si alguien cava un pozo y da con un manantial del agua más pura, esa agua no tiene uso para nadie a menos que se canalice hacia tierras secas y labios sedientos. El que nos digan que existe un pozo así o verlo a la distancia no sacia nuestra sed. Tenemos que beber del agua nosotros mismos.

Jesús una vez describió la salvación que nos ofrece como agua viva. A la mujer que encontró junto al pozo le dijo que si bebía del agua que Él le podía dar, nunca volvería a tener sed (puedes leer la historia en Juan 4). Su agua se convertiría dentro de ella en una fuente de agua viva que le daría vida eterna. Estaba hablando de la nueva vida espiritual que había venido a traernos.

Por supuesto, no comprendió todo aquello al principio. Pensaba que Jesús se estaba refiriendo al agua normal. Le encantaba la idea de no tener sed y no tener que romperse la espalda cargando baldes de agua desde el pozo.

Pero al final llegó a entender que Jesús le hablaba en metáfora de la vida espiritual, de conocerlo y creer en Él. Y bebió de aquella agua viva. Confió en que Jesús era el Mesías prometido.

La Biblia nos dice que Jesús murió y resucitó para que a los pecadores les fueran perdonados sus pecados y se reconciliaran con Dios (1 Corintios 15:1-4). Este mensaje es lo que los cristianos llamamos «el evangelio», palabra que significa «buena noticia». Muchas personas han escuchado estas buenas noticias, pero es obvio que no todas han recibido la salvación. Es posible llegar a conocer los sucesos de la vida, muerte y resurrección de Jesús a distancia — su significado, poder y esperanza—, y no recibir beneficio alguno.

La gran obra salvadora de Jesús nos tiene que alcanzar. No solo la noticia sino también su poder espiritual nos deben tocar y transformar. ¿Cómo?

El teólogo John Murray tiene una manera útil de describir la obra salvadora de Dios. Usa las expresiones *redención realizada* y *redención aplicada*. La *redención realizada* es lo que Jesús ya hizo por nosotros: su vida de obediencia perfecta, su muerte sustituta en la cruz y su resurrección.

Es el segundo aspecto de la redención de Dios —la parte de su aplicación— lo que quiero que examinemos ahora. La *redención aplicada* es la forma en que lo realizado por Jesús se conecta con nosotros. Cómo nos alcanza y nos salva. Se le conoce también como *doctrina de la salvación.*

La doctrina de la salvación responde las siguientes preguntas: «¿Cómo se convierte en nuestra salvación la obra salvadora de Jesús? ¿Qué significa ser salvo? ¿Cómo pasamos de pecadores espiritualmente muertos y alejados de Dios a hijos de Dios justos y espiritualmente vivos?».

O, para poner las preguntas en términos que me parecen mucho más personales, ¿cómo llega la redención de Jesús que se realizó en una colina de las afueras de Jerusalén, a lo largo de los siglos, hasta el año 1970 y a un joven que está tocando su guitarra en una playa de California?

Hay muchas maneras de explorar la doctrina de la salvación, pero me gustaría analizarla contando la historia de la forma en que Jesús le aplicó su poderosa salvación a una persona. Se llama Gregg Harris, y es mi padre.

Sus padres le pusieron Gregg Eugene. Su primer nombre se escribe con dos «*g*» al final, porque así lo vio mi abuela en una placa en la clínica de un médico. El segundo, Eugene, era el nombre de su padre. Nunca le gustó su segundo nombre, pero por alguna razón me lo puso también a mí. Ya casi lo he perdonado por haberlo hecho.

Papá nació el 23 de octubre de 1952 en Dayton, Ohio, en el Miami Valley Hospital. Parecía un bebé saludable y normal, pero el

médico les dio una noticia devastadora a Gene y Francis. «La naturaleza se olvidó de terminar su trabajo», les dijo. El niño tenía tres defectos internos muy serios. Para que hubiera esperanza de que sobreviviera, tendría que pasar por tres grandes operaciones dentro de las próximas cuarenta y ocho horas. En 1952, esas operaciones eran peligrosas, y bordeaban en la experimentación. Si sobrevivía, decían los médicos, era probable que no viviera más allá de los seis años. Y si sobrevivía, estaría confinado a una silla de ruedas y necesitaría un cuidado continuo.

Mi abuela nunca dejó de orar. Era una cristiana consagrada, y le había entregado su vida a Jesús a los ocho años. Su familia vivía a kilómetro y medio de la iglesia. Leía la Biblia y asistía a la iglesia cada vez que se abrían sus puertas. Su padre tocaba el órgano. Lo podía hacer hablar. Cada día, abuela le pedía a Dios que hiciera crecer su fe «cada día, cada mes y cada año».

Su gran fallo en cuanto a fidelidad cristiana fue hacerse novia y casarse con Gene. Abuelo era un callado veterano de la Segunda Guerra Mundial que trabajaba en la planta de la Frigidaire en Dayton, le encantaban los caballos y siempre tenía a mano una bolsita de tabaco de mascar marca Red Man. Había nacido en Alabama y vivido la mayor parte de su vida en Tennessee. Abuela sabía que no era un creyente genuino. Durante el noviazgo, asistía a la iglesia y fingía interés en la Biblia, como para convencerla de que se casara con él. Pero después de la boda su asistencia a la iglesia fue disminuyendo. Parecía que la iglesia lo enojaba. Cuando se decidía a acompañarla, regresaban a la casa discutiendo. Por fin, dejó de asistir por completo.

Pero la fe de mi abuela la sostuvo en los difíciles años que siguieron al nacimiento de papá y las operaciones. Solo habían resuelto parcialmente los problemas; el niño no podía pasar con normalidad los alimentos sólidos. Abuela pasaba horas todos los días dándole aceite para ayudarlo a ir al baño.

Cuidarlo le consumía cada gramo de energía, y quedaba física y emocionalmente exhausta. Lo peor de todo era que estaba sola en sus esfuerzos. Abuelo no podía sobrellevar la incapacidad de su hijo. Para que no se dieran cuenta, buscaba cualquier excusa para salir de la casa, y pasaba la mayor parte del tiempo libre en los juegos de béisbol y las carreras de caballos.

El estrés diario era casi demasiado para mi abuela. Hasta pensó en suicidarse. «Sé que no es correcto», le dijo a Dios. Y cuando pensaba en su pequeño Gregg, comprendía que tenía que seguir viva, aunque fuera por él. «Mi vida es un rompecabezas bien enredado que no puedo componer», dijo en su oración. «Señor, solo tú puedes arreglar esto».

Se planeó otra gran operación cuando mi padre cumplió siete años. Los médicos dijeron que podría empeorar las cosas en lugar de mejorarlas, pero que tenían que intentar algo. Pero en el día de la operación, mientras estaban esperando en el hospital, él fue solo al baño. Esto nunca había sucedido de manera espontánea. Se suspendió la operación. Abuela supo que era un milagro del cielo.

Pero aun después de este progreso, papá seguía enfrentando serias dificultades. La incapacidad le daba forma a su niñez. Por miedo a que un golpe en el estómago lo pudiera matar, se le aislaba y no se le permitía participar en ninguna clase de juegos bruscos ni en deportes. «Me trataban como si fuera un huevo», recuerda mi padre. Y como la mayor parte del tiempo lo pasó con su madre durante los primeros años de vida, tenía un concepto torcido de su lugar en el mundo. Mi abuela estaba tan decidida a tenerlo contento que lo trataba como un príncipe. Le hacía creer que todas sus palabras eran brillantes, y que todos sus chistes eran para desternillarse de la risa.

Cuando entró a la escuela, esa ilusión quedó hecha añicos. No era ni brillante ni divertido. Y cuando los otros niños no se reían de sus chistes, Gregg se esforzaba más aun. Para empeorar las cosas, su incapacidad hizo que en varias ocasiones se manchara los pantalones en clase. En la escuela primara estas no son cosas que se olvidan con facilidad. Durante años lo mantuvieron aislado y se burlaban de él.

Algo que sucedió en el sexto grado epitoma los años de Gregg en la escuela primaria. Un día una chica popular llamada Marilyn anunció en la cafetería que por la tarde iba a tener una fiesta en su casa. Todos estaban invitados. Gregg pensó que «todos» lo incluía a él. Después de las clases se apresuró a llegar a la casa, arrebatado de emoción. Se puso sus mejores ropas de domingo —una camisa blanca impecable y un lazo de mariposa— y se marchó rumbo a la casa de Marilyn. Ella estaba de pie en la puerta, sonriendo mientras les daba

la bienvenida a todos los niños. Pero cuando vio a Gregg, su sonrisa se convirtió en un gesto de desagrado.

—No recuerdo haberte invitado —dijo con desprecio.

—Lo sé —mintió él—. Vine aquí para encontrarme con un amigo.

—Ah —dijo Marilyn con frialdad. Y entró y cerró la puerta.

Gregg se quedó allí de pie durante unos instantes escuchando los sonidos de la fiesta. Los chicos conversaban y reían. Estaba seguro de que se estaban riendo de él. Dio media vuelta y se echó a correr hasta llegar a su casa, entró al cuarto y se tiró en la cama. Allí, enterró la cara en la almohada y gritó.

Durante toda su niñez, Gregg fue un chico de iglesia. Todas las semanas, mi abuela los llevaba casi arrastrados a él, a su hermano y a su hermana a la Primera iglesia Bautista de Centerville. Al recordar aquellos tiempos, mi padre dice que aquel contacto con la religión actuó como una vacuna contra la gripe: lo inmunizó contra la fe genuina. Recibió suficiente para desarrollar un bien enraizado desdén por el cristianismo y la iglesia.

Pero de pequeño trataba de complacer a su madre repitiendo como loro frases religiosas y datos de la Biblia. Y sumisamente fue «salvo» docenas de veces. La asistencia semanal a la Escuela Dominical y a la escuela bíblica de vacaciones le dio incontables oportunidades de «aceptar a Jesús». Todo aquello lo tenía sin cuidado, y no le sirvió de nada. No tenía una verdadera comprensión de lo que significa confiar en Jesús. Y tampoco tenía un deseo verdadero de recibir lo que le ofrecía la iglesia.

El pastor Snoddy era bastante agradable, pero las mujeres eran las que de veras dominaban la iglesia. Ante los ojos de Gregg, Jesús solo era una versión del pastor Snoddy, pero con el cabello largo: agradable, discreto y un poco amigo de presionar a la gente. El Jesús que veía en el cuadro que había pintado en una pared de la Escuela Dominical

tenía un rostro resplandeciente y ojos de ciervo. Y era demasiado bonito para sentirse cómodo con él.

Sus maestros de la Escuela Dominical le decían que Jesús lo amaba, que quería entrar a su corazón. Pero eso hacía que Jesús le pareciera más pegajoso y desesperado. Además, ¿qué era eso de que Jesús entrara al corazón de uno?

Uno diría que algo tan importante como la forma en que se recibe la salvación debe recibir una atención más cuidadosa de los cristianos. Pero creo que tenemos un nebuloso concepto de la salvación. Para muchos, ser salvo es recitar una oración o responder a un llamado al altar. Pero si se pide a los cristianos que expliquen lo que significa esa oración, o lo que nos sucede por dentro cuando creemos, nuestra comprensión comienza a desarticularse. Nuestra «doctrina de la salvación» tiene como premisas toda una cadena de clichés religiosos sin definir: Dios me ama. Le entregué mi vida a Jesús. Tengo una relación personal con Jesús. Invité a Jesús a mi corazón. Soy salvo. Me convertí.

Al parecer, la mayoría de los cristianos piensan que ser salvos es algo que *hacemos*. Dirigimos la acción. Tomamos la decisión. Encontramos a Dios. Invitamos a Jesús a entrar a nuestro corazón. Nos convertimos. La salvación se parece a cuando salimos a comprarnos un televisor de pantalla plana.

Lo raro de este «hacer nosotros» en nuestro concepto de la salvación es lo distinta que es de lo que la Biblia dice al respecto. Es cierto que nos ordena que le respondamos a Jesús, que nos volvamos a Dios en fe y nos arrepintamos de nuestros pecados (Hechos 2:38). Pero cuando la Biblia habla de la misteriosa y formidable obra de la salvación en el alma humana, siempre insiste en lo que hace Dios. Siempre habla de la gracia de Dios y del poder de Dios.

La gracia de Dios, según Jerry Bridges, es «la bondad de Dios manifestada a favor de los que no la merecen»[1]. Debido a nuestra

desobediencia y nuestra rebelión contra Dios, no merecemos su bondad sino todo lo contrario. Lo único que merecemos es castigo. La salvación no es algo que se gana o se compra. Efesios 2:8-9 dice: «Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe». La salvación no es obra nuestra. Es un regalo. Solo Dios puede pagar por nuestros pecados y hacernos dignos de relacionarnos con Él. Y esto fue lo que hizo por medio de la muerte de su Hijo. Por eso esa bondad se le puede llamar maravillosa gracia.

Poder es la capacidad de hacer o realizar algo. La Biblia niega rotundamente que tengamos poder espiritual para salvarnos o contribuir al proceso. No solo somos débiles, sino que carecemos de vida espiritual, estamos muertos (Efesios 2:1). La salvación no la logran nuestros esfuerzos, sino el poder de Dios. En Romanos, Pablo señala que la obra de Jesús al morir y resucitar es «poder de Dios para salvación a todo aquel que cree» (1:16). En otro lugar, afirma que mientras que el mensaje de un Salvador crucificado les parece absurdo a muchos, para los que son salvos es «poder de Dios» (1 Corintios 1:18).

Hasta las analogías que Dios usa en la Biblia para describir la salvación insisten en que es obra suya. Mira la forma en que Dios describe las maneras en que redime a su pueblo. Piensa en el grandioso rescate de Israel en Egipto, que aparece relatado en el Éxodo. Ese formidable acto de salvación de la esclavitud es figura de la salvación de los pecadores por Cristo. ¿Quién fue el que hizo que aquello sucediera? ¿Los poderosos israelitas? No, sino el poder de Dios, que actuó a través de su siervo Moisés.

O piensa en Ezequiel, el profeta del Antiguo Testamento. Dios le dio la increíble visión de un valle lleno de huesos secos (Ezequiel 37:1-14). Era un cementerio abierto repleto de esqueletos secos y sin vida. Dios le preguntó: «¿Vivirán esos huesos?» (v. 3). Entonces le pidió que profetizara a los huesos con un mensaje suyo. Cuando Ezequiel habló, la poderosa Palabra de Dios puso vida en los huesos. Entonces se juntaron cada hueso con su hueso. Después se recubrieron de tendones, músculos y piel. La Palabra de Dios transformó un valle de huesos secos en un ejército vivo y poderoso.

Huesos muertos devueltos a la vida. Es una imagen de cómo Dios salva a los hombres. En nosotros no tenemos vida. No hay anhelo ni esfuerzo humano que nos pueda impartir vida. ¿Cómo podremos vivir? Solo por orden de Dios. Solo cuando la poderosa Palabra de Dios insufla vida en los muertos.

Jonás 2:9 dice: «La salvación es de Jehová». Es cierto. La salvación es la obra sobrenatural de Dios en el alma humana. Es propiedad de Dios. Solo Él la puede dar. Depende exclusivamente del poder y la gracia de Dios.

Esta perspectiva en cuanto a la salvación produce una humildad increíble. Si la salvación en última instancia no se debe a mi profundidad espiritual, a mis descubrimientos, a mi bondad interna, a mis esfuerzos o a mi labor religiosa, no puedo salvarme yo mismo. No tiene caso en qué familia o iglesia haya nacido. No importa lo moral, religioso o respetado que sea. En este sentido, el mensaje del evangelio es mala noticia para el ingenio y el orgullo humano.

Pero al mismo tiempo, es una noticia muy buena para esas personas que Jesús describe como «pobres en espíritu» (Mateo 5:3), gente que sabe que no se puede salvar a sí misma, que se da cuenta de su pobreza e impotencia espiritual. A esa gente, el evangelio le imparte esperanza. Porque si es cierto que Dios es la figura central, y el autor de la salvación —si su elección, su búsqueda, su llamado, su gracia y su poder regenerador que da vida nueva son los que hacen posible la salvación—, *no hay nadie* que no pueda tener esperanza.

Y esta noticia es increíblemente buena. Significa que Dios puede salvar a cualquiera.

Hasta a mí. Hasta a ti. Hasta a mi padre.

Las cosas mejoraron un poco para mi padre después de la primaria. La familia se trasladó de Kettering a Miamisburg. Y más importante aun, él se consiguió una guitarra.

Había tenido algo de éxito escribiendo poesías cuando era más joven. Hasta le habían publicado uno de sus poemas en el periódico. Aquello captó la atención de las chicas. Ahora estaba tratando de ponerle música a sus poemas. Se aprendió unos cuantos acordes, y tenía una voz aceptable. Por fin había hallado su lugar en la vida. Siempre había sido un solitario. Ahora era un solitario con guitarra. No venía mal poseer ese tipo de mística.

El movimiento de contracultura de la década del 1960 estaba en pleno auge. Los Beatles habían invadido los Estados Unidos. En la radio se escuchaba a Jefferson Airplane, Big Brother y la Holding Company con Janis Joplin. Miles de jóvenes se reunían en Haight-Ashbury para el Verano del Amor. Mi padre comenzó a frecuentar el café de Bigger Road. Comenzó a fumar marihuana. Se dejó crecer el cabello. Encontró una identidad entre los estrafalarios, los hippies. En la radio se escuchaba aquella canción que decía: «Si vas a San Francisco, ponte flores en el cabello»[2]. Soñaba con escapar de la sofocante y remota población de Miamisburg para marcharse al oeste.

Como si no tuviera suficientes razones para marcharse de Miamisburg, se convirtió en blanco de los muchachos de Orchard Hill. Esta pandilla de palurdos era famosa por lo mucho que bebía, por sus robos, porque revendían piezas de autos y porque le daban una terrible paliza a todo el que se les atravesara en el camino. Mi padre cometió el error de cantarle una canción a una chica que le gustaba a uno de los muchachos de Orchard Hill. Después de aquello, cada vez que lo veían le caían encima. Un día, en la feria del condado, un truhán llamado Marvin Boleyn lo golpeó por detrás con una barreta.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Con el pretexto de que iba a llevar a su hermana a ver una película, se dirigió al centro de Dayton. Dejó plantada a su hermana en el teatro y, guitarra en mano, se dirigió a la estación de autobuses. Encontró un billete usado en el suelo, puso el pulgar sobre el agujero que le habían hecho ya, y se marchó en autobús. Tenía dieciséis años.

El autobús lo llevó a Cincinnati. Desde allí, viajó haciendo autoestop hasta Chicago y de allí a Saint Louis, donde estuvo ganando dos dólares por hora cargando cajones de embalaje para una

compañía de transportes. Desde el camino escribió a sus padres para calmar los temores de su madre. Estaba comiendo bien. Estaba feliz. Les dijo que ahora que no tenía a nadie que le dijera lo que tenía que hacer, quería hacer todo lo que ellos siempre le habían dicho. (Aquello era mentira). Le dijo a su madre que tenía libres los domingos, y que pensaba ir a la iglesia. (Otra mentira más). A su hermana Leslie le dijo que sentía haberla dejado sola en el cine. (Aquí sí fue sincero).

Después de trabajar unas cuantas semanas en Saint Louis, un camionero lo llevó hasta Colorado Springs. Allí fue donde vio por vez primera una montaña: Pikes Peak. Un policía lo vio junto a la carretera pidiendo un aventón, y le preguntó:

—Hijo, ¿hacia dónde vas?

—A casa —le dijo.

—¿Dónde vives?

—Allí, detrás de esas montañas.

—Al otro lado de esas montañas no hay nada —replicó el policía.

Lo habían atrapado. Lo enviaron de vuelta a Ohio.

Mi padre se volvió a escapar unos cuantos meses más tarde. Pidió prestado el auto, pero su padre no le dejó usarlo. Estaba indignado. «No necesito auto para llegar donde quiero ir», se dijo. Dos días más tarde llamó a sus padres desde Clearwater Beach, Florida.

En Clearwater encontró una vibrante escena hippie en el muelle. Sobrevivió mendigando y tocando la guitarra para que le dieran algunas monedas. También robaba bolsos de mujer. Después de vaciarlos, los enterraba en la arena.

Su vida de delincuente en la Florida terminó cuando lo atraparon robando en un minimercado. Mi padre no era precisamente el más listo de los ladrones. Entró a la tienda con dinero en el bolsillo, pero decidió robarse una rosquilla rociada con polvo de azúcar. Al dueño de la tienda no le fue fácil descubrir las evidencias. Llegó la policía, y lo metieron en la cárcel durante tres días.

Su corta permanencia en la cárcel lo sacudió. Estaba rodeado de borrachos e indigentes que roncaban por la noche y durante el día, decían barbaridades y peleaban entre sí. Se sentía absolutamente abatido y aterrado.

CÓMO JESÚS SALVÓ A GREGG EUGENE HARRIS

Un predicador bautista visitó la cárcel y le preguntó de dónde era, y si sus padres sabían dónde estaba. Le habló del evangelio, y aunque lo escuchó, no lo halló muy persuasivo. Eran las mismas palabras que había oído centenares de veces desde niño. Pero entonces el predicador hizo algo que le llamó la atención. Pagó la multa por haber robado en la tienda, lo sacó de la cárcel y le compró un billete de ida para Dayton, Ohio.

Aquel acto de bondad tuvo un profundo efecto en mi padre. Lo hizo sentir deseos de ser bueno. Estaba tan lleno de gratitud que decidió que iba a cambiar. Iba a ser cristiano, y no cualquier cristiano. Iba a ser un gran cristiano.

El único problema que tenía su plan era que estaba tan capacitado para hacerse cristiano como los huesos secos lo estaban para revivirse por sí mismos.

Jesús dijo que para ser salva y formar parte de su Reino la persona tiene que «nacer de nuevo» (Juan 3:3).

A Jesús le gustaba hablar de una forma que le picara la curiosidad a la gente e incluso que la estremeciera. Dos mil años después de su ministerio terrenal, hemos desgastado los ribetes de sus sorprendentes afirmaciones, y las hemos pulido como piedras en un pulidor. Cuando escuchamos las palabras *nacido de nuevo*, nos imaginamos cierto tipo de persona o incluso un grupo determinado de votantes. Los que estaban al tanto de las noticias a fines de la década de 1970 podrán recordar a Jimmy Carter, antiguo granjero de cacahuetes del estado de Georgia que llegó a ser presidente de la nación y era famoso por afirmar que era un cristiano nacido de nuevo.

Pero cuando Jesús habló de «nacer de nuevo» a nadie le vino a la mente Jimmy Carter, ni ningún otro estereotipo de lo que es un cristiano. Más bien pensaron en la pegajosa suciedad de un parto, y lo que sería tener que pasar de nuevo por ese proceso.

Así reaccionó el fariseo Nicodemo cuando oyó que Jesús hablaba de nacer de nuevo. Esto fue lo que le preguntó: «¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?» (Juan 3:4). Jesús le explicó que la vida espiritual que hace falta para vivir en su Reino es una vida *totalmente nueva*. Exige un cambio tan radical, tan transformador, que se podría describir como un nuevo nacimiento. Ese cambio es tan fuerte y tan renovador como cuando un bebé hace su entrada en este mundo.

El nuevo nacimiento que Jesús describió recibe el nombre de *regeneración*. John Frame señala que la regeneración es «un acto soberano de Dios que comienza en nosotros una nueva vida espiritual»[3]. En la regeneración, Dios le da a la persona una nueva naturaleza, un nuevo corazón y una nueva vida espiritual.

Sin la regeneración, todos estamos espiritualmente muertos (Efesios 2:1-2). No enfermos, ni débiles, ni incapacitados. Estamos muertos. Muertos como los huesos secos. Esto significa que no tenemos la capacidad necesaria para conocer a Dios ni para responderle. No basta un pequeño empujón, arrancar el motor como los autos o una resucitación artificial. Se necesita una resurrección y una regeneración espiritual.

Pablo habla de la regeneración en términos de que el cristiano es una «nueva criatura» (2 Corintios 5:17). Esta nueva vida se la anunció Dios al profeta Ezequiel cientos de años antes de la llegada de Jesús: «Les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, y les daré un corazón de carne» (Ezequiel 11:19).

Nuevo nacimiento. Nueva criatura. Trasplante de corazón. Es imposible que no notemos la insistencia en que la salvación es obra de Dios. Es más, lo que Jesús está indicando al usar las palabras *nacer de nuevo* no solo es una nueva vida, sino una nueva vida producida por obra del Espíritu de Dios. En Juan 3:6-8, Jesús dice: «Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni adónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu».

Solo el Espíritu Santo imparte vida. No está bajo nuestro control. Como el viento, el Espíritu sopla donde quiere. Vemos sus efectos, escuchamos su sonido, pero no sabemos de dónde viene ni podemos alterar su rumbo. De manera que el nuevo nacimiento, el acto divino de poder regenerador, depende solo de la voluntad de Dios. No podemos nacer de nuevo por decisión propia, como tampoco nacimos a esta vida por voluntad. No tuvimos control alguno sobre el momento en que se produciría nuestra concepción física y nuestro nacimiento. De igual manera, nuestro nacimiento espiritual es total y exclusivamente obra del Espíritu Santo de Dios. Antes de hacer Dios esta obra en nosotros no llevábamos dentro el anhelo de creer en Él, de buscarlo, de arrepentirnos de nuestros pecados ni de pedirle con sinceridad la salvación.

El problema que había en la decisión de mi padre de convertirse en «un buen cristiano» a los dieciséis años era que no había experimentado el milagro de la regeneración. No había nacido de nuevo. Su pseudo-conversión después de su encuentro con la cárcel solo era un intento por reformarse. Era un esfuerzo por llegar a ser una persona mejor y más moral con su fuerza de voluntad.

No lo haría bajo el poder de Dios; ni siquiera tenía que ver con Dios. Mi padre no había reconocido su pecado y su culpa ante Dios. No se había arrepentido. No había depositado su confianza en Jesús, quien había muerto para absorber en su persona la ira de Dios por su pecado. Iba a ser religioso como nunca antes. Iba a «esforzarse» más que cualquiera antes que él.

Cuando volvió a su hogar procedente de la Florida, regresó a la escuela y comenzó a ir a la iglesia. Se cortó el cabello. Dejó de fumar cigarrillos y de usar drogas. También dejó de andar haciendo lo que no debía con chicas. Hasta comenzó en su escuela un club cristiano

llamado Adolescentes para Cristo. Mi abuela y todas las damas de la iglesia estaban maravilladas.

Todo anduvo bastante bien... por un tiempo. Entonces, como pasó con uno de los tipos de semillas en la parábola de Jesús sobre los diferentes tipos de suelos, la racha de crecimiento de mi padre se interrumpió y demostró lo superficial que era.

Su club cristiano organizó un espectáculo de talentos en la escuela. Lo hicieron para que una orquesta cristiana de esa zona pudiera tocar y presentar el evangelio. Puesto que era un espectáculo patrocinado por la escuela, se invitó también a otras orquestas que no eran cristianas para que tocaran. Cuando varias de aquellas orquestas seculares se divirtieron un poco durante el concierto y se burlaron finamente de que aquel espectáculo tuviera un tema cristiano, los miembros de la orquesta cristiana se sintieron ofendidos y no quisieron participar.

Mi padre se enfureció tanto con aquellos cristianos que decidió no tener nada más que ver con el cristianismo. (El que se sintiera tan furioso en aquel preciso momento quizá tuvo que ver con una chica de la escuela con la que había estado saliendo). Y de la misma forma que había prendido el cristianismo que se había fabricado, lo apagó.

Después de rechazar el cristianismo, mi padre volvió a su antiguo estilo de vida. Se lanzó de nuevo a la carretera y fue pidiendo aventones hasta que llegó a la Florida. Como la mayor parte de sus amigos se habían marchado, se fue a California. En el camino, se pasó un mes en Austin, Texas, donde se unió al autoritario *Youth International Party* [Partido Internacional de la Juventud], o «Yippies», como se les conocía. De inmediato se hizo popular entre los Yippies, porque escribía y cantaba canciones de protesta. Se les unió cuando invadieron la Biblioteca Lyndon B. Johnson, acto que los puso en la televisión nacional. Pero en Austin el clima era demasiado caliente, y se marchó de allí.

Llegó a San Diego, y después tomó rumbo norte por la costa, hasta ir a parar a Laguna Beach. Aquel soñoliento pueblecito de playa tenía sus surfistas, como todos, pero también se le conocía como una comunidad artística que celebraba dos importantes festivales de arte. Estaba poblado por bailarines, pintores, joyeros, cantores y poetas. Mi padre sintió que por fin había hallado un hogar dentro de su propia tribu. Se consiguió un cuarto por tres dólares la noche en el Laguna Hotel y comenzó a trabajar.

Ya para entonces tenía una rutina establecida. Iba a un buen restaurante y preguntaba si podía trabajar como trovador, caminando entre las mesas y cantando. Todo lo que quería era una comida al final de la noche, y las propinas que le dieran por cantar. Escribía cantos para niños, para matrimonios ancianos, para parejas. A veces, si el canto gustaba, le daban una propina de veinte dólares. El dinero que conseguía le permitió comprar un volvo P1800 usado y alquilar un cuarto con un amigo en una buena casa. Hasta tenían una piscina. Junto con un amigo, fundó la Sociedad de Poetas Libres de Laguna Beach, un pequeño grupo que se reunía en un café de la localidad para leer sus poesías. Nunca se había sentido tan feliz, ni tenido éxitos mayores.

Entonces llegó aquella fatídica conversación en la playa. Mi padre estaba sentado en una de sus rocas favoritas, trabajando en un canto nuevo, cuando los dos hippies cristianos se le acercaron.

Papá recuerda que la forma en que los dos hippies hablaban de Jesús no se parecía a nada de lo que había oído antes. No sé si lo que le dijeron aquel día en la playa era una presentación más clara o más poderosa del evangelio que las que había oído en la escuela dominical o de labios del predicador bautista en su celda de la cárcel de la Florida. Tal vez lo fuera. Pero a fin de cuentas la elocuencia ni el poder de persuasión del mensajero son los que salvan a una persona. Es obra del Espíritu de Dios en su corazón. Aquel día en la playa, el Espíritu de Dios le abrió a mi padre el corazón para que escuchara. Por medio del mensaje del evangelio, Dios lo llamó. Este «llamamiento celestial», como dice Hebreos 3:1, es el que distingue a todos los cristianos genuinos. No importa la forma en que la persona escuche, ni quién le lleva el mensaje de Jesús crucificado por sus pecados y resucitado de entre los muertos, porque detrás de todo eso está Dios, que llama

al pecador. Lo llama «a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor» (1 Corintios 1:9).

Mi padre no considera que fuera salvo aquel día en la playa, sino que, como él dice, «le prepararon el anzuelo». Como le sucede a un pez enganchado a una pita de pescar, a partir de aquel momento sintió que Dios lo estaba halando hacia Él.

Pocos días después de haber escuchado el evangelio en la playa, la policía entró por sorpresa a registrar la casa donde estaba viviendo. Él no estaba cuando la policía registró la casa y arrestó a varios de los que vivían con él. Aunque revolvieron toda la casa, no encontraron la bolsa de marihuana que estaba escondida en su cuarto detrás de una cesta de basura. Pero se imaginó que regresarían para arrestarlo por su conexión con sus compañeros. Así que metió todas sus pertenencias en el auto aquel mismo día y se marchó de la ciudad.

A mi padre no se le pasó por alto el hecho de que hicieran aquel registro tan poco tiempo después de haber escuchado el evangelio. Estaba seguro de que no era una simple coincidencia. Sentía que Dios lo estaba buscando. La pregunta que se repetía en su mente era: *¿Y si es cierto? ¿Y si Jesús es el Hijo de Dios?*

Los cantos que escribió en aquellos días fueron diferentes. Eran cantos repletos de preguntas y anhelo de sentido en la vida. Uno de ellos se llamaba «No hay palabras para contarlas».

¿Qué le puedo decir a una montaña?
¿Le puedo hablar de algún momento que no haya conocido?
¿Qué le puedo decir a una formidable sequoya,
a menos que le hable de lo poco que he crecido?
Tengo muchas historias;
historias de mi tiempo como arcilla viva.
Tengo muchas historias, pero no palabras para contarlas.

Se dirigió a Colorado, y halló en Vail un restaurante donde consiguió trabajo, pero nada parecía ir bien. En una ocasión en que su casero estaba ebrio, le tiró un ladrillo que atravesó el vidrio de su auto. Solo después que él le informó a la policía sobre el incidente, supo que su casero era un gran contratista que había construido la mitad de la ciudad. Al día siguiente perdió su trabajo en el restaurante.

Siguió su marcha rumbo al este. En Indianápolis comenzó a cantar y tocar guitarra rítmica en una orquesta. El grupo necesitaba un primer cantor y le gustaron las canciones que papá escribía. Tenían un buen acto que le significaba ciento veinticinco dólares por noche a cada miembro de la orquesta. Pero mi padre contrajo un fuerte resfriado y comenzó a perder la voz después de las primeras canciones. De repente sus compañeros de la orquesta dejaron de ser amistosos. Lo obligaban a cantar. Estaban perdiendo dinero y no le tenían compasión alguna.

Ese fue el momento decisivo de mi padre. Vivía con los demás miembros de la orquesta en una vieja casa de campo. Una noche, mi padre fue al baño, la única habitación donde podía estar solo, cerró con seguro la puerta e hizo algo que no había hecho en largo tiempo. Oró.

«Dios», dijo, «si estás aquí quiero saberlo. No quiero engañarme creyendo en algo que no es cierto. Pero si estás aquí eres lo más importante y la razón de que yo esté aquí también. No sé si puedes hacer esto, pero ¿podrías demostrármelo?».

Dice papá que nació de nuevo allí mismo, en aquel baño. «Sé que Dios no siempre lo hace», me dijo hace poco. «Pero cuando oré aquella noche, fue como si mil voces comenzaran a gritar: "¡Sorpresa! ¡Bienvenido a tu hogar!". Solo era en mi cabeza, pero era ensordecedor. Era como si hubiera entrado a una habitación y me hubieran tenido preparada una fiesta de bienvenida».

Comenzó a llorar. La bienvenida y la profunda sensación de que lo aceptaban eran lo opuesto a todo el rechazo que había experimentado en su vida. En aquel momento conoció el amor de Dios. Creyó que Jesús era el Hijo de Dios que había muerto por sus pecados. Allí, sentado en el suelo de un baño en Indiana, Dios le cambió el corazón. Y en respuesta se arrepintió de sus pecados y le entregó toda su vida a Jesús.

La Biblia nos enseña que debemos responder al evangelio con arrepentimiento y fe (Hechos 3:19). La mayoría de nosotros comprende lo que se refiere a la fe. Confiamos en que lo que Jesús hizo por nosotros, y le entregamos nuestra vida. Pero muchas veces pasamos por alto lo del arrepentimiento. Arrepentirse es apartarse uno de algo; renunciar a ello. El arrepentimiento genuino implica dolor por ofender a Dios con nuestros pecados. Pero no es un dolor desesperado. Es un dolor que se vuelve y cree que Jesús puede perdonar y que con su muerte nos purifica de todas nuestras culpas.

Cuando Dios salvó a mi padre aquella noche en Indiana, su punto de vista con respecto a sus pecados fue muy diferente del que había tenido antes. Unos años antes, cuando trató de hacerse cristiano, solo había querido ser bueno. Pero ahora había un dolor real, e incluso aborrecimiento de su rebelión. Y había una humildad que antes no existía.

Durante largo tiempo, no había querido ser cristiano, en gran parte porque no quería que ganara su madre. Le parecía que ella se comportaba con petulancia en su seguridad de que Dios un día lo salvaría. Sabía que si se convertía, ella diría: «Yo lo sabía». Antes, con solo pensar en el deleite que ella sentiría se volvía loco. Pero ya no le importaba. Dios lo había salvado. No le importaba si eso le daba la razón a su madre. Él era el equivocado. Ahora quería vivir para Jesús. Su arrepentimiento era real.

El arrepentimiento y la fe son tan inseparables como los dos lados de una moneda. Cuando las personas se convierten de verdad, no solo se apartan del pecado y la mala conducta, sino que se vuelven hacia la persona de Jesucristo y su señorío. Creen que su muerte expió sus pecados. Creen que solo Él puede salvar. Se vuelven hacia Él como Rey, y al hacerlo le dan la espalda a toda una vida de pecar y tratar de gobernarse.

Es fácil pensar erróneamente que como se nos ordena que tengamos fe, nuestra fe nos salva. Sin embargo, no es así. La fe no es la base de nuestra salvación. La salvación es siempre y únicamente por gracia (Efesios 2:8-10). Nuestra fe no tiene mérito alguno; solo es el instrumento por medio del cual fluye hacia nosotros la gracia de Dios. «La fe», escribe Jerry Bridges, «solo es la mano que recibe el don de Dios,

y Dios por medio de su Espíritu llega incluso a abrirnos la mano para que podamos recibir ese don»[4].

Jesús lo ha ganado todo para nosotros. Su obra, su obediencia, su muerte en nuestro lugar son las que nos salvan. Se nos llama a confiar en Él, a descansar en su obra y recibir a través de esa confianza todo lo que Él ha logrado para nosotros.

Mi padre no recibió la salvación por limpiarse moralmente y presentarse entonces a Dios. No la recibió porque hizo actos de bondad como penitencia por sus malas acciones.

No. Al igual que todo pecador que se salva de la destrucción, mi padre se salvó por gracia, por medio de la fe. Se salvó por Jesucristo, a quien se aferró. Así es como Dios salva a las personas. Eso es lo que significa ser cristiano y conocer la salvación. Dios salva a las personas uniéndolas con Cristo. Todas las bendiciones espirituales de la salvación —la redención del pecado, la vida nueva, el perdón de las culpas— nos vienen a través de Cristo, en Cristo y por Cristo (Efesios 1:3-14).

Jesús lo hizo todo. Alcanzamos salvación cuando nos adentramos en lo que Él ha hecho. Así se nos aplica la redención que logró Jesús. Por medio de la fe y la obra del Espíritu Santo, nos unimos a Cristo y recibimos todos los beneficios salvadores de su vida, muerte y resurrección.

Cuando mi padre puso su confianza en Jesús, Dios lo vio como si todo lo que Jesús ganó y logró le perteneciera a papá. Lo declaró justo porque Jesús es justo. Y lo adoptó como hijo porque Jesús es su Hijo. A estos importantes aspectos de la obra salvadora de Dios los llamamos *justificación* y *adopción*.

En la justificación, Dios le da al pecador un nuevo estatus legal. A causa de nuestro pecado, somos culpables ante Él. En el tribunal de su justicia, merecemos castigo. Hemos violado su verdad al

mentir. Hemos deshonrado su plan para nuestra sexualidad con la inmoralidad, el adulterio y la homosexualidad. Hemos ignorado su mandamiento de que honremos a nuestros padres. Hemos rechazado su lugar como el único Dios, adorando dioses falsos. Hemos robado, engañado y maltratado a otros. Y lo peor es que hemos vivido como si fuéramos lo más grande del universo: lo hemos sustituido a Él con nosotros mismos. Todos estos pecados, todas estas violaciones de su ley, nos hacen culpables.

Si Dios se hubiera limitado a pasar por alto estos pecados tan reales hubiera faltado a la justicia. Era necesario hacer justicia. Alguien tenía que pagar; alguien tenía que recibir castigo.

Por eso Cristo tenía que morir. La única manera de ser justos nosotros es que Dios nos dé una justicia que no poseemos ni podemos obtener. La única manera de pagar por nuestros pecados (que no sea el que pasemos la eternidad en el infierno) es que Dios mismo, en Cristo, reciba el castigo.

A esto se le ha llamado bienaventurado intercambio. Todos los que confían en Jesús reciben la justicia de Jesús. Él toma sobre sí la culpa de su pecado. Somos «justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre» (Romanos 3:24-25).

La cruz demuestra que Dios es justo, porque castiga todo pecado. Y también demuestra que es el generoso «justificador» de todos los que tengan fe en Jesús (Romanos 3:26).

Cuando mi padre puso su confianza en Jesús, Dios lo declaró justificado. Ya no era Gregg Eugene Harris, el ladrón mentiroso, inmoral y egoísta. Se convirtió en Gregg Eugene Harris, quien está unido por fe a Jesucristo, el Santo, el perfectamente obediente a la ley, el Justo.

Mientras que la justificación utiliza el lenguaje de los tribunales para ayudarnos a comprender la obra salvadora de Dios, la adopción utiliza el lenguaje de la familia para ayudarnos a ver que tras la obra

salvadora de Dios se halla una profunda motivación de amor relacional y personal. Dios nos dice que cuando confiamos en Jesús, nos adopta como hijos (Efesios 1:5). Esto nos debería convencer más que ninguna otra cosa de que Dios nos ama. «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios... Amados, ahora somos hijos de Dios» (1 Juan 3:1, 2).

La justificación nos da un nuevo estatus legal. Nos da una nueva familia y un nuevo padre. Esta es otra expresión de nuestra unión con Cristo. Puesto que es el Hijo unigénito de Dios, cuando confiamos en Él recibimos su estatus de hijo de Dios. Juan 1:12 dice que a todos los que reciban a Jesús; a todos los que crean en su nombre, «les dio potestad de ser hechos hijos de Dios».

En Cristo, no somos siervos perdonados. Recibimos todos los derechos y privilegios de hijos biológicos. Somos adoptados y recibidos a la calidez de una relación con Dios como Padre amoroso. Romanos 8:15-16 describe al Espíritu Santo como «el Espíritu de adopción» que nos capacita para clamar a Dios como nuestro Abba, un término arameo equivalente a *papá*. Es una combinación de intimidad y respeto. El Espíritu Santo le da testimonio a nuestro espíritu «de que somos hijos de Dios».

«¿Qué es un cristiano?», pregunta J. I. Packer. «Es posible responder esta pregunta de muchas formas, pero la respuesta más completa que conozco es que cristiano es el que tiene a Dios por Padre»[5]. Y Sinclair Ferguson escribe: «No se pueden abrir las páginas del Nuevo Testamento sin ver que una de las cosas que lo hace tan "nuevo", en todo sentido, es que allí es donde los seres humanos le dan a Dios el título de "Padre". Esta convicción de que le podemos hablar al Hacedor del universo usando un término tan íntimo es el centro mismo de la fe cristiana»[6].

La primera pregunta que mi padre le hizo a Dios después de ser salvo fue: «¿Qué quieres que haga?». La inconfundible impresión que recibió fue: «Vuelve a tu casa». Así papá obedeció a su nuevo Señor.

Si hubo alguna evidencia segura de que Gregg Harris era una nueva criatura, lo fue el hecho de que se sintió feliz de dirigirse de vuelta a Miamisburg, Ohio. Allí comenzó a asistir a la Primera Iglesia Bautista. Había un pastor nuevo y una nueva ola de gente joven que Dios había salvado. Entre estos jóvenes se hallaba una hermosa joven japonesa americana llamada Sono Sato. Acababa de convertirse aquel mismo verano.

La primera vez que mis padres salieron fue para ir a testificar en un parque. Mi padre estaba de veras transformado. Había encontrado un nuevo amor por la Biblia. Nunca le había gustado estudiar, pero aunque seguía siendo un lector lento, ahora siempre estaba ávido de leer las Escrituras. Y le encantaba hablar de Jesús. Hasta estuvo a punto de tener un encuentro con la policía cuando se fue con un amigo a un centro comercial repleto de gente y comenzaron a predicar el evangelio. Eran más eficaces de la cuenta en cuanto a reunir una multitud, y llegó la policía para sacar de allí a aquellos fanáticos.

Mamá dice que se enamoró de mi padre porque para él su fe en Dios era lo más importante en la vida. Menos de un año después se casaron. Nací yo. Mi padre tenía veintiún años; mi madre tenía veinte. Hacía poco tiempo que habían aceptado al Señor, pero me trajeron a un hogar cristiano.

Muchas veces he querido poder volver atrás en el tiempo para escuchar la conversación en Laguna Beach en la que dos hippies cristianos le hablaron de Jesús a mi padre. ¡Qué no daría yo por escuchar los mejores argumentos de mi padre como ateo improvisado, y después escuchar la presentación que le hicieron del evangelio! Es imposible medir la forma en que ese momento ha moldeado mi vida.

Sobre todo, me gustaría hallar a aquellos dos hombres para darles las gracias. Les agradezco el que tuvieran el valor de decirle la verdad a mi padre, aunque no quería oírla. La Biblia dice que sin la proclamación del evangelio, sin que los cristianos comunes den testimonio

de Jesús, la gente no puede oír las buenas nuevas; no puede creer en Dios ni invocarlo (Romanos 10:14).

Les diría lo mucho que Dios ha usado su fidelidad en hablar del evangelio. Les hablaría de las grandes cosas que Dios ha hecho a través de papá en los años que han transcurrido. Les diría que en esos años mi padre ha enseñado a centenares de miles de padres la importancia de que enseñen a sus hijos a conocer y amar a Dios. Les hablaría de todas las personas que me han dicho que Dios ha usado a papá para darles la visión de formar un piadoso hogar cristiano.

Les diría que todo lo que he podido hacer como pastor y escritor se halla directamente atado a papá, y a la piadosa herencia que me transmitió a mí y a mis seis hermanos. Nos crió para que buscáramos y confiáramos en Jesús.

Me imagino que esa conversación será ya en el cielo. La espero ansioso.

Hace poco, mis padres y mis hermanos más jóvenes vinieron a Maryland. Nuestra iglesia había organizado una serie de conferencias en las que hablarían Alex y Brett, mis hermanos, ambos oradores y escritores experimentados. Se dedicaron a exhortar a los adolescentes a hacer cosas difíciles para la gloria de Dios. Mi hermano Joel dirigió la adoración.

El edificio estaba repleto con más de tres mil quinientos adolescentes y sus padres. Había gente sentada en los pasillos y en el suelo. Me senté en la primera fila con Shannon y nuestros hijos. Me sentía como si estuviera a punto de estallar de gozo y gratitud. Estaba muy orgulloso de mis hermanos, y muy agradecido por la bondad de Dios hacia mi familia. El Señor nos estaba permitiendo animar a otros cristianos y presentar la verdad de su Palabra.

Y entonces, papá se puso de pie y habló. Fue un mensaje sencillo pero profundo acerca de lo que significa ser salvo, ser un verdadero cristiano. Habló de que las personas solo se salvan cuando el poder de

Dios les da un nuevo corazón y una nueva naturaleza. Predicó como no lo había oído predicar antes.

Allí sentado, no pude menos que pensar en lo poderosa que es la salvación de Dios. Yo había visto su efecto en aquel hombre, en mi padre. A lo largo de los años, como cualquier hijo, pude ver sus debilidades y defectos. Para ser sincero, nuestra relación no siempre ha sido la mejor. Como yo era el hijo mayor, papá aun estaba tratando de hallar su camino dentro del laberinto de la paternidad. Reconoce que cometió muchos errores. Claro, yo añadí mis pecados a esas relaciones. No lo honré ni valoré como debía haberlo hecho.

Hemos hablado de esas cosas que lamentamos, y nos hemos perdonado. Pero lo más importante es que ambos conocemos el perdón de Dios. Papá y yo somos muy diferentes en muchos sentidos, y no estamos de acuerdo en una serie de cuestiones, pero tenemos en común una cosa, la más importante de todas. Ambos hemos sido salvos solo por gracia.

Al escuchar a mi padre predicar el maravilloso evangelio de la salvación por gracia, me regocijaba en la verdad de que en la cruz Jesús se había ocupado de sus pecados y los míos. La maravillosa obra que le había dado vida a papá y lo había convertido en hijo de Dios fue el mismo poder que me salvó a mí.

Y la obra de Dios no ha terminado en ninguno de nosotros dos.

La historia de papá me da aliento. Me recuerda la fidelidad y la bondad de Dios. No solo hacia mi padre, sino también hacia mí, y hacia cualquier persona que busque en Jesús su salvación.

Te he relatado la historia de mi padre. Pero esa historia es una más entre incontables millones.

Escoge un creyente y repasa su historia. Aprende a contar tu propia historia. Y reflexiona en lo mucho que Dios nos ama.

Nos escogió.
Nos llamó.
Regeneró nuestro corazón.
Nos justificó.
Nos adoptó.
Nos está santificando día tras día.

Y un día, cuando Jesús regrese, recibiremos un cuerpo glorificado. Resucitaremos con él, y nuestro modesto y débil cuerpo será transformado. Y su maravillosa salvación estará completa.

Ese día un hombre llamado Gregg Eugene Harris se levantará del polvo para encontrarse con su Salvador. Un hombre nacido con un cuerpo quebrantado e imperfecto —un hombre que nació muerto en el pecado— se levantará del polvo con un cuerpo glorificado y perfecto, libre de dolores y pecado.

Se levantará como hijo de Dios, para vivir con su Padre en el cielo por toda la eternidad.

8

CAMBIADO, CAMBIANDO Y POR CAMBIAR

«La santificación es trabajo. Pero es un buen trabajo: es el privilegio de los redimidos».

UN AMIGO ME ENVIÓ un mensaje por correo electrónico para decirme: «Van a hablar de ti en el próximo episodio de *This American Life*».

El corazón me dio un salto. No lo podía creer.

This American Life es un programa de radio semanal que produce la radio pública de Chicago. Me encanta. De acuerdo, es más que eso. Soy un fanático del programa, y me siento ligeramente obsesionado con él. Una de mis fantasías es que algún día escriba algo suficiente bueno para que lo presenten en ese programa. Pero dudo que eso llegue a suceder. No después de esto.

El programa tiene un formato sencillo: cada semana, los productores escogen un tema y cuentan diversas historias relacionadas con ese tema. Las historias son de la vida real. Algunas veces son divertidas, otras son trágicas, pero siempre son fascinantes. La redacción es de primera calidad. La narración y la producción son brillantes. El anfitrión, un hombre llamado Ira Glass, tiene cierto aura de excéntrico elegante. No sé cómo explicar esto. Es un tipo algo extraño, pero

en un sentido de veras agradable. Usa grandes lentes gruesos (lo sé porque estuvo en un programa de televisión). Su voz es nasal, hasta quejumbrosa, pero se las arregla para que suene bien. Habla con tanta naturalidad, con una cadencia tan despreocupada, que cuando lo voy escuchando en el auto siento como si hubiera caído del cielo al lado mío y conversara conmigo. Es muy sencillo, en la forma más brillantemente actual que te puedas imaginar.

Como dije, soy fanático del programa. Así que cuando supe que iban a hablar de mí, me sentí como en un éxtasis.

Busqué en la Internet el portal del programa y comencé a ver el último episodio. El tema general era los Diez Mandamientos.

Enseguida supe en cuál de los mandamientos iba a tomar parte yo: no cometerás adulterio. Dos años antes, había escrito un libro cristiano acerca de la lujuria y las tentaciones sexuales. Entonces fue cuando comprendí que tal vez el que apareciera en el programa no fuera bueno. Una sensación de temor me recorrió el cuerpo al pensar en cuál sería la parte de mi libro que se iba a citar. No me molesté en escuchar el principio del programa, sino que busqué hasta llegar a la parte que hablaba del adulterio.

En el segmento, un tal Dave contaba su historia. Se había criado en un hogar cristiano evangélico de Tucson, Arizona. Los cristianos evangélicos, explicó Dave, creen que mirar con lujuria a una mujer es como cometer adulterio con ella en el corazón. Habló de los evangélicos como si estuviera narrando una presentación del *National Geographic* y describiendo a una tribu exótica de caníbales desnudos.

Dave afirmó que mientras crecía, trató con desesperación de agradar a Dios. Puesto que no quería cometer adulterio, y era un joven adolescente repleto de hormonas, se propuso evitar cualquier pensamiento lujurioso. No le fue tan bien. Por cierto, aquello por poco lo vuelve loco.

David se obsesionaba cada vez más con el sexo. Pasaba horas enteras deambulando por el recinto universitario, e incluso la tienda de víveres de la localidad, mirando a las mujeres con la esperanza de ver a alguna inclinada hacia delante para poder mirar dentro de su blusa. Según contaba, era una especie de merodeador tímido con valores increíblemente bajos. Sus notas comenzaron a sufrir. Por último, le pidió ayuda a su pastor. Este, poco dispuesto a ayudarlo, lo envió a

una reunión de Adictos al Sexo Anónimos. Tenía veintidós años y era virgen, y no tenía ninguna afinidad con aquellas personas.

Mi aparición en su historia se produjo cuando Dave comenzó a hablar de lo abundantes que son los libros cristianos sobre el sexo. «Lo primero que esos libros le dicen siempre a uno», dijo, «es que el sexo es un hermoso regalo de Dios. Pero aunque es un regalo, no quieren que lo toques, y ni siquiera que pienses en él, porque lo vas a echar a perder con tus sucias garras»[1].

Sonreí ante su descripción, pues en parte era cierta. Pero me estaba costando disfrutar de su historia, porque me estaba preparando para mi aparición en ella. Sabía que iba a citar algo acerca de la lujuria en mi libro, libro que sin duda consideraba tonto, represivo y causa de la existencia de muchos adictos al sexo que andan merodeando por las tiendas de víveres. Pero lo que hizo fue peor aun. No me citó. Presentó una grabación en la que *yo mismo* leo mi libro.

Mientras escuchaba mi voz, estaba seguro de que Dave, con mala intención, había escogido las peores frases. Yo hablaba de controlar los ojos y apartar la vista de las mujeres cuando vamos por la calle. Entonces saltó a otro punto donde yo hablaba de la tentación que pueden significar los catálogos de tiendas con mujeres escasas de ropa. Decía que los varones le deben pedir a su esposa o a su madre para que tiren a la basura esos catálogos cuando lleguen por correo.

Decía todo aquello en un tono de indignación. Sin contexto alguno, aquellas palabras sonaban mojigatas y atrasadas, como si se tratara de la anciana de una iglesia despotricando contra los peligros del licor y la música rock. Y mi voz sonaba terrible. Recordé que el día en que grabé el libro había tenido un ligero resfriado. Era una voz nasal. Pero no nasal en un sentido agradable, al estilo de Ira Glass. Simplemente nasal.

Sí, había aparecido en *This American Life*. Mi sueño se había convertido en realidad. Y era una pesadilla.

Después de superar el trauma de sonar anticuado y aburrido sin la más mínima esperanza en mi programa favorito de la radio, pude captar el humor que había en todo aquello y reírme de mí mismo. Me hizo bien. Dios sabe que me tomo a mí mismo demasiado en serio.

Más tarde, volví a la computadora y escuché de nuevo el programa. En lugar de preocuparme por la forma en que yo sonaba, me concentré en escuchar a Dave y su historia. Pensé en los interrogantes que estaba suscitando y en la lucha tan real en que se encontraba. Sentí compasión por él. Podía entender el torbellino en que se encontraba. Decía que quería agradar a Dios. Pero lo triste es que no parecía comprender los conceptos de la gracia y el perdón. La culpa se lo devoraba porque no podía dejar de «m», como lo llamaba él. Se sentía como un monstruo al deambular por el recinto universitario y devorar con los ojos a las chicas. Se sentía incapaz de cambiar. Y no había sugerencia ni truco alguno para ser bueno —tratar de dominar sus pensamientos, solo mirar a las chicas a la cara, orar un rato todas las mañanas— que pareciera darle resultado. Así que dejó de esforzarse. Llegó a la conclusión de que uno podía poner tanto interés en tratar de obedecer a Dios «que se extravía siguiendo las normas de la Biblia». Por fin encontró un consejero cristiano que le dijo que se diera autorización a sí mismo para «m» a plena satisfacción. Así que aquel día, Dave regresó a su casa con un ejemplar de la revista *Playboy*. Dijo que su vida había cambiado para siempre. Era libre. «Aquello parecía un milagro», dijo. «Fue tan rápido y transformador como si me hubiera convertido de nuevo».

La historia de Dave me entristeció. No sé cuáles son hoy sus creencias acerca de Dios, ni si sigue considerándose cristiano. Dudo que su conversión patrocinada por *Playboy* lo haya llevado a una realización duradera; mi experiencia en cuanto a satisfacer la lujuria es que te deja insatisfecho y con hambre de más. Le pido a Dios que Dave escape un día de la esclavitud de eso que llama libertad.

¿Te puedes identificar con la historia de Dave? Todos tenemos en la vida momentos en los que nos parece difícil obedecer a Dios. ¿Te has preguntado alguna vez por qué sientes todavía deseos de pecar? O tal vez hayas comenzado a pensar que las promesas de la Biblia de

que vas a cambiar son exageradas. ¿Es solo una gran exageración? ¿Es cierto que Dios transforma a las personas?

Por supuesto que sí. Su Palabra lo promete. Y la vida de todo creyente genuino lo demuestra. Si eres cristiano, tu vida lo demuestra. Tal vez no hayas notado cómo Dios te ha cambiado porque estás preocupado por tus debilidades y los aspectos en los que has tenido fallos. No pases por alto lo que Dios ha hecho en ti. Él quiere incrementar tu fe viendo su obra en ti.

Vivimos en un mundo que nunca pierde sus ansias de cambio personal, físico, relacional e incluso político. La gente busca cambio por todas partes. Pero en última instancia, solo el evangelio de Jesucristo ofrece una esperanza genuina de un cambio radical y permanente, porque solo por medio de la fe en Jesús es posible la transformación de la naturaleza de una *persona*. En 2 Corintios 5:17 se nos dice: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas». Todas los demás cambios del hombre son externos y superficiales. Solo Dios le puede dar a un ser humano un nuevo corazón espiritualmente vivo (Ezequiel 36:26). Solo Dios puede hacer que uno nazca de nuevo (Juan 3:3-8).

Ahora bien, si somos nuevos, ¿por qué con tanta frecuencia actuamos como nuestro hombre viejo? Si hemos sido transformados por la fe en Cristo, ¿por qué hay tantos aspectos de nuestra vida que necesitan renovación? ¿Por qué nos seguimos enfrentando a las tentaciones? ¿Por qué pecamos todavía?

Los interrogantes que rodean a la forma en que los cristianos se enfrentan al pecado, obedecen a Dios y aumentan en santidad se relacionan con algo que las Escrituras llaman *santificación*. Este es el proceso continuo de cambio que comienza en el momento en que la persona es salva, y continúa hasta que exhala su último suspiro. La santificación es el peregrinaje para convertirse uno en santo, en semejante a Dios. Wayne Grudem la define como «una obra progresiva de Dios y del hombre que nos libera cada vez más del pecado, al mismo tiempo que nos va asemejando a Cristo en nuestra verdadera vida»[2].

Me gusta la expresión «verdadera vida». Si lo analizamos, vemos que, aunque se produce un radical cambio interior y espiritual en el instante en que la persona es salva, nada se altera en su «verdadera

vida». Es posible que ella siga viviendo con su amante. O que él siga teniendo un vocabulario poco digno. Sin duda, siguen teniendo los mismos viejos hábitos en cuanto pensar y hablar que han desarrollado a lo largo de los años. El proceso de santificación no termina con el drástico rompimiento inicial que hacemos con el pecado en el momento en que creemos, sino que continúa durante el resto de la vida. El proceso de irnos asemejando cada vez más a Jesús no sucede «de un tirón». Es progresivo. Y necesita de nuestro esfuerzo. Dios no nos deja solos en esta labor, sino que nos da poder y nos capacita por su Espíritu. Pero sigue siendo una labor.

Creo que la doctrina cristiana es práctica porque afecta nuestra manera de pensar y vivir, pero creo poder afirmar que no hay doctrina más práctica que la de la santificación. En ella vivimos y respiramos. No importa si somos jóvenes o ancianos, ni cuánto tiempo hemos sido discípulos de Jesús. Si estamos vivos, estamos pasando por el proceso de santificación.

Es importante entender la santificación, debido a su diaria relevancia. Pero también es importante porque si no la entendemos bien podemos terminar descarriados por múltiples problemas que van desde la pereza y la apatía hasta la autosuficiencia y el legalismo. Y si nuestras expectativas no están inspiradas en la Biblia, podremos terminar innecesariamente desalentados, e incluso tentados a abandonar la fe por completo. ¿Cuántas personas no han abandonado el cristianismo —han tomado una revista *Playboy* y se han salido de la senda estrecha— por no entender la doctrina de la santificación? Demasiadas.

Yo solía pensar que la santificación era una cuestión de estilo personal. Como una especie de pasatiempo espiritual al que se entregaban ciertos cristianos. Algunos buscan la santidad, mientras que otros evangelizan, aprenden de memoria textos de la Biblia o hacen lo que les venga en gana.

Pero no es así como la Biblia habla de la santificación. La Palabra de Dios nos enseña que no es optativa para los creyentes. En Hebreos 12:14 leemos: «Seguid... la santidad, sin la cual nadie verá al Señor». Este versículo siempre me pone a pensar. Dice que si no hay algún grado de santidad en nuestra vida, existe un verdadero interrogante en cuanto a si de veras hemos experimentado la obra salvadora de Dios. Si no amamos lo que Jesús ama, si no queremos ser como Él, tal vez no lo hemos conocido.

Esto no quiere decir que sean nuestras buenas obras las que nos ganen la salvación; somos salvos por gracia (Efesios 2:8). Pero nuestra manera de vivir demuestra que nuestra salvación es verdadera. Si la persona es salva, justificada por gracia, se manifiesta en un nuevo estilo de vida. Todo cristiano genuino está en un proceso de santificación. Tal vez sea lento, y se produzca en incursiones repetidas, pero tras la justificación comienza la santificación.

La obra salvadora de Dios por medio de la vida, muerte y resurrección de Jesús tiene consecuencias prácticas en nuestra vida. Es una verdad que no se puede mantener en una página ni en un lugar de adoración. Nos sigue a nuestro hogar. A nuestra escuela. A nuestro trabajo. A nuestro dormitorio. Se apodera de todos los detalles de nuestra vida. De nuestros pensamientos. De nuestra sexualidad. De nuestro dinero. De nuestras diversiones. De nuestras relaciones. De nuestros deseos. De nuestros sueños.

Hay una gran pregunta que muchos nos hacemos: ¿Por qué este proceso de cambio es tan difícil? ¿Por qué es tan doloroso? ¿Por qué los cristianos siguen luchando con el pecado?

El encuentro del creyente con el pecado puede ser uno de los aspectos más perturbadores y con mayor potencial para producir desánimo de la experiencia cristiana. Uno se convierte y se está deleitando en el hecho de haber nacido de nuevo y haber sido transformado, perdonado, justificado y lleno del Espíritu de Dios. Pero

un día despierta y se da cuenta de que aun es tentado a _____ (llena tú mismo el espacio en blanco). Enojarse. Embriagarse. Mirar fotos de gente desnuda. Mentir. Murmurar. Dormir con tu novio. Decir más palabras soeces que un marinero. O tal vez parezcas una persona recta en tu exterior, pero en tu interior sabes que careces por completo de pasión por orar o leer la Palabra de Dios. O te falta compasión e interés genuino por los demás. O tienes el corazón lleno de orgullo. La lista de posibles formas de conducta de tu «viejo yo» parece interminable.

¿Cómo puedes seguir queriendo algo de eso? Le has vuelto la espalda a tu viejo yo. Detestas el viejo yo y tu antigua manera de vivir tan vacía. ¿Por qué te sientes atraído todavía por lo que dejaste detrás?

Por esta paradoja es que es importante que conozcas lo que enseñan las Escrituras acerca de lo que cambia y lo que no cambia en la relación entre la persona y el pecado después que la persona es salva. La Biblia enseña, y nuestra experiencia lo confirma, que aunque la muerte de Jesús nos libera del dominio y el gobierno absoluto del pecado sobre nuestra vida (Romanos 6:11, 14), aun no hemos sido liberados por completo de la presencia e influencia del pecado. En Santiago 3:2 dice: «Todos ofendemos muchas veces». Y en 1 Juan 1:8 dice: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros».

La analogía que te voy a presentar es imperfecta, pero somos como prisioneros de guerra libertados del cautiverio que estamos todavía tras las líneas enemigas. En un sentido muy real, hemos sido rescatados; ya no estamos encerrados bajo llave ni atenidos a lo que quiera hacernos el enemigo. Pero al mismo tiempo, la guerra no ha terminado. Estamos esperando a que regrese nuestro Capitán y venza por completo al enemigo. El mundo caído, el diablo y nuestro corazón errante nos ponen en riesgo. Como nunca, tenemos que mantener la guardia en alto.

En un sentido similar, estamos viviendo entre dos momentos dentro de la historia de la salvación: entre la llegada de la salvación por medio de la primera venida de Jesús, y la realización definitiva de nuestra salvación cuando Jesús regrese para establecer su Reino

eterno. Los teólogos llaman a esta realidad intermedia el «ya, pero aun no» de nuestra salvación.

Jesús *ya* nos trajo la salvación con su muerte vicaria en la cruz y su resurrección. *Ya* nos hizo nuevas criaturas, con nuevos anhelos y con el poder necesario para obedecer (2 Corintios 5:17). *Ya* nos libertó de la esclavitud al pecado (Romanos 6:6).

Sin embargo, *aún* no hemos llegado. El Señor *aún* no ha eliminado por completo al pecado y a Satanás. *Aún* no nos ha librado de la presencia y las consecuencias del pecado. *Aún* no ha desterrado la muerte, enjugado toda lágrima, castigado toda injusticia ni establecido una paz perdurable (Apocalipsis 21:1-7).

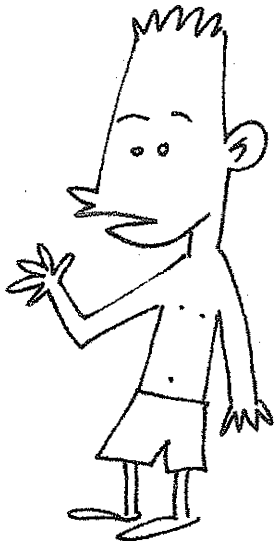
Esa realidad del *ya, pero aún no* de nuestra salvación nos ayuda a mantener las cosas en su perspectiva adecuada. No nos debe sorprender que aunque hayamos cambiado, aún tengamos que luchar con debilidades e imperfecciones. Aún tenemos que enfrentarnos a la fealdad de una vida en un mundo caído en el cual la gente nos falla y nos desilusiona, y donde la enfermedad y la muerte nos quebrantan el corazón. No nos desesperaremos en esa lucha continua con el pecado. Es parte de la situación en que vivimos. Jesús ya nos trajo la salvación, pero aún no nos ha llevado a nuestro hogar.

Me ayuda pensar en esto como un proceso en tres pasos. En primer lugar, Dios *nos ha cambiado*. Cuando creímos, recibimos de Él nueva vida, nuevos anhelos y una nueva identidad como hijos de Dios (Efesios 2:4-5; Juan 1:12). En segundo lugar, en estos mismos momentos, mientras llevamos una vida cristiana, *aún estamos cambiando*. Mientras colaboramos con el Espíritu de Dios, nos mantenemos alejados del pecado y aprendemos a obedecer la Palabra de Dios, estamos en un proceso de conformación a la imagen de Dios, y de volvernos santos (Colosenses 3:8-10). Sin embargo, no llegaremos a tener una perfección carente de pecado en esta vida. Hay un tercer paso final en la obra de Dios para transformarnos: los cristianos esperamos el regreso de Jesús *para cambiar por completo y para siempre*. Entonces seremos hechos como Cristo, con un cuerpo glorificado, libre del pecado y de todos sus efectos corruptores. «Se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados» (1 Corintios 15:52).

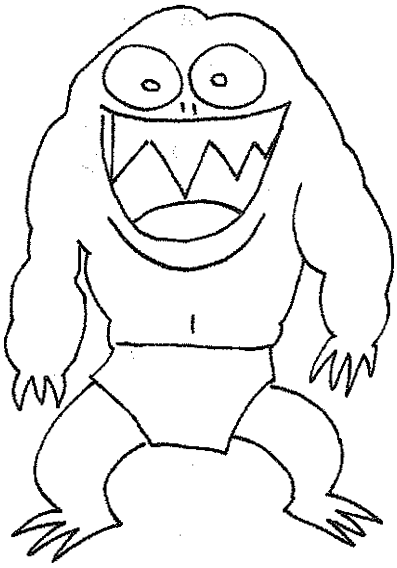
Ya nos ha cambiado. Pero seguimos cambiando. Y estamos esperando que nos cambie.

Hasta el día final, mientras no nos haya cambiado y librado para siempre de nuestras luchas contra el pecado, tendremos que lidiar con la presencia y la influencia continuas del pecado, lo que los teólogos llaman *el pecado que habita o permanece en nosotros*. El pecado que habita en nosotros es el hecho de que aun siendo cristianos nuestros viejos apetitos nos pueden seducir y tentar. Estos son los que la Biblia llama «la carne». En Gálatas 5:17 leemos: «El deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis».

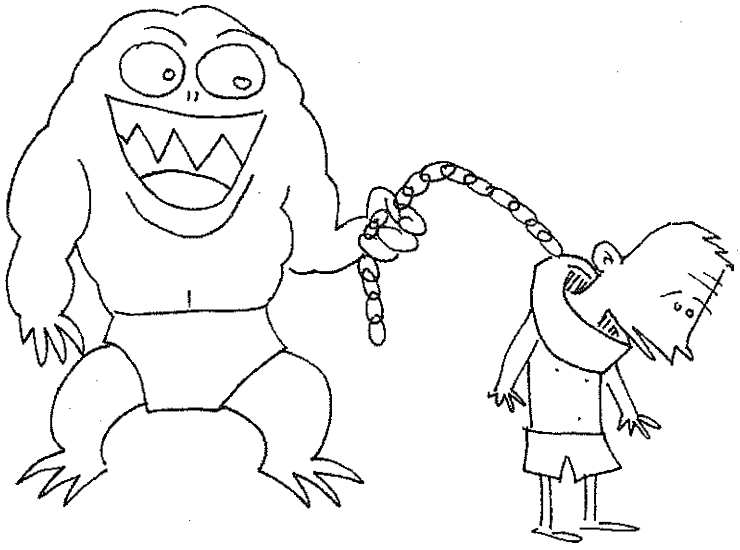
Romanos 13:14 dice: «Vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne». En una ocasión en que estaba trabajando en un sermón sobre Romanos 13:14, comencé a dibujar figuritas en mi bloc de notas (este hábito me ayuda a pensar, pero algunas veces incomoda a otras personas, porque en las reuniones se espera que me mantenga atento). En fin, dibujé algunas para tratar de ilustrar la relación entre el cristiano y la carne. A mis hijos les gustaron los dibujos, así que esto que aparece a continuación es mi explicación de lo que es «la carne» para niños de primer grado. (Siéntete en la libertad de colorearlos).



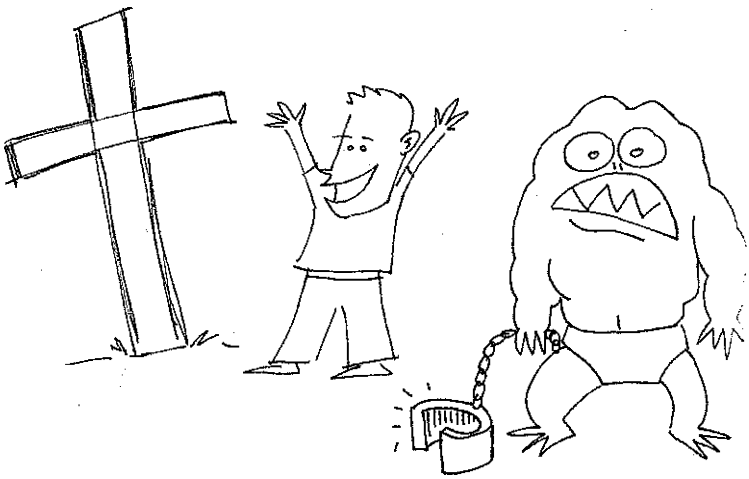
1. **Este eres tú**. O nosotros. Somos humanos, hechos a la imagen de Dios (Génesis 1:26-27). A las damas les pido disculpas porque las estoy haciendo identificarse con un muchacho. Y no estoy seguro de por qué no tiene puesta una camisa. Bueno, así lo dibujé.



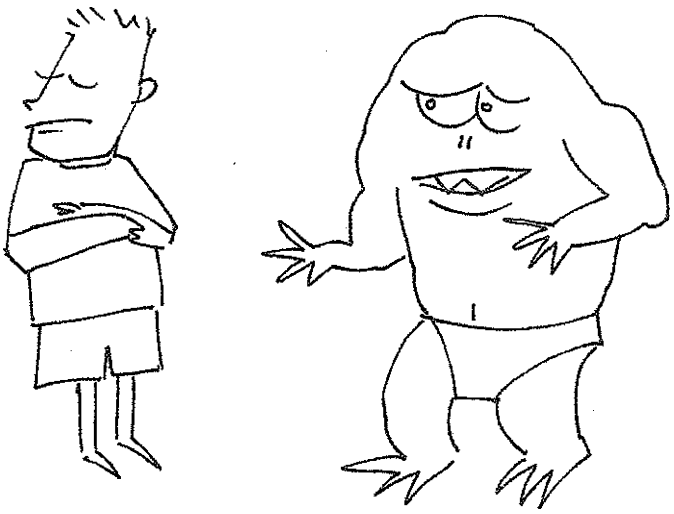
2. **Esta es la carne.** Es como una combinación de Jabba el Hutt de la Guerra de las Galaxias y un profesional de la lucha libre. La carne representa los apetitos pecaminosos y corrompidos que hay en nuestro corazón. No representa a nuestro cuerpo, puesto que el cuerpo lo creó Dios y es bueno. Y aunque mi dibujo no le puede hacer justicia a esto, la carne no es algo que se encuentra fuera de nosotros ni es solo una parte de nosotros. Es lo que somos cuando no tenemos a Cristo. La carne representa nuestro pecaminoso afán por vivir para nosotros mismos, en desobediencia a las leyes y los mandatos de Dios (Romanos 7:18).



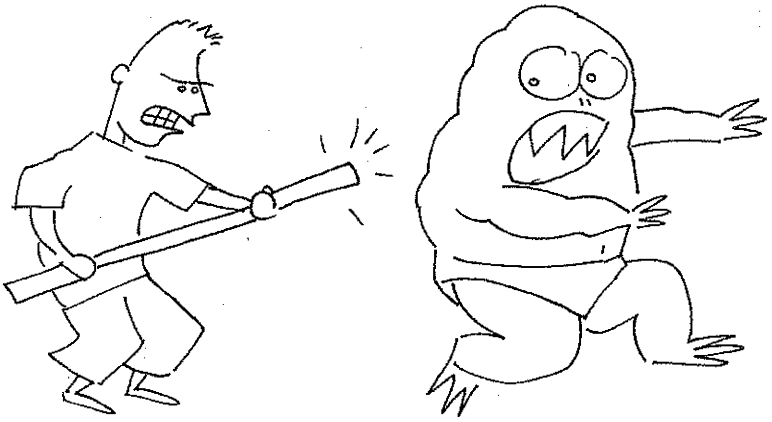
3. **Antes de que Jesús nos salvara**, nos relacionábamos de esta manera con la carne. La Biblia dice que éramos esclavos de nuestros apetitos pecaminosos (Juan 8:34; 2 Pedro 2:19). Nuestra carne era nuestra jefa. Nos controlaba (Proverbios 5:22). Hasta las cosas buenas que hacíamos estaban manchadas por el pecado y el egoísmo.



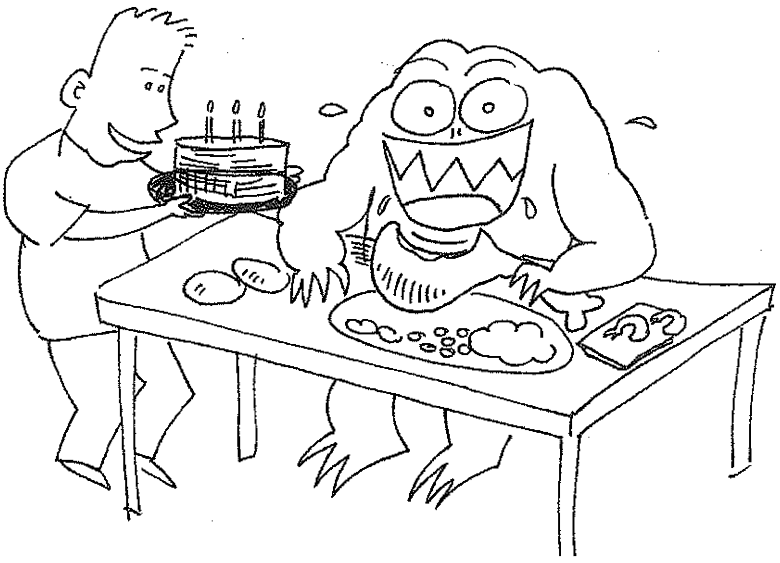
4. **Esto es lo que sucede cuando depositamos nuestra confianza en Jesús.** Como Jesús murió en la cruz, venció al pecado y resucitó, quedamos libres del poder o dominio del pecado (Gálatas 2:20). Ya no nos puede dominar (Romanos 6:22). Ha dejado de ser nuestro jefe. ¿Notas la cadena rota? Y nosotros ahora tenemos ropa, lo cual es estupendo.



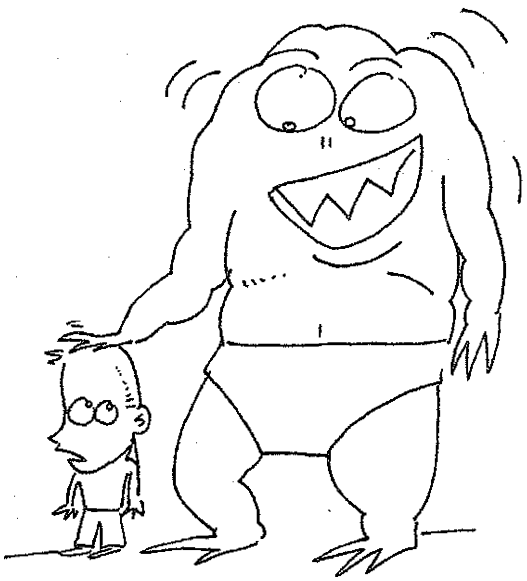
5. **Pero nuestra carne no desaparece**. Ya no nos domina, pero sigue siendo una realidad (Gálatas 5:16-17). Nos sigue dando vueltas para seducirnos. Al convertirnos, dejamos de ser esclavos del pecado, pero la carne aun nos puede tentar. Podemos tomar la decisión de ceder a las tentaciones y satisfacer a la carne. Jesús quebrantó el poder del pecado, pero mientras no estemos en el cielo, seguiremos viviendo con la presencia e influencia de los apetitos pecaminosos. No pienses que te vas a estancar. El Espíritu Santo habita en los creyentes, y nos da la autoridad necesaria para negarnos a lo que nos pide la carne. Él está obrando en nosotros, transformándonos para que seamos como Jesús (2 Corintios 3:18).



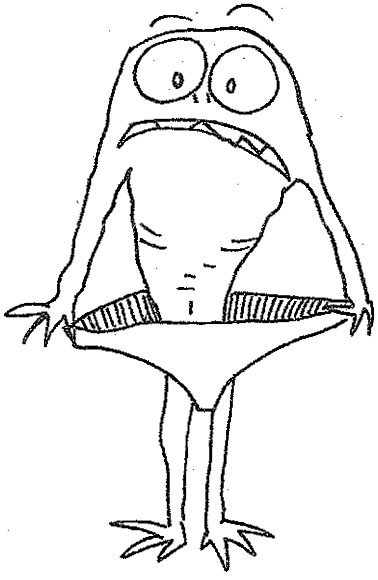
6. **Por eso la Biblia nos exhorta con tanta frecuencia a pelear contra los apetitos de nuestra carne.** No podemos vivir en paz con la carne. Tenemos que atacarla, rechazarla y matarla (Romanos 8:13; 13:12). Pensándolo bien, sacar una espada del Espíritu habría sido un poco más bíblico. Bueno. Esta es la «vara» del Espíritu.



7. **El problema es que con demasiada frecuencia los cristianos se vuelven amigos de su carne.** Hasta la *alimentan*. Eso es lo que significa «proveer para ella» (Romanos 13:14). Alimentamos a nuestra carne cuando hacemos cosas que favorecen o fomentan nuestros viejos apetitos pecaminosos. Esto es tomar la decisión de vivir tal como éramos en el pasado. Ceder ante las tentaciones, deleitarnos con los pensamientos pecaminosos y pasar tiempo con gente y en lugares que celebran el pecado es lo mismo que darle a nuestra carne tres comidas bien abundantes por día, con entremeses y postres incluidos. Tal vez pensemos que como hemos sido liberados por la cruz, no es problema alimentar a la carne, pero eso no es cierto (Gálatas 5:13, 24). Y hay un verdadero problema. Cuando alimentemos a la carne…



8. **¡Nuestra carne puede crecer!** Y antes que nos demos cuenta, la carne va a ser más grande y más fuerte que nosotros, y va a comenzar a darnos cuantos empujones quiera (Romanos 6:12). Por eso hasta los cristianos genuinos, que ya no están encadenados al pecado pueden sentir como si la carne los estuviera obligando a obedecerla (Gálatas 6:7-8). Por eso Pablo nos dice en Romanos 13:14 que necesitamos...



9. **¡Matar de hambre a nuestra carne!** Este es el aspecto que necesitamos que tenga nuestra carne. La queremos demacrada y débil (2 Corintios 7:1). Nunca debemos esperar que vaya a desaparecer por completo mientras no regrese Cristo y nos libere para siempre de la presencia del pecado. Incluso una carne débil y cobarde es capaz de ponernos una zancadilla (1 Corintios 10:12). Pero cuando estemos matando de hambre a la carne, nos será más fácil resistirnos a las tentaciones y caminar en obediencia.

Repito, mis dibujos pueden dar la impresión de que la carne es una fuerza exterior que trata de atacarnos. Sin embargo, se dice que es el pecado que habita en nosotros porque está *dentro* de nosotros. Habita en nuestro corazón.

La realidad de la permanencia del pecado debe hacer que vivamos con humildad, dependientes de Dios, y que busquemos la ayuda de otros cristianos. Se nos puede engañar. Nuestros motivos no son perfectamente inocentes. Necesitamos que el poder del Espíritu y la Palabra de Dios nos escudriñen.

Leí la entrevista que le hizo Tom Brokaw en la televisión al pastor Ted Haggard hace varios años[3]. Haggard estaba en la cima de su popularidad e influencia. Su iglesia y su ministerio estaban florecientes. Brokaw, muy inteligentemente, le preguntó por qué en su iglesia se mencionaba tan poco el pecado. Haggard le dijo que como Jesús resolvió en la cruz el problema del pecado, su iglesia enfatizaba el cumplimiento del destino al que la había llamado Dios.

Pocos años después Haggard se vio forzado a renunciar al descubrirse un serio patrón de inmoralidad sexual en su vida. Su actitud informal, incluso frívola, hacia el pecado a la luz de aquella deplorable revelación pone de relieve el peligro de descuidar nuestra lucha contra el pecado. Sí, Jesús resolvió en la cruz el problema de nuestro pecado, y los que confiamos en Él no tendremos que enfrentarnos a la ira de Dios. Pero no podemos ignorar nuestra permanente lucha contra el pecado. Hacerlo es poner en peligro nuestra vida espiritual.

Tú y yo no somos mejores que Ted Haggard. Podemos caer en las trampas del pecado con la misma facilidad. Todos podemos caer en tentaciones. La realidad de la gracia de Dios no debe ser excusa para no preocuparnos por la santidad. La Biblia dice que la gracia de Dios está «enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente» (Tito 2:12). La gracia no nos vuelve indiferentes a la justicia. Nos entrena y nos impulsa hacia el dominio propio y la piedad.

En una ocasión escuché decir a John Piper que la santificación no es necesariamente progresiva. Si nos descuidamos, puede ser regresiva. Si alimentamos nuestros apetitos pecaminosos y satisfacemos nuestros deseos, los estaremos fortaleciendo. Y podemos dar marcha atrás en la santidad.

Por eso no todos tenemos la misma santidad. Ningún cristiano está más justificado que los demás, pero algunos se asemejan a Cristo más que otros. Los que escuchan la Palabra de Dios y procuran obedecerla en el poder del Espíritu son más semejantes a Cristo. Los que derrotan al pecado y se revisten de la conducta del Salvador crecen en santidad. Los que buscan la comunión con Dios en la oración y el estudio de su Palabra se conformarán más a la imagen de Jesucristo. Todos necesitamos con urgencia que Dios nos ayude a hacer eso. Filipenses 2:12-13 nos exhorta: «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad».

Tengo amigos que piensan que hablar del pecado y prestar atención a los detalles de combatir el pecado es derrotista. Sé que es posible vivir en una morbosa introspección con respecto al pecado. Y no estoy abogando que así sea. Creo que debemos estar más conscientes de la obra salvadora de Jesús que de nuestras limitaciones. Vale la pena repetir el consejo de Robert Murray McCheyne: «Por cada vez que mires tus pecados, mira a Cristo diez veces»[4].

Pero no creo que estar conscientes del pecado tiene que ser un ejercicio en desesperación. Aunque parezca ilógico, he hallado que enfrentar la realidad del pecado remanente da esperanza si estamos conectados con el evangelio. Primero, que esto explica la vida. Explica por qué convertirnos no es estar libres de tentaciones. Y engendra paciencia con otros cristianos. El pecado remanente explica por qué aun en la iglesia y entre cristianos nos defraudamos unos a otros, y surgen luchas en nuestras relaciones. Nadie llega a la meta. Todos estamos en proceso de santificación. Todos tenemos puntos ciegos y cosas en las que necesitamos crecer. Todos necesitamos de la misericordia y la paciencia de los demás.

La comprensión de lo que enseña la Biblia acerca de la carne, y de nuestra propensión continua a pecar también fomenta una saludable

sensación de humildad. No me refiero a una agobiante sensación de indignidad total que nos haga dudar del amor de Dios. Me refiero a una humildad que nos permita evaluarnos objetivamente cuando sea necesario. No dar por sentado que estamos en lo cierto sino escuchar las críticas constructivas de otras personas, porque existe es muy probable de que haya algo incorrecto en nosotros.

Si algo ha causado que el mundo no se interese en el cristianismo es el fariseísmo y la arrogancia de creer que nuestras observancias religiosas nos hacen mejores que los demás. Pero un concepto bíblico del pecado que habita en nosotros y la santificación barre con ese fariseísmo. Los cristianos en proceso de santificación no tienen tiempo para ser santurrones. Están conscientes de lo mucho que les queda por recorrer. Están conscientes de sus debilidades, y de la gracia que Dios les manifiesta siempre. Esto los capacita para ser comprensivos con los demás.

Nuestra búsqueda de la santificación se complica porque vivimos en un mundo que afirma que no existe el pecado. Hemos perdido el concepto claro y bíblico de lo que es pecado. No lo consideramos una violación de las leyes y el carácter de Dios. No lo definimos como un rechazo a su autoridad. No reconocemos que es una rebelión, una decisión del corazón de hacer que cualquier cosa que no es Dios sea lo que más nos importe. No llamamos «pecado» al pecado. Lo justificamos, lo pasamos por alto y le cambiamos el nombre.

Piensa en la forma en que pedimos perdón. Es muy extraño, aun entre los cristianos, que alguien diga: «Me equivoqué. Pequé, la culpa es mía. Mis apetitos pecaminosos me impulsaron, y lo que hice deshonró a Dios y te hirió a ti. Perdóname».

¿Cuándo fue la última vez que alguien te pidió perdón con estas palabras?

Lo normal es hablar acerca de nosotros y de nuestras acciones en términos que excluyen el pecado. Nos encanta considerarnos víctimas.

Le echamos la culpa a algo que no la tiene. Añadimos un «pero...» después de decir «perdóname». O sea, que decimos: «Perdóname por haber hecho eso, ¡pero me enojaste tanto...!». O: «Perdóname por haber quebrantado nuestros votos matrimoniales, pero tengo problemas de autoestima y adicciones sexuales». Una disculpa cristiana más sutil todavía es la que dice: «Perdóname que lo hayas tomado así». Nos gusta mantener el problema fuera de nuestra propia persona; la culpa es de otro. No es nada de lo que nos tengamos que arrepentir; es un estado que es necesario comprender, y hasta medicar, si es posible.

Si finges, culpas y excusas tus pecados, reemplazas la santificación con la terapia. Se convierte en una búsqueda vaga y egoísta de mejoras. Y todo lo que nos queda es la esperanza de que con drogas nuevas, terapia nueva y circunstancias mejores pueda surgir nuestro mejor yo.

La Palabra de Dios nos presenta una imagen de nosotros radicalmente distinta. Señala que nuestro corazón es la fuente del problema. Santiago 1:14 dice: «Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido». Y en Santiago 4:1-2 se nos pregunta: «¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis».

Reconocer nuestro pecado y nuestra culpa hiere nuestro orgullo, pero si somos sinceros y llamamos al pecado por su nombre, recibiremos el poder que Dios nos facilita para vencerlo. En 1 Juan 1:8-10 se nos dice: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros». Cuando pensamos y hablamos como si fuéramos víctimas y nunca pecáramos, nos estamos mintiendo a nosotros mismos. Y nos estamos perdiendo la gracia purificadora de Dios que se halla a nuestra disposición todos los días.

Martín Lutero decía que «la vida del creyente debería ser una vida de arrepentimiento». El arrepentimiento no es solo para ser salvos. Debe ser una parte normal, diaria incluso, de la vida del cristiano.

Todos los días vamos a pecar de muchísimas maneras. Arrepentirse es estar de acuerdo con Dios en cuanto al pecado, alejarnos de él y aceptar la gracia redentora de Dios a través de la cruz.

Cuando conocemos la gracia purificadora de Dios, el arrepentimiento deja de ser traumático. Tim Keller observa que para algunos reconocer que se han equivocado es una experiencia estremecedora[6]. No debe ser este el caso entre los cristianos. Ya reconocimos que estábamos equivocados cuando pusimos nuestra confianza en Jesús y confesamos que no teníamos manera de salvarnos a nosotros mismos. Por eso no debe ser difícil hacer esto día tras día a medida que nos vamos asemejando a Jesús.

¿Qué hacemos cuando los cristianos no estamos de acuerdo en lo que es obediencia? Los que nos rodean tienen opiniones y normas diferentes, y pueden significar una importante desviación de la santificación.

De niño aprendí que los cristianos tenían normas diferentes para cualquier cuestión que se les planteara. Por ejemplo, algunos de nuestros hermanos en la fe más conservadores pensaban que todas las películas eran una perversión. Cuando andaba con ellos, no podía decir que nuestra familia veía películas. Tenía que actuar como si nunca hubiera oído hablar de Darth Vader ni de Indiana Jones.

Otros cristianos estaban en el extremo opuesto del espectro. Lo veían todo; hasta las películas malas que nunca se me permitió ver. Cuando estaba con ellos, me debía abstener de decir que eran sucios paganos que se balanceaban sobre las llamas del infierno.

Me parece que muchos cristianos miran a su alrededor, ven la diversidad de normas y dan por sentado que, como nadie está de acuerdo con nadie, tal vez nada importe. Entonces hacen lo que les parezca. Lamentablemente, pocos lo consultan con Dios.

Otros se limitan a adoptar las normas y prácticas de los cristianos que los rodean. Esto les podrá dar apariencia de santidad y de

crecimiento, pero es superficial, y puede llevar a problemas mayores más tarde. Se pueden descarriar de su fe, pues nunca se han ocupado de cultivar sus convicciones acerca de la obediencia cristiana. Nunca han escudriñado la Palabra de Dios. Luego, seguir una norma sin ver de veras lo que quiere Dios se convierte en una carga indeseada, y comienzan a sentirse incómodos bajo esa restricción. La obediencia se vuelve carente de gozo y agotadora.

Conocen las reglas, pero no a Dios. Es posible conocer las restricciones de la justicia sin aprender a valorar la belleza y la bondad de la justicia. Por supuesto, el problema está en que su obediencia no es motivada por un anhelo de agradar a Dios. No es su Palabra lo que los guía. Solo se están conformando a las prácticas de otra persona. Como lo describe Dios en Isaías 29:13, esta clase de adoración «no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado».

A la larga, las personas que practican normas humanas se cansan y se deshacen de todas las limitaciones. Conozco muchas personas tan hartas de su educación fundamentalista que se pasan la vida esquivando cuanta regla encuentren. Comienzan a ver legalistas debajo de cada piedra. Si en el pasado llevaban orejeras que les impedían ver lo que dice la Biblia sobre la gracia y la libertad, ahora llevan orejeras que no les dejan ver lo que dice la Biblia sobre lo peligroso que es el pecado y la prioridad de la santidad.

Toda actitud que nos haga *añadirle* a la Biblia o *alterar* lo que dice, y vivir en un estado de reacción contra quien no sea Dios, es poco saludable. Nuestro crecimiento cristiano no puede definirse por cuáles son las personas a las que no nos queremos parecer. Tiene que definirse por ser como Jesús. Tiene que tener sus raíces en nuestra relación con Él. Y tiene que estar edificado sobre unas convicciones reales, enraizadas en la Biblia.

Cuando digo *convicción* me refiero a una fe establecida ante Dios a nivel de corazón que no cambia con nuestro ambiente. Convicción es algo que creemos, no porque nos están haciendo creerlo, ni porque tenemos que creerlo, sino porque estamos convencidos de que es lo que *Dios* quiere que creamos.

La conformidad no es convicción. La conformidad con las normas de otras personas no es convicción. La adaptación a la cultura de una iglesia tampoco lo es. La convicción bíblica es el resultado

de estudiar la Biblia, pensarlo bien, comentarlo con otros y buscar sabiduría. Exige esfuerzo. Exige la humildad de poner a prueba los resultados de nuestras decisiones y cambiar nuestra forma de actuar si es necesario. Y sobre todo, exige un enfoque directo en Dios.

La solución no es deshacerse de todas las reglas. Es abrazar las reglas de Dios y obedecerlas porque anhelamos honrarlo. Si en tu vida hay alguna regla que obedeces basado en la opinión de otro, dedica tiempo a estudiar la Biblia por tu cuenta. Examina tu regla para ver si de veras es bíblica. A veces descubrirás que lo es porque las Escrituras la establecen directamente, o porque los principios bíblicos te convencen de su sabiduría. Pero quizá otras veces descubras que es hechura humana y que la puedes abandonar.

A veces centro más mi relación con Dios en el pecado que necesito evitar que en el bien que estoy llamado a buscar. Hace poco escribí Gálatas 5:22-23 en la primera página de mi diario: «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza».

Escribí esas palabras con letras grandes y en rojo. Son palabras que deben definir y marcar mi vida. Quiero que me hablen cada vez que tenga comunión con Dios. Constituyen lo que Él me ha llamado a ser. Son lo que su Espíritu quiere producir en mí. Quiero pasar tanto tiempo tratando de que se me defina por el amor, el gozo y la paz como el que paso tratando de liberar mi vida de la ira, la lujuria y las quejas.

Convertirse en alguien semejante a Jesús no es una simple cuestión de no hacer lo malo, sino de hacer lo correcto. Es tratar de obedecer. Romanos 13:14 (el pasaje en el que basé mis dibujos anteriores) nos dice que no satisfagamos los deseos de la carne, pero comienza diciéndonos que «nos vistamos del Señor Jesucristo». Pablo nos está diciendo que la vida cristiana es confianza, dependencia e identificación continuas con Jesucristo. Así como la ropa que llevamos denota

el trabajo que desempeñamos, o nuestra nacionalidad, nuestra conducta denota nuestra identificación con Jesús. Nos debemos «vestir» de una conducta justa que se asemeje a la suya. Debemos vivir de manera que nuestra vida nos identifique como discípulos suyos. Vivir la vida cristiana es revestirnos de una nueva conducta, es revestirnos de Jesús.

Últimamente he estado aprendiendo la importancia de que la santificación se alimente de nuestro estatus como hijo de Dios. Efesios 5:1 dice: «Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados». La santificación es imitar a nuestro Padre. No es amoldarnos a un grupo ni a una cultura religiosa. Es modelar nuestra vida y nuestras acciones según el carácter de nuestro Padre celestial y de Jesús, nuestro hermano y coheredero (Romanos 8:17).

Cuando Dios nos salva, no se limita a perdonarnos, ni a rescatarnos del pecado, sino que nos adopta (Efesios 1:4-5). Por amor nos hace hijos suyos. Nos otorga todos los derechos y los privilegios que tienen los hijos biológicos. El apóstol Juan consideraba esta verdad como una de las mayores pruebas del profundo amor de Dios por los suyos. Esto es lo que escribió: «¡Fíjense qué gran amor nos ha dado el Padre, que se nos llame hijos de Dios! [...] Queridos hermanos, ahora somos hijos de Dios» (1 Juan 3:1-2, NVI).

En una ocasión, Mark, mi compañero en el pastorado, me hizo la observación de que cuando yo oraba, raras veces me dirigía a Dios como Padre. «He notado que sueles decir "Señor" o "Dios mío" cuando oras», me dijo. Al principio pensé que Mark se había inscrito en la policía de la oración, o algo semejante. No entendía por qué era tan puntilloso con esas palabras. Sin embargo, cuando hablamos, y como he aprendido después, no es que era puntilloso con esas palabras. Es que Jesús mismo nos enseñó a llamarle Padre a Dios en nuestra oración (Mateo 6:9). La forma en que nos dirigimos a Dios revela el concepto que tenemos de Él. Y el concepto que tenemos de Él le da

forma a nuestra manera de relacionarnos con Él. Y nuestra manera de relacionarnos con Él determina nuestra manera de interpretar la obra que hace en nosotros y los propósitos que tiene con nuestra vida.

Es importante conocer a Dios como Padre, porque Él quiere que sepamos lo mucho que nos ama. Y también, que ese amor que nos tiene no es del tipo cambiante, profesional o impredecible. Es real, profundo y de familia.

Todas las imágenes que usa Dios acerca de la salvación tienen el propósito de darnos la seguridad de que su amor por nosotros es real, y lo completa que es la restauración que Él hace en nosotros. Por eso, cuando nos sentimos abrumados por la culpa, utiliza términos legales para decirnos que por medio de Cristo somos justificados, declarados totalmente justos ante Él (Romanos 5:8-9). Cuando sentimos que no somos salvos y que somos indignos, usa lenguaje mercantil y nos dice que Él nos ha comprado, que nos ha rescatado del pecado (1 Pedro 1:18-19).

Y utiliza el lenguaje de la adopción para darnos ánimo en la dura y continua tarea de aprender a obedecer y seguir a Jesús mientras esperamos su regreso. Dios no nos señala solo su amor al perdonarnos y redimirnos en el pasado. Usa el lenguaje de la familia para decirnos: «Te amo *como eres*. Tienes una relación conmigo que no cambia por tu conducta. Soy tu papá. Eres mi hijo. Nada puede cambiar esa realidad. Te amo. Siempre seré tu Padre».

Esta es la verdad que necesitamos cuando caemos. Cuando volvemos a enredar las cosas. Cuando hacemos por millonésima vez lo que habíamos dicho que jamás volveríamos a hacer.

Vivir en la realidad presente de Dios como Padre cambiará de manera radical tu manera de ver la vida cristiana. Estoy en el proceso de eso. No puedo decir que lo haya logrado por completo. Pero estoy aprendiendo a ver mi obediencia y mi lucha contra el pecado a través del lente de hijo de Dios. Tengo en el cielo un Padre que me ha prometido darme su Espíritu Santo (Lucas 11:11-13). Me ha prometido proporcionarme todo el poder que necesite para obedecerle (2 Pedro 1:3).

La santidad no es un simple reglamento. Es imitar a mi Padre (1 Pedro 1:15-16). Él es amoroso, bondadoso, puro, veraz, paciente y tierno. Y como soy hijo suyo, me quiero parecer a Él y agradarlo.

Apartarme del pecado no es alejarme de lo que no se me está permitido hacer. No quiero nada que desagrade a mi Padre. Quiero amar lo que Él ama. ¿Cómo puedo sentir gozo con algo que entristece a Aquel que me ha amado con amor eterno (Jeremías 31:3)?

La rectitud en nuestras relaciones es lo que agrada a mi Padre. No trato de vivir de acuerdo con las normas de una iglesia o que yo me haya impuesto. Quiero crecer en cuanto a honrar, conocer y bendecir el corazón de mi Padre.

La verdad del amor de Dios que me ha adoptado significa que no obedezco para entrar en su familia, ni para que no me echen del club. Obedezco porque ya estoy dentro. Gracias a Jesús, soy parte de la familia. En esto hay una seguridad increíble.

Jesús dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Juan 14:15). Esas palabras siempre me llevan de vuelta a la sencillez de la santificación. Por ella obedezco. Esta debe ser mi motivación. Los que amamos a Jesús hacemos lo que Él dice. Aprendemos a obedecerlo en las cosas más grandes y en las más pequeñas.

Dave, el joven del programa de radio, concluyó que uno puede esforzarse demasiado por obedecer a Dios. Tal vez sea cierto si andamos a la caza de la perfección u obedeciendo leyes humanas. Pero si obedecemos porque amamos a Jesús, ¿se le puede llegar a amar demasiado? Cuando por fin lo veamos cara a cara, ¿lamentará alguno de nosotros los momentos en que nos negamos a seguir nuestros apetitos y le dijimos que sí a Él?

Sé que nunca voy a obedecer perfectamente a Dios mientras esté de este lado del cielo. Aunque he sido transformado, todavía sigo cambiando. Me queda un largo camino por recorrer. Fallaré muchas veces a lo largo de ese camino. Necesitaré arrepentirme y buscar el generoso perdón de mi Padre incontables veces entre el día de hoy y mi día final, el día en el que el poder de Dios me transforme de manera definitiva y para siempre.

Estoy esperando con verdaderas ansias que llegue ese día.

Mientras tanto, tengo trabajo por hacer. Sí, la santificación es un trabajo. Pero es un buen trabajo. Es un trabajo para el cual nos capacita el Espíritu Santo. Es privilegio de los redimidos. Es el gran honor de los hijos adoptivos de Dios esforzarse por llegar a ser como su Padre.

9

CREO EN EL ESPÍRITU SANTO

«Anhelaba saber que Dios estaba presente; que yo estaba haciendo algo más que cantarle al techo».

TENÍA DIECISIETE AÑOS cuando me enteré de la vida secreta de mis padres: eran carismáticos. Me imagino que habría podido ser peor. He oído hablar de gente que ha descubierto que sus padres eran nazis o mafiosos. Con todo, me sorprendió. No era lo que yo esperaba oír la noche en que regresé a casa desde la iglesia que había estado visitando y me atreví a anunciar que ahora era un carismático lleno del Espíritu y que hablaba en lenguas.

Pensaba que aquella noticia iba a causar un gran revuelo. Esperaba que saltaran las chispas. Me imaginaba cómo abrían los ojos y se les caía la quijada. Tal vez llegara a temblar algún labio. Ahora comprendo que era inmaduro de mi parte pensar así. Pero por aquellos tiempos sentía un travieso deleite en sentir que estaba viviendo en la avanzada de la espiritualidad, y que mi nueva «experiencia con el Espíritu Santo» escandalizaría ligeramente a mis padres, quienes estaban muy cómodos en su posición evangélica. Puesto que yo era un chico bueno, cristiano y que había estudiado en mi propia casa, aquella

situación sería casi como anunciar que me había unido a una pandilla de motociclistas y me había hecho tatuar una calavera en el pecho.

Sin embargo, mis padres se limitaron a sonreír y dijeron: «Mi amor, eso es maravilloso».

Entonces me hablaron de su participación en el movimiento carismático cuando eran jóvenes, y la obra del Espíritu en sus vidas desde entonces. Mis sueños en cuanto a crear un estado de pánico se desvanecieron. Era como si se hubieran levantado las mangas de la camisa para exhibir sus tatuajes y decirme que tenían dos Harley-Davidson escondidas en el garaje de la casa.

He progresado mucho en mis creencias acerca del Espíritu Santo desde la noche en que irrumpí por la puerta e hice mi dramática proclamación. Espero que mi motivación ya haya madurado y mi comprensión haya profundizado. Algunos dirán que soy menos carismático. Pero creo que me he vuelto más apasionado acerca de la persona y la obra del Espíritu Santo, y le estoy más agradecido.

Por si te sientes nervioso en cuanto a dónde me dirijo, te diré que ya no me interesa causar conmoción cuando hablo del Espíritu Santo. Voy a hacer cuanto esté a mi alcance para evadir las cuestiones controversiales. Mi meta no es demostrar ni negar la presente función de los dones espirituales; no quiero discutir sobre las profecías ni sobre las lenguas. Así que lo mismo si piensas que los dones milagrosos cesaron al desaparecer los últimos de los apóstoles (posición a la que se le da el nombre de *cesacionista*), como si piensas que esos dones milagrosos continúan hoy (posición a veces llamada *continuacionista*), quiero concentrarme en lo que tenemos en común.

Ese terreno común comienza con la creencia cristiana ortodoxa e histórica de la existencia del Espíritu Santo. Uno de los puntos del Credo de los Apóstoles proclama: «Creo en el Espíritu Santo». Todos los cristianos de línea ortodoxa pueden afirmarlo. Pero ¿qué viene después? ¿No será que es importante saber quién es el Espíritu Santo, qué está haciendo y cuál es nuestra relación con Él? Jesús dijo en

Juan 14:16 que el espíritu sería nuestro «Consolador». ¿No debemos comprender cómo nos quiere consolar y ayudar?

El porqué mis padres abandonaron sus raíces carismáticas es una historia interesante. Ambos se convirtieron durante el movimiento de Jesús, a principios de la década de 1970. En esos días, miles de hippies de toda la nación estaban aceptando la fe en Jesús. Alrededor de esa época, muchos cristianos estaban experimentando una drástica renovación de su interés en la obra del Espíritu Santo. Algunas creencias que habían estado confinadas a las iglesias pentecostales —un «bautismo en el Espíritu» como segunda experiencia, y la manifestación actual del Espíritu en la profecía, las lenguas y las curaciones— comenzaron a propagarse a otras denominaciones cristianas. A esto se le llamó movimiento carismático (el término *carismático* se basa en la palabra griega *carisma*, y se refiere a los «dones de gracia» del Espíritu).

Para muchos el movimiento carismático era una renovación genuina y muy necesaria en las denominaciones tradicionales muertas, formales y faltas de celo en la adoración y la evangelización. Para los escépticos era un emocionalismo descontrolado sin base bíblica, quizá debido al prolongado efecto de las drogas. Al mirar atrás, pienso que ambas partes tenían cierta razón. Como muchos avivamientos en la historia de la iglesia, era una mezcla de cosas buenas y malas.

Lo innegable es que surgieron muchas controversias. Algunas iglesias se separaron de sus denominaciones. Otras se dividieron. Los carismáticos afirmaban estar enseñando «el evangelio completo» y se definían como «llenos del Espíritu». Las consecuencias eran claras: los cristianos que no adoptaban sus creencias acerca del Espíritu Santo tenían un «evangelio parcial» y estaban «vacíos del Espíritu». No es la mejor manera de ganar amigos.

Por otro lado, los que no eran carismáticos juzgaban con frecuencia a todos los carismáticos por los peores y más radicales excesos dentro del movimiento. Para ellos, todo aquello era caótico. Los dones

del Espíritu eran imaginarios o simulados en el mejor de los casos, y en el peor de ellos, obra de demonios.

Mis padres se conocieron en una iglesia bautista y abrazaron por completo la renovación carismática. La iglesia se convirtió en un imán para la juventud. Muchos hombres jóvenes, entre ellos mi padre, sintieron el llamado a consagrarse por completo al ministerio. La iglesia comenzó un pequeño instituto bíblico, y mi padre asistió desde la primera clase.

Pero con el tiempo, mis padres se desilusionaron con ciertos asuntos ajenos a la Biblia de su iglesia. Notaron cómo se usaban los «dones espirituales» para manipular a la gente. A veces se aplicaba el énfasis en los dones y la unción para acallar preguntas y preocupaciones acerca del carácter de los líderes. Entonces a una dama de la iglesia le diagnosticaron cáncer y el pastor le prometió a la congregación que sanaría. Cuando no fue así, el pastor en público le echó la culpa al esposo, e insinuó que en aquel hogar había pecado o falta de fe[1]. Poco después, la iglesia se dividió y mis padres se marcharon.

No creo que haya habido un momento en el que mis padres desecharan sus creencias con respecto al Espíritu Santo. Pero se fueron apartando cada vez más de las prácticas carismáticas que habían visto en aquellos años. Aunque seguían dependiendo y confiando en el Espíritu, desecharon el calificativo de carismáticos, y evitaron las iglesias que hacían del Espíritu Santo y los dones espirituales sus señales de identidad. Ya en mi adolescencia se habían alejado tanto de ese aspecto de su herencia espiritual que yo no tenía ni idea de que hubiera formado parte jamás de nuestra historia familiar.

Cuento la historia de mis padres porque es similar a la de muchos. En uno u otro grado, muchos hemos tenido malas experiencias o choques con «carismaniacos». Quizá fue una participación grande, como la de crecer en una iglesia carismática o pentecostal, o limitada como la de tener un amigo carismático que nos ahuyentó con sus cosas extrañas. Quizá tu mala experiencia fue ver a un televangelista

bien peinado y maquillado que habló en lenguas y prometió sanar a la gente en su programa (a cambio de un pequeño donativo).

Reconozcámoslo: el Espíritu Santo ha recibido muy mala publicidad. En su nombre se han hecho muchas cosas extravagantes, extrañas y de veras erróneas. Por supuesto, lo mismo se podría decir de Jesús. Pero creo que es más fácil separar lo bueno de lo malo en el caso de Jesús. El Espíritu Santo es algo más complicado. Tal vez porque es un Espíritu, y es más fácil echarle la culpa de las cosas raras. O tal vez porque no se habla suficiente de Él fuera de los círculos carismáticos, y hay gente que conserva una impresión más bien negativa.

Este estado de cosas no es saludable. Cada vez que vivimos alguna parte de nuestra fe como reacción a cualquier cosa que no sea la Palabra de Dios, nos desequilibramos y desviamos. No debemos descuidar la persona y obra del Espíritu Santo porque otros hayan hecho una presentación incorrecta de Él.

Tomar la decisión de considerar con seriedad y atención al Espíritu Santo no es ser carismático. Es querer ser un fiel discípulo de Jesucristo y estudioso de la Palabra de Dios.

Un buen concepto del Espíritu Santo comienza con una percepción correcta de la naturaleza trinitaria de Dios. John Frame escribe: «El Espíritu Santo es Dios, y es una persona de la Trinidad, como lo son el Padre y el Hijo»[2]. El Espíritu Santo no es un ángel ministrador que Dios envía a realizar misiones. No es un poder que procede de Dios. El Espíritu Santo *es* Dios.

La Biblia revela que el Espíritu Santo es Dios en pasajes como Hechos 5:3-4, donde Pedro hace equivalente el mentirle al Espíritu y el mentirle a Dios. En 1 Corintios 2:10-11 se nos dice que el Espíritu «todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios». La igualdad existente entre el Espíritu, el Padre y el Hijo se expresa en diversas bendiciones que aparecen en las Escrituras, entre ellas 2 Corintios 13:14: «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros». También es evidente en la

instrucción que dio Jesús de que sus seguidores fueran bautizados en el nombre del Dios trino: «En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (Mateo 28:19).

Al igual que el Padre y el Hijo, el Espíritu Santo es una persona. Los Testigos de Jehová niegan esta personalidad del Espíritu Santo (piensan que es una fuerza, como la electricidad). Sin embargo, pregúntales cómo saben que el *Padre* es una persona. ¿Cómo determinamos qué es una persona? La respuesta es que una persona es la que hace lo que hacen las personas (hablar, escuchar, pensar, sentir, etc.). La Biblia revela que el Espíritu hace cosas de persona. Habla (Hechos 13:2). Tiene intenciones (Romanos 8:27). Lo podemos entristecer con nuestro pecado (Efesios 4:30). Por tanto, no es una fuerza ni un poder impersonal. Es un «él», y no un «ello» (Juan 14:17; 1 Corintios 12:11).

Y así como no podría haber salvación sin el ministerio del Padre y del Hijo, no podría haber salvación sin la obra del Espíritu Santo en nuestra vida. Los miembros de la Divinidad, en comunión y unidad perfectas, colaboran en la gran obra de la salvación. Aunque iguales en poder y en divinidad, cada uno desempeña un papel propio. Lo que el Padre planeó, y el Hijo compró con su muerte, el Espíritu Santo lo activa o aplica en nuestra vida. Es el Espíritu Santo quien nos da un nuevo corazón espiritual (Juan 3:5-8; Romanos 8:9-11). Por medio de Él somos lavados, santificados y justificados (1 Corintios 6:11). Es el Espíritu Santo quien nos da poder para asemejarnos a Jesús (Romanos 8:14; Gálatas 5:16-18).

No recuerdo la iglesia carismática a la que asistían mis padres cuando yo era niño. Tal vez sea mejor así. Pero lo negativo de que mis padres dejaran tras sí esa tradición de la iglesia fue que cuando terminé el bachillerato no sabía casi nada del Espíritu Santo y por qué era importante.

Entonces, a los diecisiete años, visité una gran iglesia carismática de Portland. La pasión que vi en la gente hizo que siguiera asistiendo. Había un realismo emotivo en la manera de hablar de Dios de aquella gente. Hablaban de Él como si estuviera *allí mismo*, junto a ellos.

¡Y los cantos! La adoración era una experiencia en la que participaban con todo el cuerpo. Yo había crecido en iglesias donde uno cantaba con las manos a los lados o metidas en los bolsillos. Aquellas personas no solo levantaban las manos, sino que movían todo el cuerpo. Danzaban. Recuerdo la primera vez que vi a toda la congregación, incluso los pastores con sus trajes, comenzar a brincar, saltar y dar pasos de danza por todo el auditorio. ¡Estaban danzando en la iglesia! Todo el edificio parecía estremecerse.

En cierto sentido, supongo que se habrá visto un tanto absurdo. Sin embargo, esa no fue la impresión que me llevé. Sentí como si todos los que me rodeaban me estuvieran diciendo: «¡Así de emocionados estamos con Dios! ¡Él es tan real y tan bueno que no podemos reprimir nuestro gozo!».

Recuerdo el día que decidí unirme a aquellas danzas. Cerré bien los ojos y comencé a saltar donde estaba con una despreocupación total. Por vez primera en mi vida no me importaba cómo me veía, ni qué pensarían los que me rodeaban. Mi corazón ardía con la conciencia de lo digno que era Dios de toda la pasión de mi vida. Lo sentí más real y cercano de lo que había estado en todo mi pasado. Durante largo tiempo había anhelado sentir que Dios estaba presente y activo en mi vida. Quería saber que mi fe era más que solo leer un libro. Que estaba haciendo algo más que cantar cantos que no llegaban al techo.

Después de varios meses de visitar la iglesia, me acerqué a Bob, el pastor de jóvenes. Era un hombre fornido y de baja estatura, un Pedro Picapiedras con traje. Sonreía con facilidad, y siempre fue muy amable conmigo.

—Yo los oigo hablar del Espíritu Santo y de ser llenos del Espíritu —le dije—. ¿Qué es eso? ¿Cómo lo puedo lograr?

Yo casi estaba pensando (y esperando) que Bob me pondría una mano en la frente y lanzaría sobre mí una oración incendiaria. Pero no fue así.

—¿Tienes una pluma? —me preguntó.

Entonces, mientras yo garabateaba furiosamente, me soltó una lista de citas del Antiguo Testamento y del Nuevo.

—Todos esos pasajes hablan del Espíritu Santo —me dijo—. Vete a leerlos. Ora en cuanto a esto. Después vuelve en unas cuantas semanas y conversa conmigo.

Me fui a casa y comencé a leer los pasajes que Bob me había indicado. Leí cómo el Espíritu había preparado a José, a Moisés y a David para ser líderes (Génesis 41:38; Números 11:17; 1 Samuel 16:13). Cómo le había dado sabiduría a Josué y valentía a Gedeón (Deuteronomio 34:9; Jueces 6:34). Y cómo había instruido y enseñado al pueblo de Dios (Nehemías 9:20).

En el Nuevo Testamento leí la promesa de Jesús de que enviaría a otro Consolador, a quien llamó «el Espíritu de verdad» (Juan 14:15-17). Leí en Hechos 2 lo sucedido en el Día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo descendió como un viento recio sobre los hombres y mujeres que se hallaban esperando y orando en el Aposento Alto. Vi a Pedro transformado de un hombre que se acobardaba ante una criada, a un valiente que se puso de pie ante una multitud de miles de personas para predicarles acerca de Jesús.

Las dos semanas siguientes las pasé leyendo aquellos pasajes de las Escrituras y orando que Dios me diera lo que tenían aquellos hombres y mujeres sobre los cuales estaba leyendo. Recuerdo que oraba por las noches en el pasillo contiguo a la habitación que compartía con mi hermano menor. Me arrodillaba delante de la ventana y levantaba las manos hacia el firmamento. «¡Dios mío, dame tu Santo Espíritu!», repetía una y otra vez. Ni siquiera estaba seguro de lo que aquello significaba, pero tenía una abrumadora sensación de necesitar al Espíritu Santo. Seguía orando y esperando que sucediera algo... lo que fuera.

Desde entonces he llegado a creer que ya tenía lo que estaba pidiendo. Al estudiar la Palabra de Dios, me he convencido de que el Espíritu Santo habita en los cristianos desde que creen (1 Corintios 2:12). No creo que exista un «bautismo en el Espíritu» fuera de la regeneración. Creo que Dios nos invita a buscar siempre ser llenos del Espíritu. Debemos desear más de la presencia e influencia del Espíritu en nuestra vida. Efesios 5:18 nos pide que «seamos llenos

del Espíritu». Ahora veo que Dios estaba despertando en mí ese buen deseo. El Espíritu de Dios estaba obrando en mí, iluminando su Palabra y mostrándome que necesitaba que obrara más en mí. Aquellas semanas en las que estudié las Escrituras y busqué a Dios en oración fueron muy importantes para mí, al crecer mi sensación de necesidad y dependencia.

Poco después, el pastor Bob y un hombre llamado Quinn dedicaron un tiempo a orar por mí después de unas reuniones. Tuve lo que podría describir como una experiencia espiritual dramática, y hablé en lenguas. Esa fue la noche en que al regresar les hablé a mis padres de mi encuentro con el Espíritu Santo.

J. I. Packer dice que para muchos carismáticos su experiencia es mejor que su teología[3]. Creo que así fue conmigo. Mi experiencia en la noche en que el pastor Bob oró por mí, y las que tuve en los años posteriores, fueron reales. Yo seguía asistiendo a la iglesia carismática y, mientras tanto, Dios se movía en mi vida y me llenaba de poder para servirle de maneras concretas. Pero muchas veces mi experiencia se adelantaba a mi comprensión de la Biblia.

Hoy, al recordar aquello, diría que tenía una comprensión muy estrecha de cómo y por qué el Espíritu Santo obra en nosotros. Casi lo limitaba a cierta experiencia emocional en las reuniones de la iglesia. Para mí el Espíritu Santo se estaba moviendo cuando sentía una gran emoción al cantar o tenía una dramática experiencia durante la oración. Aunque creo que el Espíritu se puede mover así, confinar su obra a esos momentos es como pensar que un tenedor solo se puede usar para comer chícharos. No es que lo que sabía del Espíritu Santo fuera falso, sino que era lastimeramente incompleto.

Varios años después de integrarme en la iglesia, se corrió la voz de que había comenzado un «mover especial del Espíritu» en una iglesia de otra ciudad. La gente de nuestra iglesia viajaba en avión para asistir a reuniones especiales con ellos, y afirmaba regresar con algo

de aquello que allí tenían. Varias personas celosas, aunque no siempre prudentes, comenzaron a guiar las reuniones en direcciones extrañas que cada vez tenían menos raíces en las Escrituras. La obra del Espíritu se volvió en manifestaciones extrañas, como risas incontrolables o largos momentos de oración en los que la mitad de la gente quedaba tirada en el suelo «bajo la influencia».

Al principio pareció emocionante. Después, al cabo de un tiempo, me comenzó a parecer que estábamos como los perros que persiguen su propia cola: buscando emociones y experiencias solo por experimentarlas. Cada vez veía con menos claridad qué sentido tenía todo aquello. Daba la impresión de que la gente medía su relación con Dios por lo dramáticos o extraños que fueran sus encuentros con el Espíritu Santo.

Parte de mi peregrinar espiritual ha consistido en ir separando lo bueno y lo no tan bueno de aquellos días. Me ha llevado tiempo. No estoy dispuesto a desechar todo lo que sucedió durante mis años en aquella iglesia, ni tampoco estoy dispuesto a sostener que era bíblico. Ha sido un proceso de aprender a definir mis ideas acerca del Espíritu Santo a partir de la Palabra de Dios, y no de mis experiencias buenas o malas.

En estos días siento menos interés en los calificativos de carismático y no carismático, menos interés en discutir sobre si hay un «bautismo en el Espíritu» diferente o solo una continua llenura del Espíritu a lo largo de la vida del cristiano, y menos interés en si las lenguas y la profecía todavía tienen vigencia.

Sí, yo hablo en lenguas. Y esto me ha dado aliento. Pero para ser sincero, a menudo olvido hacerlo. No es el punto más elevado de mi relación con Dios. Conozco a muchos cristianos (entre ellos mi esposa) que nunca han recibido el don de lenguas, y les va muy bien.

Creo en el don de profecía (bien definido), pero está claro que no se puede poner al mismo nivel de las Escrituras, ni de las profecías

que aparecen en la Biblia. No es Dios hablando de manera infalible, como lo hizo a través de los profetas del Antiguo Testamento y los apóstoles. Nadie les está añadiendo nada hoy a las Escrituras. El canon de las Escrituras ya está cerrado. Y yo preferiría tener dos palabras de las Escrituras que un centenar de palabras de profecía. Solo las Escrituras son perfectas y tienen autoridad (Proverbios 30:5-6).

No me siento cómodo con personas prontas a alegar que tienen el don profético, o que resaltan demasiado su importancia. En nuestra iglesia disuadimos a las personas en cuanto a proferir palabras proféticas que sean predictivas o directivas. Es demasiado fácil que las ideas y pensamientos de la persona se mezclen con la profecía.

No obstante, he visto usar este don para edificar a otros. Y yo mismo he recibido aliento de este modo. La mayoría de las veces que he visto en acción la profecía ha sido recordando a las personas verdades y promesas de la Palabra de Dios. No ha revelado el futuro ni impartido una revelación nueva, sino que ha reafirmado y aplicado la verdad que Dios ya ha revelado a personas y situaciones concretas. Cuando la profecía es genuina, dirige a la gente hacia Jesús, le recuerda su fidelidad y la dirige hacia sus prioridades. La verdadera profecía siempre confirma la Palabra de Dios y concuerda con ella.

De manera similar, aunque creo que Dios todavía sana, no me interesa identificar a una persona determinada como poseedora del don de curar enfermos. Ni los apóstoles tenían un don que asegurara siempre la curación. Creo que Dios puede sanar y sana, y que se glorifica cuando se le pide que sane (Santiago 5:13-15). Pero no debemos convertir esto en una exigencia, ni pensar que si la persona no cura es por falta de fe.

Cuando me preguntan cómo puede uno descubrir sus dones espirituales, le respondo: «Sirve». No espiritualices en exceso los dones espirituales. Es muy probable que los dones que Dios te ha dado para servir a tu iglesia sean los mismos que usas en tu trabajo. No te preocupes de si tienes o no uno de los dones que aparecen en una de las listas de dones espirituales que se hallan en la Biblia. (Lee Romanos 12:6-8; 1 Corintios 12:7-10, 28; Efesios 4:11). Esas listas no son exhaustivas. Mejor mira a tu alrededor en busca de necesidades, y trata de satisfacerlas. Si lo que haces es útil y las personas se sienten animadas por tu manera de servir, tal vez tengas un don. Pero no necesitas

portar credenciales para ser útil. Sirve y nada más. No se trata de ti ni de tu don, sino de servir a los demás en sus necesidades y glorificar a Jesús en tu vida.

He llegado a la conclusión de que es posible limitar a Dios de distintas maneras. Se le puede limitar pensando que nunca puede obrar de forma espectacular. Pero también pensando que solo lo espectacular tiene importancia.

El poder y la obra del Espíritu son mucho más amplios, mucho más multifacéticos de lo que solemos pensar. Y tienen una importancia absoluta.

¿Qué es lo más grande que le has pedido a Dios en la vida? Piensa en las exorbitantes peticiones que le has elevado. ¿Has pensado alguna vez que al darte su Santo Espíritu, tu Padre de los cielos te ha regalado algo que sobrepasa infinitamente la mayor de tus peticiones? El que el Espíritu del Dios eterno y vivo habite en nosotros es un don mucho mayor, un honor mucho más abrumador que cualquier posición social, posesión, riquezas o logro humano.

Dios no nos otorga ningún don mayor que el don de su Espíritu. ¿Estás consciente de la manera en que está obrando en ti?

El Espíritu Santo ahora mismo está obrando en todos los cristianos, moldeándonos y reformándonos para que seamos como Cristo (2 Tesalonicenses 2:13; Tito 3:5). Se nos ha llamado a colaborar con esta obra, y a recibirla a base de obedecer a Jesús, atesorar su Palabra y hacer cosas que lo honran. Esto es lo que describe la Biblia cuando dice: «Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu» (Gálatas 5:25). A cualidades como el amor, el gozo, la paz, la paciencia, la bondad y el dominio propio las llama «el fruto del Espíritu» (Gálatas 5:22-23).

La Biblia también nos dice que el Espíritu nos da valentía para hablar a los demás de la verdad de Jesús. Antes de ascender al cielo, el Señor dijo a sus discípulos: «Recibiréis poder, cuando haya venido

sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra» (Hechos 1:8). En el libro de Hechos, cuando el Espíritu llena a los creyentes de una manera notable, el resultado es que proclaman con valor la muerte y resurrección de Jesús (lee, por ejemplo, Hechos 2; 4:31).

El Espíritu también nos da por gracia a los creyentes unos dones para que podamos servir y edificar a la iglesia de Jesús. Esos dones son diversos, y muchas veces dan la apariencia de ser comunes. Sin embargo, las Escrituras nos informan que el Espíritu nos da poder a los cristianos para que los utilicemos para el bien de otros creyentes. «Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho» (1 Corintios 12:4-7).

Cuando el Espíritu está obrando en nuestra vida, se manifiestan una calidad dinámica de santidad, valentía para la evangelización y una disposición bien espiritual a desempeñar el papel de siervos de los demás.

No estoy argumentando contra lo sobrenatural y espectacular, pero creo que necesitamos ampliar nuestra definición de ambos. No, no existe una vida cristiana normal o que no sea sobrenatural. Cada día de fe es un día en el que el Espíritu hace su obra sobrenatural en nuestra vida. Cada vez que estamos llenos de amor por Dios, cada vez que estamos conscientes de lo glorioso que es Jesús, cada vez que leemos la Palabra de Dios y la comprendemos y la creemos, cada vez que decidimos obedecer a Dios y alejarnos del pecado, cada vez que usamos desinteresadamente nuestras capacidades para servir a los demás, el Espíritu Santo está obrando poderosamente en nosotros.

Lo curioso es que uno de los escritos más convincentes que he leído acerca del Espíritu Santo lo escribió un profesor no carismático de

Nuevo Testamento del Seminario Teológico de Dallas llamado Dan Wallace.

En cierto sentido, la historia de Dan se parece mucho a la de mis padres. Cuando joven, entró en contacto con una iglesia carismática. Fueron tiempos de intensa pasión por el Señor expresada en oraciones fervientes, estudio de la Biblia y una evangelización que no era característica de su tímida forma de ser. Pero notó en su iglesia carismática ciertas prácticas que no concordaban con las Escrituras, y terminó marchándose. Fue a un instituto bíblico y después a un seminario que mantenía una fuerte posición contra los dones del Espíritu. Con el tiempo, Dan se fue alejando de su vibrante contacto anterior con Dios. Aunque aumentó su grado de comprensión de las Escrituras, dice que su caminar con Dios se hizo cada vez más lento.

Entonces, los médicos diagnosticaron que su hijo de ocho años tenía una forma rara y mortal de cáncer. El niño perdió peso. Se le cayó el cabello. Estaba tan débil, que había que llevarlo cargado a todas partes, incluso al baño. Los meses que pasó viendo cómo su hijo sufría y se iba desgastando durante los tratamientos de quimioterapia sacudieron a Dan hasta lo más profundo de su ser. Se hallaba en un desierto emocional. Estaba furioso. Dios le parecía distante.

Por vez primera, Dan comprendió que todas las restricciones que le había impuesto al Espíritu estaban sofocando su fe. Escribió:

> Necesitaba a Dios en lo personal, pero no como el objeto de mi estudio, sino como amigo, guía, consolador. Necesitaba una experiencia existencial con el Santo... Hallaba que las Escrituras me eran útiles como guía... autoritativamente útiles. Pero sin sentir a Dios, la Biblia me daba poco solaz... Sentí anhelo de acercarme más a Dios, pero no lo podía hacer a través de mi medio normal: exégesis, lectura de las Escrituras y más exégesis. Creo que había despersonalizado tanto a Dios que cuando lo necesité de veras no sabía relacionarme con Él[4].

Por la misericordia divina, el hijo de Dan se recuperó del cáncer. Pero las lecciones que Dan había aprendido durante aquellos tiempos tan angustiosos acerca de su relación con Dios se quedaron con él.

Decidió repensar a fondo sus actitudes y perspectivas acerca del Espíritu Santo. Aunque seguía creyendo que los dones milagrosos o señales habían cesado en el siglo primero, tenía que reconocer que el Espíritu Santo no había muerto. ¿Qué podía decir que el Espíritu Santo estaba haciendo ahora?

Comenzó a reflexionar sobre lo que Jesús quiso decir cuando afirmó: «Mis ovejas oyen mi voz» (Juan 10:27). «Cada vez estoy más convencido», escribe, «que aunque Dios no se comunica de una forma opuesta a las Escrituras, con frecuencia se comunica con sus hijos de una manera no verbal para tranquilizarlos, consolarlos, guiarlos a través de las bravías aguas de la vida. Negar que hoy Dios nos habla verbalmente fuera de las Escrituras no equivale a negar que se comunique con nosotros fuera de ellas»[5].

Se dio cuenta de que un cristiano puede despersonalizar a Dios al convertirlo en objeto de investigación y no en el Señor al que nos debemos someter. La vitalidad de nuestra fe desaparece cuando nuestra posición ante Dios cambia de «sé que» a «creo que».

Reconoció que parte de su motivación para despersonalizar a Dios era su afán de controlar. «Lo que más despreciaba en los carismáticos eran su falta de control y su emocionalismo», dice. «Pero, ¿no debemos acaso entregarnos a un temerario abandono en nuestra dedicación a Él? ¿No debemos lanzarnos a sus brazos, sabedores de que sin Él nada podemos hacer?»[6].

El apóstol Pablo hace una fascinante oración en Efesios. Es una oración por los cristianos, por la vida interior de estos. Es una oración por la poderosa obra del Espíritu en sus vidas. Pero tengamos en cuenta el enfoque y el propósito de esta petición de poder del Espíritu. Pablo ora que sean fortalecidos por medio del Espíritu con poder dentro de su ser interior, de manera que Cristo habite por la fe en sus corazones, y que sean «llenos de toda la plenitud de Dios». Y, ¿cuál es el resultado final? Una conciencia mayor de lo profundo que es el amor que Dios les tiene (Efesios 3:14-19).

Las frases que usa Pablo son distintas maneras de decir lo mismo. Está orando que el Espíritu Santo obre en la vida interior de sus hermanos en la fe y los lleve a una unión más profunda con Jesús, a una conciencia mayor de su presencia con ellos y a un conocimiento más pleno del amor que les tiene. No quiere que Dios sea una verdad impersonal, ni una idea o filosofía nebulosa.

¿No necesitamos por encima de todo saber que Dios nos ama de verdad? ¿No es esto lo único que nos puede sostener cuando experimentamos sufrimientos, dudas y desánimo? ¿O cuando nos sentimos solos en este mundo? ¿O cuando nuestro hijo tiene cáncer? El poder que necesitamos en esos momentos es poder para creer que cuanto Jesús hizo hace dos milenios lo hizo por nosotros.

Esto es lo que hace el Espíritu en el pueblo de Dios. Obra en nuestro corazón, en nuestros afectos y en nuestras emociones. *El Espíritu media en nosotros la presencia de Jesucristo.* El Espíritu es el motivo por el cual los cristianos podemos decir cuando nos reunimos: «Jesús está con nosotros en este momento» (lee Mateo 18:20).

El Espíritu nos hace ver que Jesús está con nosotros, y que nos ama. Nos lleva desde ser personas que conocemos en teoría que Dios es nuestro Padre, a ser personas que basadas en la experiencia saben que son hijos suyos, que pueden clamar «¡Abba, Padre!» (Gálatas 4:6). Esto no es algo que podamos enunciar en pasos fáciles. No es una fórmula clara. Es la obra maravillosa y misteriosa del Espíritu de Dios en nuestro corazón.

¿Ves lo importante que es esto? Sin la obra de su Espíritu en nuestro corazón y en nuestra mente, las verdades de las Escrituras se convierten en simples palabras impresas. Pablo lo comprendía. Antes de su oración por los efesios, dedicó tres capítulos a exponer algunas de las más ricas verdades doctrinales acerca del plan divino de salvación que conoce la humanidad. Pero sabía que sin el Espíritu, sus palabras serían datos sin vida, ortodoxia muerta.

No basta que conozcamos la verdad. Dios quiere que la sintamos, que la creamos y que la captemos de la manera más profunda y personal. Quiere que seamos capaces de decir: «La cruz fue por mí. La tumba vacía fue por mí. El perdón, la adopción y la redención son míos porque estoy unido a Jesucristo. ¡Jesús me ama! ¡Jesús está conmigo!».

Esta es verdad viva. Es ortodoxia apasionada, verdad hecha fuego en el corazón.

La sana doctrina es importante. Pero nunca debemos conformarnos con saber doctrina. Dios nos ha dado su Espíritu Santo y nos invita a estar continuamente llenos de su Espíritu, para que la doctrina se convierta en historia viva del gran amor de Dios. Que nos derrita el corazón. Que ardamos con el amor por el Salvador que nos amó a nosotros primero. La verdad gloriosa del amor que Dios manifestó al entregarnos a su Hijo no se puede captar con un simple conocimiento, ni con libros voluminosos. Necesitamos que el poder del Espíritu Santo nos haga «plenamente capaces de comprender» lo inmenso, ancho y profundo que es el amor de Dios por nosotros (Efesios 3:18-19).

¿Sabías que Jesús dedicó una enorme cantidad de tiempo a enseñar a sus discípulos durante las horas que precedieron a su arresto y su crucifixión? Aquellos momentos finales los utilizó para hablarles del Espíritu Santo (Juan 14-16). ¿Qué nos dice esto a nosotros, seguidores de Jesús, de la importancia de conocer la persona y obra del Espíritu? El Espíritu sería otro Ayudador o Consejero. Jesús había desempeñado este papel durante su ministerio terrenal, pero pronto les enviaría otro. La palabra griega que se usó fue *parákletos*, que en castellano es *paracleto*, alguien que aboga, defiende, aconseja, da ánimo, consuela y ayuda. Qué formidable resumen de la obra del Espíritu en nuestra vida.

Y, ¿cuál es el objetivo final de ese aliento, ese consuelo y esa ayuda del Espíritu? Capacitarnos para que conozcamos y veamos la gloria del Salvador. El Espíritu Santo está dedicado por completo a glorificar a Jesús. Glorificar es exaltar, demostrar que es maravilloso, digno y bueno. Cuando Jesús habló a sus discípulos del Espíritu Santo en la noche anterior a su muerte, les dijo: «Él me glorificará» (Juan 16:14).

J. I. Packer me enseñó que comprender esto es la clave para comprender la obra del Espíritu Santo. Afirma que el Espíritu, en su labor de «glorificar a Jesús», es como un foco de luz detrás de nosotros que proyecta su rayo de luz hacia delante para iluminar a Jesús. La meta del Espíritu es mostrarnos a Jesús en toda su perfección, santidad y misericordia. Cuando leemos las Escrituras, cuando meditamos en Cristo, el Espíritu penetra las tinieblas de nuestra mente embotada por el pecado e ilumina la persona y la obra de Jesús.

El Espíritu Santo no está interesado en atraer la atención. Su papel consiste en señalar a Jesús. Packer escribe: «El mensaje que nos da el Espíritu nunca es "Mírame; escúchame; ven a mí; conóceme", sino "Míralo y contempla su gloria; escúchalo y oye sus palabras; ve a Él para que tengas vida; conócelo para que te deleites en el gozo y la paz que te regala"»[7].

Un reflector no es para que nos pongamos frente a él con los ojos fijos en su luz (eso nos cegaría). El reflector solo es útil cuando se enfoca en otros, y nos permite verlos con mayor claridad. Y eso es lo que hace el Espíritu. Es lo más lleno de amor y poder que Él puede hacer en nuestra vida: ayudarnos a ver y valorar a Jesucristo.

Sabrás que el Espíritu está obrando si te sientes más maravillado con Jesús, más ansioso de servirlo y obedecerlo; más dispuesto a hablar de Él a los demás; más dispuesto a servir a la iglesia que Él ama.

10

EL INVISIBLE HECHO VISIBLE

«El plan de Dios siempre ha sido un plan de grupo: Él se revela por medio de su pueblo».

Una vez escuché por radio la historia de un campamento de verano para niños ateos de secundaria. A alguien se le ocurrió que no era justo que los religiosos tuvieran campamentos y programas divertidos, y los ateos no. Así que comenzó un campamento. Me pareció fascinante. Allí los estudiantes podían jugar y nadar, hacer artes manuales y sentarse alrededor de las fogatas para hablar de la evolución y de lo ridícula que es la religión. Me pregunté qué habría que hacer para meterse uno en problemas en un lugar así. ¿Tal vez echarle una mirada furtiva a una Biblia, o susurrar algo acerca de los méritos de la teoría del Diseño Inteligente? No lo sé.

Una parte de la historia presentaba a unos cuantos de aquellos muchachos ateos despotricando contra la religión. Una chica tenía los ánimos bastante enardecidos. Decía algo como esto: «Y si hay un Dios, ¿por qué no sale y se nos muestra? ¿Por qué no se nos aparece y nos dice: "Hola, soy Dios. ¡Crean en mí!" ¿Por qué no lo hace? No tiene ningún sentido».

Me reí, porque yo me podía identificar con su pregunta. Algunas veces, habría querido que Dios hiciera algo así. Podría celebrar una vez al año una gigantesca reunión para el mundo entero, con cobertura de la televisión, enlaces por vía satélite y conexiones en la Internet, salir de repente y *¡bum!*, hacer algo espectacular. Tal vez convertir en burro o algo parecido a uno de esos furiosos e incómodos ateos famosos. Por supuesto, si le parece bien, al final lo volvería a su estado anterior. Pero que fuera algo impresionante, para que todo el mundo pudiera decir: «¡Caramba! Es cierto que hay un Dios. Me quiero apuntar también».

Pero cuando lo pienso, comprendo que la idea es absurda. Sé que, a menos que Dios le abra los ojos espirituales a la gente nadie va a creer, ni aunque repita esa rutina todas las semanas. Jesús dijo que si alguien no acepta el testimonio de la Palabra de Dios, ni alguien que regrese de entre los muertos lo podrá convencer (Lucas 16:31). Y es cierto. Jesús resucitó, pero eso no fue suficiente para sus enemigos y algunos de sus amigos. Hubo entre ellos quienes siguieron dudando (Mateo 28:17).

Y además, ¿qué historias contaríamos en el cielo si Dios se fuera a presentar para que todo el mundo crea?

Imagínate estas conversaciones.

—Y entonces, ¿cuándo te salvó Dios a ti?

—Ah, fue el año en que se apareció y convirtió en tortuga a Christopher Hitchens.

—En tortuga mordedora, ¿no?

—Exacto. Fue algo bien ingenioso. Sí, fue entonces cuando creí.

Una conversación así no conduce a la adoración. No se trata de una historia que lo hace a uno mover la cabeza con asombro. Dios es demasiado bueno contando historias para conformarse con algo tan simple.

En lugar de hacer eso, escribió en la historia humana un relato que al final de los tiempos va a dejar sin habla a todo el universo. Es el relato de su grandiosa misión de rescate en Jesús. Es el relato de la forma en que redimió —hizo nuevo— todo lo que el pecado humano había echado a perder.

Pero esto es lo increíble. Dios está escribiendo su relato por medio de su pueblo. Por medio de sus hijos. Por medio de su iglesia. Por medio de nosotros.

Dios no sale a un gran escenario una vez al año para demostrarse ante el mundo. Hace algo muchísimo más riesgoso, atrevido y, a simple vista, tan absurdo que nos hace mordernos el labio: nos convierte *a nosotros* en el espectáculo. Dios se demuestra y se exhibe por medio de su iglesia.

La mayor parte de los cristianos descuidan la doctrina de la iglesia. No es de sorprenderse. Este tema involucra por necesidad seres humanos. Gente de verdad, molesta, que enfurece a cualquiera, detestable, testaruda, cuyas preferencias, estilos y olores pueden tirar al suelo con estrépito las más elevadas contemplaciones teológicas.

Se puede estudiar la doctrina de la justificación y pensar solo en nuestro perfecto Salvador y su cruz. Pero si piensas en la iglesia, lo más probable es que comiences a pensar en un grupo concreto de personas, en un pastor determinado, en una denominación en particular, y en todos los errores, las deficiencias y los problemas concretos que los acompañan. Y aquí es donde a la mayoría nos ponen la zancadilla. No escuchamos lo que Dios quiere decir acerca de la iglesia porque el ruido de nuestras experiencias, percepciones y desilusiones ahoga el sonido de su voz.

Puede ser difícil pasar por encima de todo esto. Pero tenemos que intentarlo. Tenemos que cuidar la iglesia, por nuestro bien espiritual y por el bien del mundo que necesita que seamos la iglesia. Pero hay una motivación más sencilla todavía para ese interés, y es que Dios también lo tiene. Todas las metáforas que se utilizan en las Escrituras para describir a la iglesia muestran el profundo interés que Dios tiene en ella. La llama su *esposa* (Efesios 5:25-32). La llama su *casa* o *familia* (2:19). Dice que somos su *templo*, en el cual Él habita por su Espíritu (2:21-22). Dice que somos su *cuerpo* (1:22-23).

¿Cómo podemos afirmar que conocemos y amamos a Jesús y ser indiferentes con su esposa, su templo, su familia, su cuerpo? ¿Puedo decir que amo a Jesús pero detesto a la esposa que Él ama? ¿Puedo decir que me encanta pasar momentos con Él, pero no quiero entrar en su casa? ¿Puedo proclamarme amigo de Jesús, pero pensar que su cuerpo es repulsivo? Imposible.

Durante las dos primeras décadas de mi vida, no le di mucha importancia a ese aspecto de «nosotros» que tiene la fe cristiana. Consideraba la fe de una manera muy individualista. Tenía que ver *conmigo* y con *mi* Jesús. No pensaba en la naturaleza colectiva o de grupo que tiene el cristianismo.

Por supuesto, *iba* a la iglesia. Eso es lo que hacemos los cristianos: celebramos reuniones. Es un hábito, igual que dormir, respirar y todas las demás cosas que podemos hacer sin necesidad de pensar. En mis momentos de mayor descreimiento, veía a la iglesia con suspicacia, como una forma en que los pastores se conseguían trabajos y poder. Pero en realidad no pensaba demasiado en ella. Así que, aunque la asistencia a la iglesia desempeñó un papel notable en mi vida durante mis años de crecimiento, no me había conquistado el corazón.

Yo trataba a la iglesia como a una gasolinera. Todo el mundo necesita de la gasolinera, ¿no es cierto? Uno se detiene en ella (por lo general cuando anda de prisa) para rellenar el tanque del auto. Va a la que le sea más cómodo ir. Yo me detenía en la iglesia para conseguir el combustible espiritual que da la adoración, la enseñanza y las relaciones con los demás cristianos. Pero después, salía a la calle y regresaba a mis planes, a mis rumbos.

Creo que esto describe a muchos cristianos de hoy, y están abandonando la iglesia. Algunos desaparecen por completo. Otros asisten, pero les falta un compromiso, una entrega a una iglesia determinada. Esto lleva al síndrome de saltos de iglesia en iglesia. Conozco a un personaje que solía ir a una iglesia por los cantos, para después tomar

el auto e irse a otra para escuchar el sermón. Tenía su itinerario tan bien cronometrado que hasta se podía detener entre una iglesia y otra a tomarse un café y comerse un bocadillo. Creo que lo único que se perdía era la recogida de la ofrenda en las dos iglesias.

¿Por qué está sucediendo esto? Si somos el cuerpo de Cristo, ¿por qué tantos miembros de ese cuerpo no aparecen para desempeñar su papel? Sin duda, hay quienes se sienten quemados, o desilusionados, por la corrupción o la pobreza de liderazgo que han observado. Otros sienten que la iglesia es un engorro, y que hay maneras más eficaces de hacer las cosas.

Pienso que una vasta mayoría de los cristianos que han perdido su visión por la iglesia son como yo era: nunca han tomado tiempo para estudiar lo que dice la Biblia acerca de los propósitos y planes que tiene Dios con la iglesia. Llevan una vida guiada por sus sentimientos o experiencias. Son pragmáticos, y se centran más en lo que «da resultado» que en lo que dictan las Escrituras. Son consumidores que se acercan a la iglesia preguntando: «¿Qué voy a sacar de todo esto?». Pero, ¿qué si viéramos que la iglesia es más que un simple programa humano; más que lo que despectivamente llamamos religión organizada? ¿Qué sucedería si viéramos que se originó en el corazón de Dios, y que su plan comenzó antes de la aurora de la historia humana y se extiende hasta la eternidad? ¿Qué si comprendiéramos que era tan valiosa para Jesús que derramó su sangre para rescatarla? ¿Qué si la iglesia es el medio por el cual Dios ha decidido realizar sus propósitos en cuanto a nosotros y al mundo? ¿Y si fuera irremplazable?

Si pudiéramos captar todo esto, comprenderíamos que rechazar a la iglesia es rechazar a Dios mismo.

El plan de Dios para glorificarse en el mundo siempre ha sido un plan grupal. Siempre ha tenido el plan de redimir *a un pueblo*. Y siempre se ha revelado al mundo a través de una nación. Esa fue la perfección en las primeras páginas del Génesis. Ese es el futuro descrito en las

páginas finales del Apocalipsis: Dios viviendo en medio de su pueblo.

No sé por qué tardé tanto en comprenderlo. En parte, mi problema era que leía la Biblia como una colección de anécdotas de ciertos personajes destacados. Pero cuando miramos más de cerca esas anécdotas, comprendemos que, aunque la Biblia relata la historia de personas concretas como Abraham, Sara, José, Moisés, Rut y David, sus hechos y su importancia siempre están directamente unidos a lo que Dios está haciendo en la familia y en la nación de la que forman parte.

La historia de la nación hebrea en el Antiguo Testamento es un anticipo del propósito definitivo de Dios de salvar para sí un pueblo por medio de Jesús. A través de los siglos, Dios estuvo dando indicios y señalando hacia la venida de Cristo y el establecimiento de su Reino eterno, al cual pertenecerían personas de toda tribu y lengua.

Cuando Dios llamó a Abraham, le prometió que un día su familia sería una gran nación. A través de sus descendientes serían bendecidas todas las naciones de la tierra (Génesis 12:2-3). Dios estaba anunciando la naturaleza universal de sus propósitos en Cristo.

Centenares de años más tarde, usó a Moisés para libertar a los descendientes de Abraham, los israelitas, de la esclavitud en Egipto. Manifestó su poder salvador y los sacó de la esclavitud y los llevó a la Tierra Prometida. Por medio de un pueblo débil e insignificante, desplegó su poder ante las naciones.

Reunió al pueblo de Israel al pie del monte Sinaí, y le habló con voz de trueno (Éxodo 19-20). Anunció que si obedecían sus mandamientos y eran fieles al pacto que había hecho con ellos, serían su «especial tesoro sobre todos los pueblos», un «reino de sacerdotes, y gente santa» ante Él (Éxodo 19:5-6).

En Deuteronomio 9:10, Dios llama «día de la asamblea» al día en que le habló al pueblo. En hebreo, la palabra *asamblea* es *qahal*, que a veces se traduce «congregación». La versión griega de esta palabra, *ekklesía*, es la base de nuestra palabra *iglesia*. John Frame señala que, en un sentido importante, este fue el comienzo de la iglesia. «En ese día», escribe, «Israel se convirtió, en virtud del pacto, en la nación santa de Dios, a diferencia de las demás naciones del mundo»[1].

Esto me maravilla. Un Dios eterno e invisible decidió unirse a un grupo de humanos de la peor calidad. Los apartó como pueblo especial suyo, y les otorgó el privilegio de representarlo en el mundo.

Si hubieras vivido en los días de Moisés, y hubieras querido saber cómo era Dios, no habrías encontrado la respuesta en los templos de Egipto ni en las hechicerías de los cananeos. La única manera de ver al Dios viviente era ir al desierto en busca de un grupo muy poco impresionante de nómadas llamados israelitas. En su adoración, en su obediencia a las leyes de Dios, en sus ritos y en su dedicación a la santidad, el carácter de Dios se manifestaba.

Lo mismo se podría decir hoy de la iglesia. Frame observa que miles de años más tarde, tras la venida de Jesucristo, el apóstol Pedro utilizaría las palabras de Éxodo 19:4-6 acerca de Israel para describir a los cristianos en la iglesia del Nuevo Testamento. En 1 Pedro 2:9 leemos: «Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable».

¿Qué es la iglesia? Es el cumplimiento de las promesas de Dios a Abraham de bendecir a todas las naciones del mundo. La iglesia, formada por hombres y mujeres de todas las nacionalidades y etnias, es ahora el pueblo escogido de Dios en este mundo. La iglesia es la manera en que Dios se da a conocer al mundo.

Cuando vivía en Oregón y apenas estaba aprendiendo a valorar la teología, una de las primeras series de sermones de C. J. Mahaney que escuché hablaba de los propósitos de Dios con la iglesia. Yo tenía veinte años, y era la primera vez que me veía frente a una visión bíblica de siglos acerca de la iglesia capaz de sacudir al mundo entero. Amaba a Jesús, y quería lograr grandes cosas para Dios, pero seguía tratando a la iglesia como a una gasolinera. En mi mente, la verdadera acción y la emoción espiritual estaban en otro lugar.

Entonces escuché aquella serie de sermones. Se llamaba *Pasión por la iglesia*. Recuerdo que hallé bien extraño que conectara aquellas dos palabras. Para mí, pasión e iglesia no tenían conexión. Bien hubiera podido llamarla *Pasión por la lavandería*. Pero por alguna razón escuché.

C. J. predicó sobre la epístola a los Efesios, libro catalogado como la obra maestra del apóstol Pablo sobre la iglesia. Enseñó que, en la iglesia, Dios estaba creando una humanidad nueva formada por quienes se habían reconciliado con Él y entre sí (Efesios 2:13-16). A partir de Mateo 16:18, mostró también que la iglesia era la única institución que Jesús había prometido mantener para siempre. La iglesia era lo que Dios estaba usando para enseñar a los cristianos a conocerlo y obedecerlo y extender su misión por el mundo entero.

Leyó una cita de John Stott que me hizo pararme en seco: «Si la iglesia es central en los propósitos de Dios, como vemos en la historia y en el evangelio, debe ser también central en nuestra vida. ¿Cómo podríamos tomar a la ligera algo que Dios se toma con tanta seriedad? ¿Cómo atrevernos a empujar hasta la circunferencia lo que Dios ha puesto en el centro?»[2].

No me podía quitar de la mente esas preguntas. ¿Cómo podía tomar a la ligera lo que Dios se había tomado tan en serio? ¿Cómo ser tan indiferente, tan despreciativo de lo que según Hechos 20:28 Jesús «ganó por su propia sangre»?

Por vez primera comencé a entender que Dios quería que nos identificáramos con la iglesia por motivos muy distintos a mi mentalidad de «gasolinera». La iglesia no era un lugar por donde se pasaba de prisa para llenar el tanque. La peregrinación cristiana debe realizarse *con otros* creyentes.

La iglesia no es una gasolinera. Es el autobús en que debo viajar.

Hay quienes aplican la palabra *iglesia* cada vez que hay dos cristianos en una habitación. ¿Qué es lo que hace que una iglesia sea una iglesia?

He oído a diversos cantantes cristianos decir: «¡Esta noche sí que vamos a tener una iglesia!», como si una iglesia no fuera más que cristianos que entonan juntos ciertos cantos. Hay quienes catalogan su ministerio en un recinto universitario, el estudio bíblico que dirigen en su vecindario, o incluso un grupo que se comunica por la Internet como iglesia. Todos estos grupos pueden ser buenos, y animar de una forma maravillosa, pero eso no los convierte en iglesias.

Desde la Reforma, los protestantes han dicho que hay dos elementos esenciales en una iglesia: una predicación correcta de la Biblia, y una práctica correcta del bautismo y la comunión[3]. Estos dos distintivos de una verdadera iglesia nos dicen varias cosas importantes sobre el carácter y el propósito de una iglesia.

Primero, aprendemos que la iglesia debe ser un grupo de personas que permiten que la verdad y autoridad de la Biblia las enseñe, entrene, reprenda y corrija (2 Timoteo 3:16). Y una enseñanza correcta de la Palabra tiene las buenas nuevas de la muerte vicaria de Jesús por los pecadores y la Resurrección como mensaje central (1 Corintios 15:1-3). O sea, que la iglesia está edificada sobre un mensaje concreto, y no sobre una idea o filosofía escogida al azar.

Segundo, la prioridad del bautismo y la comunión recalca la necesidad de que la iglesia sea una comunidad *definida* establecida sobre el evangelio de Jesucristo. Son maneras en las que el pueblo de Dios simboliza y recuerda quiénes somos y qué tenemos gracias a la fe en la muerte y resurrección de Jesús. Y distinguen entre quién forma parte del pueblo de Dios y quién no.

El bautismo es el punto de entrada a la iglesia. Simboliza la muerte del cristiano al pecado, su resurrección con Jesús a una nueva vida, y su entrada en la familia de Dios (Mateo 28:19). Ocurre en una sola ocasión: cuando la persona cree.

La comunión se repite muchas veces a lo largo de la vida de un cristiano. Jesús instruyó a sus seguidores que participaran del pan y la copa para recordar su cuerpo quebrantado y su sangre derramada en su muerte expiatoria en la cruz (1 Corintios 11:23-26). Cuando los miembros de una iglesia local comen y beben juntos, proclaman que la muerte de Jesús es el origen de su salvación. Y se dicen unos a otros y al mundo que los observa: «Todavía estamos aquí. Seguimos

adelante en fe. Estamos conectados con Jesús, y entre nosotros, porque Él murió por nuestros pecados y nos hizo hijos de Dios».

El Nuevo Testamento está repleto de instrucciones prácticas acerca de lo que deben ser y hacer las iglesias locales. Vemos que las iglesias se organizan bajo el liderazgo de hombres que reúnen ciertas cualidades de carácter bien definidas. Deben dirigir bien a su propia familia, además de practicar y enseñar una doctrina sana (1 Timoteo 3; Tito 1:5-9). Estas cualidades son importantes, porque uno de los propósitos primordiales para la existencia de las iglesias es enseñar y preparar a los cristianos para que conozcamos y obedezcamos a Dios. La iglesia es también el lugar donde los cristianos reciben el cuidado de otros creyentes y a su vez cuidan de ellos. En la iglesia local, los cristianos ponen en práctica los mandatos bíblicos de amarse, servirse, honrarse, orar unos por otros y darse ánimo (Juan 13:34; Gálatas 5:13; Romanos 12:10; Santiago 5:16; 1 Tesalonicenses 5:11).

¿Es importante que pertenezcamos a una iglesia local? Es evidente que sí. Esto se encuentra ilustrado en los pasajes de las Escrituras que exhortan a los cristianos a honrar y obedecer a los líderes de su iglesia local (Hebreos 13:17), aceptar la disciplina de la comunidad (Mateo 18:15-19; Gálatas 6:1) y no descuidar el reunirse con los demás creyentes (Hebreos 10:25).

Esto nos lleva a la conclusión de que el Nuevo Testamento da por sentado que los creyentes van a participar en una iglesia local donde pueden bautizarse, participar de la comunión, aprender la Palabra de Dios, adorar, usar sus dones para servir, ser atendidos en lo espiritual por líderes calificados, rendir cuentas a una comunidad amorosa y dar testimonio a los inconversos de la muerte salvadora de Jesús. Los cristianos nos debemos unir a una asamblea, no solo por salud espiritual, sino para que el mundo vea con claridad que Jesucristo es real.

Subirme al autobús del plan de Dios para la iglesia significó para mí un cambio de dirección más drástico que para la mayoría de la gente. Terminé mudándome al otro extremo de la nación para unirme a la iglesia de C. J. Reduje mi calendario de conferencias para poder

lanzarme de lleno a la vida de la iglesia local. Dejé de publicar mi revista para trabajar como aprendiz en el ministerio con los jóvenes y recibir entrenamiento para el pastorado.

Al recordar todo aquello, comprendo que aquello no fue solo un entrenamiento para el ministerio. Fue un aprendizaje en cuanto a lo que es la vida en la iglesia. En muchos sentidos, fue una experiencia discordante con mi vida anterior. Aprendí que la vida en una iglesia local no se parecía en nada a la organización de conferencias. En el circuito de conferencias era relativamente fácil llegar a una ciudad para pasar allí un fin de semana, impresionar a una gente que no me conocía, y sonar bien mientras enseñaba un mensaje que había presentado un centenar de veces antes.

Ser pastor de una iglesia local era otra cosa. No impresionaba a la gente, porque me estaba viendo día tras día. Y no bastaba con tener varios mensajes inspiradores. Debía escudriñar la Biblia y ayudar a la gente a aplicarla a las circunstancias y los desafíos de la vida. Tenía que aprender cómo la muerte y la resurrección de Jesús cambian las cosas en los oscuros valles del dolor, algo que no tenía que enfrentar yendo de una ciudad a otra para dictar conferencias.

La vida en la iglesia local era más difícil y menos esplendorosa. Pero también más dulce y llena de recompensas que lo que había hecho antes. Veía cómo el evangelio transformaba a la gente. No solo lágrimas y propósitos de cambiar tras un llamamiento, sino de un cambio verdadero y continuo en las personas y las familias.

Veía cómo el cuerpo de Cristo vivía, respiraba y se movía. Veía el amor de Jesús hecho real cuando los miembros lloraban juntos ante la muerte de un hijo, se apoyaban en momentos de necesidad y se ayudaban en momentos de tentación y de duda. Como se dice, la iglesia no es ni un edificio ni una reunión, sino un pueblo. Pero uno nunca llega a ver esto si su participación en la iglesia se limita a reuniones en un edificio. La verdadera belleza de que un grupo de personas sea una iglesia de la comunidad local solo se ve cuando uno permanece cerca de él lo suficiente para observarlo y ver cómo se aman y se sirven tanto en los buenos tiempos como en los malos.

Aunque perdí la adulación que se recibe cuando uno es el conferencista invitado y el escritor, gané algo muchísimo mejor. Gané amigos que me conocen de verdad, con mis puntos fuertes y débiles.

Gané hermanos y hermanas dispuestos a exhortarme cuando actuaba con orgullo, y consolarme cuando me sentía desalentado.

Por vez primera comprendí que crecer como cristiano no era algo que podía hacer por mi cuenta. Progresar como discípulo exige relaciones y una comunidad. Estudiar la Biblia por cuenta propia, e incluso escuchar buenas predicaciones, no basta. Necesitaba relaciones en la iglesia para practicar lo que aprendía. Y también las necesitaba para que me ayudaran a ver las maneras en que no estaba practicando lo que afirmaba creer. No tenía idea de la forma tan inexacta en que me veía. No tenía puntos ciegos, sino parches ciegos. O, tal vez para ser más exacto, tenía una ceguera que se extendía por hectáreas enteras.

Soy orgulloso. Y me gustaría hacer creer que cuanta madurez tengo la debo a mi sabiduría, la buena crianza que recibí y esfuerzos espirituales superiores. Pero puedo ver que todos los ejemplos de crecimiento y de cambio en mi vida los debo a la ayuda de otros cristianos. La mayoría de las veces eran cristianos de mi iglesia. No es raro, ¿cierto? La gente que mejor nos conoce es la que más nos puede ayudar. Es imposible calcular todo lo que he ganado gracias a sus ejemplos, sus amorosas correcciones, sus estímulos y sus oraciones por mí.

Aprendí que el propósito que Dios tiene conmigo está atado de manera inextricable al propósito que tiene con su pueblo. Mi fe no tiene que ver solo conmigo. No tiene que ver solo con mi historia y mi peregrinaje. Ser cristiano es pertenecer a Dios, pertenecernos unos a otros, y cumplir juntos la misión que Dios nos ha encomendado en este mundo.

¿Cuál es la misión que Dios le encomendó a su iglesia? «La tarea de la iglesia», escribe J. I. Packer, «es hacer visible el Reino invisible a través de la vida y el testimonio de cristianos fieles»[4].

Me encanta esa afirmación. La iglesia hace visible el Reino invisible. El mundo no puede ver a Dios. No puede ver su Reino en nuestros corazones. Pero unimos nuestras vidas en la iglesia para que el

mundo lo pueda ver. Lo ven cuando obedecemos sus mandamientos. Cuando nos amamos. Cuando predicamos su Palabra y proclamamos su evangelio. Cuando hacemos buenas obras, y servimos a los pobres y a los parias. Todo cuanto hacemos en la tierra —nuestra adoración, la formación de nuestra comunidad cristiana, nuestro servicio, nuestro trabajo— lo debemos hacer con miras a la propagación de la fama y gloria de Jesucristo, para que las naciones puedan conocerlo y adorarlo con nosotros.

En Juan 20:21, Jesús dijo a sus discípulos: «Como me envió el Padre, así también yo os envío». Y en sus palabras antes de ascender al cielo, nos entregó una encomienda que solemos llamar «la Gran Comisión»:

> Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. (Mateo 28:18-20)

La razón de ser de la comunidad cristiana en la iglesia no es solo nuestro gozo y crecimiento espiritual. Esa razón de ser es también una misión: manifestar y extender el Reino y el dominio de Dios en el mundo.

Te seré sincero. La misión que Jesús nos dio me asusta. Me siento mucho más cómodo con haber sido llamado a salir del mundo que con la idea de que me envíen a él. Como pastor, me puedo entregar a los asuntos de la iglesia, pasar la mayor parte del tiempo con otros cristianos y encerrarme en la seguridad de la vida de la iglesia, como un hámster en una bola de plástico.

Pero ese impulso a aislarme del mundo no siempre es motivado por el amor a la santidad. Con demasiada frecuencia me separo del mundo porque tengo miedo o porque soy perezoso. Los incrédulos

piensan que soy raro. No son como yo, y ser diferente puede resultar incómodo.

En esos momentos debo recordar que no basta con ser santo. Cuando Jesús partió, no dijo: «Quédense en esta montaña y sean santos». Pidió que fuéramos santos y saliéramos a proclamar el evangelio. Para que la iglesia sea fiel, debe tener interés en la santidad y un corazón deseoso de alcanzar al mundo. Cada cual debe evaluar siempre su motivación, el estilo de vida que escoge y sus esfuerzos por hacer amistad con personas que no conocen a Jesús.

En una ocasión oí a John Piper contar que cuando niño sus compañeros de clase lo invitaron a asistir a un cine. Sus padres, muy santos pero muy conservadores, no veían bien eso de ver películas. Pero aunque su madre hubiera preferido que no fuera, no se lo prohibió. Lo que hizo fue explicarle sus convicciones, y dejar que él decidiera. «Haz lo que creas que es correcto», le dijo. «Tenemos normas, hijo, pero tienen que brotar de nuestro interior». Al reflexionar sobre aquella historia, Piper decía: «Hay todo un mundo de diferencia entre la separación y la consagración. No es cuestión de normas separadoras sino de corazones consagrados»[5].

Hay mucha sabiduría para la iglesia en esas palabras al lidiar con el encuentro con una cultura impía que queremos influenciar. Consagrar algo es apartarlo para el uso exclusivo de Dios. La verdadera consagración es una realidad interna, y no una cuestión de proximidad física o normas externas.

No hay contradicción entre la consagración y la misión evangelística. Si nuestro corazón es consagrado, podemos vivir en la más tenebrosa de las culturas y resplandecer poderosamente con la verdad del evangelio. Si nuestro corazón no es consagrado, no habrá separación ni reglas de hombre que impidan la influencia de la mundanalidad (1 Juan 2:15-17). Van a estar dentro de nosotros, por altos que sean los muros que edifiquemos alrededor nuestro.

Jesús dijo que los cristianos debemos ser como sal y luz en el mundo (Mateo 5:13-16). John Stott escribe: «Así que Jesús llama a sus

discípulos a ejercer una influencia doble sobre la comunidad secular: una influencia negativa al detener su deterioro y una influencia positiva al llevar luz a sus tinieblas. Porque una cosa es detener la propagación de la maldad, y otra es fomentar la propagación de la verdad, la belleza y la bondad»[6]. La iglesia está llamada a enfrentarse al mundo con una vida y unas verdades procedentes de la Palabra de Dios que vayan contra la cultura general, con el fin de detener la decadencia que produce la rebelión humana y esparcir la luz de la verdad de Dios, la luz que da vida.

Observa que las dos analogías que utiliza Jesús suponen que se produzca un contacto. La sal es un conservante natural. Detiene el deterioro. Pero no funciona si está diluida. Ni tampoco tiene efecto si se mantiene aislada. Tiene que entrar en contacto con lo que va a conservar. Lo mismo sucede con la iglesia. Tenemos que estar en el mundo, participando e influyendo en todos los aspectos de la cultura con la verdad del evangelio.

De igual manera, Jesús no llama a su pueblo a ser solo una ciudad. Debemos ser una ciudad que resplandece sobre un monte en un mundo en tinieblas. «Huir hacia lo invisible es negarse al llamado», escribe Dietrich Bonhoeffer. «Una comunidad de Jesús que trate de esconderse habrá dejado de seguirle»[7].

Si vamos a obedecer a Jesús, debemos adentrarnos en el mundo. El ejemplo de otras iglesias me ha guiado a estudiar mi comunidad local con la intencionalidad evangelística de un misionero. Necesito preguntarme: «Si yo fuera misionero en otra nación, ¿cómo sería mi vida? ¿Qué decisiones tomaría en cuanto a dónde vivir o cuánto necesitaré para mantenerme? ¿Dónde pasaría el tiempo para hacer amistad con los inconversos? ¿Qué trataría de aprender de la cultura del lugar para hacer amistad con las personas y comunicarles el evangelio? ¿Cuáles son los ídolos y falsos dioses que se adoran en esa nación?».

Hazte esas preguntas, y después aplícalas al lugar donde estás. Tienes el campo misionero frente de ti. Imagínate cómo podría Dios utilizar esta clase de urgencia misionera para tocar tu recinto universitario, tu lugar de trabajo, tu vecindario y tu comunidad.

El pueblo de Dios no puede alcanzar al mundo si lo que hacemos es escondernos. Y no podremos alcanzar al mundo si no somos diferentes. Necesitamos recuperar la conexión entre santidad y misión. Dios llama a su pueblo a ser distinto y santo, pero no para que nos sintamos moralmente superiores a nuestros vecinos pecadores. Nos llama a ser santos para que nuestros vecinos vean el poder transformador del Jesucristo crucificado y resucitado.

No basta con ir al mundo. En Génesis, Lot, el sobrino de Abraham, se fue a la ciudad de Sodoma. Las Escrituras afirman que Lot era un hombre justo (2 Pedro 2:7). Pero perdió su familia por causa de la cultura llena de pecado que había en esa ciudad. Cuando Dios la castigó, no hubo nadie en la familia extendida de Lot ni entre sus vecinos dispuesto a marcharse con él. Aun después que llovió fuego del cielo sobre Sodoma, la esposa de Lot volvió hacia la ciudad una mirada llena de añoranza y recibió castigo (Génesis 19).

El mundo necesita una iglesia que se involucre en él, que vaya a él. Pero, ¿cómo vamos al mundo? Lot fue al mundo, pero el mundo lo moldeó. Jonás era misionero, pero le predicó a Nínive sin amor ni compasión. Y ardió de rabia cuando Dios tuvo misericordia de aquella ciudad (Jonás 4:1).

Jesús es nuestro modelo de misión movida por el amor. Lloró por el pecado de Jerusalén (Mateo 23:37-39). Se detuvo para auxiliar a los ciegos, los cojos y los parias. Comió con pecadores. Escandalizó a los religiosos al relacionarse con prostitutas y recaudadores de impuestos. Fue al mundo con un amor y un mensaje salvador contrario a todo lo que el mundo valoraba. Estuvo dispuesto a sufrir y morir a manos de la gente que había venido a salvar.

Fue el amor lo que movió a Dios a enviar a su Hijo en una misión de salvación (Juan 3:16). Lo mismo debe suceder con nosotros. Solo los grandes mandamientos de amar a Dios con el corazón, el alma, la mente y las fuerzas, y de amar a nuestro prójimo como nos amamos a nosotros mismos pueden empujarnos a salir de nosotros mismos y de nuestros estrechos intereses personales (Marcos 12:28-34). Solo ese amor nos puede llevar a entregar la vida para cuidar de los pobres, los marginados y los oprimidos.

Solo este amor nos dará un valor incesante para ir al mundo a presentar el mensaje absurdo, indeseado, pero salvador de un Mesías

crucificado. El amor tiene que alimentar la misión. No podemos ir al mundo porque queramos su aprobación; no podemos ir en busca de poder, ni a demostrar que tenemos razón. La misión tiene que ser producto de un desbordamiento de ese amor por Dios que anhela ver que otros experimentan su gracia, su amor y su compasión por personas perdidas y destinadas al infierno.

Por supuesto, la misión que Jesús nos ha dado sería más fácil si no tuviéramos que amar ni interesarnos en los demás. Sería mucho más fácil si pudiéramos detestar al mundo o no importarnos.

Cuando leo acerca de la violenta tendencia radical en el islam que ha llegado al terrorismo, siento repulsión. Pero también puedo ver su atractivo. Hay algo muy franco, muy viable, en esa tarea de odiar al mundo moderno, luchar contra él y tratar de hacerlo volar en pedazos. Una tarea así tiene una descripción relativamente sencilla. Yo lo podría hacer. Hacerme estallar, morir e ir al cielo. Pero Jesús pide algo mucho más difícil de sus seguidores, algo que exige mucho más valor y sacrificio. Es una misión que necesita poder de lo alto. Jesús nos dice que muramos a nosotros mismos y vivamos para Él. Nos dice que entreguemos nuestra vida al servicio de una gente que muchas veces nos desprecia. Nos dice que nos involucremos por completo en un mundo que nos quiere seducir, y que nos odia cuando le ofrecemos resistencia. Envía a su iglesia a suplicarle a una cultura que está encantada con su propio pecado.

Jesús nos pide que muramos. Pero es una muerte lenta. No es una muerte que quita la vida, sino que da vida a otros. Es tomar nuestra cruz y caminar tras las pisadas de nuestro Salvador crucificado. Es sufrir por el mensaje del evangelio. Es morir a la popularidad y ser una iglesia que defiende la justicia. Esto es muchísimo más doloroso y aterrador que esa fracción de segundo que lleva a apretar un botón para convertirse en una bomba humana. Pero es la forma en que Jesús lo quiere, y que conduce a la vida perdurable.

¿Cuál es tu definición del éxito de la iglesia? ¿Los números? ¿El poder político? ¿La aceptación del cristianismo en la cultura popular? Todos tenemos algún concepto de lo que serían las cosas si la iglesia estuviera haciendo progresos.

Cada año, una revista cristiana publica una lista de las cien iglesias más grandes, y de las cien iglesias que crecen con mayor rapidez en los Estados Unidos. La idea no es mala, y estoy seguro de que le da una información útil a mucha gente. Pero tuve que dejar de leer ese número de la revista en particular, porque descubrí que no me hacía bien. Comencé a sentir como que estaba envidiando a otras iglesias de la nación. Me pareció como si estuviera codiciando el éxito, los números y las aclamaciones de esas iglesias, y distorsionando mi motivación como pastor. Así que dejé a un lado la revista.

Cuando me siento desalentado con la iglesia, tengo que detenerme a pensar en la definición del éxito que tiene Dios. Me ayuda recordar lo que Jesús enseñó acerca de la naturaleza de su reino, y de la forma en que este crecería. Dijo que el Reino era como la más pequeña de las semillas, que termina siendo una de las más grandes de las plantas (Lucas 13:18-19). Al principio, no impresiona. A nadie le interesa. Pero con el tiempo, y con tanta lentitud que nadie se da cuenta, va creciendo y se extiende.

Para los cristianos que quieren que el Reino de Dios llegue con un poder de convicción imponente, una pequeña semilla que crece con lentitud puede ser decepcionante. ¿Alguna vez te has sentado a observar cómo crece una planta? Así nos podríamos sentir con el Reino de Dios. Crece, pero solo lo podremos percibir después de mucho tiempo.

Jesús dijo que el Reino era como la levadura de pan (Lucas 13:20-21). La levadura es poca cosa, e insignificante en cuanto a cantidad comparada con los demás ingredientes. Pero cuando se incorpora a la masa, hace que la hogaza crezca. Cambia fundamentalmente la composición de la masa.

El Reino de Dios no es impresionante para el ojo humano. Lo superan en número. A veces parece que el mundo que lo rodea lo está devorando. Pero de una manera muy lenta va invadiendo ese mundo, y efectuando cambios que nadie espera.

El avance del Reino de Dios toma tiempo. Y contacto. La levadura no hace nada metida en un tazón alejada de la masa. Los miembros del Reino de Dios no logramos nada cuando nos separamos y no tenemos contacto con el mundo que nos rodea.

Jesús relató otra historia acerca de unas semillas sembradas en distintas clases de suelo (Mateo 13:1-23). La mayor parte de las semillas no crecieron. Las aves se las comieron, alguien las pisoteó, los espinos las ahogaron o se secaron. Pero hubo unas pocas que produjeron una gran cosecha. Debemos esperar el crecimiento y el avance del Reino de Dios en medio de aparentes retrocesos e incluso fracasos. Algunas veces Dios atrae a grandes multitudes. Pero no siempre. Tal vez no lo haga con frecuencia.

Jesús dijo que el Reino era como un banquete que preparó un rey, y al que nadie respetable ni exitoso quiso asistir (Lucas 14:15-24). Toda aquella gente presentó excusas y rechazó la invitación. Entonces el rey envió a sus criados a las calles para que reunieran a la gente de baja vida, a los pobres carentes de educación y a los que el mundo pasaba por alto. Aunque esto no haría una campaña publicitaria muy buena, lo cierto es que es una descripción básica de la iglesia. Es un inmenso grupo de perdedores. Pero perdedores que han llegado a comprender que solo Jesús los puede salvar.

Cuando los cristianos hablamos acerca de alcanzar a la cultura, pienso que a veces no la queremos alcanzar para Dios, sino para nosotros mismos. Queremos ganar por ganar. Queremos que nos acepten, porque estamos cansados de dar la impresión de ser tontos. Queremos el éxito, tal como lo define el mundo. Queremos una iglesia sin perdedores que sea entusiasta y llena de gente distinguida.

Pero nada de esto encaja con lo que nos dijo Jesús de su Reino. No nos dijo que buscáramos números, multitudes de adoradores ni aceptación cultural. Solo que lo amáramos a Él, nos amáramos unos a otros, y amáramos al mundo hablándoles de Él.

Yo quiero aprender a ser fiel a los dos Grandes Mandamientos y la Gran Comisión, y dejar los resultados en las manos de Dios. Quiero alcanzar al mundo porque amo de verdad a Dios, y amo de verdad a mi prójimo.

Me gustaría formar parte de una iglesia que esté en la lista divina de las más fieles. Pablo dice que «por medio de la iglesia» Dios está

dando a conocer las verdades que había mantenido escondidas durante siglos. Dice que el propio cielo se inclina para observar maravillado «la multiforme sabiduría de Dios», manifestada en la iglesia (Efesios 3:9-11).

Esta parte del plan de Dios me deja sin habla. Él ha decidido incluirnos. A pesar de nuestros defectos —nuestras debilidades, nuestros mezquinos celos, nuestros puntos ciegos y nuestra ignorancia— nos deja desempeñar un papel en su historia.

¿Por qué estamos todavía aquí? ¿Por qué no nos ha llevado consigo? ¿Por qué nos ha encomendado una misión que parece tan difícil? Porque nos quiere dar historias que podamos contar alrededor de las fogatas del cielo. Historias de la forma en que nos llenó de poder cuando pensábamos que no podríamos seguir adelante. Historias de la forma en que nos capacitó para amar ante la oposición, el odio e incluso la muerte. Historias de las formas en que usó nuestra débil y pobre voz para anunciar el mensaje salvador del evangelio. Historias de la forma en que salvó a personas que creíamos imposibles de salvar. Historias de cómo dirigió el estrepitoso caos de la historia del mundo de manera que la gente de todas las naciones, tribus y lenguas estuviera representada en su familia en el día final. Historias sobre cómo nuestras ineficaces iglesias se las arreglaron aun así para manifestar su gloria ante el mundo.

11

UNA ORTODOXIA HUMILDE

«He aquí lo que desinfla mi arrogancia más rápido que cualquier otra cosa: tratar de vivir la verdad que tengo».

Hace algunos años, estaba en Seattle con un viejo amigo que había escrito un libro popular acerca de sus reflexiones y experiencias con la fe cristiana. Comenzó a hablarme de las cartas que le estaban enviando los lectores. Me dijo que las más duras eran de personas que decían estar «preocupadas por la doctrina». Sus mensajes por el correo electrónico eran mordaces, y señalaban los errores y las incongruencias en lo que había escrito.

Mi amigo no es pastor, ni experto en Biblia. Es poeta y escritor de cuentos. En parte, eso es lo que hace atractivos sus escritos. Para ser franco, cometió errores en su libro. Y creo que lo sabe. Pero vi lo difícil que le era reconocerlo cuando la información procedía de personas con palabras y actitudes feas.

Como ya vimos, la palabra *ortodoxia* se aplica a conceptos correctos acerca de Dios. Son enseñanzas y creencias basadas en verdades de la fe establecidas, demostradas y valoradas. Y *doctrina* solo quiere

decir enseñanza cristiana. Pero uno de los problemas de las palabras *ortodoxia* y *doctrina* es que se suelen sacar a relucir cuando se reprende a alguien. Por eso han adquirido cierta mala reputación como la de un hermano mayor que siempre está vigilando detrás de una esquina para atraparlo a uno en algo incorrecto.

Creo que cada generación de cristianos se enfrenta a la tentación de resistir la ortodoxia por esa razón. Aunque sepamos que algo es cierto y correcto, no nos gusta que vengan a decirnos que lo tenemos que creer. Y como si el orgullo juvenil no fuera suficiente, la tentación de abandonar la ortodoxia se intensifica más cuando sus defensores son personas desagradables y mezquinas.

No conozco ninguna otra forma de decir esto: a veces pareciera que muchos de los que se interesan en la ortodoxia son tontos.

¿Por qué? ¿Acaso la buena doctrina lo hace a uno porfiado, fastidioso y arrogante?

Hemos llegado al final de este libro. Si hace poco que aceptaste la fe cristiana, quizá no conocías algunas de las creencias cristianas que exploramos. Si las has estudiado antes, los capítulos te sirvieron de repaso. Pero lo mismo si nuestros conocimientos teológicos son muchos como si son pocos, debemos preguntarnos algo vital: ¿qué vamos a *hacer* con el conocimiento de Dios que tenemos?

¿Nos va a llevar a un anhelo cada vez mayor de conocer y amar al Señor? ¿Va a afectar nuestra manera de pensar y de vivir? ¿Tendremos el valor de mantenernos firmes en la verdad aun en los momentos en que no sea popular? Y, ¿cómo vamos a expresar nuestras creencias? ¿Con humildad o con orgullo?

No quiero ser como las personas que le escribieron cartas airadas a mi amigo. A la vez, no quiero ser como ciertas personas bien intencionadas que conozco que tratan con descuido y casi desinterés las verdades cristianas. Nunca están dispuestas a incomodar a nadie en cuanto a sus creencias, pero eso se debe a que ellas mismas apenas creen.

¿Tenemos que escoger entre el celo por la verdad y la bondad? ¿Acaso el abrazar a fondo ciertas creencias exige que nos despojemos de la humildad?

La gente quiere una de ambas cosas, pero la Biblia no nos da esa opción. Nos dice que necesitamos a las dos: convicciones y delicadeza. Necesitamos ortodoxia y necesitamos humildad.

Era joven y sentía temor. ¿Para qué se habría dedicado al pastorado? A veces se lo preguntaba. ¿Cómo podía ser el líder de una iglesia desgarrada por el sectarismo? Quería ser valiente. No le quería tener temor a nada. Al orar, le pedía a Dios que lo hiciera así. Pero se sentía aislado, totalmente solo. Y entonces le llegó aquella carta. Lo que decía lo debe haber golpeado como un puñetazo al estómago que le saca a uno el aire.

Su amigo, mentor y padre en la fe le estaba escribiendo para despedirse de él. Su fin estaba cercano.

Hoy en día a esa carta se le conoce como 2 Timoteo. Es uno de los veintisiete libros del Nuevo Testamento. Vemos un texto bien impreso, dividido en cuatro capítulos, con versículos bien numerados y subtítulos descriptivos. La leemos como la historia de una persona de otro lugar y tiempo distantes.

Pero qué sentiría Timoteo al leer aquella carta. No era la historia de otra persona. Era *su propia* historia. No era una historia de un pasado lejano. La leía en un presente incierto y aterrador. «Yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano», decía el apóstol Pablo (4:6).

Aquella vez no iban a dejar en libertad a Pablo. Lo iban a ejecutar.

Hay pocas cosas que hagan desaparecer las telarañas de la mente como las palabras de un hombre de Dios que sabe que está a punto de morir. En 2 Timoteo, Pablo está recordando una vida que pronto va a terminar. Está mirando al futuro incierto de una iglesia incipiente

que deberá seguir luchando sin su guía. No en balde sus palabras están llenas de urgencia y emoción.

¿Qué escoge para su mensaje final? Su gran preocupación es la conservación del evangelio, la esencia misma de la ortodoxia cristiana. Para él no es una cuestión de demostrar que otro está errado, de ganar una discusión ni de aumentar los miembros de su pequeño club. Para Pablo, la ortodoxia marca la diferencia entre la vida y la muerte, entre el cielo y el infierno. El que se transmita con o sin fidelidad determina si el mundo va a conocer la verdad salvadora de Jesucristo.

Pablo exhorta a Timoteo a no avergonzarse nunca de la verdad de la vida, del sufrimiento y de la resurrección corporal de Jesús: «Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi evangelio», le escribe (2:8).

Tal vez pienses que decirle a un cristiano que «se acuerde de Jesucristo» es casi innecesario. ¿Acaso los cristianos lo pueden olvidar? Pablo sabía que sí. Y peor todavía, sabía que podían proclamar lealtad a Jesús pero perder de vista el verdadero significado de su vida y de su muerte.

El verdadero mensaje del evangelio se hallaba bajo ataque. Falsos maestros que se hacían pasar por cristianos lo habían negado, distorsionado y torcido con propósitos egoístas. Pablo compara sus enseñanzas con la gangrena, enfermedad que pudre la carne humana hasta crear una llaga abierta de color verdoso que se suele remediar con amputación (2:17-18). Para él, esa analogía no era una exageración. Un evangelio distorsionado pudre el alma.

El único antídoto del que disponía Timoteo era, según Pablo, seguir enseñando las verdades ortodoxas de la fe que le habían sido transmitidas. «Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús», lo exhorta. «Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros» (1:13-14).

Hay quienes piensan que la ortodoxia es algo carente de vida y restrictivo: como los puntos que se unen para dibujar un cuadro que ahoga la creatividad. Pero Pablo la veía como un tesoro. No era un lienzo para expresarse uno. Era un «buen depósito», algo valioso que había que guardar y proteger.

A Timoteo le tocaba ahora exhibir la belleza de este tesoro, conservarlo y transmitirlo inalterado a los que lo siguieran. «Lo que has

oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros», le escribe Pablo (2:2).

La lectura de 2 Timoteo me recuerda la triste realidad de la falsedad y las mentiras. Quisiera vivir en un mundo donde las creencias fueran como helados de diferentes sabores; que no hubiera respuestas equivocadas, sino opiniones distintas. Pero el mundo en el que vivimos no es así. Vivimos en un mundo de verdades y mentiras. Un mundo en el que la verdad de la revelación divina y las pulidas palabras de los charlatanes y los falsos profetas compiten por captar nuestra atención. Un mundo donde hay asesinato, genocidio e idolatría. Un mundo donde hay maestros y escritores que ofrecen una vacía esperanza basada en logros humanos y posesiones materiales (3:1-9). Un mundo lleno de maldad y un Maligno dedicado a distorsionar y destruir la verdad y a los que creen en ella (1 Pedro 5:8).

El amor a Dios y el amor al prójimo nos exigen que nos opongamos a la falsedad. No hay mayor falta de amor que callar ante mentiras que van a destruir a otra persona. Algunas veces, el amor exige que digamos: «Esta filosofía, por plausible o popular que sea, no es cierta. Esta persona, por agradable, bien dotada o bien intencionada que sea, está enseñando algo que se contradice con la Palabra de Dios y por lo tanto no es cierto».

Pablo fue modelo de este tipo de valentía infundida por el amor, una valentía que estaba dispuesta a contender por la inmutable verdad de Dios «que ha sido una vez dada a los santos» (Judas 3).

Tú y yo debemos estar dispuestos a contender por la verdad. Pero hay una línea fina entre contender por la verdad y ser contencioso. Creo que por esta razón, en sus instrucciones finales a Timoteo, el anciano apóstol hace un aparte para decirle que aunque la ortodoxia es importante, no es suficiente por sí misma.

La verdad importa, pero también importa nuestra actitud. Tenemos que vivir, hablar e interactuar con los demás en espíritu de humildad. Pablo escribía:

> Desecha las cuestiones necias e insensatas, sabiendo que engendran contiendas. Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él. (2 Timoteo 2:23-26)

Teniendo en cuenta las circunstancias de Pablo, sus palabras me parecen asombrosas. Estaba a punto de morir. Veía que había falsos maestros empeñados en destruir la iglesia. Lo habían traicionado y abandonado. Otro hubiera dicho: «Destruye a esos herejes, y no te preocupes por las bajas civiles». Pero no lo hizo. En lugar de eso le dijo: «¡No seas pesado!».

No seas contencioso.

No te dejes desviar por cuestiones secundarias.

Sé amable.

Ten paciencia.

Cuando otros actúen con maldad, sopórtalos y confía en Dios.

Cuando necesites corregir a alguien, hazlo con mansedumbre.

Hasta cuando se estaba oponiendo a los falsos maestros —a los enemigos de la ortodoxia— esperaba que su corrección hiciera que entraran en razón. Tal vez recordaba cómo no hizo nada cuando asesinaban a Esteban (Hechos 7:54-60). En ese día nadie se habría podido imaginar que Saulo, el destructor de la iglesia, se convertiría en Pablo, su defensor y apóstol de Cristo Jesús. Pero el Señor resucitado lo había rescatado y le había encomendado la misión de anunciar el evangelio en el mundo entero.

UNA ORTODOXIA HUMILDE

El Señor le había manifestado a Pablo su gracia. Y este hacía lo mismo con otras personas, aun sus oponentes. Su interés por la gente que no estaba de acuerdo con él era genuino. Hasta cuando se les oponía con todas sus fuerzas, no le interesaba vencerlos en una discusión, sino ganarlos para la verdad.

Mi buen amigo Eric dice que lo que necesitamos los cristianos de hoy es una ortodoxia humilde. Me gusta esa expresión. Creo que es una buena descripción de lo que Pablo le estaba diciendo a Timoteo que practicara. Los cristianos debemos estar bien comprometidos con una doctrina sólida. Debemos ser valientes en nuestra defensa de la verdad bíblica. Pero también debemos ser amables al hablar e interactuar con los demás.

Dice Eric que hoy en día a muchos cristianos no les interesa la ortodoxia porque nunca han visto que nadie la presente con humildad. Creo que tiene razón. Muchos cristianos, sobre todo los más jóvenes, huyen de la ortodoxia, no tanto por la doctrina en sí, sino por la arrogancia y el espíritu divisionista que asocian con quienes la fomentan.

¿Por qué la gente a la que le interesan la ortodoxia y la doctrina tiene con tanta frecuencia una veta de aspereza? ¿Por qué hay tanta ortodoxia arrogante en la iglesia? La Biblia dice que «el conocimiento envanece, pero el amor edifica» (1 Corintios 8:1). Desde que la primera pareja se apartó de Dios en el huerto para alcanzar el dulce y prohibido conocimiento que les estaba ofreciendo la serpiente, ha habido una inclinación en todo ser humano a buscar conocimientos para hinchar su ego en vez de glorificar a Dios.

En su libro *En defensa de Dios*, Tim Keller dice que todo pecado es un intento por hallar un sentido de identidad e importancia en el que no entre Dios. «Por tanto, de acuerdo a la Biblia», escribe, «la principal definición de pecado no es hacer algo malo, sino convertir las cosas buenas en *supremas*»[1].

Aplicado al tema que estamos considerando, Keller quiere decir que si convertimos en supremo algo bueno, como la teología correcta —si el hecho de que sea correcta se vuelve más importante para nosotros que Dios — nuestra teología ya no tiene que ver con Dios, sino con nosotros mismos. Se convierte en la fuente de nuestro sentido de valor e identidad. Y si la teología se convierte en algo que tiene que ver con nosotros solos, despreciaremos y trataremos como demonios a quienes se nos opongan[2].

Un conocimiento acerca de Dios que no se traduce en exaltación en palabras, pensamientos y acciones se convierte pronto en exaltación de nuestro ser. Y entonces atacamos a todo el que amenace a nuestro mísero Reino del Yo.

Si estamos frente al maravilloso conocimiento del carácter de Dios, y nuestro primer pensamiento no es *Soy pequeño, e indigno de conocer al Creador del universo,* nos debemos preocupar. Son demasiados los que captan un destello de lo que es Él, y piensan: *Mírame a mí, asimilando todo esto. Piensa en los infelices que nunca lo han visto. Dios mío, tienes la suerte de que yo te esté contemplando.*

Es lamentable que el pecado pueda distorsionar las enseñanzas correctas, y echar a perder todo lo bueno que hay en el mundo. ¿Debería esto convertirse en causa para que abandonemos la búsqueda y la defensa de las verdades bíblicas?

Pablo pensaba que no. Los últimos momentos los pasó exhortando a Timoteo a aferrarse a la verdad de Jesús. El orgullo y las guerras por territorios no desaparecerán aunque intentemos evitar la ortodoxia. Encontraríamos algo que lanzarnos. Encontraríamos motivos para estar orgullosos.

La solución a la ortodoxia arrogante no es menos ortodoxia sino más. Si conociéramos y abrazáramos la ortodoxia, nos haría humildes. Cuando conocemos la verdad de Dios —su poder, su grandeza, su santidad, su misericordia— no quedamos alardeando, sino

asombrados. No nos lleva a preocuparnos por estar en lo cierto, sino a maravillarnos de haber sido rescatados.

La ortodoxia genuina —cuyo punto central es la muerte del Hijo de Dios por pecadores que no lo merecían— es el mensaje que más puede bajarnos los humos y hacer añicos el orgullo mundano. Y si conocemos de verdad el evangelio de la gracia, este creará en nosotros un corazón humilde y lleno de gracia hacia los demás. Francis Schaeffer, escritor y pensador cristiano del siglo XX, fue modelo de esta clase de compasión profunda. Amaba de verdad a las personas. Y cuando analizaba y criticaba la cultura, lo hacía «con lágrimas en los ojos»[3].

Eso es ortodoxia humilde. Es defender la verdad con lágrimas en los ojos. Es decirle a una amiga que anda en pecado sexual que la amamos hasta cuando le decimos que su actividad sexual es desobediencia a Dios. Es recordar que los airados y nada bondadosos enemigos del evangelio son seres humanos creados a la imagen de Dios que necesitan la misma misericordia que Él ha tenido con nosotros. Es recordar que cuando somos arrogantes y farisaicos al defender la ortodoxia contradecimos con nuestra vida lo que afirmamos creer.

Pero si bien no debemos ser desagradables ni rencorosos cuando defendemos la verdad bíblica, tampoco debemos pedir excusas por creer que Dios ha hablado claro en su Palabra. La humildad que necesitamos en nuestra teología es sobre todo humildad ante Dios. El pastor Mark Dever lo explica de esta forma: «La teología humilde [es] la que se somete a la verdad de la Palabra de Dios»[4]. Eso lo debo recordar. Porque es posible que yo o cualquiera reaccione ante la ortodoxia arrogante con una teología turbia que crea arrogantes a los demás si piensan que la Biblia enseña otra cosa con claridad.

Se puede conocer la verdad. Y lo que la Biblia enseña lo debemos obedecer. Que no podamos conocer a Dios a la perfección no quiere decir que no lo podamos conocer de verdad (Salmo 19:7-10; Juan 17:17). Porque haya misterios en la Palabra de Dios no vamos a decir que Dios no habla con claridad en la Biblia.

«Humildad cristiana», escribe Dever, «es aceptar cuanto Dios ha revelado en su Palabra. Es seguir la Palabra de Dios adondequiera que vaya, y hasta donde vaya; no es ir más allá de ella, ni detenernos antes... La humildad que queremos en nuestra iglesia es leer la Biblia

y creerla... No es humilde titubear donde Dios ha hablado con claridad y sencillez»[5].

No digo que he llegado a una ortodoxia humilde. Cuando adquiero algo de conocimientos teológicos, con demasiada frecuencia me inflo de orgullo. Pero te voy a decir lo que más rápido desinfla mi arrogancia y mi fariseísmo: tratar de vivir la verdad que tengo.

¿Quieres mantener humilde tu ortodoxia? Trata de vivirla. No te pases el tiempo teorizando o escribiendo en los «blogs» acerca de ella. Dedica más energía a vivir la verdad que conoces que a ver lo que conoce o no conoce el vecino de al lado. No te midas por lo que conoces sino por la forma en que lo practicas.

¿Conozco algo acerca de la doctrina de Dios? ¿Puedo referirme a atributos suyos como la soberanía, la omnipotencia y el amor? Entonces debo vivir esa verdad, y dejar de estar preocupándome, quejándome y ansioso.

¿Conozco algo acerca de la doctrina de la justificación? ¿Digo que soy justificado solamente por gracia y por fe en Cristo? Entonces debo vivir esa verdad arrepintiéndome de mis inútiles esfuerzos por ganarme la aprobación de Dios. Debo llorar ante mi fariseísmo cuando pienso y actúo con los demás como si no fuera una persona que ha recibido una gracia pura e inmerecida.

¿Conozco algo de la doctrina de la santificación? ¿Conozco la prioridad que tiene la santidad y la realidad de que en mi vida todavía permanece el pecado? Entonces, ¿por qué atacar o menospreciar a otro cristiano que parece menos santificado que yo? Puedo mantenerme bien ocupado con los aspectos de mi vida en los que necesito crecer. Necesito orar para pedir más poder del Espíritu Santo que *me* capacite para crecer en obediencia.

Aquí tienes un ejercicio que te puede ser útil. Repasa las doctrinas que hemos estudiado en este libro, y piensa en las consecuencias que tienen para ti en el mundo real y en la vida real. ¿Cómo sería

vivir la verdad que hay en cada una de ellas? ¿Qué cambiaría en tus relaciones, tus palabras, tus actitudes y tus acciones?

Creo que esto es lo que Pablo le estaba indicando a Timoteo cuando le dijo: «Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren» (1 Timoteo 4:16). No basta con tener una doctrina correcta. No es posible separar la vida de la doctrina. Nuestra vida exhibe la belleza de la verdad divina o la oscurece.

Me ayuda recordar que un día en el cielo solo habrá una persona que estará en lo cierto.

No, no vas a ser tú. Ni tampoco yo.

Va a ser Dios.

Los demás estaremos equivocados en un millón de formas distintas acerca de un millón de cosas diferentes. Dice la Biblia que solo los que hayamos confiado en Jesucristo, nos hayamos apartado del pecado y creído en Él estaremos en la presencia de Dios. Pero en una multitud de asuntos secundarios descubriremos lo mucho que nos hemos equivocado.

Tal vez haya quienes se imaginen el cielo como un lugar donde toda la gente «que está en lo cierto» celebrará que ha logrado triunfar. No creo que así será. Creo que va a ser un lugar de hermosa humildad.

Lo raro es que estoy ansioso por vivir este aspecto del cielo. No veo la hora de que me llegue esa consciencia transparente de las opiniones, actitudes, ideas y estrategias que he tenido en esta vida que estaban muy equivocadas.

Nadie va a estar orgulloso. Nadie va a gloriarse de nada. Todos querremos hablar de lo equivocados que estábamos con respecto a muchas cosas, y lo bondadoso que fue Dios con nosotros. Ya me imagino a alguien diciendo: «En serio: soy la persona más indigna que hay aquí».

Y entonces, otro dirá: «No, mi amigo; hizo falta más gracia todavía para que yo llegara aquí. Deja que oigas mi historia».

Y le diremos: «No te ofendas, rey David, pero ya la hemos escuchado. Deja que otro cuente la suya». (Por supuesto, le vamos a permitir que la vuelva a contar más tarde).

Al final de cada conversación, estaremos de acuerdo en que cuando estábamos en la vieja tierra no teníamos ni idea de lo inmerecida que es la gracia. La llamábamos gracia, pero no pensábamos que era totalmente gracia. Creíamos que le habíamos añadido una pizca de algún ingrediente bueno. Que nos habíamos ganado al menos algo. Para vergüenza nuestra, nos daremos cuenta de que en diferentes grados confiamos en nuestro intelecto, nuestra moralidad, la corrección de nuestra doctrina y nuestra actuación religiosa a pesar de que se trataba únicamente de la gracia.

«Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8-9).

Todos tendremos muchas cosas por las que pedir disculpas.

Calculo que más o menos los primeros diez mil años que estemos en el cielo el pueblo redimido de Dios estará pidiendo disculpas por las formas en que nos hemos juzgado unos a otros, nos hemos dado empujones para ocupar puestos, hemos sido orgullosos, divisionistas y arrogantes. (Por supuesto, esto es solo un cálculo; muy bien podrían ser los primeros veinte mil años).

Me imagino a Pablo pidiéndole perdón a Bernabé por haber dividido el equipo por el problema con Marcos. Y diciéndole a Marcos que debió haber estado más dispuesto a darle una nueva oportunidad. Y luego todos los cristianos de la iglesia de Corinto en el siglo primero le dirán a Pablo lo mal que se sienten por la incomodidad tan grande que fueron para él.

Todos los miembros de las iglesias que se dividen por cosas tan absurdas como la música de órgano se juntarán para abrazarse. Los bautistas y los presbiterianos se reunirán, y un lado le tendrá que admitir al otro que estaban equivocados en cuanto al bautismo. Y los del lado que tenían la razón dirán que lamentan su orgullo y los comentarios sarcásticos que hicieron. Y se acabarán los partidos y todo se olvidará.

Porque, por supuesto, nos sentiremos felices de perdonarnos unos a otros. Y diremos una y otra vez: «Pero Dios lo usó para bien. Entonces no lo podíamos notar, pero Él estaba obrando hasta en nuestras debilidades y nuestros pecados».

Mientras tanto, debemos mantenernos firmes en nuestras creencias con una caridad y una bondad de la que no nos avergoncemos en el cielo.

El aire del cielo va a disipar la neblina que con tanta frecuencia enturbia nuestra visión en esta vida. En la eternidad veremos lo absurdos que son nuestro fariseísmo y nuestras peleas por cosas que no son esenciales. Pero también veremos con diáfana claridad lo esenciales que son las cosas esenciales. Veremos lo valiosas que son las verdades del evangelio.

Nos miraremos a los ojos, y no podremos parar de decir: «¡Todo era cierto! ¡Todo era cierto!». Cada palabra. Cada promesa.

Veremos que la cruz venció la muerte y el infierno, y lavó nuestros pecados. Veremos la recompensa eterna de creer en Jesús y el infierno eterno de haberlo rechazado. Miraremos atrás y veremos que Dios nunca nos abandonó. Ni por un segundo. Estuvo con nosotros en todo momento, hasta en los instantes más oscuros de desespero. Conoceremos de una forma más profunda de lo que ahora podemos imaginar que Dios hizo que *todas* las cosas obraran para nuestro bien. Y veremos que era cierto que Jesús había ido a preparar un lugar para nosotros.

Y todo lo que hicimos por Jesús habrá valido la pena. Cada vez que defendimos la verdad y pensaron que éramos tontos. Cada vez que presentamos el evangelio. Cada acto de servicio. Cada sacrificio.

Nos encontraremos con hombres y mujeres de todas las naciones de la vieja tierra que dieron su vida por la causa del evangelio, mártires que prefirieron morir antes que abandonar las verdades inmutables de la fe. Nos encontraremos personas que perdieron hogar y familia, que

fueron azotados, torturados y quemados por no negar el nombre de Jesús. Y los honraremos, y veremos que lo que perdieron y sufrieron no fue nada comparado con lo que ganaron.

Nadie dirá: «Debí creer menos. No debí preocuparme tanto por el evangelio».

Jesús dijo que los que acuden a Él, escuchan sus palabras y las ponen en práctica son como un hombre que al edificar una casa cavó muy hondo y puso los cimientos sobre la roca. Cuando vino la inundación, y los ríos chocaron con la casa, no la pudieron mover (Lucas 6:46-49).

Mientras seguimos nuestra rutina —comiendo, durmiendo, estudiando, trabajando, enamorándonos, estableciendo familias y criando hijos— creemos cosas concretas sobre lo que es importante en la vida y por qué estamos en este mundo. De una u otra forma todos creemos algo acerca de Dios.

Nuestra vida es como una casa. Y cada una es edificada sobre algún tipo de fundamento doctrinal. La cuestión es si lo que creemos es cierto, si podremos resistir las inundaciones de sufrimientos de esta vida, los torrentes de la muerte y el juicio final ante nuestro Creador.

Jesús dijo que solo se hallan cimientos inconmovibles para la vida en conocerlo a Él, creer sus palabras y vivir de acuerdo a su verdad. Lo más importante que podemos preguntarnos es: ¿Estoy edificando mi vida en quién es Jesús y lo que hizo? ¿Está edificada mi vida sobre la roca de un verdadero conocimiento de Dios?

El que tengamos los cimientos sobre esa roca no nos hace mejores que nadie. Nos debe hacer conscientes de lo dependientes que somos. Nos debe hacer humildes. Lo único que nos permite permanecer firmes es Jesús y sus palabras. Lo único que nos capacita para conocer a Dios y permanecer en Él es la roca sólida del Salvador.

El mensaje de la ortodoxia cristiana no es que estoy en lo cierto y el otro está equivocado. Es que estoy equivocado y Dios está lleno de gracia. Estoy equivocado, y aun así, Dios me ha abierto un camino para perdonarme, aceptarme y amarme por toda la eternidad. Estoy equivocado, pero Dios dio a su Hijo Jesús para que muriera en mi lugar y recibiera mi castigo. Estoy equivocado, pero por fe en Jesús puedo estar en lo cierto ante un Dios santo.

Este es el evangelio. Esta es la verdad que la doctrina cristiana celebra. Esta es la verdad que todos los seguidores de Jesucristo hemos sido llamados a valorar y conservar. Incluso a morir por ella. Es la única verdad sobre la que podemos edificar nuestra vida y depositar nuestra esperanza eterna.

RECONOCIMIENTOS

MI GRATITUD ESPECIAL PARA...

Steve, Ken y el equipo de *WaterBrook Multnomah* y *Random House*, por su apoyo.

Moby Dick's House of Kabob por alimentarme y *Whole Foods* y *Starbucks* de Kentland por darme un espacio para escribir.

Bob y Sharron por hacer posible aquella mañana en la playa.

La buena gente de *Covenant Life*, que hace que pastorear sea todo un gozo. Gracias por la forma en que me apoyan, me animan y oran por mí.

Todos los pastores de *Covenant Life*, por permitirme invertir el tiempo que necesité para terminar este libro. Gracias, Kenneth, Grant y Corby, por todo el peso que cargaron y las cosas que dirigieron durante ese tiempo.

Todos los que leyeron el libro y me hicieron sugerencias: Robin, Ken, Greg, Heather, Amy, Josh, Brian, Isaac y Jeff.

C. J. por el papel irremplazable que desempeñaste en esta historia.

Eric por la visión de una ortodoxia humilde, y por animarme a escribir.

Justin, que me alentaste hace tres años en *Together for the Gospel* a «escribir un libro aburrido». ¡Bien, aquí lo tienes, hermano! Y tuviste la bondad suficiente para leer y comentar cada una de sus páginas. Gracias, Lane, por tu bondadoso apoyo.

John, por animarme en el sótano de Al a convertir en un libro el mensaje de la ortodoxia humilde.

Mark por el almuerzo y la ayuda con el índice.

Mis muchachos de T5G (Collin, Justin, Tullian y Greg), que me escucharon hablar sin parar acerca del mensaje de mi escrito, los títulos y la propaganda. Que Dios responda a sus oraciones en Asheville.

RECONOCIMIENTOS

David, mi corrector de estilo, por permitirme experimentar, por darme espacio para escribir de una manera distinta y por tener siempre una visión por el mensaje de este libro. A Carol por la lectura de pruebas.

Katherine, mi ayudante, por arreglártelas sin reuniones y por creer con tanta pasión en este libro.

Toda la gente que oró por mí mientras escribía, incluyendo mis amigos de Facebook y de Twitter. Me siento especialmente agradecido a mi madre, a Tim, Meg, Linda, Raúl, Elsabeth, Trisha, el personal de *Covenant Life*, la familia Berry, Donna y Deborah, por haberme dicho continuamente que estaban orando.

Abuela Harris, por confiar en Jesús durante todos estos años.

Mi padre, por esas entrevistas a altas horas de la noche, y por permitir que yo relatara tu historia.

Mis hijos —Emma, Joshua Quinn y Mary Kate— por sentirse emocionados con este libro, hablarme de títulos, celebrar cada capítulo que terminaba y preguntarme cuál era mi favorito.

Shannon, mi dulce esposa, el amor de mi vida. Gracias por servirme, por soportarme y por cuidar de nuestros hijos un día tras otro. Gracias por permitir que te leyera los capítulos aunque estuvieras cansada. ¡El libro está terminado, cariño! Ahora ya estoy listo para limpiar el sótano y salir de acampada.

NOTAS

Capítulo 1: Mi Rumspringa

1. Velda, citada en «The Devil's Playground», revista 21C, www.21cmagazine.com/issue1/devils_playground.html.
2. Tom Shachtman, *Rumspringa: To Be or Not to Be Amish* (North Point, Nueva York, 2006), p. 251.

Capítulo 2: En el cual aprendo a cavar

1. J. Gresham Machen, *Christianity and Liberalism* (Macmillan, Nueva York, 1923), p. 29.

Capítulo 3: Cercano pero no en mi bolsillo

1. Christian Smith y Melinda Lundquist Denton, *Soul Searching: The Religious and Spiritual Lives of American Teenagers* (Oxford University Press, Nueva York, 2005), pp. 163-165.
2. J. I. Packer, *Knowing God* (InterVarsity Press, Downers Grove, IL 1973), p. 83.
3. J. I. Packer, *Concise Theology: A Guide to Historic Christian Beliefs* (Wheaton, IL: Tyndale, 1993), p. 27.
4. Wayne Grudem, *Bible Doctrine: Essential Teachings of the Christian Faith* (Grand Rapids: Zondervan, 1999), p. 27.
5. R. C. Sproul, *The Holiness of God* (Wheaton, IL: Tyndale, 2000), p. 38.
6. Tomé la analogía del microscopio y el telescopio del sermón de John Piper titulado «*Passion for the Supremacy of God, Part 1*», pronunciado en Passion 1997, *Desiring God*, www.desiringgod.org/ResourceLibrary/ConferenceMessages/ByDate/1997/1906_Passion_for_the_Supremacy_of_God Part_1/.

Capítulo 4: Rasgar, quemar y comer

1. A. J. Jacobs, *The Year of Living Biblically: One Man's Humble Quest to Follow the Bible as Literally as Possible* (Simon and Schuster, Nueva York, 2007), p. 4.
2. Jacobs, *The Year of Living Biblically*, p. 9.
3. Sally Lloyd-Jones, *The Jesus Storybook Bible: Every Story Whispers His Name* (Grand Rapids: Zonderkidz, 2007), pp. 14-17.
4. J. I. Packer, *God Has Spoken: Revelation and the Bible* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1979), pp. 50-52.
5. Sinclair B. Ferguson, *Handle with Care! A Guide to Using the Bible* (Londres: Hodder and Stoughton, 1982), p. 22.
6. Ferguson, *Handle with Care!*, p. 28.
7. Wayne Grudem, *Bible Doctrine: Essential Teachings of the Christian Faith* (Grand Rapids: Zondervan, 1999), p. 41.
8. Para un estudio más amplio te sugiero que leas los capítulos sobre las Escrituras en una buena teología sistemática, como *Bible Doctrine*, de Wayne Grudem. O bien, estudia el libro de J. I. Packer titulado *«Fundamentalism» and the Word of God*, que presenta una amplia explicación sobre la doctrina de las Escrituras. El excelente libro *Knowing Scripture*, de R. C. Sproul, te dará herramientas prácticas para la interpretación y el estudio de la Biblia. Y si luchas con interrogantes acerca de la confiabilidad de las Escrituras, lee *Is the New Testament Reliable?*, de Paul Barnett. No es incorrecto que tengamos esos interrogantes. En cambio, sí lo es dejarlos sin responder, y sumirnos en la duda, cuando tenemos a nuestro alcance unas respuestas dignas de confianza.

Capítulo 5: Dios con ombligo

1. C. S. Lewis, *Mere Christianity* (Macmillan, Nueva York, 1960), pp. 40-41.
2. La información sobre los conceptos erróneos acerca de la naturaleza de Jesús está tomada de la obra *Bible Doctrine: Essential Teachings of the Christian Faith*, de Wayne Grudem (Zondervan, Grand Rapids, 1999), pp. 241-244.

3. El Credo de Calcedonia proclama: «Nosotros, entonces, siguiendo a los santos Padres, todos de común consentimiento, enseñamos a los hombres a confesar a Uno y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el mismo perfecto en Deidad y también perfecto en humanidad; verdadero Dios y verdadero hombre, de cuerpo y alma racional; consustancial (coesencial) con el Padre de acuerdo a la Deidad, y consustancial con nosotros de acuerdo a la Humanidad; en todas las cosas como nosotros, sin pecado; engendrado del Padre antes de todas las edades, de acuerdo a la Deidad; y en estos postreros días, para nosotros, y por nuestra salvación, nacido de la virgen María, la Madre de Dios, de acuerdo a la Humanidad; uno y el mismo, Cristo, Hijo, Señor, Unigénito, para ser reconocido en dos naturalezas, inconfundibles, incambiables, indivisibles, inseparables; por ningún medio de distinción de naturalezas desaparece por la unión, más bien es preservada la propiedad de cada naturaleza y concurrentes en una persona y una Sustancia, no partida ni dividida en dos personas, sino uno y el mismo Hijo, y Unigénito, Dios, la Palabra, el Señor Jesucristo; como los profetas desde el principio lo han declarado con respecto a Él, y como el Señor Jesucristo mismo nos lo ha enseñado, y el Credo de los Santos Padres que nos ha sido dado». Lo puedes encontrar en la colección de Credos de la iglesia Reformada, http://www.iglesiareformada.com/Credos.html; en inglés en «Ancient Creeds», www.monergism.com/thethreshold/articles/onsite/ancientcreeds.html.
4. John M. Frame, *Salvation Belongs to the Lord: An Introduction to Systematic Theology* (P and R Publishing, Phillipsburg, NJ, 2006), p. 131.
5. Frame, *Salvation Belongs to the Lord*, p. 130.
6. J. Gresham Machen, *Christianity and Liberalism* (Macmillan, Nueva York, 1923), p. 96.
7. Machen, *Christianity and Liberalism*, p. 97.
8. Machen, *Christianity and Liberalism*, p. 103.

Capítulo 6: Una manera de ser bueno otra vez

1. J. I. Packer, *Concise Theology: A Guide to Historic Christian Beliefs* (Wheaton, IL: Tyndale, 1993), p. 134.
2. John R. W. Stott, *The Cross of Christ* (InterVarsity, Downers Grove, IL, 1986), p. 68.
3. Stott, *The Cross of Christ*, p. 103.
4. La versión original de la historia «El cuarto» (publicada por vez primera en la revista *New Attitude* en abril de 1995), junto con la información que aclara las dudas acerca del autor, se puede encontrar en JoshHarris.com, www.joshharris.com/the_room.php.
5. Marilyn Elias, «A Mind Haunted from Within», *USA Today*, 8 de mayo de 2008, sección D, páginas 1 y 2.
6. Khaled Hosseini, *The Kite Runner* (Riverhead, Nueva York, 2007), p. 1.
7. Hosseini, *The Kite Runner*, p. 2.
8. Stott, *The Cross of Christ*, p. 175.
9. Se puede encontrar un ejemplo de la versión musulmana de este relato en www.themodernreligion.com/room.html.

Capítulo 7: Cómo Jesús salvó a Gregg Eugene Harris

1. Jerry Bridges, de un sermón sobre Efesios 4:7-13, titulado «Los dones de gracia para edificar a la iglesia», pronunciado en *Covenant Life*, Gaithersburg, MD, el 23 de noviembre de 2008, www.covlife.org/resources.
2. John Phillips, «San Francisco», copyright © 1967, MCA Music Publishing.
3. John M. Frame, *Salvation Belongs to the Lord: An Introduction to Systematic Theology* (Phillipsburg, NJ: P and R Publishing, 2006), p. 185.
4. Jerry Bridges, *The Discipline of Grace: God's Role and Our Role in the Pursuit of Holiness* (NavPress, Colorado Springs, 1994), p. 51.
5. J. I. Packer, *Knowing God* (InterVarsity, Downers Grove, IL, 1973), p. 200.

6. Sinclair B. Ferguson, *Children of the Living God* (NavPress, Colorado Springs: 1987), p. xi.

Capítulo 8: Cambiado, cambiando y por cambiar

1. «The Ten Commandments», *This American Life*, episodio 332, www.thisamericanlife.org/Radio_Episode.aspx?sched=1246.
2. Wayne Grudem, *Bible Doctrine: Essential Teachings of the Christian Faith* (Zondervan, Grand Rapids, 1999), p. 493.
3. Ted Haggard, «In God They Trust: NBC's Tom Brokaw Goes Inside the World of Christian Evangelicals», 28 de octubre de 2005, MSNBC.com, www.msnbc.msn.com/id/9804232/.
4. Robert Murray McCheyne, citado en *Suffering and the Sovereignty of God*, John Piper y Justin Taylor, editores (Crossway, Wheaton, IL, 2006), p. 212.
5. Martín Lutero, la primera de las Noventa y Cinco Tesis escritas en 1517, citada por Bruce Demarest en *The Cross and Salvation: The Doctrine of God*, editor, John S. Feinberg (Crossway, Wheaton, IL, 2006), p. 270.
6. Timothy Keller, «All of Life Is Repentance», www.pcabakersfield.com/articles/all_of_life_is_repentance.pdf.

Capítulo 9: Creo en el Espíritu Santo

1. Como ejemplo de lo desviada que es esta enseñanza, lee 2 Corintios 12:7-10, donde vemos que una enfermedad a la que se enfrentaba Pablo no tenía nada que ver con sus pecados o incredulidad. El propósito de Dios era glorificarse por medio de la debilidad de Pablo.
2. John M. Frame, *Salvation Belongs to the Lord: An Introduction to Systematic Theology* (Phillipsburg, NJ: P and R Publishing, 2006), p. 159.
3. J. I. Packer, *Keep in Step with the Spirit: Finding Fullness in Our Walk with God* (Baker, Grand Rapids, 2005), p. 11.
4. Daniel B. Wallace y M. James Sawyer, editores, *Who's Afraid of the Holy Spirit? An Investigation into the Ministry of the Spirit of God Today* (Biblical Studies Press, Dallas: 2005, p. 7.

5. Wallace y Sawyer, *Who's Afraid of the Holy Spirit?*, p. 8.
6. Wallace y Sawyer, *Who's Afraid of the Holy Spirit?*, p. 9.
7. Packer, *Keep in Step with the Spirit*, p. 57.

Capítulo 10: El Invisible hecho visible

1. John M. Frame, *Salvation Belongs to the Lord: An Introduction to Systematic Theology* (P and R Publishing, Phillipsburg, NJ, 2006), p. 234.
2. John R. W. Stott, *The Message of Ephesians: God's New Society* (InterVarsity, Downers Grove, IL, 1979), p. 129.
3. Wayne Grudem, citando a Juan Calvino: «Dondequiera que vemos que se predica y escucha con pureza la Palabra de Dios, y se administran los sacramentos de acuerdo con la institución de Cristo, allí, sin duda alguna, existe una iglesia de Dios». *Bible Doctrine: Essential Teachings of the Christian Faith* (Zondervan, Grand Rapids, 1999), p. 369.
4. J. I. Packer, *Concise Theology: A Guide to Historic Christian Beliefs* (Tyndale, Wheaton, IL, 1993), p. 194.
5. John Piper, «Evangelist John Piper: Fundamentalist Full of Grace and Joy» (sermón en la Conferencia para Pastores Desiring God de 2008, 5 de febrero de 2008), www.desiringgod.org/ResourceLibrary/Biographies/2594_Evnagelist_Bill_Piper_Fundamentalist_Full_of_Grace_and_Joy/.
6. John R. W. Stott, *The Message of the Sermon on the Mount* (InterVarsity, Downers Grove, IL, 1985), pp. 64-65.
7. Dietrich Bonhoeffer, citado por Stott en *The Message of the Sermon on the Mount*, p. 62.

Capítulo 11: Una ortodoxia humilde

1. Timothy Keller, *The Reason for God: Belief in an Age of Skepticism* (Dutton, Nueva York, 2008), p. 162.
2. He adaptado una cita de Keller en la cual él se refiere al tema de la política: «Si obtenemos nuestra misma identidad y nuestro sentido de lo que valemos, de nuestra posición política, la política no tiene que ver en realidad con la política, sino *con*

nosotros mismos. Por nuestra causa, estamos consiguiendo algo para nosotros: nuestro valor. Y eso significa que *tenemos* que despreciar y demonizar a los que se nos opongan» (Keller, *The Reason for God*, p. 168).

3. D. A. Carson, *The Gagging of God: Christianity Confronts Pluralism* (Zondervan, Grand Rapids, 1996), p. 439.
4. Mark Dever, «Humble Dogmatism», *Together for the Gospel*, www.t4g.org/2006/02/humble-dogmatism/.
5. Dever, «Humble Dogmatism».

ACERCA DEL AUTOR

JOSHUA HARRIS es pastor en la iglesia *Covenant Life*, de Gaithersburg, Maryland. Él y su esposa Shannon tienen tres hijos. El presente es su quinto libro. Si deseas más información a cerca de la labor de Josh, sus sermones en línea y actualizaciones de su calendario de conferencias, visita

www.joshharris.com
Twitter: @HarrisJosh
Facebook: www.facebook.com/joshharris.fanpage